BIBLIOTECA DE LA NACION

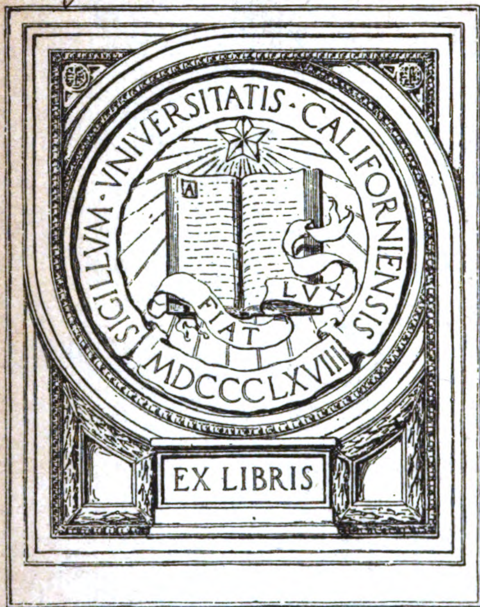
Bartolomé Mitre

HISTORIA DE BELGRANO

TOMO II



VOLUMEN 30


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS


BIBLIOTECA DE
LA NACION

No 106

HISTORIA DE BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

TOMO II

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

HISTORIA

DE

BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

SEXTA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO



BUENOS AIRES
1913

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO XVI

Segregación del Paraguay

1811

Un año después.—Divisiones intestinas.—Proceso de Belgrano.—Triunfos en la Banda Oriental.—Derrota del Desaguadero.—Revolución del Paraguay.—D. Pedro Somellera.—Retrato del doctor Francia.—Tendencias descentralizadoras del Paraguay.—Examen de las ideas popularizadas por Moreno.—Proposiciones del Paraguay.—Su análisis.—Belgrano y Echevarría son nombrados para tratar con el Paraguay.—Sus instrucciones.—Debilidad de la acción gubernativa.—La Junta es substituída por el Gobierno Ejecutivo.—Aparición de Rivadavia.—Energía del nuevo gobierno.—Su política en el Paraguay.—Sus comisionados llegan á la Asunción.—Habilidad del Dr. Francia.—Ceguedad de los enviados.—Convención entre el Paraguay y las Provincias Unidas.—Origen de la *Federación*.—Explicaciones sobre la inteligencia de los tratados.—Francia y Franklin.

El general Belgrano llegó á Buenos Aires pocos días después del primer aniversario de la revolución de mayo, y su alma debió ser presa de profunda melancolía, cuando al girar la vista en torno suyo y buscar á sus antiguos compañeros en aquella grande empresa, vió que unos habían caído á lo largo del camino recorrido, y que otros eran víctimas del ostracismo, mientras que los que habían quedado de pie en la escena revolucionaria se hallaban enrolados entre sus perseguidores. La revolución empezaba á devorar sus hijos.

Apenas había transcurrido un año y ya la arena revolucionaria se veía abandonada por sus más esforzados atletas. Moreno, el numen de la revolución, había expirado en la soledad de los mares, y su cadáver yacía envuelto en lama y fango en el fondo del Océano. Alberti, miembro de la Comisión de mayo, había muerto antes de ver consolidada su obra. Beruti y French, los dos tribunos del 25 de mayo, estaban expatriados como unos criminales. Rodríguez Peña,

el nervio del partido patriota en los días que precedieron á la revolución, Azcuénaga, que tan eficazmente había cooperado á su triunfo, Vieytes, el infatigable compañero de Belgrano en los trabajos que prepararon el cambio del año diez, todos ellos eran ignominiosamente perseguidos y clasificados por sus antiguos amigos con los epítetos de «fanáticos, frenéticos, demó»crátas furiosos, desorganizadores, inmorales, ham»brientos de sangre y de pillaje, infames, traidores, »facciosos, almas bajas, cínicos revoltosos, insurgentes, »hidras ponzoñosas y corruptores del pueblo.» Y todo esto por haber organizado un club popular del cual los mismos que lo condenaban decían: «Aunque en el »club, por un afectado miramiento, no se habían tra»tado materias ciertamente sediciosas, su nombre era »pronunciado con horror por las personas cuerdas, »con temor por el pueblo, y con sobrado recelo por los »políticos. No se engañaban: cierto es que muchas per»sonas entrarían con intenciones sanas, pero el proyec»to era que saliesen corrompidas.» Este fué el único manifiesto que se dió de las causales del movimiento del 5 y 6 de abril, que para justificarse de alguna manera tuvo necesidad de bajar hasta el santuario de las conciencias, calumniar las intenciones, y dar interpretación siniestra á los actos más inocentes y legales.

Aunque Belgrano era un hombre superior á las facciones y no participara de los rencores que dividían el gran partido patriota, debía naturalmente simpatizar más con los demócratas, que con arreglo á sus principios confesados realizaban mejor la libertad y proclamaban la necesidad de la independencia, que eran las dos grandes pasiones que dividían su alma. A esto debió ser envuelto en la persecución común de sus amigos, guardándose, sin embargo, con él la consideración de someterlo á un juicio. Los demás habían sido condenados sin ser oídos y sin ser acusados siquiera.

El coronel don Marcos González Balcarce fué nombrado fiscal militar en el proceso que se mandó levantar al general en jefe del Ejército del Norte, por sus

procedimientos en la expedición al Paraguay. El fiscal se encontró embarazado para proceder. El auto cabeza del proceso era la petición del pueblo, en la que sólo se decía que se le hicieran los cargos á que hubiese lugar; y como no había cargos que hacerle, se recurrió al arbitrio de llamar por carteles á todos los ciudadanos ó militares que tuvieran algo que declarar contra el general Belgrano, publicándose igual bando en el ejército de la banda oriental, y se hizo extensivo el llamamiento hasta la tropa. Nadie se presentó á deponer contra el General, á pesar de repetirse por dos veces los bandos y carteles. Un proceder tan arbitrario como inaudito, tratándose de juzgar las operaciones de un jefe militar, sublevó aun á los mismos que habían pedido le destitución y el juicio de Belgrano. Los alcaldes de Barrio, y á su cabeza don Tomás Grigera, que había sido el caudillo popular del movimiento del 5 y 6 de abril, representaron colectivamente (con fecha 28 de junio) en nombre de sus respectivos cuarteles: «La referencia de la expresión del artículo »13 es dirigida á impulsar al superior gobierno para »que con arreglo á las disposiciones de derecho fuese »revelado y juzgado según correspondía al carácter y »mando que obtenía el señor Belgrano, como en iguales circunstancias se ha practicado, aun cuando la »desgracia de la pérdida de las acciones de guerra »haya sido inevitable, con el fin de manifestar al pú»blico que se daba puntual cumplimiento á las leyes »de la materia, que es lo que le interesa; pues con »respecto á los cargos, el gobierno se los debe formar, »como que está instruído en la certeza del cumplimiento »exacto que haya dado á sus instrucciones y órdenes »relativas al mando, así como lo ejecutaría en cualquier »caso en que no hubiese sido instado por el pueblo y »hubiese procedido de oficio en fuerza de autoridad.» Cuarenta alcaldes y tenientes firmaron esta representación, que importaba una lección indirecta dada al gobierno y revelaba una reacción en la opinión pública respecto del general Belgrano.

Al mismo tiempo (20 de junio) los oficiales que

habían acompañado á Belgrano en la campaña del Paraguay, se dirigían al gobierno, declarando por sí y á nombre de todos los restos del ejército expedicionario, «que no había un oficial ni un soldado que tuviera la menor queja que producir contra él,» y expresaban haber convenido de común acuerdo manifestarlo así á la autoridad, «sin que á esto nos haya impelido» añadían, «otra causa que el amor de la jus»ticia, y salvar el buen nombre de un patriota, á »quien vimos sacrificarse en todas ocasiones en obse»quio de la patria y de la gran causa que defen»demos.»

La elocuencia militar con que está redactado este documento, y el brillo que hace reflejar sobre las armas argentinas y sobre el nombre del general Belgrano nos mueve á hacer de él algunos extractos dignos de figurar en las páginas de la historia. «Sí, ex»celentísimo señor», dicen más adelante, «cuantos ofi»ciales tuvimos la gloria de militar bajo las órdenes »de este digno jefe desde el momento en que empeza»mos á recibir sus sabias lecciones, encontramos mo»tivos para admirar no tan sólo su hábil política y »madura prudencia, con que todo lo componía uniendo »los ánimos, llenándolos de un fuego verdaderamente »militar, removiendo con su alta previsión hasta los »menores tropiezos que podían retardar nuestro gran »proyecto, sino también su constancia y continuo des»velo para mantener la tropa en la más perfecta dis»ciplina, y el heroico valor con que logró que nuestras »armas se cubriesen de gloria en los memorables ata»ques de Candelaria, Paraguary y Tacuary.»

Inspirados por estos gloriosos recuerdos, los oficiales que tan noblemente defendían el honor militar de su general injustamente perseguido, encuentran palabras verdaderamente elocuentes para realzar el mérito de la difícil empresa llevada á cabo por ellos. «Cuando »traemos á la memoria», agregan, «los inmensos y »grandes trabajos que ha soportado la tropa con la »mayor firmeza en los dilatados campos del Paraguay; »cuando recordamos el ardor y valor impertérrito, con

»que nuestros soldados en número tan considerable»mente inferior acometieron á los enemigos, obligán»doles en las principales ocasiones á ceder el puesto »á nuestras legiones, no dudamos asegurar que estos »prodigios, que la posteridad leerá con asombro y aun »dificultará el creer, se obraron por la alta influencia »del señor general don Manuel Belgrano.»

Y terminan con estas sentidas palabras, que hacen tanto honor á los que las escriben, como al que es el objeto de ellas: «En esta virtud», dicen, «dejamos á la »superior penetración de V. E. el meditar que no todos »los que marchaban al lado del enunciado jefe, tendrían »toda la grandeza de ánimo que era necesario para so»portar un cúmulo de trabajos y peligros como era »preciso arrostrar para acompañar al señor don Ma»nuel Belgrano, que penetrado íntimamente de la im»portancia de nuestro sistema, y entusiasmado con »heroísmo del amor de su patria, no había sacrificio »que no estimase corto para la libertad.» Estos elogios de que Belgrano no necesita para ser grande por sí mismo, serían poco dignos de la historia; pero dirigiéndose á un hombre caído y sin poder, y en presencia de un pueblo y de un gobierno que le era hostil, ellos honran á la humanidad, y por lo tanto son dignos de perpetuarse como ejemplo de fidelidad, porque, según se ha dicho, lo mejor que la historia puede darnos, no es tanto el conocimiento de los hechos, cuanto el entusiasmo por lo bueno que eleva y mejora los corazones.

Este proceso fué la ocasión de un verdadero triunfo para Belgrano, mientras que la revolución que lo había sentado en el banco de los acusados era el blanco de las inculpaciones severas de la opinión pública, que le atribuía todos los desastres que se habían verificado en el intervalo transcurrido. La batalla de Las Piedras, preparada por los trabajos de Belgrano y ganada quince días después de entregar el mando del ejército de la banda oriental, coronó con el triunfo á la administración nacida del movimiento de 5 y 6 de abril. El sitio de Montevideo, que fué la consecuen-

cia de esta victoria, y la actitud del ejército del Alto Perú sobre el Desaguadero, último límite del Virreinato, hicieron esperar por un momento que el nuevo gobierno acabaría por dominar completamente la situación. Estas esperanzas fueron frustradas. El ejército del Alto Perú, desmoralizado por las divisiones intestinas que habían desorganizado el gobierno, fué completamente batido el 20 de junio en los campos de Guaqui, mientras reposaba bajo la fe de un armisticio. Esta noticia llegó á Buenos Aires al mismo tiempo que las naves españolas enseñoreadas de las aguas, bombardeaban la capital, y que las tropas portuguesas situadas sobre la frontera del Brasil amagaban invadir la banda oriental. En tan difíciles circunstancias, la Junta dirigiéndose al pueblo, le decía en una proclama literaria escrita con la docta pluma del historiador del Río de la Plata, que era á la sazón miembro del gobierno: «¿Hemos sido vencidos? Esta es una »razón más para pelear. La victoria nos es del todo »necesaria, y la necesidad es la mejor y la más pode»rosa de las armas. Acordémonos que el Senado ro»mano después de la derrota de Cannes dió gracias al »cónsul Varrón por no haber desesperado de la Re»pública. Es preciso comprar la libertad á precio de »sangre; el partido vigoroso es en los infortunios el »más seguro.» Desgraciadamente la acción gubernativa no correspondía al nervio de la elocuencia oficial, y destemplados ó rotos los resortes administrativos, la Junta era impotente para dar actividad á la política y vigor á las operaciones militares. Por fortuna, la revolución del Paraguay, preparada por Belgrano en las conferencias del Tacuary, había despejado el horizonte político por la parte del norte, y el gobierno se vió rodeado de esta dificultad menos en el día del conflicto, merced al hombre que en aquel momento era juzgado por la expedición que podía presentar en su abono un resultado tan fecundo. De este modo los sucesos mismos se encargaban de la defensa del héroe del Tacuary.

Las incidencias de la revolución del Paraguay in-

timamente ligadas con la vida de Belgrano, tienen en este lugar su colocación natural, y ellas harán comprender mejor los sucesos que van á desenvolverse.

Después de las conferencias del Tacuary, los oficiales del ejército paraguayo regresaron á la Asunción con sus fuerzas, á excepción de don Fulgencio Yegros que quedó con 200 hombres en Itapuá á la margen occidental del Paraná, desde donde continuó en correspondencia con Belgrano. Existía entonces en la Asunción el doctor don Pedro Somellera en calidad de teniente letrado del gobernador Velazco. Era Somellera hijo de Buenos Aires y reunía á una vasta erudición un conocimiento profundo del corazón humano, lo que le daba un gran ascendiente entre los paraguayos, que le consultaban como un oráculo de ciencia. Esto, y el saber que era amigo de Belgrano, hicieron que fuese buscado por todos los oficiales que habían conocido al General patriota después del Tacuary, y que iniciados por él en los misterios de la revolución, estaban dispuestos á producir un cambio en el gobierno. Todos ellos confiaron sus aspiraciones á Somellera, y don Juan Pedro Caballero, que debía ser más tarde miembro del gobierno, le comunicó en reserva un papel escrito de puño y letra de Belgrano, en que se contenían las ideas que Buenos Aires se proponía en su revolución, y le manifestó con franqueza estaban resueltos á dar el grito de libertad, y que sólo esperaban para ello la llegada de Yegros con sus 200 hombres. El fundado temor de que el Cabildo, sobreponiéndose á Velazco, intentaba hacer ocupar el Paraguay con tropas portuguesas, y la circunstancia de haber empezado á ser sentidos los trabajos revolucionarios, hicieron anticipar el movimiento. Advertido Somellera que sus planes estaban en conocimiento de la autoridad, y consultado por Caballero, que era el jefe de los patriotas, sobre lo que debían hacer en tal conflicto, contestó con el tono de buen humor que le era habitual: «Si nos han de ahorcar mañana, muramos »hoy: dígales usted que esta noche después de la que-

»da hemos de tomar el cuartel.» Así se hizo, y la revolución se efectuó sin sangre y sin violencias, resignándose el gobernador Velazco á su destino, sin intentar hacer la más mínima resistencia.

Asegurado el triunfo de la revolución, Somellera propuso que se organizara una Junta de tres individuos de la que Caballero debía ser el presidente, adjuntándole como vocales á don Fulgencio Yegros y al doctor José Gaspar Rodríguez de Francia. Los dos primeros candidatos fueron aceptados por aclamación: no así el tercero que fué unánimemente rechazado como enemigo de la revolución de Buenos Aires. Somellera insistió y consiguió que Francia fuese aceptado sin sospechar que al levantarle al gobierno creaba un obstáculo á la política de Buenos Aires y preparaba al Paraguay un tirano que habría de oprimirlo por espacio de treinta largos años.

Era Francia uno de los poquísimos paraguayos de representación, que en aquella época tuviese algunas nociones de gobierno, y el único que fuera capaz de dirigir una revolución á su manera. Insensible por naturaleza, misántropo por temperamento, implacable en sus odios, tenaz hasta en sus manías, era una de aquellas figuras sombrías sobre cuyos labios pálidos y comprimidos rara vez se había dibujado una fría y siniestra sonrisa. Como todo hombre solitario en medio de hombres que considera intelectualmente inferiores, tenía una fe ciega en sí mismo, y henchido de intolerancia y de orgullo, despreciaba tanto á sus paisanos cuanto miraba con repulsión á los extraños. Tal era el hombre predestinado que, arrancado por la revolución de su retiro, debía ponerse al frente de ella como el genio sombrío de la dominación absoluta.

El doctor Francia entró á la vida pública dominando: todas las voluntades se plegaron como débiles juncos bajo la férrea presión de aquella voluntad inflexible. Veinticuatro horas le bastaron para establecer su predominio. El primer uso que hizo de él, fué detener el viaje del comisionado que en los prime-

ros momentos se había resuelto mandar á Buenos Aires, reconociendo la supremacía de la Junta Gubernativa del Virreinato. Caballero procuró disculparse con Somellera por esta suspensión, y habiéndole encontrado Francia rodeado de otros oficiales miró al asesor con ceño adusto, y al retirarse le dijo con tono ceremonioso, acompañándolo hasta la puerta: «Es menester que cada cual sirva á su país: usted no hace falta en el Paraguay, y puede ser de mucha utilidad en su tierra.» Esto era indicar claramente que no quería partir con nadie la influencia, ni el poder. Un mes después, Somellera estaba encerrado en un calabozo, y le acompañaban en su cautiverio casi todos los militares que habían tomado una parte activa en la revolución, y con ellos el ex gobernador Velazco y los miembros del anterior Cabildo. Así es cómo el doctor Francia inició su sombría dictadura.

Cuando Francia se sintió fuerte, convocó un Congreso de corporaciones, vecinos notables y diputados por las villas y poblaciones de la provincia, del cual salió el nombramiento de una Junta gubernativa independiente, compuesta de cinco individuos, Junta de la que el futuro dictador debía ser el alma. Fué entonces (20 de julio) que se dirigió á la Junta de Buenos Aires por medio de una larga nota artificiosamente redactada, en la que asumiendo la actitud de poder soberano, se establecían las condiciones bajo las cuales el Paraguay estaba dispuesto á formar parte de la liga americana. Esta nota, base de la negociación que entabló más tarde Belgrano, y punto de apoyo de los grandes partidos de centralización y descentralización que han trabajado á la República Argentina, merece una particular atención.

Al instituir Buenos Aires la Junta Gubernativa en substitución á la autoridad del virrey, le había impuesto la calidad de provisoria, hasta tanto que se reuniese el Congreso General de todas las provincias del Virreinato, que debía fijar la constitución del poder. Esto tenía por objeto mantener unidas á todas las provincias por el antiguo vínculo administrativo, al

paso que no se desconocían los derechos de soberanía que según la doctrina revolucionaria habían retrovertido á los pueblos. El doctor Moreno, sosteniendo esta teoría, decía en la «Gaceta» oficial: «La autoridad de »los pueblos en la presente crisis se deriva de la reasun»ción del poder supremo que por el cautiverio del rey »ha retrovertido al origen de que el monarca lo de»rivaba, y el ejercicio de éste es susceptible de las »nuevas formas que libremente quieran dársele. Di»sueltos los vínculos que ligaban los pueblos con el »monarca, cada provincia es dueña de sí misma, por »cuanto el pacto social no establecía relaciones entre »ellas directamente, sino entre el rey y los pueblos.» Esta es la teoría revolucionaria del 25 de mayo, en su fórmula concreta; pero mientras no se reuniera el Congreso General, la Junta no entendía que las provincias pudiesen usar de esos mismos derechos, que en principio les reconocía; así es que su primer medida fué enviar á los confines del virreinato expediciones armadas que con el carácter de auxiliares de los pueblos, removieran los obstáculos que se oponían al reconocimiento del gobierno central. La expedición del interior, llevó el estandarte de la revolución hasta el Alto Perú, como queda dicho, anticipándose casi todas las provincias á las expediciones armadas que iban á apoyar sus pronunciamientos. La del Norte, al cargo de Belgrano, se estrelló contra la resistencia de Montevideo y del Paraguay, y este último, aprovechándose de los triunfos obtenidos, debía naturalmente aspirar á constituir un gobierno independiente, aun antes de que el Congreso se instalase y se pronunciara sobre la forma de gobierno. Aun sin mediar estas circunstancias, la Junta Gubernativa se había visto obligada á hacer concesiones á la tendencia descentralizadora, de que los diputados de las provincias reunidos en Buenos Aires fueron los primeros representantes. Esta tendencia dió origen á la primera dislocación del gobierno central. Todos los diputados quisieron tomar parte en él, y la tomaron en representación de sus provincias, creándose así una autoridad sin uni-

lad de pensamiento, con intereses y propósitos divergentes. A esta concesión hecha al espíritu descentralizador, siguióse muy luego el establecimiento de juntas provinciales dependientes de la Junta Gubernativa, á las cuales se encomendó el gobierno político y militar de las localidades. Estas eran otras tantas semillas del espíritu federativo, que contenían ya todos los elementos de desorden y de reconstrucción, que debían explotar por una parte los caudillos de las diversas provincias y dar por la otra á la República su equilibrio y su constitución orgánica en definitiva. El Paraguay, sirviéndose hábilmente de estas armas forjadas por el gobierno de Buenos Aires, reivindicaba á su vez sus derechos de soberano y se ponía á la cabeza del movimiento federativo.

«No es dudable—decía la Junta del Paraguay, en su »nota á la de Buenos Aires,—que abolida ó deshecha »la representación del poder supremo, recae éste ó »queda refundido naturalmente en toda la Nación. Cada pueblo se considera entonces en cierto modo par»ticipante del atributo de la soberanía, y aun los mi»nistros públicos han menester su consentimiento ó »libre conformidad para el ejercicio de sus faculta»des. De este principio tan importante como fecundo, »y que V. E. sin duda lo habrá reconocido, se deduce »que, reasumiendo los pueblos sus derechos primiti»vos, se hallan todos en igual caso y que igualmente »corresponde á todos velar sobre su propia conserva»ción.» Esta era la misma doctrina proclamada por Moreno, y salvo la oportunidad de su aplicación, el Paraguay no hacía sino devolver con su arco las mismas flechas que le habían disparado. De este principio hacía nacer la Junta del Paraguay la idea de una confederación de provincias. «La confederación »de esta provincia con las demás de nuestra América, »y principalmente con las que comprendía la demar»cación del antiguo Virreinato, debía ser de un inte»rés más inmediato, más asequible y por lo mismo »más natural, como de pueblos no sólo de un mismo »origen, sino que por el enlace de particulares recí-

»procos intereses parecen destinados por la naturaleza misma á vivir y conservarse unidos.» Y como si temiese que estos votos por la unión pudiesen ser mal interpretados, agregaba más adelante: «Se engañaría »cualquiera que llegase á imaginar que la intención de »la provincia había sido entregarse al arbitrio ajeno, »y hacer dependiente su suerte de otra voluntad. En »tal caso nada más habría adelantado, ni reportado »otro fruto de su sacrificio, que el cambiar unas cadenas por otras y mudar de amo.» Esto no impedía que el Paraguay se manifestase dispuesto á formar parte de una asociación política, en unión con las demás provincias, pero siempre partiendo de la federación y sobre la base de la independencia recíproca de ambas Juntas. «La provincia del Paraguay—decía con »este motivo,—reconoce sus derechos, no pretende perjudicar aun levemente los de ningún pueblo, y tampoco se niega á todo lo que es regular y justo. Su voluntad decidida es unirse con esa ciudad y demás confederadas, no sólo para conservar una recíproca amistad, buena armonía, comercio y correspondencia, sino »también para formar una sociedad fundada en principios de justicia, de equidad y de igualdad. A este »fin ha nombrado ya su diputado para que asista al »Congreso General de las provincias.»

Esta célebre nota, que puede considerarse como la primer acta de confederación levantada en el Río de la Plata, terminaba con cuatro declaraciones acordadas bajo las inspiraciones del Dr. Francia, por el Congreso de vecinos y corporaciones celebrado en La Asunción. Como estas bases ó declaraciones sirvieron de norma al tratado que más tarde ajustó Belgrano, vamos á dar de ellas un extracto. La «primera» y la más importante era, que mientras no se reuniese el Congreso General de las provincias, el Paraguay se gobernaría por sí mismo, con absoluta independencia de la Junta de Buenos Aires. La «segunda,» que se establecería el comercio libre entre ambos países, y se suprimirían todos los impuestos que se cobraban en la capital á los productos paraguayos. La «tercera,»

que se extinguiese el estanco de tabacos, y que las existencias se adjudicasen á favor del tesoro del Paraguay. La «cuarta» y última, que ningún reglamento ó Constitución del Congreso obligaría á la provincia del Paraguay, mientras no fuese ratificada en Junta plena de todos sus habitantes y moradores. Tal fué el programa de la revolución del Paraguay. En él se ven germinar las semillas derramadas por Belgrano en el curso de su expedición, á la par de la cizaña que brota espontáneamente del terreno en que furon depositadas.

Estos sucesos, hicieron pensar al gobierno en Belgrano, como en el hombre más adecuado para llevar al Paraguay la oliva pacífica de las negociciones diplomáticas. Nombrado en consecuencia (en 1.° de agosto) representante de la Junta, en misión especial cerca de la nueva autoridad de aquella provincia, Belgrano representó con dignidad, que no podía investir tan elevado carácter, mientras pesara sobre él una acusación, diciendo con tal motivo: «Renuncio á todos »los trámites: fío mi defensa á la correspondencia »que he tenido con V. E.; la dejo á las declaracio»nes de cuantos han presenciado mi conducta, sean »los que fueren, castigados ó no por mí: tal es la con»fianza que tengo de haber precedido según mi obliga»ción.» La Junta declaró con tal motivo (9 de agosto) que el general D. Manuel Belgrano se había conducido en el mando del ejército del Norte con un valor y una constancia dignas de la consideración de la patria, reponiéndolo por lo tanto en los grados y honores que se lo habían suspendido. Así terminó el proceso formado al héroe del Tacuary, con una sentencia absolutoria, que era al mismo tiempo la condenación del movimiento revolucionario que lo sentó en el banco de los acusados.

Habiendo aceptado la misión, fué asociado á ella con el mismo carácter el Dr. D. Vicente Anastasio Echevarría, jurisconsulto versado en los negocios prácticos de la vida, que reunía á un carácter insinuante y flexible, un espíritu sagaz muy apropiado para ur-

dir y desbaratar intrigas. Esta misión conjunta, era bien calculada para tratar con un pueblo inocente y suspicaz como el paraguayo, tan propenso á la desconfianza como fácil de alucinar. Belgrano representaba en ella el candor, la buena fe, la altura de carácter. Echevarría la habilidad, el conocimiento de los hombres y de las cosas. Eran dos hombres que se completaban, y cuyas calidades y defectos se contrapesaban, sirviéndoles de recíproco correctivo.

Las instrucciones de que fueron provistos los comisionados, aunque se resienten de la vacilación que debía experimentar el Gobierno Central, en presencia de las exigencias descentralizadoras del Paraguay, revelan el pensamiento que presidía á su política en sus relaciones con las provincias. En uno de sus artículos, la Junta prescribía á los comisionados, que después de manifestar al Paraguay lo que debía temer de las intrigas del Brasil y de las hostilidades de Montevideo, «se insinuasen sobre la conveniencia de que aque»lla provincia quedase sujeta al Gobierno Central, del »mismo modo que las demás provincias unidas, por »exigirlo así el interés común y la necesidad de fijar »un centro de acción para conjurar los peligros que las »amenazaban.» Luego añadía: «Esta sujeción dejará »siempre intactos los derechos de la provincia en cuan»to concierna á su interior administración pública, »al igual que las demás, en las que el ejemplo del »Paraguay pudiera ser un estímulo que las tentase »á su separación, ocasionando una disolución políti»ca que debilitase á todas, y las dejase expuestas á ser »ocupadas por el primero que las atacase: el vínculo »sólo de federación no basta en la urgente necesidad »en que nos hallamos de obrar con unidad y energía. »La mayor representación y dignidad que hoy tiene »el gobierno por la asociación de los diputados, ma»nifiesta que la provincia del Paraguay, mantenida »por sólo el vínculo federativo, no contribuye por su »parte de un modo condigno á satisfacer los grandes »esfuerzos y sacrificios que las demás van á hacer por »sus derechos y libertades, y una vez que el interés

»es uno é indivisible, la voluntad general de las pro»vincias debe ser la ley superior que obligue al Pa»raguay á prestarse á una subordinación, sin la que »el sistema y los movimientos pudieran desconcer»tarse.»

Según se ve, la Junta comprendía las necesidades imperiosas de la revolución; pero previendo al mismo tiempo la resistencia que presentaría la provincia recientemente emancipada, á un arreglo sobre la base del sometimiento á una autoridad superior, desprestigiada por su impotencia y las vacilaciones de su política, facultó á los comisionados para que en el caso de que ella no fuese admitida, tratasen de pactar entre ambos gobiernos una liga ofensiva y defensiva contra todo enemigo que intentara atacar sus respectivos territorios, dejando á su arbitrio las estipulaciones que mejor llenasen tal objeto. Esta fué la tercer concesión hecha por el Gobierno Central á las exigencias del espíritu federativo, que presagiaba la disolución política y legal del antiguo Virreinato. La primera, como se ha visto, fué la incorporación de los diputados de las provincias al poder ejecutivo; la segunda, la institución de las Juntas provinciales; y la tercera, el reconocimiento de la independencia de una provincia, que no había podido someter por la fuerza de las armas, que no se atrevía á dominar por la diplomacia, y á cuyas exigencias importunas no tenía energía suficiente para resistir ni aun pasivamente.

Esta oscilación de ideas, unida á las más claras vistas políticas; estas capitulaciones con las tendencias disolventes que debilitan el poder de la revolución, á la par que desmoralizan la autoridad superior, era una consecuencia de la mala organización del poder ejecutivo central. Desnaturalizado en su origen por la incorporación de los diputados, desprestigiado por la revolución injustificable de 5 y 6 de abril y por los desastres que fueron su consecuencia, era impotente no sólo para dirigir una revolución, sino también para realizar sus propias deliberaciones.

Estos inconvenientes, unidos á los peligros de la situación, hicieron pensar á los patriotas en la necesidad de robustecer la acción del gobierno por medio de la división de los poderes, y la reconcentración del ejecutivo en un corto número de personas. La opinión que apoyaba esta reforma necesaria, se hizo tan poderosa, que cediendo á su presión los diputados que indebidamente habían tomado parte activa en el gobierno, se vieron obligados á separarse de la Junta Gubernativa, y á constituirse en cuerpo deliberante con el título de «Junta conservadora».

Obedeciendo siempre al sentimiento público, del cual el Cabildo se constituyó en órgano, acordaron por aclamación el 23 de septiembre (1811) dar nueva forma al poder ejecutivo, reservándose ellos á su vez la potestad legislativa, con algunas limitaciones mientras no se abría el Congreso. El resultado de todo esto fué, la creación de un Triunvirato compuesto de Chiclana, Passo y Sarratea, el cual bajo la denominación de «Gobierno Ejecutivo» empuñó con mano más firme el timón de la nave próxima á naufragar. Un hombre nuevo destinado á reemplazar á Moreno por el momento, y á eclipsarlo más tarde, entró á formar parte de la nueva administración, en calidad de secretario. Este hombre fué D. Bernardino Rivadavia, que con una voluntad enérgica y un carácter elevado, poseía todas las grandes calidades del verdadero hombre de estado, y que hasta entonces se había mantenido alejado de la política activa. La circular y la proclama que anunció á los pueblos este acontecimiento, llevan el sello de su voluntad y de su espíritu de orden. «Cualesquiera que sean los peligros que nos amena»cen (se decía en la circular) nos sobran recursos para »salvarnos: los pueblos deben ser libres por todo de»recho, y á una causa tan justa no puede faltar arbi»trio para sostenerse: sólo las pasiones pueden des»truir esta obra: ellas han hecho decrecer nuestras »glorias, y el gobierno no exige otra cosa de los pue»blos que una justa obediencia á sus determinaciones, »y un eterno olvido de las divisiones y partidos que

»tanto mal nos causaron.» En la proclama se decía: «Donde no hay subordinación no hay gobierno; y sin »gobierno viene á ser una nación como una tabla en »medio del Océano.»

La reforma operada en el gobierno habría podido dar un nuevo giro á la negociación del Paraguay, si lo premioso de las circunstancias no hubiese impuesto á la nueva administración el deber de disminuir por todos los medios posibles el número de los enemigos, limitándose á neutralizar á los que no pudiera dominar. A este fin primordial tendieron todos sus esfuerzos, y con tales miras se decidió á perseverar en la política de la Junta, y transigió con las exigencias del Paraguay fiando al acaso las demás ventajas que pudieran obtenerse por la negociación. Esta conducta que consideraba aisladamente parece pusilánime, sólo puede ser bien comprendida estudiando en su conjunto el plan de política exterior que los peligros de la situación aconsejaban al nuevo gobierno, y que éste supo desenvolver con prudencia y habilidad.

Como queda dicho, el nuevo gobierno tenía que dominar una situación difícil, atendiendo á la vez al restablecimiento de la autoridad desprestigiada en el interior, y á la defensa de las fronteras amenazadas por los enemigos exteriores. En consecuencia, una de sus primeras medidas fué negociar un armisticio con la plaza de Montevideo, con el objeto de separarlo de la alianza del Brasil. Previamente, como el marino que en la tempestad asegura su nave á dos anclas, había negociado con el Brasil la retirada de sus tropas del territorio de la banda oriental, por medio de su agente D. Manuel de Sarratea, valiéndose para el efecto de lord Etrangford, embajador de la Gran Bretaña en la corte de Río de Janeiro, cuya influencia sobre el príncipe regente cruzaba con habilidad las intrigas de la Carlota contra Buenos Aires. Esta negociación fué una verdadera combinación estratégica, que dió por resultado inmediato la paralización de las tropas portuguesas que marchaban ya en auxi-

lio de la plaza sitiada, y la neutralidad de la guarnición que la defendía. En el interés de poder disponer de una parte de las fuerzas que asediaban á Montevideo, para detener la marcha triunfante de los realistas en las fronteras del Alto Perú, el gobierno patriota no vaciló en proponer el levantamiento del sitio, que por otra parte era ya insostenible y que de todo modos había resuelto levantar.

Fué, pues, para asegurar estas ventajas positivas que se prestó á acceder á las exigencias del Paraguay, contando servirse de este nuevo aliado, para llamar la atención de las tropas portuguesas por uno de sus flancos, y obtener algunos auxilios de hombres, á fin de engrosar con ellos sus ejércitos debilitados. Esta adhesión fué sin embargo hecha con reserva y en términos vagos, de modo de dejar alguna libertad de acción á los comisionados, que precedidos en su marcha por las concesiones del anterior gobierno, se hallaban en una posición falsa, puesto que iban á encontrarse en presencia de un orden de cosas que tenían la misión de destruir por la simple persuasión, y que el mismo gobierno que los enviaba al efecto, se había anticipado á reconocer. Pero al mismo tiempo que parecía cederse á las exigencias del Paraguay, escribía Rivadavia á Belgrano en toda reserva con fecha 1.° de octubre: «Del contexto de la adjunta copia, en que se »contrae este gobierno á la solución de las proposicio»nes que le hace el Paraguay, penetrará V. S. el espíritu que lo ha animado, y que si el sentido que arroja, especialmente la contestación de la proposición cuarta, induce á comprender favorablemente en toda su extensión á los intereses de aquella provincia, en el concepto de V. S. no debe suceder así.» Y más adelante añadía: «El gobierno del Paraguay, »no penetrado aún de los verdaderos intereses que de»ben dar impulso á sus resoluciones. nos estrecha á »la concesión de ventajas, que después de no estar al »alcance de nuestras facultades, son puramente »egoístas é interesadas, aprovechándose aún de las »que reportó anteriormente. En consecuencia, se deja

»al discernimiento de V. S. el que sin perder de vis»ta los principios adoptados en la instrucción que le »confirió la Junta al tiempo de su misión, se mane»je en este asunto de un modo diestro, teniendo pre»sente los intereses de nuestro territorio.»

Estas nuevas instrucciones, en cierto modo contradictorias, y que por su doblez hacen poco honor al Gobierno Ejecutivo, llegaron á poder de los comisionados cuando habían celebrado ya un tratado con el Paraguay. Este tratado tiene una grande importancia histórica, por la dirección que imprimió á la revolución interna, por el funesto extravío de ideas que produjo, y por ser el primer paso que se dió en el sentido de la disgregación y de la federacion.

Los comisionados del gobierno de Buenos Aires llegaron al Paraguay á fines de del mes de septiembre, y lo primero que pudieron ver al llegar á La Asunción, fué dos horcas levantadas en el medio de la Plaza Mayor. En ellas acababan de ser suspendidos los cadáveres de dos españoles, que engañados por un aparato de contrarrevolución fraguado por el Dr. Francia, habían pagado con la vida su credulidad. Esta farsa sangrienta, calculada para infundir el terror, fué el primer acto de la política sombría y suspicaz de aquel hombre, y ella le aseguró la supremacía en el gobierno local y el predominio sobre el pueblo. En sus manos estaban, pues, los destinos del Paraguay á la llegada de Belgrano y Echevarría á La Asunción, y desde luego era fácil prever cuál sería el resultado de la negociación. La dirección que había dado á la revolución del Paraguay, diametralmente opuesta á las miras de los que la ejecutaron, mostraba claramente que era enemigo de la influencia de Buenos Aires; sus exigencias posteriores revelaban un plan sistemado de disgregación, y su primer ensayo de terrorismo ponía de manifiesto sus tendencias al gobierno absoluto. Otros hombres menos preocupados que los comisionados, habrían podido entrever en el ömnipotente vocal de la Junta al futuro dictador, que debía segregar á su país del resto del mundo, realizando en él los delirios más ex-

travagantes de la tiranía. Pero ni la inteligencia candorosa de Belgrano, ni la perspicacia de Echevarría, pudieron penetrar el misterio de aquella alma, que ni se traicionaba por la palabra, ni se reflejaba en el rostro impasible y adusto del obscuro político con quien iban á tratar. Colmados de atenciones, entendiéndose únicamente con él, rodeados tan sólo de aquellas personas que el Dr. Francia permitió se les acercasen, vivieron encerrados en un círculo mágico, sin comprender cuál era la potestad misteriosa que así limitaba su esfera de acción, tasando lo que sus ojos debían ver y las palabras que debían oir. Visitados frecuentemente durante la noche por el astuto vocal, supo ganarse el afecto y la confianza de Echevarría, y en parte la de Belgrano, que siempre experimentó hacia él una repulsión instintiva.

Muchas veces se prolongaban sus conversaciones hasta la hora de la queda, las que generalmente se contraían á lo mal preparados que estaban los pueblos sudamericanos para la libertad. Este era el tema favorito del Dr. Francia, que conociendo en parte la revolución norteamericana, se manifestaba al mismo tiempo severo republicano, condenando como absurdo el sistema monárquico, al mismo tiempo que declaraba inaplicable para la América española, el régimen de la libertad en toda su extensión. Estas ideas, que contenían el germen de la más bárbara tiranía de los tiempos modernos, solían encontrar algún eco en el alma candorosa de Belgrano, amargada ya por los primeros desengaños de la revolución. Cuando á su vez le visitaban en su estudio, le encontraban rodeado de algunos libros, y colgado frente á su mesa el retrato de Franklin, lo que debía hacerles creer que aquel era el sublime modelo que se proponía imitar. Así se insinuó en el ánimo de los comisionados, y cuando llegó el momento de entrar en conferencias para ajustar los tratados, las bases estaban definitivamente convenidas, y las cuatro proposiciones del Paraguay, de que hemos hablado antes estaban de antemano aceptadas por parte de Buenos Aires, con más algunas amplia-

ciones favorables á las exigencias de la política descentralizadora de segregación. En esta negociación, toda la perseverancia, la habilidad y las ventajas estuvieron de parte del astuto diplomático paraguayo. El papel de los representantes del gobierno de Buenos Aires fué meramente pasivo, quienes sin alcanzar las conscuencias, sancionaron en cierto modo la segregación del Paraguay y la disolución política del antiguo Virreinato del Río de la Plata, que hasta entonces formaba una comunidad.

El tratado se firmó el 12 de octubre, y sus estipulaciones, que como lo preveía Rivadavia, llevan el sello del egoísmo más exigente por parte del Paraguay, no fueron bastantes para desengañar á los comisionados respecto del concurso que debían esperar de un aliado tan sospechoso. Tres puntos capitales comprendió el tratado que nos ocupa: 1.°, la descentralización de las rentas, ó sea la independencia económica; 2.°, la demarcación de los límites, ó sea la independencia territorial; 3.°, el establecimiento de una federación, ó sea la independencia política. Las tres envolvían la segregación.

En el preámbulo del tratado se daba el nombre de «Provincias Confederadas», á las que hasta entonces se llamaban «Provincias Unidas». Por el artículo 1.° se estipuló, que el estanco de tabaco quedase abolido, vendiéndose sus existencias á favor del Paraguay. Por el 2.°, que el impuesto de sisa sobre la yerba mate se pagase en La Asunción en vez de la capital, pudiendo en caso urgente gravarse con un derecho moderado su introducción á ella. Por el 3.° se declaraba, que la alcabala se cobraría en adelante en el lugar donde la venta se adeudase. Por el 4.°, se declaraba incluído en los límites del Paraguay, el departamento de La Candelaria, situado á la margen izquierda del Paraná.

El artículo 5.°, que es el más importante, fué redactado en los siguientes términos: «Por consecuen»cia de la independencia en que queda esta provincia »del Paraguay de la de Buenos Aires, conforme á lo

»convenido en la citada contestación de 28 de agosto »último, tampoco la mencionada excelentísima Junta »pondrá reparo en el cumplimiento y ejecución de las »demás deliberaciones tomadas por ésta del Paraguay »en junta general, conforme á las declaraciones del pre»sente tratado: y bajo de estos artículos, deseando am»bas partes contratantes estrechar más y más los víncu»los y empeños que unen y deben unir ambas provin»cias en una «federación» y alianza indisoluble, se »obliga cada una por la suya, no sólo á cultivar una »sincera, sólida y perpetua amistad, sino también á »auxiliar y cooperar mutua y eficazmente con todo gé»nero de auxilios, según permitan las circunstancias »de cada una, toda vez que lo demande el sagrado »fin de aniquilar y destruir cualquier enemigo que in»tente oponerse á los progresos de nuestra justa cau»sa y común libertad.»

Esta fué la primera vez que resonó en la historia argentina la palabra «federación», tan famosa después en sus guerras civiles, en sus Congresos Constituyentes y en sus destinos futuros.

Explicada y propagada dogmáticamente su doctrina por Moreno; repetida sin darle todo su alcance en medio de los bosques del Paraguay por Belgrano, el hombre más puro de sus anales, y siniestramente explotada por el Dr. Francia el más bárbaro de los tiranos, esa palabra, consignada en un tratado público, tomando una forma visible, no debía tardar en poner en conmoción á todos los pueblos del Río de la Plata, dando un punto de apoyo á la anarquía, y una bandera á la disolución política y social, que comprometería el éxito de la revolución y casi aniquilaría las fuerzas sociales, aun cuando después se convirtiera en la fórmula constitucional, sintetizando los elementos de vida orgánica del pueblo argentino.

Los comisionados creyeron haber obtenido un triunfo, pactando una liga federal con el Paraguay, habiendo cedido en realidad á sus exigencias, sin obtener en cambio la más mínima ventaja. Alucinábanse con la esperanza de que la nueva provincia confedera-

da concurriría con sus esfuerzos á la lucha en que estaban empeñados los pueblos del Río de la Plata, no comprendieron que los paraguayos, aprovechándose de su posición mediterránea, sólo aspiraban á aislarse, para ser tranquilos espectadores de los sucesos, sin perjuicio de cosechar el fruto de los sacrificios ajenos. La ceguedad de los enviados era tal á este respecto, que el mismo día en que firmaron los tratados escribieron al general sitiador de Montevideo asegurándole que contase con la cooperación de las tropas del Paraguay, que muy luego debían marchar hacia Itapuá y Candelaria para operar en combinación con él.

En los rasgos de esta política doble y egoísta, con tendencia al aislamiento, se empieza ya á dibujar la siniestra figura del Dr. Francia, que puede decirse fué el árbitro de la negociación, en que tan pasivo papel desempeñaron los representantes del gobierno general.

El gobierno general por su parte, aprobó los tratados (31 de octubre), en los siguientes términos: «Se »ha recibido el oficio de V. S. del 12 del presente á »que acompaña el acta del 12 del mismo, celebrada »cerca de la Junta de la provincia del Paraguay en »última resulta y transacción de los artículos pendien»tes que retardaban la interesante «federación» de ella »con este gobierno. Son de su mayor satisfacción los »artículos que ha acordado V. S., tanto porque en »ellos no ha perdido de vista el general objeto que »dirigió sus pasos para alcanzar este bien, cuanto por»que en ellos se ha conducido con la eficacia y rapi»dez que demandaba esta misión.» A la Junta del Paraguay le decía con la misma fecha: «Este gobierno »ha aprobado los tratados que á su nombre han ce»lebrado los representantes con V. S., y mira con »gran satisfacción empeñada á esa provincia en unir »sus esfuerzos á los que los habitantes de ésta emplean »por la libertad de la patria.»

Sólo á una parte de los tratados negó el gobierno su aprobación y fué á la que se refería á la demarcación de límites, por la cual el departamento de La Can-

delaria debía quedar incluído en la jurisdicción del Paraguay, declarando con tal motivo: «Este gobier»no que, aunque penetrado del verdadero espíritu que »debe mover sus deliberaciones, se ha resignado á ha»cer algunos sacrificios, no debe sufragar el conside»rable que le resulta de la pérdida de parte de su ju»risdicción comprendida en el artículo 4.º, si su ver»dadero sentido es conceder al Paraguay todo el de»partamento de La Candelaria. Sobre este único pun»to es que reencarga á V. S. que obtenga de un modo »favorable la subsistencia de nuestra delineación te»rritorial.» Así es cómo el gobierno de Buenos Aires, mientras aprobaba sin dificultad la segregación de una provincia entera, se detenía ante la concesión de un pedazo de territorio casi desierto. El Paraguay supo parar con habilidad este golpe dirigido con mano incierta. «La unión é íntima relación (contestó el 19 de »diciembre) que estrecha á ésta con esa provincia, ha »hecho que meditemos con seriedad la desmembra»ción y alteración de límites de que habla V. E. en »su oficio del 31 de octubre, refiriéndose al artículo »4.º de los tratados celebrados entre ambos; y cierta»mente, los conocimientos que se han adquirido sobre »los indicados límites de esta provincia, hacen ver que »el departamento de La Candelaria ha estado com»prendido siempre en ellos por lo que hace á ambas »jurisdicciones real y episcopal de esta provincia. No »obstante, se tendrá muy presente este punto para tra»tarlo en el primer Congreso que se celebre de sus »vecinos y moradores, de cuyo común sufragio depen»de la resolución del caso, y esté seguro V. E. que es»te gobierno hará cuanto sea dable por que sea ase»quible la reforma que solicita.» Esta cuestión quedó sin resolverse, y el territorio disputado fué más tarde causas de serias desavenencias.

Mucho antes de cambiarse estas notas, Belgrano y Echevarría habían dejado el Paraguay. Al despedirse del Dr. Francia los dos comisionados, quiso que llevasen un recuerdo suyo, y les ofreció una historia manuscrita del Paraguay y el retrato de Franklin que

adornaba su estudio, que era un rico grabado sobre acero. «Este es el primer demócrata del mundo, y el »modelo que debemos imitar—les dijo, presentándose»lo á Echevarría.—Dentro de cuarenta años, puede ser »que estos países tengan hombres que se le parezcan, »y sólo entonces podremos gozar de la libertad, para »lo cual no estamos preparados hoy.»

Tales fueron las últimas palabras que dirigió el que debía exceder en crímenes á los tiranos de la antigüedad á los dos hombres que sancionaron inocentemente el primer tratado de federación, palabra sinónima entonces de segregación y anarquía, en cuyo nombre debían cometerse crímenes mayores que los que mancharon la bárbara tiranía del Dr. Francia, hasta convertirse por la acción saludable del tiempo y la combinación de los hechos con los principios en fórmula constitucional del pueblo argentino, con la incorporación de nuevos elementos orgánicos.

CAPITULO XVII

La bandera argentina

1811-1812

Progreso de los principios democráticos.—Examen del organismo político.—Los partidos internos.—Constitución del poder.—La Junta conservadora.—El *Estatuto Provisional*.—Reconcentración del poder ejecutivo.—Garantías individuales.—Libertad de imprenta.—Belgrano es nombrado jefe de patricios.—Rasgo de desinterés.—Sublevación de los patricios.—Medidas de rigor.—Destierro de los diputados.—Miserable estado de las fronteras.—Nuevos planes militares.—Belgrano marcha al Rosario.—Monasterio.—Belgrano hace adoptar la escarapela azul y blanca.—Invención de la bandera argentina.—Escena de la inauguración de la bandera.—Miras ulteriores de los patriotas.—El gobierno desaprueba la nueva bandera.—Pueyrredón.—Belgrano . general en jefe del ejército auxiliar del Alto Perú.—Instrucciones que se le dan.—Mala situación de aquel ejército.—Belgrano se pone en marcha.

Al finalizar el año once, los principios democráticos del gobierno directo empezaban á generalizarse entre las clases ilustradas de la sociedad. Las ideas abstractas de la soberanía del pueblo, de la división de los poderes, del juego armónico de las instituciones libres, de los derechos inherentes al hombre social, empezaban á tomar formas visibles y tangibles y á convertirse en hechos prácticos, aunque de una manera embrionaria todavía. La constitución del poder ejecutivo se había modificado, vigorizándose, y tomado al mismo tiempo una forma que se acercaba más al gobierno de una república independiente. Los primeros ensayos para organizar un cuerpo legislativo, se habían hecho ya, aunque con poco éxito, por no haber acertado á romper con los precedentes coloniales del derecho comunal en cuanto á las bases de elección. La índole de los partidos que debían agitar aquella democracia naciente, empezaba á manifestarse en los

actos de la vida pública, y en el espíritu de resistencia que germinaba en las localidades. Este movimiento complejo de la revolución, presentaba á primera vista contradicciones marcadas, que sólo un examen detenido del organismo social puede hacer comprender.

Por una parte, veíanse á los hombres de ideas que habían encabezado y dirigido la revolución, en pugna con los instintos populares, halagándolos ó reprimiéndolos en vez de darles dirección. El partido demócrata, que debía su origen al genio de Moreno, aspiraba á la centralización política y á fortalecer en lo posible la acción de la autoridad, fijándola en la capital del Virreinato, para utilizar los elementos de poder del régimen colonial, que al mismo tiempo abolía en sus formas y destruía en lo esencial. Esta tendencia centralista, que tenía en vista el triunfo material de la revolución, no obstaba á que se presentara como el promotor de todas las reformas trascendentales tendientes á ensanchar el campo de acción de la libertad constitucional, sin limitar el del poder público. Pero como sucede á las minorías ilustradas que inician y conducen los grandes movimientos, temía que la intervención súbita del pueblo viniese á perturbar sus trabajos, porque no habían llegado á comprender aún que una revolución no puede generalizarse y triunfar sino por medios análogos á sus fines.

El partido que, personalizado en Saavedra, había empezado á hacer al espíritu local las primeras concesiones, desmoralizando en cierto modo la acción gubernamental, guardaba una actitud pasiva. Tímido para aceptar las reformas, imprudente para ceder á las exigencias descentralizadoras, aunque con más elementos de acción que ningún otro, carecía de iniciativa, y marchando constantemente á remolque de los acontecimientos, había comprometido la existencia de la revolución durante su permanencia en el poder.

A su vez, las masas populares estaban divididas en dos campos, que todavía no habían enarbolado sus banderas respectivas. Por una parte, los instintos mal satisfechos del provincialismo pugnaban con el nue-

vo orden de cosas, en cuanto á recibir la impulsión de un centro de acción, á la vez que simpatizaban con el movimiento de emancipación que se operaba. Las multitudes de las provincias, que, comprendiendo instintivamente los grandes objetos de la revolución la habían saludado con entusiasmo, se presentaban desalentadas al presenciar los severos reveses de la lucha y ver que no se cumplían las esperanzas con que se habían halagado. En unos y en otros empezaba á germinar el odio á Buenos Aires, que temperaba el sentimiento de indiferencia que los iba invadiendo. Obscuros caudillos, sin puesto fijo en el movimiento que se estaba operando, se deslizaban ya entre esas multitudes indecisas, y les hablaban al oído, encendiendo sus pasiones semibárbaras, y preparaban la escisión profunda que tendría lugar más tarde, cuando precipitándose por caminos opuestos la revolución externa y la revolución interna, continuase la una la obra de la independencia, y la otra su obra de disolución política y social, obedeciendo la una á un espíritu sistemático que tendía á la unificación contra el enemigo común, y la otra á la espontaneidad de su naturaleza, con tendencias instintivas hacia una reconstrucción indígena dentro de sus propios elementos, teniendo ambas su razón de ser.

El imponente grupo del triunvirato, que se había encargado de dirigir la nave del Estado en medio de la tempestad, dominaba este conjunto de elementos inertes ó heterogéneos; y animado por la voluntad firme y el genio sistemático de D. Bernardino Rivadavia, imprimía movimiento á los hombres y á las cosas, llevando de frente la triple tarea de organizar la administración, ensanchar los límites de la democracia y vencer las resistencias que se oponían á la marcha de la revolución, así en el interior como en el exterior. Apenas posesionado del gobierno, había reprobado un reglamento constitutivo dictado por la Junta Conservadora, de cuyas manos recibiera el poder. Ese reglamento, calculado para poner un término á la dictadura revolucionaria, tendía al mismo tiempo á per-

petuar el poder en los representantes de las provincias nombrados por los Cabildos y á debilitar la constitución del poder ejecutivo, creando, como se dijo entonces, una especie de aristocracia política violatoria de la misma soberanía que se atribuía la Junta representativa. El triunvirato, aconsejándose de los peligros de la situación, y poniéndose de acuerdo con el ayuntamiento de la capital, declaró atentatorio el proceder de la Junta Conservadora, y la disolvió por decreto de 7 de noviembre. Pero comprendindo al mismo tiempo que, para impulsar la revolución era necesario satisfacer las inspiraciones legítimas á un sistema de gobierno más regular y más en armonía con las tendencias de la época, expidió autoritativamente en 22 de noviembre un «Estatuto provisional», que fué la primera carta constitucional puesta en práctica, en que se delinearon á grandes rasgos los principios fundamentales del gobierno representativo.

Abolidas con anticipación las Juntas provinciales, que sin representación real no hacían sino desequilibrar el poder, el gobierno asumió la forma unitaria más elemental, y el Triunvirato tomó el título de «Gobierno Superior» Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, estableciendo la amovilidad de los mandatarios, y la responsabilidad para ante el primer Congreso que se reuniese, y subordinó mientras tanto su acción en algunos casos á una Asamblea General, compuesta del Cabildo de Buenos Aires, de representantes nombrados por el ayuntamiento de los demás pueblos y de un número de notables elegidos por el vecindario de la capital. Al Estatuto se siguieron los decretos sobre las garantías individuales y sobre la libertad de imprenta, decretos que tuvieron repercusión en Europa, y que hicieron fijar la atención de los pensadores sobre esta nueva constelación que se levantaba en el horizonte. Todas estas medidas, que revelaban un sistema deliberado de concentración robusta y de propaganda liberal á un mismo tiempo, eran inspiradas por Rivadavia, y formuladas por la pluma magistral de D. Nicolás Herrera,

que desempeñaba á la par de aquél las funciones de secretario del Triunvirato. Estas reformas liberales, aunque bien acogidas, no satisfacían del todo las aspiraciones del partido liberal que apoyaba al gobierno, y era fácil prever que llegaría un momento en que el espíritu de libertad se sobrepondría al espíritu gubernamental, así que pasara la inminencia del peligro, como en efecto sucedió, según se verá más adelante.

Tal era el estado de la revolución interior, cuando Belgrano llegó á Buenos Aires de regreso de su misión al Paraguay. Actor principal en los sucesos anteriores, y destinado á levantar muy luego el entusiasmo amortiguado de los pueblos, su papel fué por el momento muy secundario.

Nombrado coronel del regimiento 1.°, que era el primer tercio de patricios, que hasta entonces había mandado D. Cornelio Saavedra, tuvo ocasión de dar una de esas muestras de desinterés, que sirven de estímulo y de lección. «Procuraré—dijo al gobierno,—hacerme »digno de llamarme hijo de la patria. En obsequio de »ésta ofrezco la mitad del sueldo que me corresponde: siéndome sensible no poder hacer demostración »mayor, pues mis facultades son ningunas, y mi subsistencia pende de aquél; pero en todo evento sabré »también reducirme á la ración del soldado.» La aceptación fué digna de la oferta. «El contribuir todo ciudadano con su fuerza moral y física—contestó el gobierno,—á los sagrados objetos de la justa causa, es »su deber primero; pero desprenderse de lo que la »patria le franquea para su indispensable subsistencia, es retribuir á la patria cuanto ha recibido de »ella.»

Belgrano se posesionó del mando del regimiento de patricios con la austeridad que de era habitual, dictando desde luego algunas medidas disciplinarias, que debían enajenarle las voluntades de un cuerpo inquieto, compuesto de ciudadanos, cuyo mayor parte era inclinada al partido caído. El descontento no tardó en convertirse en rebelión abierta. Habíase ordenado

que todos los soldados se cortasen la trenza, que hasta entonces usaban, siendo ésta una singularidad en el ejército. Los arrogantes patricios se consideraban afrentados por su jefe, y antes que despojarse del ornamento en que cifraban su orgullo, apelan á las armas el día 7 de noviembre en número de cerca de mil hombres, se atrincheran en su cuartel, ocupan con artillería las bocacalles inmediatas, y desafían impávidos al gobierno, que contaban con el apoyo del ejército sitiador de Montevideo, que acababa de ser recibido en triunfo y jurar el Estatuto provisional. Proclamados por tres veces en el mismo día para que depusiesen las armas; exhortados por los obispos de Córdoba y de Buenos Aires, y agotados todos los medios de conciliación, el gobierno mandó someter á los sublevados á fuerza de armas, asaltando la posición que ocupaban. En el acto se lanzó sobre una pieza de artillería que ocupaba una de las bocacalles, una columna de 300 dragones desmontados al mando del coronel Rondeau, y se apoderó de ella, sufriendo un tiro de metralla, que dejó á éste sordo para siempre. Al mismo tiempo, otras tropas que ocupaban las alturas circunvecinas y entre ellas la torre de la iglesia del Colegio, concurrían eficazmente á este ataque vigoroso. Los amotinados, reconcentrados en el cuartel, hacían un vivo fuego de fusilería por las ventanas, que los dragones soportaron sable en mano, mientras que la pieza tomada disparaba á bala sobre ellos, quedando como cincuenta muertos y heridos de parte á parte. Al fin tuvieron que rendirse á discreción, y librarse á la clemencia del gobierno.

El gobierno, templado por la fibra de Rivadavia, estaba resuelto á hacer un severo escarmiento, y mostróse inflexible á los ruegos de las familias llorosas que pedían gracia. En menos de tres días substanció la causa, aunque según la expresión de un historiador, no firmó la sentencia con ojo enjuto. El día 11 fueron pasados por las armas once de los amotinados, condenados á presidio los menos culpables, disueltas las tres compañías que habían encabezado la sedi-

ción, y despojado el regimiento de su número de honor, de su antigüedad y de su uniforme.

Estas medidas de rigor fueron seguidas por un acto de violencia menos justificado. Apareciendo de algunos leves indicios, que la sublevación reciente había sido promovida por el partido del movimiento de 5 y 6 de abril, y que el objeto era restablecer la Junta Conservadora, el gobierno, apoyado en tan débiles fundamentos, ordenó que los antiguos diputados de las provincias saliesen de la capital en el término de 24 horas. Así fué condenada al ostracismo la última sombra del partido vencido. Los diputados perseguidos, dispersándose en las provincias como las postreras chispas de una hoguera casi extinguida, fueron á llevar á ellas nuevos elementos de combustión y descontento, y á preparar la reacción que más tarde debía refluir de la circunferencia al centro. En la capital eran individuos: en sus respectivos pueblos se convirtieron en entidades políticas.

A pesar de la vigorosa centralización organizada por el Gobierno Superior, y de la manera revolucionaria con que usaba de sus medios y facultades, los peligros de la situación eran inmensos. Reconcentrada la defensa del Estado al corazón del territorio, las fronteras estaban casi á merced del enemigo. El ejército del Alto Perú, compuesto de las miserables reliquias escapadas de la derrota del Desaguadero, constituía el único antemural de las provincias del Norte, amenazadas por fuerzas muy superiores, que ocupaban los desfiladeros de la frontera; y hacia el Oriente, volvía á encenderse de nuevo la guerra con Montevideo, apoyada por las intrigas y tropas del Brasil, mientras que la marina española, señora de las aguas, dominaba las costas desguarnecidas del Río de la Plata y sus afluentes.

En tal situación, el gobierno pensó seriamente en someter á Montevideo, y en asegurar el dominio del Paraná, cerrando su paso á la marina española. Para el efecto, había ordenado la construcción de baterías de costa en los ríos Uruguay y Paraná, y el estable-

cimiento de los campos militares convenientemente situados á la margen occidental de ambos ríos. El del Paraná se situó sobre el pequeño pueblo Rosario, sesenta leguas más arriba de su embocadura. Este mando militar se confió á Belgrano, quien marchó á ocupar su puesto á la cabeza de su regimiento, sobre el cual había establecido ya su ascendiente moral. A fines de enero salió de Buenos Aires, y el 10 de febrero llegó al Rosario, donde se hallaban ya los dragones de la Patria, un piquete de artillería y algunas otras tropas colecticias.

El nuevo comandante militar se ocupó en activar los trabajos de las fortificaciones, pues según se creía, una flotilla española debía penetrar muy luego por el río, para cortar la línea de comunicaciones de la capital con el Entre Ríos. Era preciso, pues, estar prevenido para cerrarle el paso. Los trabajos que al efecto se emprendieron, confiáronse al coronel de ingenieros don Angel Monasterio, el Arquímedes de la revolución, que aunque nacido en España, se decidió con ardor por la causa americana, y fundió los cañones, las balas, las bombas y los morteros que sirvieron para poner sitio á Montevideo. Belgrano y Monasterio eran dos hombres nacidos para entenderse, por el espíritu de orden matemático de que estaban poseídos, y por la actividad y celo que desplegaban en el servicio público, así es que los trabajos adelantaron rápidamente bajo su dirección, no obstante la falta de brazos y sobre todo de dinero. En menos de quince días se terminó la batería de la barranca, que dominaba el estrecho canal del río por el oeste, y se construyó otra en la isla fronteriza, artillada con tres piezas de grueso calibre.

Antes de terminarse los trabajos de fortificación, se tuvo aviso que una escuadrilla enemiga compuesta de cuatro lanchas con un grueso cañón cada una, convoyando varios otros buques con 500 hombres de desembarco, debían salir de Montevideo, con el objeto de atacar las baterías del Rosario y posesionarse de La Bajada del Paraná.

A la aproximación del peligro, el espíritu de Bel-

grano se exaltó, y buscando en su alma nuevas inspiraciones para transmitir su entusiasmo á las tropas que mandaba, concibió la idea de dar á la revolución, un símbolo visible, que concentrase en sí las vagas aspiraciones de la multitud y los propósitos de los hombres de principios. Resuelto á acelerar la época de la independencia y á comprometer al pueblo y al gobierno en esta política atrevida, empezó por proponer la adopción de una «escarapela nacional» (febrero 13 de 1812), fundándose en que los cuerpos del ejército la usaban de distinto color, de manera que en vez de ser un símbolo de unión «casi era—decía,—una señal de división cuya sombra, si era posible, debía alejarse.» El gobierno, cediendo á la exigencia de Belgrano, declaró por decreto de 18 de febrero, «que la escarapela »nacional de las provincias del Río de la Plata sería »de color blanco y azul celeste.»

El 23 empezaron los ciudadanos á usar del nuevo distintivo nacional, que hasta entonces sólo había sido una divisa popular. En el mismo día se distribuyó á la división de Belgrano, quien al dar cuenta de este hecho, pone en claro el significado que daba á aquel acto. «Se ha puesto en ejecución—dice,—la orden de »V. E. fecha 18 del corriente, para el uso de la escara»pela nacional que se ha servido señalar, cuya determi»nación ha sido del mayor regocijo, y excitado los de»seos de los verdaderos hijos de la patria de otras »declaraciones de V. E., que acaben de confirmar á »nuestros enemigos de la firme resolución en que es»tamos de sostener la Independencia de la América.»

En posesión de la escaparela, asumió sobre sí la seria responsabilidad de enarbolar una nueva bandera, en momentos en que flameaba el pabellón español en la Fortaleza de Buenos Aires. En vísperas de guarnecer las dos baterías, ofició al gobierno en estos términos: «Las banderas de nuestros enemigos son las »que hasta ahora hemos usado; pero ya que V. E. ha »determinado la escarapela nacional con que nos dis»tinguiremos de ellos y de todas las naciones, me atre»vo á decir á V. E. que también se distinguieran

»aquéllas y que en estas baterías no se viese tremo»lar sino las que V. E. designe. Abajo, excelentísimo »señor, esas señales exteriores que para nada nos han »servido, y con que parece aun no hemos roto las »cadenas de la esclavitud.»

El día 27 era señalado para inaugurar las baterías, á las cuales había bautizado con dos nombres simbólicos, que traducían las aspiraciones de su alma. Batería de «La Libertad» llamó á la de la barranca, y de «La Independencia» á la de la isla. Deseando coronarlas con un pabellón digno de estos nombres, que representaban dos grandes ideas, resolvió enarbolar resueltamente en ellas el estandarte revolucionario, á cuya sombra debía conquistarse una y otra. En consecuencia, escribió con aquella fecha al gobierno: «Sien»do preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, mán»dela hacer blanca y celeste, conforme á los colores »de la escarapela nacional. Espero que sea de la apro»bación de V. E.»

En la tarde del día indicado se formó la división en batalla sobre la barranca del río en presencia del vecindario congregado por orden del comandante militar. A su frente, se extendían las islas floridas del Paraná que limitaban el horizonte; á sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie se reflejaban las nubes blancas en fondo azul de un cielo de verano, y el sol que se inclinaba al ocaso iluminaba con sus rayos oblicuos aquel paisaje lleno de grandiosa majestad. En aquel momento, Belgrano que recorría la línea á caballo, mandó formar cuadro, y levantando la espada, dirigió á sus tropas estas palabras: «¡Soldados de la patria!: En este punto he»mos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional: »en aquel (señalando la batería Independencia) nues»tras armas aumentarán sus glorias. Juremos vencer »á nuestros enemigos interiores y exteriores, y la Amé»rica del Sur será el templo de la Independencia y de »la Libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo «¡Viva la patria!» Los soldados contestaron con un prolongado «¡Viva!» y dirigiéndose en seguida á un

oficial que estaba á la cabeza de un piquete, le dijo: «Señor capitán y tropa destinada por la primera vez »á la batería Independencia: id, posesionaos de ella, »y cumplid el juramento que acabáis de hacer.» Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde, y en aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, reflejo del hermoso cielo de la patria, y su ascensión fué saludada con una salva de artillería. Así se inauguró la bandera argentina.

Esta escena nueva, calculada para impresionar los ánimos por sus formas escénicas, y comprometer á los tímidos en todas las consecuencias de la revolución, causó tanto entusiasmo en las tropas, como sorpresa y desagrado en el gobierno. Todos dieron al acto el significado que realmente tenía, y vieron en él algo más que el preliminar de la declaratoria de la independencia. Evidentemente, todos los hombres de la revolución marchaban á ese fin, y aunque se gobernaban todavía á nombre de Fernando VII, obraban como si realmente hubiese tenido lugar la emancipación. A la sombra de la corona de un monarca cautivo, organizaban una verdadera república democrática. Esta política prudente, que iba convirtiéndose en pusilánime, servía á la vez de escudo á los trabajos trascendentales de los patriotas, que sabían á dónde iban, y de antifaz á los tímidos que vivían con el día y tenían en vista reservarse una retirada para todo evento. Esta política, se avenía mal con la franqueza y el ardor de los patriotas como Belgrano, que quería que la revolución quemase sus naves porque esperaba más del entusiasmo de los pueblos una vez declarada la independencia, que de la invocación hipócrita de nombres en los que nadie creía. Así pensaba Wáshington en igual situación.

Declarada la escarapela azul y blanca con la denominación de «nacional», quiso creerse autorizado para enarbolar una bandera con los mismos colores, lo que importaba lo mismo que anunciar la aparición de una nueva nación. Este acto aislado, en oposición á un plan de política sistemada que presidía á la gestión de

los negocios públicos, sólo habría tenido consecuencias trascendentales impuesta por un general prestigioso al día siguiente de una victoria ó decretada por una asamblea popular. El gobierno no podía por lo tanto prestarle su sanción, así es que le contestó reprobando su conducta y mandó arriar la bandera. «La situación pre»sente—le decía con tal motivo,— como el orden y con»secuencia de principios á que estamos ligados, exige »por nuestra parte, en materias de la primera entidad »del Estado, que nos conduzcamos con la mayor cir»cunspección y medida; por eso es que las demostracio»nes con que inflamó V. S. á las tropas de su mando, »esto es, enarbolando la bandera blanca y celeste, co»mo indicante de que debe ser nuestra divisa sucesi»va las cree este gobierno de una influencia capaz de »destruir los fundamentos con que se justifican nues»tras operaciones y las protestas que hemos anuncia»do con tanta repetición, y que en nuestras comunica»ciones exteriores constituyen las principales máxi»mas políticas que hemos adoptado. Con presencia de »esto y de todo lo demás que se tiene presente en este »grave asunto, ha dispuesto este gobierno, que suje»tando V. S. sus conceptos á las miras que reglan las »determinaciones con que él se conduce, haga pasar »como un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera »blanca y celeste enarbolada, ocultándola disimulada»mente y substituyéndola con la que se le envía, que »es la que hasta ahora se usa en esta Fortaleza, y que »hace el centro del Estado; procurando en adelante no »prevenir las deliberaciones del gobierno en materia »de tanta importancia, y en cualquier otra que, una »vez ejecutada, no deja libertad para su aprobación, »y cuando menos, produce males inevitables, difíciles »de reparar con buen suceso.»

Esta severa reprobación dada á la conducta del que primero enarboló la primer bandera nacional, teniendo en vista la emancipación de la América, fué merecida ante el juicio de sus contemporáneos, y constituye una de sus glorias ante la posteridad. Afortunadamente, ella no llegó por el momento á sus manos, y más ade-

lante se verá que por idéntico motivo debía repetirse más de una vez. La circunstancia que le evitó el dolor de verse reprobado por su gobierno, señala una nueva faz de su vida, en que trasladado á más vasta escena y magnificándose sus cualidades en presencia de situaciones más difíciles y de sucesos más importantes, realiza los hechos que le han creado sus títulos á la inmortalidad y empieza realmente á ser un hombre ilustre.

Por una feliz coincidencia, en el mismo día en que enarbolaba en el obscuro pueblo del Rosario la bandera á cuya sombra debía conquistarse la independencia americana, era nombrado en la capital, general en jefe del ejército del Perú, á cuya cabeza debía salvarla. El general don Juan Martín Pueyrredón que estaba encargado de este mando, pidió que se le nombrara un reemplazante por hallarse según él creía, próximo á morir, pero en realidad porque se consideraba incompetente para el puesto. Pueyrredón, después de sus hazañas durante las invasiones inglesas, se había hecho expectable por una brillante retirada que efectuó desde Potosí después del contraste de Huaqui, en que salvó todos los caudales que allí existían á la cabeza de un pequeño destacamento, con el cual batió varias veces á los enemigos que lo perseguían, abriéndose paso hasta Tucumán. Esta retirada, que en su tiempo fué hiperbólicamente comparada á la de Xenofonte, hizo que el gobierno se fijase en él para confiarle el mando de las reliquias del ejército del Alto Perú, en el cual no desplegó absolutamente ningún talento militar.

El mando del ejército del Perú no era de ambicionar: falto de hombres, de armas y de dinero, y con la ardua misión de contener un ejército triunfante, cuatro veces más numeroso, era difícil encontrar un general que tuviera la resolución de aceptar una responsabilidad tan seria, contando con tan mezquinos elementos de resistencia. Pero Belgrano era el hombre del sacrificio y del deber, así es que, aun cuando se hallaba seriamente enfermo, no vaciló en aceptar el

nuevo puesto que se le encomendaba, por lo mismo que al comunicarle su nombramiento se le avisaba, que por cartas y oficios interceptados al enemigo, sabíase que Goyeneche reunía un ejército de más de tres mil hombres, para ocupar con él la provincia de Salta, y que, en la imposibilidad de contenerlo, se le prevenía se pusiera en retirada para salvar el material de guerra, evitando comprometer las pequeñas fuerzas puestas bajo su dirección. Estas instrucciones, dictadas en presencia de los peligros que amenazaban por el oriente, despojaban el mando del ejército del Perú hasta de los estímulos de la gloria, é imponían á quien se encargase de dirigirlo, el triste y vergonzoso deber de presenciar la conquista del territorio sin disputar al enemigo el paso.

En cumplimiento de las órdenes del gobierno, que le prevenían «ponerse en marcha sin pérdida de momentos para evitar una disolución que podía tener lugar», Belgrano tomó la posta el 1.° de marzo, tendido en un carruaje á causa de sus dolencias, como el mariscal de Sajonia cuando iba á vencer en Fontenoy. Acompañábanle tan sólo sus ayudantes y ordenanzas. Este contingente iba á decidir los destinos de la revolución americana en un campo de batalla.

CAPITULO XVIII

Cochabamba

1811-1812

Plan de Campaña de la Revolución.—Goyeneche y la Carlota.—Resistencia de Cochabamba.—Nueva insurrección de Cochabamba.—El ejército patriota se refuerza en Salta.—Su miserable estado.—Pueyrredón general en jefe.—Díaz Vélez jefe de vanguardia.—Combate de Nazareno.—Pueyrredón se retira con el ejército á Yatasto.—Belgrano se posesiona del mando.—Toma la ofensiva.—Jefes y oficiales del ejército.—Situación moral y material del ejército.—Estado de las provincias interiores.—Ideas de Belgrano sobre este punto.—Reorganización del ejército.—Reformas militares que introduce en él Belgrano.—Progresos en la opinión.—El obispo de Salta.—Desinteligencia entre el gobierno y la Asamblea.—Disolución de ésta.—Opiniones de Belgrano sobre este punto.—Su correspondencia con Rivadavia.—Estado de Cochabamba.—Planes de Belgrano.—El barón Holmberg.—Bendición de la bandera argentina.—Abolición del paseo del estandarte real.—Belgrano es reprendido por la bendición de la bandera.—Notable contestación.—Heroica resistencia de los cochabambinos.—Cochabamba sucumbe.—Los realistas se disponen á invadir las provincias argentinas.—Situación crítica de Belgrano.

Los sucesos que van á desenvolverse serían mal apreciados y no bien comprendidos, sin el conocimiento de algunos de sus antecedentes y del teatro en que deben verificarse. Esto hace indispensable que, antes de dar cuenta de los trabajos de Belgrano en la organización del ejército del Alto Perú, demos algunas noticias sobre la situación militar del país en aquella época.

Las operaciones militares de la revolución tuvieron siempre dos puntos de mira: al oriente, Montevideo; y al norte el Alto Perú. Dominando á Montevideo teníase en vista asegurar la base de las operaciones, que era la capital; y marchando por el camino del Alto Perú, se esperaba extender la insurrección por todo el continente sudamericano. Este grandioso plan de campaña estaba en todas las cabezas, y habría producido

los resultados que se calculaban, si la intervención brasileña por una parte no hubiese hecho levantar el sitio de Montevideo, y si la funesta derrota del Desaguadero por otra, no hubiera obligado á retrogadar á las tropas triunfantes de la Junta, desde los confines del Virreinato del Bajo Perú, hasta las fronteras de la provincia de Salta.

En la época á que hemos llegado, los enemigos reaccionaban sobre el plan de campaña de la revolución, y procuraban vencerla por los mismos caminos, aunque siguiendo rumbos opuestos. Montevideo esperando ser reforzado con tropas de la Península española, se ponía de acuerdo nuevamente con los portugueses, para obrar en combinación con el ejército realista triunfante en el Alto Perú. Goyeneche, de acuerdo con la infanta Carlota, había obtenido del príncipe regente una orden dirigida al general portugués del ejército de la banda oriental, para que prestara eficaz cooperación á sus operaciones: y el mismo general le escribía excitándolo «á acelerar sus marchas, prosiguiendo la carrera de »sus triunfos para coronarlos en la ciudad de Buenos »Aires», á cuyo fin le aseguraba podía contar con el apoyo de sus fuerzas. Como se ve, los planes del enemigo coincidían con los de la revolución. Ellos querían destruir la base que los patriotas se afanaban en consolidar, y marchaban por la misma ruta á rechazarla en sus avances y á sofocarla en su centro. El peligro más inmediato era el de Montevideo, así es que el gobierno contraía toda su atención á este punto, y aglomeraba sobre la línea del Uruguay todos los elementos de guerra de que podía disponer, fiando á las reliquias del ejército del norte la guarda de sus fronteras por la parte del Perú.

Los restos del ejército patriota habían evacuado completamente el Alto Perú á consecuencia de la derrota del Desaguadero, dejando en pie la insurrección de Cochabamba. Esta heroica provincia, teatro de gloriosas hazañas, que fué la primera que por sí sola se levantó en armas á favor de la Junta de Buenos Aires, á espaldas del ejército enemigo (14 de septiembre de

1810) antes de la batalla de Suipacha, que había alcanzado casi inerme el segundo triunfo de la revolución, venciendo ejércitos disciplinados con multitudes armadas de cañones y arcabuces de estaño, hondas y macanas, no quiso doblar el cuello á la espada del vencedor de Huaqui. A su ejemplo mantuviéronse dispersas en el país algunas guerrillas de naturales, animadas del mismo espíritu. El ejército español con Goyeneche á su cabeza, pasó al sur del Desaguadero, haciendo preceder su marcha con manifiestos de clemencia, tendientes á conquistar los ánimos de las poblaciones. Aunque la restauración era impopular, algunas de ellas salieron al encuentro del triunfador, rogándole se adelantase á «enjugar las lágrimas que el despotismo de »los insurgentes había hecho derramar á los fieles ve»cinos oprimidos por el rigor y por la fuerza.»—La insurrección de Cochabamba fué vencida muy luego en la batalla de Sipe-Sipe (primera de este nombre), y el afortunado Goyeneche entró triunfante en su capital (21 de agosto de 1811) entre aplausos y aclamaciones «producto más bien de temor que del verdadero arrepentimiento», dice un historiador español. Debe decirse en su honor, que su conducta fué bastante moderada, y que no abusó demasiado del triunfo, contentándose con extraer todas las armas de la provincia rebelde y dictar algunas medidas severas de seguridad, pero sin derramar sangre. Poco después estableció su cuartel general en Potosí, dominando á Tarija, y amagando con su vanguardia las fronteras de Salta por Humahuaca. Desde aquel punto ocupóse en pacificar el país devastado por la guerra y en remontar su ejército que llegó á contar 4.000 hombres sobre las armas.

A la cabeza de un ejército relativamente tan numeroso, coronado dos veces por la victoria, y sabedor que los patriotas no podían oponerle sino poco más de 1.000 hombres desmoralizados y sin armas, Goyeneche habría emprendido un movimiento decisivo sobre Salta, si el estado amenazador del país, no bien subyugado aún, no hubiese paralizado sus operaciones. La revolución retoñaba por todas partes con mayor vigor. A

medida que se internaba, las poblaciones se insurreccionaban de nuevo á su espalda, desde el Desaguadero hasta Cochabamba, al extremo de interceptar completamente sus comunicaciones con el Bajo Perú, y privarlo de los auxilios de Lima. Esta insurrección espontánea levantó por segunda vez el espíritu varonil de la indomable Cochabamba, que irradiaba en torno suyo sus bandas inermes y valerosas. Vencida en los sangrientos combates de Urupana y Condorchinoca, fué abierta de nuevo por los esfuerzos combinados del virrey de Lima y de Goyeneche, la línea de comunicaciones interrumpida. Los cochabambinos abandonaron las alturas, teatro de tantas tragedias, y replegados á sus valles, continuaban la guerra con tesón. En tales circunstancias recibió el virrey de Lima la noticia del armisticio celebrado entre Montevideo y Buenos Aires, lo que le hizo temer una nueva invasión de parte de los patriotas para apoyar la nueva insurrección de Cochabamba. Esto, unido á la necesidad de asegurar la base de operaciones antes de comprometerse en un movimiento ofensivo, explica la causa de la inacción de Goyeneche, que en esta ocasión obró con prudencia y tino militar.

Mientras tanto, las reliquias del ejército patriota se habían replegado á Salta en número como de 800 hombres, que al finalizar el año 11 no pasaban de 1.734 hombres con 967 fusiles. De esta masa informe se recibió el general Pueyrredón, y aunque no era el hombre de las circunstancias, su presencia fué benéfica para el ejército y simpática á los pueblos. Con la mira de contener los progresos del enemigo, y de prestar apoyo á los esfuerzos desesperados que hacía Cochabamba por sacudir el yugo, reforzó la vanguardia al mando del coronel Díaz Vélez, que llegó á tener bajo sus órdenes más de 800 hombres de las tres armas. Con estas fuerzas tomó Díaz Vélez la ofensiva sobre las avanzadas enemigas situadas en Yavi. El jefe realista Picoaga, que se hallaba de vanguardia á la cabeza de 700 hombres, tuvo que retirarse precipitadamente á Tupiza, donde habiéndosele incorporado el

resto de su división compuesto de 400 hombres, hizo alto en la margen septentrional del río Suipacha, teatro de la primera victoria de las armas de la revolución. Díaz Vélez ocupó el sur de la quebrada de Nazareno é inmediatamente empeñó fuertes guerrillas sostenidas por su artillería de montaña. Esto sucedía al finalizar el año 11.

El día 12 de enero de 1812, se decidió el jefe de la vanguardia patriota á vadear el río y á atacar al enemigo en sus posiciones, bajo el fuego de su infantería y artillería ventajosamente situadas. El éxito de este ataque, más atrevido que bien calculado, fué adverso á las armas de la libertad. Una avenida de las montañas que hizo crecer repentinamente el río desconcertó completamente la combinación, interceptando los movimientos de las columnas, y dejó comprometida parte de la caballería patriota que ya había efectuado el pasaje, sin que pudiese la infantería concurrir al ataque. En consecuencia tuvo que retirarse á sus posiciones con la pérdida de 140 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. La vanguardia patriota habría sucumbido aquel día si Picoaga, aprovechándose de su ventaja, la hubiera atacado inmediatamente que bajó el río. Á los seis días se decidió á tomar á su vez la ofensiva, y posesionándose de las alturas del sur del río Suipacha se disponía á caer sobre Díaz Vélez, cuando llegó á su campo el mariscal don Pío Tristán, seguido por parte de un batallón de refuerzo. Lisonjeándose obtener un éxito más completo, mandó suspender el ataque. Previendo Díaz Vélez las consecuencias de la falsa posición que ocupaba, retiróse en la noche por el camino de Jujuy, y no paró hasta que llegó á la quebrada de Humahuaca, cuarenta y cinco leguas á retaguardia. En esta posición cerraba uno de los pasos precisos del enemigo y se hallaba en aptitud de recibir mayores refuerzos del cuerpo de reserva ó replegarse á él sin pérdida en caso necesario.

Fué en estas circunstancias cuando Goyeneche, abandonando por un momento el prudente plan de mantenerse en el Alto Perú, pareció resuelto á invadir la

provincia de Salta á la cabeza de tres mil hombres, dejando suficientemente guarnecido el país que quedaba á su espalda, con los mil hombres restantes. Las cartas que participaban esta resolución al virrey de Lima, cayeron en poder de las guerrillas que lo hostilizaban por su espalda, y por este conducto llegaron muy luego á manos de Pueyrredón, quien en vista de la inminencia del peligro y antes de cerciorarse de los movimientos del enemigo, resolvió replegarse á Tucumán, abandonando la posición de Jujuy, que ocupaba con su cuartel general.

En prevención de todo, el general patriota había entablado una correspondencia directa con Goyeneche, sobre la base de la independencia y reunión de un Congreso americano, proponiéndole un arreglo pacífico que, rechazado en su forma y en su fondo, había sido empero acogido por el general enemigo como materia á discutir, invitándole al efecto á una conferencia en Suipacha. En retirada ya hacia Tucumán, y pendiente la negociación iniciada, fué cuando Pueyrredón pidió con instancia su relevo, nombrándose en consecuencia al general Belgrano pra reemplazarle en el mando. Sea que Goyeneche esperase algún resultado de la negociación iniciada, ó que su amenaza hubiese sido un ardid de guerra, ó lo que es más cierto, que visto la impopularidad de su empresa entre los suyos, cambiara de idea y se decidiese á dominar la insurrección de Cochabamba antes de comprometerse en una nueva guerra, el hecho es que, casi al mismo tiempo que el ejército patriota volvía la espalda, se pusieron en retirada las avanzadas realistas que habían alcanzado hasta Humahuaca, sin haber pasado de Suipacha el grueso de la vanguardia.

A medidos de marzo llegó Pueyrredón á Yatasto, cincuenta leguas á retaguardia de Humahuaca y veinte á vanguardia de Tucumán. El 26 llegó Belgrano al mismo punto, y el día siguiente proclamó á las tropas, exhortándolas á la constancia, á la subordinación y al respeto á los pueblos. En seguida, informado del estado de desmoralización de una parte de los oficiales,

les habló en particular, diciéndoles que el que no tuviera bastante fortaleza de espíritu para soportar con energía los trabajos que les esperaban, podía pedir su licencia, porque él no quería á su lado sino hombres dispuestos á sacrificarse por la patria. Hablando del estado de la oficialidad decía: «Atribuyo la deserción »y el desaliento de la tropa más á la clase de oficiales »que á los mismos soldados, pues éstos como cuerpos »inertes se mueven al impulso de aquellas palancas... »Parece que se deleitasen en decir á cuantos ven, que »apenas habrá doscientos fusiles en el ejército... Esto »que debería reservarse lo propalan, y sin conseguir »remedio, sólo se causa desaliento entre estos habitantes »que parecen de nieve respecto de esta empresa.» Sin contaminarse de este mal espíritu, inmediatamente impartió sus órdenes para contramarchar y abrir de nuevo la campaña, de acuerdo con Pueyrredón, que ya también se había decidido á volver caras, en vista de la retirada del enemigo.

Esta resolución era salvadora, y con ella empezó á establecerse su ascendiente moral sobre aquel ejército, compuesto de elementos heterogéneos, cuyos resortes necesitaban ser reemplazados por una voluntad superior. Los obstáculos que para establecer ese ascendiente tenía que vencer, nacían principalmente del espíritu de que estaban animados los jefes que se consideraban con más títulos que él al mando en jefe. Entre éstos, las dos figuras más prominentes eran las de los coroneles don Eustaquio Díaz Vélez y don Juan Ramón Balcarce, reputados como las dos primeras cabezas militares del ejército, especialmente Balcarce, por la calidad de antiguo veterano. El primero, formado en las guerras de la revolución, carecía de las calidades que requiere el mando superior; pero era respetado, aun por los enemigos, por su espíritu emprendedor, y dominaba á los amigos por su tono enfático y por su actividad febril. El segundo, dotado de valor y lleno de patriotismo, era considerado con razón por uno de los jefes más expertos en el arma de caballería; pero rutinero y algo jactancioso, no

podía simpatizar mucho con el nuevo general, sobre todo, perteneciendo al partido que había perseguido á Belgrano.

Su nombramiento fué más simpático á los oficiales que entonces empezaban á distinguirse, y que más tarde debían hacerse célebres. Entre los más notables contábanse don Manuel Dorrego, que ya empezaba á llamar la atención por su genio inquieto y su valor fogoso; don José María Paz, que se hacía distinguir por las calidades contrarias, que eran el amor al orden y una voluntad tenaz en el cumplimiento de su deber; don Rudesindo Alvarado, carácter lleno de gravedad y modestia, valeroso en la obediencia é irresoluto en el mando superior; y por último don Gregorio Araoz de La Madrid y don Cornelio Zelaya, que pasaban por las primeras espadas de la caballería patriota, y habíanse hecho populares por una valentía que rayaba en temeridad. En cuanto á los soldados, su influencia no podía hacerse sentir tan inmediatamente: desmoralizados los veterannos por los contrastes, y sin espíritu los reclutas, el vértigo de la deserción se había apoderado de ellos, al extremo que, según las palabras del mismo general, «ni la muerte podía contenerla.» Tal era el estado moral del ejército del Alto Perú.

En cuanto á su situación material, ella era mucho más lamentable. Los cuerpos desorganizados, inermes, desnudos y en esqueleto, no alcanzaban á formar entre todos un total de 1.500 hombres, y de éstos, más de una cuarta parte en el hospital.

Desprovisto de armas para los sanos, y hasta de medicamentos para curar á los enfermos, sólo contaba con 580 fusiles útiles y 215 bayonetas para la infantería, y 21 carabinas y 34 pistolas para la caballería. La artillería se reducía á un cañón de á 2 y 5 de 1 de montaña; y en el parque sólo había una existencia de 34.000 cartuchos de fusil. El gobierno, que tenía fija su atención sobre la banda oriental, y nada esperaba del ejército del Alto Perú, contestaba á Belgrano en vista del estado del armamento, que «en primera oportunidad se enviarían las bayonetas.» En cuanto á los oficiales,

no tenían ni espadas, y haciéndolo presente el general, se le contestaba: «El Estado no tiene en el día ni »espada ni sable disponible, ni tampoco dónde com»prarlo.»

A estas dificultades morales y materiales agregábase la falta de dinero, y el espíritu hostil de las poblaciones desalentadas por los infortunios de dos años de revolución. El entusiasmo del primer momento había pasado, y la reacción empezaba.

La división de los partidos, los celos de las provincias con la capital, que ya empezaban á despertarse: los desencantos sufridos y las calamidades de una guerra asoladora, eran otras tantas causas disolventes, que habían contribuído á amortiguar el espíritu público. Belgrano, á cuyo ojo observador no habían escapado estos síntomas alarmantes, pintaba al gobierno esta situación con triste colorido: «Ni en mi »camino del Rosario—le decía con fecha 2 de mayo,— »ni en aquel triste pueblo, ni en la provincia de Cór»doba y su capital, ni en las ciudades de Santiago, »Tucumán y Jujuy, he observado aquel entusiasmo »que se manifestaba en los pueblos que recorrí cuan»do mi primer expedición al Paraguay; por el contra»rio quejas, lamentos, frialdad; total: indiferencia; y »diré más: odio mortal, que casi estoy por asegurar que »preferirían á Goyeneche cuando no fuese más que por »variar de situación y ver si mejoraban. Créame V. E.: »el ejército no está en país amigo; no hay una sola »demostración que me lo indique; no se nota un solo »hombre que se una á él, no digo para servirle, ni »aun para ayudarle: todo se hace á costa de gastos y »sacrificios... se nos trata como á verdaderos enemi»gos; pero qué mucho ¡si se ha dicho que ya se aca»bó la hospitalidad para los porteños y que los han »de exprimir hasta chuparles la sangre!» Ya antes había dicho con igual motivo: «Esto me hace afirmar »más y más en mi concepto de que no se conoce en parte »alguna el interés de la causa de la patria, y que sólo »se ha de sostener por la fuerza, interior y exterior»mente.» El gobierno consideraba con más altura que

Belgrano la situación, y explicándose naturalmente el origen de la enervación de los ánimos, le contestaba en 26 de mayo: «Es demasiado amargo saber el »estado violento de las provincias, según V. S. lo re»presenta, y en su consecuencia, deseando restituir á »toda costa á esos pueblos los bienes de cuya privación »se quejan y promover el espíritu público, único apo»yo de nuestra causa, espera que, pesando con madu»rez todas las consecuencias que puedan conducir á »tan santos fines, toque los arbitrios que estén á su »alcance para cooperar á asegurarlos, informando so»bre los medios prácticos que se puedan tocar para »hacerles sentir las benéficas y puras intenciones del »gobierno.»

En contestación, decía Belgrano: «La opinión de los »pueblos sólo puede sostenerse por la justicia. Ellos »son ignorantes por lo común; pero saben muy bien lo »que se les debe, y acaso por su mayor ignorancia se »consideran acreedores á más de lo que les corres»ponde.» Sentadas estas bases, aconseja al gobierno obre de conformidad á los principios fundamentales de buen gobierno y á las ideas de libertad proclamadas, observando el Estatuto jurado, por lo mismo que no tenía más garantía que la de su buena fe, castigando severamente toda infracción y «entregando á »la execración pública á los que ultrajan la dignidad »de los pueblos, violando su constitución.» Explica el disgusto de los pueblos por la falta de observancia de estas reglas y por la impunidad de los que lo han hecho padecer aún más que en la época colonial, por lo que viendo que, «no habiendo quién ponga freno »á la iniquidad, miran con desprecio las promesas que »les son favorables.» Insiste sobre la conveniencia de pagar el ejército todo lo que consuma, para que distribuyéndose con más igualdad las cargas, se pusiesen de parte de la revolución los intereses menos lastimados y no se localizaran los males de la guerra. Por último, concluía proponiendo otros remedios de más lenta y difícil aplicación, que no eran de las circunstancias ni del resorte de un general, cuya misión era disputar

el terreno que pisába. «Para hacerles ver las venta»jas que deben prometerse de la nueva constitución—»decía,—y para que desde ahora empiecen á sentir las »influencias benéficas de un gobierno independiente y »liberal, sería muy conveniente circular oficios á los »Cabildos, ordenándoles que propaguen los medios de »efectuar varios establecimientos muy necesarios á la »educación de los jóvenes, ramo el más preciso y el »más abandonado, por infelicidad nuestra, para el au»mento de población y remedio de las necesidades ge»nerales de estos habitantes como son las escuelas pú»blicas, etc. Que expongan lo que consideren conve»niente para fomentar el comercio interior, ya fran»queando los caminos que no son conocidos, ya facili»tando el cultivo, consumo y extracción de varios fru»tos del país (como el arroz de Tucumán), ya ade»lantando sus manufacturas (como los tejidos de Cór»doba y de Santiago). Por estos medios recobrarían »sus primeras esperanzas, tomaría vigor el Estado, se »aumentarían notablemente los recursos, y se deste»rraría la ociosidad tan común en nuestro suelo.» Bajo los entorchados del General se ve aquí asomar la mano del antiguo Secretario del Consulado.

Así, pues, un triple deber estaba encomendado al general en jefe del ejército del Alto Perú: remontar el personal y la moral de un ejército desorganizado, infundiéndole aliento nuevo; proveer las necesidades imperiosas que reclamaba el miserable estado de su material de guerra, y lo que era más arduo, levantar el espíritu de los pueblos abatidos ó enconados, y atraerlos á la causa de la libertad, comprometiéndolos en la revolución. El hombre estaba á la altura de la situación, y gracias á su actividad, á su infatigable perseverancia, á su genio creador y metódico, y á su política enérgica y conciliadora, realizó más de lo que humanamente podía esperarse, dadas la mezquindad de los elementos y las circunstancias dificilísimas que le rodearon.

La reorganización del ejército fué el primer trabajo que acometió. Aunque desprovisto de pericia militar

había estudiado los maestros de la guerra, y tenía sobre ellos ideas más fijas y netas que la vulgaridad de los antiguos militares de táctica y de rutina, que le miraban con cierta prevención irónica. Así es que todas sus medidas fueron acertadas, y después de haber impuesto á todos por el carácter, dominó por su incontestable superioridad en el arte difícil de organizar un ejército en todos sus detalles y de imprimir á las masas dirección metódica. Sin ser un genio guerrero reveló desde luego que él era el hombre de las circunstancias, y que los estímulos poderosos del patriotismo y del deber suplían suficientemente las cualidades militares que le faltaban.

Habiendo resuelto volver á recuperar el terreno perdido en la retirada de Yatasto, se trasladó al Campo Santo, punto situado un poco á vanguardia de Salta, sobre el río Labayen que desemboca en el río grande de Jujuy. Allí estableció su campamento, avanzando sus destacamentos hasta los desfiladeros del Perú. En esta posición se contrajo á la ímproba tarea de dar al ejército una reorganización regular, y desenvolvió simultáneamente un plan de mejoras económicas y profesionales perfectamente calculado, escribiendo al mismo tiempo en su libro copiador: «Mucho hay que hacer y mucho que trabajar para poder dar forma á esto »que se llama ejército y que, reunido, tal vez no formaría un regimiento.»

Empezó por organizar una compañía de guías, compuesta de hombres prácticos en el país, con lo que se proveyó de una verdadera carta topográfica del teatro de la guerra, sobre el cual, según él mismo lo decía, «estaba á obscuras.» En seguida creó un cuerpo de cazadores de infantería, el primero que se haya formado en el Río de la Plata, dando por razón «que á su »entender era la única tropa para aquellos países, todos de emboscada.» Para suplir á la falta de armamento, y penetrado de la idea demostrada por Federico, de que los fuegos de la caballería son inútiles en las batallas, meditó armarla de lanza, dándole así una incontestable ventaja sobre la del enemigo. «Con

»esta idea—decía,—he dado á los dragones, que no »tienen armas de fuego, lanza, y mi escolta es de las »que llevan esta arma; para quitarles la aprensión que »tienen contra ella y se aficionen á su uso viendo en mí »esta predilección.» Descendiendo á la administración, se reorganizó el parque y la maestranza, mejoró el hospital, creó las oficinas de provisión, reglamentó su contabilidad, organizó un tribunal militar y la planta de un cuerpo de ingenieros, ramos mal atendidos ó totalmente descuidados hasta entonces. Estableció las revistas diarias, hizo efectiva la responsabilidad, remontó los resortes relajados de la disciplina, fundó una academia práctica para los oficiales y clases inferiores, metodizó los ejercicios doctrinales, y á caballo de día y de noche, inspeccionando por sí la comida del soldado, la cama del enfermo, el cartucho que se elaboraba, el fusil que se limpiaba y los libros y oficinas de los empleados de hacienda, no dispensando la menor falta y estimulando á los que mejor cumplían con su deber, llegó á merecer de los soldados los nombres populares de «Chico Majadero» y «Bomberito de la patria», siendo tal el ascendiente que le dió esta perseverancia, que según el testimonio de uno de sus oficiales en aquella época, preferían ser destinados á un puesto peligroso antes que incurrir en una reprensión del General. Comprendiendo por intuición los secretos del mando, fué justo y severo al mismo tiempo, al contener á todos con el freno saludable de la disciplina, sin personalizar su autoridad, y creó así un nuevo espíritu militar sin atropellar la dignidad humana. En este sentido, Belgrano fué no sólo un general de circunstancias, sino el fundador de una escuela militar, que ha dado á la patria guerreros ilustres, dotados de grandes virtudes cívicas, y que se han hechos distinguir por su capacidad para organizar.

Imbuído de las ideas que había adquirido en sus lecturas y con poco conocimiento de la topografía del país, fué menos feliz en sus concepciones militares, en lo relativo al sistema defensivo que meditó adoptar. Desconociendo la naturaleza de las guerras popula-

res, ó dejándose tal vez seducir por una reminiscencia clásica, creyó que podría renovarse con más fortuna la sublime escena de las Termópilas, fortificando los desfiladeros que conducían al Perú, y estableciendo baterías en los pasos precisos por donde pudiera penetrar el enemigo. «Pasado mañana—decía al gobierno el 4 de abril,—medito salir para reconocer los »puntos que sean más á propósito para situar baterías »que impidan la entrada á estos países desde el Perú: »si el enemigo me diese tiempo para establecerlas, me »persuado de que podré conseguir el fin que me pro»pongo.» Al pensar así, partía de la base falsa de que las posiciones inexpugnables por el frente, no podían ser rodeadas por sus flancos, y que su defensa era posible sin un ejército que maniobrase al mismo tiempo y se apoyara en ellas. Este error, en que incurrieron algunos de sus sucesores, prueba por lo menos que su inteligencia se ocupaba en buscar los medios de contener al enemigo y sostener su puesto con honor. Por entonces esta idea no tuvo consecuencias, y aun parece que se convenció de que era irrealizable en la extensión que la meditaba, pues habiendo hecho por el país la excursión proyectada, se limitó á fortificar más tarde la quebrada de Humahuaca, y la experiencia demostró la inutilidad de este sistema defensivo.

Sus progresos en la opinión de los pueblos fueron lentos, pero seguros. Su vasta correspondencia da una idea de sus trabajos en este sentido. A todos escribía de su puño y letra, y en sus cartas, por lo general cortas, aunque no muy precisas, nunca descuidaba intercalar una línea sobre los deberes del patriotismo, difundiendo así por el medio más eficaz, las ideas y los sentimientos que quería inocular en los pueblos. Usando alternativamente de la energía y la blandura, supo atraerse las simpatías de las familias más importantes del país, y dominó con mano firme las resistencias que le oponían los enemigos encubiertos de la causa, entre los cuales se contaban casi todos los curas, acaudillados por el obispo de Salta, en comunicación con el enemigo. Habiendo sorprendido su correspondencia con

Goyeneche, dió un golpe de autoridad, ordenando al obispo saliese de la capital en el término de veinticuatro horas, y desde entonces todos comprendieron que no había inmunidades para los enemigos de la libertad. Pero las simpatías personales, el respeto que infundía su elevado carácter, y el ejercicio ora templado, ora vigoroso, de su autoridad, no bastaban para cimentar el amor de los pueblos, y él lo sabía bien. Por eso fiaba más bien este resultado á un sistema económico, que le permitiese no hacer sentir todos los males de la guerra sobre las provincias que ocupaba, pues nada enajena más las voluntades de los pueblos que las exacciones de las tropas mal atendidas, y los auxilios que en tales casos los jefes se ven obligados á sacar por la violencia para mantenerlas. Esta era su idea fija antes de recibirse del mando. «Es necesario »—decía,—mantener y sostener el ejército, para cuan»to gasto cause, porque de otro modo acabaríamos de »perder el crédito que felizmente ha tratado de recu»perar D. Juan Martín Pueyrredón.» Y después de recibido del mando escribía: «Para llevar adelante mis »miras y mantener el ejército como debe ser, vestido, »alimentado y pagado, recobrando el crédito perdido en »el interior, se necesita dinero, y es indispensable que »V. E. me provea de él.» Para atender á estas exigencias, el gobierno le remitió 40.000 pesos fuertes. Con esta cantidad, sujetándose á la más severa economía, pudo atender al ejército, sin hacerlo pesar sobre las poblaciones, reservándose para más adelante comprometerlas en la revolución por medios más directos y eficaces, si fuere necesario.

Lisonjeábase Belgrano con la esperanza de que acabaría por levantar el espíritu público y conquistar la voluntad de los pueblos en favor de la causa de la revolución, empleando solamente estos medios, cuando un nuevo suceso ocurrido en la capital, vino á encender de nuevo los fuegos amortiguados de la discordia entre la capital y las provincias.

Con arreglo á lo dispuesto en el «Estatuto Provisional», debía formarse una asamblea de vecinos, com-

puesta del modo que ya se explicó. Esta corporación, aunque arbitraria y eventual, satisfacía hasta cierto punto las exigencias del sistema representativo, acostumbraba al pueblo á la idea de un poder deliberante, proveía á la renovación periódica de los gobernantes, y al mismo tiempo dejaba á éstos la suficiente latitud de acción para dominar la situación. En vez de cien individuos de que debía componerse, el gobierno, á petición del Cabildo de la capital, acordó que sólo la integraran treinta y tres miembros, despojando así á los pueblos de la facultad que se les había reconocido de nombrar sus apoderados por medio de sus Cabildos, según la tradición de las antiguas cortes de la madre patria. El Cabildo de Buenos Aires se atribuyó esta facultad, y nombró por sí á la suerte, los once apoderados de las provincias, dando á la capital una representación de veintidós diputados, y abrió la asamblea bajo su presidencia. Bajo estos auspicios era de esperarse una asamblea dócil; pero no sucedió así. El predominio del ejecutivo, aunque legitimado por el peligro, empezaba ya á pesar á los liberales por una parte y al partido de la descentralización por otra. Puestos en contacto unos y otros, y estimulados por las tendencias de la época, los diputados se creyeron verdaderamente investidos con el carácter de soberanos, y olvidando su origen equívoco y la extensión de sus atribuciones, se pusieron muy luego en choque con el poder ejecutivo, con motivo de la eleción de uno de sus vocales, en reemplazo de D. Juan José Passo. El voto de la mayoría recayó en D. Juan Martín Pueyrredón, el cual, hallándose ausente, debía ser suplido con arreglo al Estatuto por un secretario, que era Rivadavia. En vez de esto, se arrogó la facultad de nombrar el suplente. Al día siguiente comunicó al gobierno «que habiendo tratado sobre el carácter que re»vestía, había sancionado que le correspondía la auto»ridad suprema sobre toda otra autoridad constituída »en las Provincias Unidas del Río de la Plata.» La contestación del gobierno fué la disolución de la asamblea.

Encargado el ejecutivo de dominar una situación difícil, no podía fiar la suerte de la revolución á una corporación que tan poco tino mostraba en la gestión de los negocios públicos; ni podía sacrificar las exigencias primordiales de la salud pública á los respetos de una entidad bastarda que no emanaba de la soberanía, por más que la representase en sus tendencias y sus vagas aspiraciones.

Para justificar este proceder se publicó un manifiesto, que llegó á manos de Belgrano en los momentos en que más se lisonjeaba haber hecho callar las prevenciones contra la capital.

El suceso, aunque justificado por motivos que escapaban á la penetración vulgar, no podía menos que producir en los pueblos un mal efecto, y el General lo sintió desde luego. «Recibo el manifiesto de V. E.—»le decía al gobierno el 2 de mayo.—Ha sido para mí »un golpe fatal, porque preveo que van á presentarse »nuevos obstáculos, nuevas dificultades, y que el ene»migo va á echar más profundas raíces, destruyendo »acaso lo que había empezado á trabajar, y de que me »quería prometer sacar alguna utilidad á favor de la »causa de la patria, por que tanto he anhelado. Qui»siera tener todos los conocimientos necesarios, y ser »tan capaz de alcanzar con acierto el medio de conse»guir que volvieran los pueblos á aquel primer entu»siasmo, con otra reflexión que entonces; mas á mí no »me ocurre otro que, el de que V. E. arbitre el modo »de hacerles conocer que Buenos Aires no quiere do»minarlos, idea que va cundiendo hasta los pueblos »interiores, y de que ya se trata aún en el mismo Co»chabamba.»

Las ideas de Belgrano eran esencialmente democráticas, y creía, por lo tanto, que el nervio de las revoluciones consistía en el impulso de los pueblos más bien que en la acción aislada de los gobiernos, por vigorosos que fueran. En su sentir, la causa no ganaría terreno mientras no se diera más participación al pueblo en el gobierno del Estado, y atribuía el mal éxito de los ensayos parlamentarios hechos has-

ta entonces, á la mala base que se había adoptado para constituir el poder legislativo. Así, poco tiempo después, cuando se trataba de reunir otra asamblea en reemplazo de la disuelta, escribía (4 de julio) confidencialmente á Rivadavia: «Veo que se ha meditado en »celebrar una Asamblea extraordinaria; ¡pues bien! »debe también pensarse en darle la supremacía, y para »que no se altere sino lo que el gobierno tenga por »conveniente, no puedan faltar medios... Así se contentarían los pueblos, y así llevarán las determinaciones »el sello de la voluntad general, que tanto importa »no sólo para nosotros, sino también para los extran»jeros; y no habrá quien diga que tres hombres se han »usurpado el poder y que todo es obra del despotismo. »Bien conozco que hay circunstancias delicadas, que »no es dable se pesen por muchos con el pulso nece»sario; pero generalmente en esta clase de juntas hay »uno ó dos hombres que conducen á los demás por sus »talentos ó virtudes, ó porque sin nada de esto, se »forma un buen concepto de ellos: á los primeros pa»sos se averigua esto, y se trata con ellos lo que se »cree más conducente... Mas yo no sé á qué me pongo »á hablar con usted de esta materia, cuando estoy cierto de que lo sabía.»

Estas reflexiones, que revelan tanto buen sentido práctico como previsión política, no eran las ideas dominantes entre la mayoría de los hombres de Estado en aquella época, y por no atenderlas, cayó más tarde el gobierno que las resistía. Se creía entonces, que la soberanía de una asamblea deliberante era incompatible con la centralización administrativa y el vigor del poder ejecutivo, sin comprender que los pueblos sólo se apasionan por aquello en que toman parte, y que las revoluciones sólo se extienden por la concurrencia de todas las voluntades. El día que aquella soberanía se estableció, el poder ejecutivo se robusteció moralmente con su concurso, tomó un carácter más definido, su acción fué más eficaz, y la revolución se generalizó por medio de leyes inmortales que llevaron según lo deseaba Belgrano, el sello de la

voluntad general, proclamándose desde lo alto de la tribuna una verdadera regeneración política y social, resultados que evidencian el alcance de sus previsiones.

El hombre que con tan claras vistas abarcaba así lo presente y lo porvenir, llevando de frente la complicada tarea de fundar la libertad por el triunfo de las buenas ideas, y conquistar la independencia por la espada, era presa en aquellos momentos de incertidumbres y contrariedades. Quería abrir la campaña y faltábanle hombres, armas y municiones. Quería ponerse en marcha á pesar de todo, y le faltaban elementos de movilidad, porque la precipitada retirada de Pueyrredón había inutilizado los bueyes, recuas de mulas y caballadas. Para colmo de conflictos, la fiebre intermitente se propagó en el campo, al extremo que cerca de la mitad del ejército (20 de abril) cayó enferma, y ni quinina había para curar á los calenturientos. Las construcciones de vestuarios y municiones y la recomposición de armas, no marchaban en Tucumán á medida de su impaciencia, y el gobierno, á pesar de sus reiterados reclamos, no le hacía llegar auxilio alguno, á excepción de unas cuantas planchas de hojalata que á petición suya le remitió por el correo, para construir tarros de metralla. Al mismo tiempo, los cochabambinos, próximos á sucumbir, le suplicaban con instancia se hiciese un amago que llamase al menos la atención del enemigo, y dividiese sus fuerzas. «Me »véo detenido con perjuicio de la causa — decía en »mayo 6,—y me es muy doloroso, que cuando nuestros »hermanos del Perú están sacrificándose, esperanzados »en nosotros, y con sólo la súplica que entretengamos »al enemigo con nuestra presencia, dejándoles á ellos »su destrucción, no pueda acceder á ella por una fal»ta... Me hierve la sangre al observar tanto obstáculo, »tantas dificultades, que se vencerían rápidamente si »hubiese un poco de interés por la patria.»

En efecto, Cochabamba iba á sucumbir por segunda vez. Apenas el ejército patriota bajo el mando de Pueyrredón había iniciado su movimiento de retirada, cuando el general realista, variando hábilmente

de plan, resolvió caer sobre aquel foco peligroso de insurrección, que no era prudente dejar á su espalda. En consecuencia de esta resolución, dejó á Tristán sobre Tupiza, con el objeto de hacer frente al ejército patriota á todo evento, reunió el grueso de sus fuerzas en Potosí, y se dirigió sobre Cochabamba por el camino de los valles de Cliza y Mizque con 2.500 hombres de las tres armas, y ocho piezas de artillería de montaña. Al mismo tiempo varias columnas se dirigían por otros caminos al mismo punto, oprimiendo á la heroica provincia en un círculo de hierro y de fuego. Este era el estado de las cosas en el Alto Perú á mediados del mes de mayo, en que Belgrano se disponía á abrir de nuevo la campaña, para salvar si era posible á Cochabamba.

En tal estado, la noticia de la remisión de algunas armas era celebrada como un gran acontecimiento, así es que cuando supo que se habían dirigido á la banda oriental doscientos fusiles que le venían destinados, hubo de apoderarse de él la desesperación. La resignación del que está dispuesto á cumplir con su deber vino en su ayuda. «¡ Á V. E.—decía al gobierno,—la »gloria de llevar adelante su idea de arrojar á los »enemigos de la banda septentrional con preferencia »á todo, y á mí el hacer algo que pueda contener á los »enemigos !»

Bajo estos auspicios y con tales propósitos movió sus fuerzas del Campo Santo, y el 19 de mayo estableció su cuartel en Jujuy. En seguida hizo que el coronel don Juan R. Balcarce, nombrado mayor general por enfermedad de Díaz Vélez, se adelantara hacia Humahuaca, con una fuerte vanguardia compuesta del batallón de Pardos y Morenos, y los regimientos de húsares y dragones, que en su totalidad formaban más de la mitad del ejército. Balcarce aumentó esta fuerza regimentado á los habitantes de la quebrada, y creó así el primer núcleo de la terrible caballería gaucha, que más tarde debía sembrar el terror en las filas españolas. A la vez fortificó la garganta de la misma quebrada, para precaverse de un golpe de mano, con arreglo á las instrucciones del General. La

vanguardia enemiga permanecía mientras tanto en Suipacha.

El mismo General confiesa en su correspondencia que no tenía por entonces plan fijo, y que sólo se movía impulsado por el honor, y porque comprendía que la inacción ó la retirada importaba la derrota. «Yo »podría—decía el 19 de mayo,—emprender algo, y tal »vez con mejores avisos del estado de Suipacha me »dirija en contra de aquel punto; pero si la suerte de »las armas me es adversa, ¿á dónde apelar? ¡apelaré á estos pueblos, en quien sólo veo la frialdad, »y si cabe decir, una oposición formal!» Y terminaba diciendo: «Seguiré mis pasos, haré cuanto pueda para »irme manteniendo mientras... pueda tener gente ins»truída y buenas armas, y la Divina Providencia nos »abra un camino para mejorar de suerte.»

Al principo había meditado enviar á Díaz Vélez á tomar el mando de Cochabamba; pero habiéndole hecho presente aquél la imposibilidad de hacerlo sin una fuerza que le sirviera de apoyo, desistió por el momento de este proyecto. Se limitó por lo tanto á avivar la insurrección de los naturales por su izquierda en el territorio de Atacama, manteniendo por aquella parte franca su línea de comunicaciones con los que hostilizaban al enemigo en Chayanta y Ancacato, en consonancia con los cochabambinos. Después de contar sus fuerzas y ver que no tenía 1.200 hombres sobre las armas; después de contar sus cartuchos y ver que sólo tenía cincuenta mil tiros; después de pasar revista á sus armas y ver que la mayor parte eran de poca utilidad, y que los dos tercios de los fusiles no tenían bayonetas, decía al gobierno el 24 de mayo: «No hallo »otro arbitrio que adoptar la defensiva y estar á las »miras de las circunstancias, por si puede convertirse »en ofensiva, mientras V. E. toma las medidas que »crea conducentes para reforzarme bajo todos aspectos, »empezando por los hombres, y concluyendo hasta con »la pólvora para las salvas de la victoria.»

En su correspondencia con Rivadavia, le manifiesta las mismas necesidades, en términos que revelan las

dudas que lo asediaban en medio de tantas angustias. «Nada podré—le decía,—y en vano serán las esperan»zas que se depositan en mí. Usted conoce y sabe »bien que los mejores deseos no equivalen á unas »malas armas con pólvora y municiones.» En otra ocasión le escribía: «Siempre me toca la desgracia de »que me busquen cuando el enfermo ha sido atendido »por todos los médicos y lo han abandonado: es pre»ciso empezar con el verdadero método para que sane, »y ni aun para eso hay lugar, porque todo es apu»rado, todo es urgente; y el que lleva la carga es »quien no tuvo la culpa de que el enfermo moribundo »acabase... Bastante he dicho, y bastante he demos»trado con los estados que he remitido; ¿se puede »hacer la guerra sin gente, sin armas, sin municiones, »ni pólvora siquiera? Usted me ha ofrecido atender »á este ejército: es preciso hacerlo, y con la celeridad »del rayo, no por mí, pues al fin mi crédito es de »poco momento, sino por la patria.»

Por este tiempo llegó al ejército el barón Holmberg, militar de la escuela alemana, cuyos conocimientos especiales y aptitud para organizar le fueron muy útiles para remediar en parte las necesidades de que se quejaba. Nombrado jefe de estado mayor en los ramos de artillería y de ingeniería, dió nueva vida al parque y la maestranza, mejoró la organización de la artillería, cooperó á la instrucción de la infantería y contribuyó en cuanto era posible á habilitar el armamento para un día de batalla, sugiriendo al mismo tiempo las ideas que su mayor experiencia en las guerras europeas le dictaba, aunque no todas ellas fueron aplicadas con bastante discernimiento. Además de estos servicios prestó otro más importante, que fué el llegar á fundir cañones, obuses y morteros, con lo cual puede decirse duplicó la fuerza del ejército patriota. El general, que era fácil de apasionarse, manifestó al noble aventurero una predilección tan marcada, que dió lugar á que entre la oficialidad se formase contra éste un partido de oposición, á cuya cabeza se puso Dorrego. Este fué el germen de las divisiones

intestinas que más tarde agitaron al ejército del Alto Perú, hasta que Belgrano, dominando todos sus elementos rebeldes, lo sometió á la dura ley de disciplina.

En medio de estos trabajos y dificultades, le sorprendió el segundo aniversario del 25 de Mayo, que ya desde entonces los pueblos celebraban como una gran fiesta nacional. El General aprovechó esta oportunidad para fijar el significado de aquel día, y levantar el espíritu del pueblo, repitiendo la escena de la bandera azul y blanca, enarbolada por la primera vez en las baterías del Rosario. Al rayar la aurora del memorable día, el ejército se hallaba formado frente al alojamiento del General, del que se sacó la bandera con toda pompa, marchando en seguida á enarbolarla en los balcones del ayuntamiento, en vez del estandarte real que se acostumbraba á desplegar en las grandes solemnidades públicas. Una salva de 15 cañonazos saludó la aparición de sus hermosos colores en la altura de los balcones. Bendecida por el canónigo Gorriti, allí tremoló durante todo el día la enseña que debía recorrer la América del Sur.

Al ponerse el sol, el general en jefe, asistido del Cabildo, la tomó en sus manos, y formando la tropa en cuadro doble, la arengó poseído del noble entusiasmo. «Soldados—les dijo,—el 25 de Mayo será para »siempre un día memorable en los anales de nuestra »historia, y vosotros tendréis un motivo más de re»cordarlo, cuando, en él por primera vez, veis en mi »mano la bandera nacional, que ya os distingue de las »demás naciones del globo... No olvidéis jamás que »vuestra obra es de Dios; que El os ha concedido esta »bandera, y que nos manda que la sostengamos.» Estrepitosas aclamaciones brotaron de las filas y se alzaron entre la multitud que llenaba la plaza, al terminar aquellas nobles y sencillas palabras. En seguida, formando la columna se puso á su cabeza paseando por las calles de Jujuy el nuevo estandarte al son de música y aclamaciones. Llegado al frente del ayuntamiento, desplegó en batalla, y recorriendo las filas

hizo flamear sobre todas las cabezas el nuevo pabellón que debía conducirlos á la victoria, y á cuya sombra todos habían de morir. «¡Nuestra sangre derramaremos por esa bandera!» exclamaban los soldados al verla pasar por su frente. «No es dable—dice él mismo,—pintar el decoro y respeto de estos actos, el gozo »del pueblo, la alegría del soldado, ni los efectos que »palpablemente he notado en todas las clases: sólo »puedo decir que la patria tiene hijos que sostendrán »su causa, y que primero perecerán que ver usurpados »sus derechos.»

Por su parte, el gobierno general celebraba en Buenos Aires el aniversario del 25 de Mayo, distribuyendo premios á la virtud, á la desgracia y á los servicios públicos; destinaba cantidades á la manumisión de esclavos y abolía el paseo del estandarte real «por »ser ceremonia humillante—decía el decreto,—intro»ducida por la tiranía é incompatible con la libertad.» Esta última circunstancia debía atenuar á sus ojos la reaparición de la bandera azul y blanca; pero creyéndose desobedecido, pues ignoraba que Belgrano no había recibido el oficio de reprobación de que se ha dado noticia en el capítulo anterior, le escribió en el acto amonestándolo en términos severos, y ordenóle pusiese remedio á tamaño desorden, con prevención que sería la última vez que sacrificaría á tal extremo los respetos de su autoridad. Sorprendido y lastimado á un tiempo, el General contestó disculpándose con dignidad; pero persistió tenazmente en sostener sus ideas de independencia, acabando por decir: «La »bandera la he recogido, y la desharé para que no »haya ni memoria de ella, y se harán las banderas »del regimiento número 6, sin necesidad de que su »falta se note por persona alguna; pues si acaso me »preguntan por ella responderé que se reserva para »el día de una gran victoria por el ejército, y como »ésta está lejos, todos la habrán olvidado y se conten»tarán con la que les presenten. En esta parte V. E. »tendrá su sistema; pero diré también con verdad, que »como hasta los indios sufren por Fernando VII, y

»los hacen sufrir con los mismos aparatos que nosotros »proclamamos la libertad, ni gustan oir nombre de »rey, ni se complacen con las mismas insignias con »que los tiranizan.»

Esta bandera debía volver á reaparecer al día siguiente de una gran victoria, conforme á los presentimientos del General, que la plegaba tristemente al mandato de la autoridad, proclamando al mismo tiempo la profesión de fe republicana que ella simbolizaba.

Al mismo tiempo que el paseo del estandarte real se abolía en Buenos Aires, y que una nueva bandera se inauguraba en Jujuy, la revolución caía vencida en Cochabamba, legando á la historia un nuevo ejemplo de heroísmo.

Dejamos antes al grueso de las fuerzas de Goyeneche en número de 2.500 hombres en marcha sobre Cochabamba por los valles de Mizque y Cliza, mientras otras columnas concurrían al ataque por otros puntos, siendo la principal de ellas la del coronel Lombera, fuerte de más de 1.200 hombres, que saliendo de Oruro, debía entrar por la puerta de Tapacari, y descender por ella al valle, centro de la insurrección. Por el lado de La Paz, del Valle Grande y de Santa Cruz de la Sierra avanzaban otras fuerzas no menos imponentes.

La heroica provincia no desmayó por esto; pero si le sobraban hombres y entusiasmo, faltábale armamento y sobre todo dirección. Los dos caudillos de la revolución, Arce y Antezana, comandante general el uno y prefecto el otro, estaban divididos por los innobles celos del mando, que ni en presencia del peligro supieron deponer. En vez de concentrar sus fuerzas para salir al encuentro de Goyeneche, que capitaneaba la columna más considerable, resolvieron dividirse por mitad toda la fuerza y el armamento disponible. Este último consistía en cuarenta cañones, de estaño casi todos, y 400 arcabuses de estaño igualmente, que se habían fundido en Cochabamba para suplir la falta de fusiles. El resto, hasta cerca de

seis mil hombres de á pie y de á caballo, estaba armado con las formidables macanas ó garrotes con que había triunfado en los campos de Aruhuma. Arce se movió con la mitad de esta fuerza al encuentro de Goyeneche, y Antezana quedó con la suya esperando la división Lombera. El primero se situó ventajosamente sobre los altos Pocona, que interceptaban el camino que traía el general realista, el cual había hecho preceder su marcha con intimaciones pacíficas. Cochabamba no quiso escuchar más condición que la evacuación de su territorio.

El 24 de mayo á las siete de la mañana fué atacado el ejército cochabambino situado en los altos de Pocona, y después de un corto fuego tuvo que replegarse en derrota, dejando en el campo diez y ocho cañones, de estaño en su mayor parte, y bastante número de muertos y prisioneros. Esto se verificaba al mismo tiempo que Lombera se acercaba á la ciudad de Cochabamba por los altos del Arque, después de haber sorprendido en su tránsito algunas guarniciones y entregado á las llamas varios pueblos del camino.

Cediendo á la influencia de las autoridades, los cochabambinos enviaron una nueva diputación á Goyeneche proponiendo el sometimiento á discreción é implorando la clemencia del vencedor, á lo que Goyeneche pareció acceder. Pero no era esta la resolución del pueblo: resuelto á perecer antes que rendirse, se reunió en la plaza pública en número como de mil hombres, y allí interrogado por las autoridades si estaba dispuesto á defenderse hasta el último trance, contestaron algunas voces que sí. Entonces las mujeres de la plebe que se hallaban presentes, dijeron á grandes gritos, que si no había en Cochabamba hombres para morir por la patria y defender la Junta de Buenos Aires, ellas solas saldrían á recibir el enemigo. Estimulado el coraje de los hombres con esta heroica resolución, juraron morir todos antes que rendirse, y hombres y mujeres acudiendo á las armas, se prepararon de nuevo á la resistencia; y tomaron posesión del Cerro de San Sebastián, inmediato á la ciu-

dad, donde aglomeraron todas sus fuerzas y el último resto de sus cañones de estaño. Las mujeres cochabambinas inflamadas de un espíritu varonil, ocupaban los puestos de combate al lado de sus maridos, de sus hijos y de sus hermanos, alentándolos con la palabra y con el ejemplo, y cuando llegó el momento, pelearon también y supieron morir por su causa.

A pesar de tan heroica perseverancia, á pesar de tanto sacrificio generoso, Cochabamba sucumbió. Forzada la posición de San Sebastián el día 27, después de dos horas de combate, las tropas realistas entraron á sangre y fuego por las calles de la ciudad, la que fué entregada al saqueo por el espacio de tres horas. Las poblaciones emigraron en masa á los desiertos, y el irritado vencedor menos clemente que en su primer entrada, hizo pasar por las armas á Antezana que se encontró en un convento disfrazado de fraile, y á varios de sus compañeros, clavando sus cabezas en los caminos; confiscó las propiedades, y regó el territorio conquistado con la sangre que brotaba de los infelices indios bárbaramente azotados. Arce entre tanto, ocupó la espalda del enemigo, marchó sobre Chuquisaca con parte de las miserables reliquias escapadas de la catástrofe, y rechazado en aquel punto, se dirigió por el camino del despoblado buscando la incorporación de Belgrano, quien recibió la fatal noticia al finalizar el mes de julio.

La situación nunca había sido más crítica; pero á imitación de la heroica Cochabamba, no por eso decayó el ánimo del General. Su lenguaje en esta circunstancia fué digno, y sus resoluciones aunque no bien calculadas, manifestaban que estaba resuelto á avanzar en vez de retroceder. «Si es cierta—decía al »gobierno,—la pérdida total de Cochabamba, debemos »esperar que el enemigo vuelva sus pasos contra nos»otros, y será muy doloroso, muy contrario á nuestra »opinión y muy perjudicial al espíritu público, si te»nemos que dar pasos retrógados, de que es indis»pensable la pérdida de intereses y perjuicios consi»guientes á estos pueblos, que renovarán sus odios,

»si es que están amortiguados, ó los aumentarán; »pues clamarán como lo hacen los del interior (los »del Perú), que los porteños sólo han venido á ex»ponerlos á la destrucción, dejándolos sin auxilios en »manos de los enemigos, ¡borrón que no debe caer »en la inmortal Buenos Aires!» En parte por lavar esta mancha, y en parte por ver si era posible detener la invasión del enemigo mientras reunía mayores elementos de resistencia, volvió á su antiguo proyecto de enviar á Díaz Vélez al Perú, no ya con dirección á Cochabamba, sino á Chayanta, donde aun se mantenía la insurrección, acaudillada por los célebres guerrilleros Cárdenas, Lanza y otros. Por esta vez se decidió á desprenderse de cien hombres de sus mejores tropas; pero la rapidez con que se desenvolvieron las operaciones, á la vez que las dificultades que se tocaron, aun para armar convenientemente tan pequeña fuerza, hicieron que este proyecto nunca se realizara, limitándose por el momento á enviar al capitán Zelaya con una partida de ochenta hombres, para que protegiese la emigración de los dispersos que venían por el camino del despoblado.

A mediados de julio, tuvo aviso que el enemigo había reforzado considerablemente su vanguardia de Suipacha, y que sus avanzadas batían el campo hasta la Quiaca. Todo anunciaba una próxima invasión, y en consecuencia se previno para obrar con sus fuerzas reconcentradas. Al finalizar el mes recibió cuatrocientos fusiles de Buenos Aires, y con este oportuno auxilio se dispuso á emprender una retirada al frente del enemigo, haciéndola preceder de un bando terrible en que ordenaba á los hacendados, comerciantes y labradores, que retirasen sus ganados, sus géneros y sus cosechas, para que nada quedase al enemigo, declarando traidores á la patria á los que no cumpliesen sus órdenes, además de perderlo todo; y por último, imponiendo pena de la vida á los que se encontrasen fuera de las guardias, y aun á los que inspirasen desaliento, cualquiera que fuera su carácter ó condición. Todos sabían que el general era hombre de

cumplir su palabra, y todos temblaron y obedecieron, comprendiendo que la cuestión era de vida ó muerte. En vano reclamaron el Cabildo y el Consulado. Al primero contestó: «No busco plata con mis pro»videncias, sino el bien de la patria, el de ustedes mis»mos, el del pueblo que represento, su seguridad que »me está confiada, y el decoro del gobierno. Ayúdenme, »tomen conmigo un empeño tan digno por la libertad »de la causa sagrada de la patria, eleven los espíri»tus, que sin que sea una fanfarronada, el tirano »morderá el polvo con todos sus satélites.» Al Consulado le decía: «La providencia de que ustedes re»claman se ha de llevar á ejecución venciendo los im»posibles mismos.» La conmoción eléctrica que produjo en las poblaciones esta amenaza fulminante, las obligó á decidirse por unos ó por otros, y á sacudir la apatía en que yacían. Herida la imaginación de las masas, por aquella manifestación terrible de una voluntad enérgica, se hallaron súbitamente predispuestas, como lo observa un testigo presencial, «á desple»gar esa fuerza gigantesca que ellas mismas ignora»ban, y que después ha hecho de las provincias del »norte un baluarte inconmovible,» y así fué cómo el entusiasmo se inoculó en ellas por el dolor.

En esta circunstancia se pasó al enemigo el teniente coronel don Venancio Benavides, á quien se ha visto figurar ya entre los caudillos de la revolución en la banda oriental. Este traidor avisó al enemigo la corta fuerza que tenía Belgrano, así como el mal estado en que se encontraba bajo todos respectos. Con este conocimiento, el enemigo aceleró sus marchas, contando obtener una victoria fácil, y aun sin imaginar siquiera que pudiese oponérsele una resistencia seria. ¡Los campos de Tucumán y Salta le esperaban!

———

CAPITULO XIX

Tucumán

1812

Peligros de la situación.—Esfuerzos contra Montevideo.—Abandono del ejército de Belgrano.—Los portugueses en la Banda Oriental.—Fermentación de los enemigos interiores y proyectos de reacción.—Rasgos de patriotismo.—Un enviado del príncipe regente de Portugal.—Política del Brasil en el Río de la Plata. Lord Strangford.—Armisticio con la corte del Brasil.—Descubrimiento de la conjuración de los españoles.—Energía de Rivadavia.—Terribles medidas de escarmiento.—Muerte de Alzaga.—Desinteligencia en el gobierno.—Abascal y Goyeneche.—D. Pío Tristán.—Planes del enemigo.—Descripción del teatro de la guerra.—Planes de Belgrano.—Emprende su retirada al frente del enemigo.—Combate del Río de las Piedras.—Instrucciones de Belgrano.—Decisión de los tucumanos.—Belgrano recibe orden de retirarse á todo trance.—Se decide á esperar al ejército español.—Se le reitera la orden de retirarse.—Notables palabras suyas.—D. Juan Ramón Balcarce.—Aparición de la caballería gaucha.—Tristán avanza con su ejército sobre Tucumán.—Belgrano le espera con la mitad menos de fuerza.—Memorable batalla de Tucumán.—Operaciones subsiguientes á la batalla.—La Virgen de Mercedes, generala del ejército patriota.—Grandeza de alma de Belgrano.—Importancia de la batalla de Tucumán.

La situación desesperada á que hacía frente Belgrano en las provincias del norte, no era el único peligro que en aquella época (marzo de 1812) amenazase la existencia de la revolución. Otros peligros más graves asomaban por el oriente, al mismo tiempo que una conspiración misteriosa fermentaba en el centro del poder revolucionario.

Resuelto el gobierno patriota á hacer un esfuerzo supremo para apoderarse de Montevideo, había puesto sobre la costa occidental del Uruguay un ejército de cerca de seis mil hombres, de los cuales apenas tres mil podían reputarse soldados. El resto pertenecía á las bandas indisciplinadas y mal armadas

que acaudillaba don José Artigas, célebre ya por algunos hechos de armas y por su prestigio entre las masas populares. Para organizar este ejército se había desprendido de todas las fuerzas que guarnecían la capital, agotando en los preparativos su tesoro y dejando los almacenes vacíos de sus pertrechos de guerra. En la imposibilidad de atender dos ejércitos á la vez, tuvo que condenar al de Belgrano á una especie de abandono, y contrajo todos sus esfuerzos al destinado á la banda oriental, que hacía frente al peligro más inmediato. Pero estos elementos de acción, reunidos con tantos afanes, se vieron repentinamente paralizados por la intervención de una potencia extraña. Un ejército portugués, fuerte, de 4.000 hombres con 36 piezas de artillería, y que reuniendo todos sus destacamentos podía elevarse á más de 5.000 hombres, ocupó en estas circunstancias la campaña de la banda oriental en combinación con la plaza de Montevideo, y cubrió en actitud hostil la margen izquierda del Uruguay. En tal situación no era de esperarse que las miserables reliquias del vencido ejército del Alto Perú, detuviesen la marcha triunfante de Goyeneche, que contaba con cuadruplicadas fuerzas; ni era posible poder sojuzgar á Montevideo, que al poderoso auxilio que recibía, podía agregar su numerosa guarnición, y el dominio absoluto de las aguas que le aseguraban sus buques mayores en el Río de la Plata, y su escuadrilla sutil en los ríos superiores. Agréguese á esto la actitud equívoca del Paraguay, que ya ensayaba su sistema de aislamiento, y se tendrá una idea de los peligros de la situación.

Estos peligros, y la serie no interrumpida de contrastes que habían sufrido las armas de la revolución, debía naturalmente alentar á los enemigos interiores, exasperados por las expoliaciones y persecuciones de que eran víctimas. Sobre todo, era imposible que los elementos reaccionarios que encerraba en su seno la capital, no intentaran al fin tomar parte en la lucha, porque después de tan largos años de dominio absoluto, y mal avenidos con el nuevo régimen, no se re-

signaban á la derrota sino después de probar sus fuerzas, y reconocer prácticamente su impotencia. La ocasión no podía ser más propicia, para que cooperasen con un golpe decisivo dado en el corazón, al triunfo de sus compañeros de causa, el cual debían creer infalible. Buenos Aires contaba en su seno en aquella época, cerca de diez mil españoles europeos, que odiaban con fanatismo el nuevo orden de cosas, y esta terrible falange, reconocía por jefe á un hombre ambicioso y de genio emprendedor, que á su inmensa fortuna reunía el prestigio de sus servicios anteriores. Este hombre era D. Martín Alzaga, á quien ya conocemos, y que, según las palabras de un contemporáneo, «había concebido el atrevido proyecto de hacer una segunda reconquista de la ciudad, como se había reconquistado en 1806; y dar así un golpe mortal á la revolución en su cuna, con sólo el auxilio interior de sus paisanos.»

Bajo la activa dirección de Alzaga, la conspiración tomó grandes proporciones, ramificándose en todas las clases de la sociedad, y aun en los cuerpos militares, donde existían algunos oficiales españoles, de quienes se había hecho una imprudente confianza. Los conspiradores, reunidos por un interés recíproco y un odio común, trabajaban silenciosamente en las sombras del misterio, arreglaban sus fuerzas, se armaban, reunían dinero, se ponían en comunicación con los enemigos exteriores, redactaban sus proclamas y manifiestos, y bosquejaban su plan de organización para el día de la victoria, sin que su secreto hubiese trascendido. Todo estaba preparado para dar el grito al terminar el mes de mayo. Una escuadrilla sutil con 500 hombres de desembarco en connivencia con los conspiradores, se mantenía al frente de Buenos Aires, esperando que el movimiento estallara, para prestarle su cooperación; y el ejército portugués, con cincuenta transportes que había reunido en el Uruguay, estaba listo para trasladarse inmediatamente al teatro de los sucesos; de manera que, en un momento dado, Buenos Aires se vería dominado por un número

de fuerzas mayor que el que representaban entonces todos sus ejércitos reunidos.

El plan de los conjurados parece era, exterminar á una parte influyente de la población nativa, deportar á la otra, reducir el resto á la antigua condición de ilotas, restablecer la preponderancia de la población española, constituir provisionalmente un gobierno independiente, poniéndose en relación con las Cortes reunidas en Cádiz; y en caso de que la España se perdiera, realizar el antiguo sueño de Alzaga, constituyendo una América Española, de la que él sin duda sería el dictador ó el monarca, aspiraciones que le han valido el sobrenombre popular de Martín I, con que los patriotas lo bautizaron por sarcasmo. En sus conversaciones con los conjurados, solía repetir como Catilina exhortando á sus cómplices, «que era necesario colgar las cabezas de los patriotas, por las barbas, en las rejas de hierro de la pirámide que habían erigido para perpetuar el recuerdo de la revolución del 25 de Mayo.» Con tales propósitos, resolvieron hacer estallar el movimiento á fines del mes de junio, época en que habría podido efectuarse quizá con éxito, pues hasta entonces el secreto se guardó inviolable; pero como sucede en toda conjuración, una circunstancia insignificante al parecer, la espera de una comunicación de Montevideo, hizo postergar todo para el 5 de julio, aniversario de la heroica defensa de Buenos Aires, día de glorioso recuerdo para el audaz jefe de la conspiración.

¡Vanos propósitos, esfuerzos impotentes! Los enemigos de la revolución luchaban contra un hecho más fuerte que ellos; y el destino los empujaba á darle la ocasión de un triunfo, que levantando el espíritu público amortiguado, inocularía nuevo aliento á sus ejércitos desmoralizados. A falta del conocimiento perfecto de los planes reaccionarios que la amenazaban, la revolución, como sucede á todas las grandes causas, tenía el instinto de la conservación que hace evitar los peligros aun en medio de la obscuridad. Los españoles, creían de buena fe que la revolución era un

hecho pasajero, y como veía su tesoro agotado, que el pueblo se quejaba algunas veces, que los patriotas estaban divididos, y que el gobierno no se hallaba cercado de bayonetas, se imaginaban que un golpe de mano podía cambiar la situación. Como sucede á todo orden de cosas que reposa sobre la voluntad general, sus enemigos, contraída la atención á un solo punto, no distinguían el principio esencial, el agente superior que producía el movimiento y la vida en aquel organismo político, y luchaban ciegamente contra la fatalidad, pretendiendo no sólo una restauración, sino una verdadera reconquista.

La capital mientras tanto no estaba guardada sino por trescientos soldados de línea; pero el sentimiento público velaba sobre los destinos de la revolución. La fuerza latente pero invencible de la opinión, suplía á la falta de elementos materiales que apoyaran al gobierno, y al primer amago de peligro, podía contar con que millares de brazos se levantarían en su defensa.

Precisamente en estas circunstancias tuvo lugar una manifestación espontánea del entusiasmo público, que da una idea de la decisión y de las dificultades de la época. Habiendo llegado de los Estdos Unidos un armamento encargado secretamente, el gobierno se hallaba en la imposibilidad de abonar su importe, y entonces los ciudadanos, que habían costeado con donativos las expediciones destinadas al interior, oblaron voluntariamente la mayor parte de la cantidad, pidiendo que se grabase en cada arma el nombre del que que satisfaciese su valor «como un juramento que hacían de preferir la muerte á la humillación.» Las mujeres, que en las grandes crisis tienen el instinto de todo lo que sublima el alma, habían más de una vez dado el ejemplo de patriotismo, cosiendo gratuitamente los toscos uniformes con que se vestían los soldados de la revolución, y en esta ocasión quisieron asociarse á aquella manifestación, estimulando á los hombres á hacer nuevos sacrificios por su libertad. Varias señoras se presentaron al gobierno ofreciéndose á cos-

tear otro número de fusiles, y pidieron igualmente que se grabasen en ellos sus nombres. «Si el amor á la patria,» decían en su nota, «deja algún vacío en el »corazón de los guerreros, la consideración al sexo se»rá un nuevo estímulo que les obligue á sostener con »su arma una prenda del afecto de sus compatriotas, »cuyo honor y libertad defiendan. Entonces tendrán »ellas un derecho para reconvenir al cobarde que con »las armas, abandonó su nombre en el campo del ene»migo, y coronarán con sus manos al joven que, pre»sentando en ella el instrumento del triunfo, dé una »prueba de su gloriosa valentía. Y cuando el alboro»zo público lleve hasta el seno de las familias la nue»va de una victoria, podrán decir por la exaltación de su »entusiasmo: «Yo armé el brazo de ese valiente que »aseguró su gloria y nuestra libertad.» Un pueblo donde hasta las mujeres estaban animadas de estos sentimientos elevados, no podía ser vencido.

Bajo estos auspicios se celebró el segundo aniversario de la revolución del 25 de Mayo, que Belgrano solemnizó entonces con la bendición de la bandera argentina en Jujuy. La festividad tuvo un carácter solemne y hermoso, digno de la religión política profesada por el pueblo. Como queda dicho, el gobierno abolió con tal motivo el paseo del estandarte real, negando este homenaje tradicional de respeto al símbolo de la conquista y de la antigua servidumbre. Un orador fué nombrado para arengar al pueblo en la plaza pública, como en las repúblicas de la antigüedad, y D. Antonio Alvarez Jonte, de familia española, pero patriota de corazón y de cabeza, subiendo á la tribuna, pronunció un elocuente discurso, en que se notan estas palabras: «Epoca tan memorable debe »sin duda grabarse, no en mudos y yertos mármoles, »sino en corazones capaces de conservar aquella fuer»za que no puede extinguir la tiranía. Para celebrar »tan grata memoria, necia é indebidamente adopta»ríamos una solemnidad periódica, que confundiera »nuestras glorias con las fiestas que han acostumbra»do á preparar los déspotas: un pueblo que busca su

»libertad, y que es digno de ella, solemniza sus fun»ciones llenando los altos fines de la sociedad, y sus »deberes para con la humanidad afligida.» En seguida fueron dotadas seis jóvenes solteras, con 500 pesos fuertes cada una, sacándose á la suerte su destino; premiados doce inválidos de las recientes guerras, socorridas algunas madres y viudas de los muertos por la libertad; distribuídos socorros de á 100 pesos á muchas familias indigentes, terminando este acto sensible y generoso con la manumisión de cuatro esclavos. Un concurso inmenso llenaba la plaza, entonando himnos á la patria regenarada, á que hacían coro las aclamaciones de «¡Viva la patria! ¡la libertad! ¡la »independencia! ¡Viva la América del Sur! ¡Odio »eterno á los tiranos!»

En medio de este santo entusiasmo, llegó á Buenos Aires el 26 de mayo, el teniente coronel D. Juan Rademaker, enviado extraordinario del príncipe Regente de Portugal, que como queda dicho, tenía su Corte en el Brasil. Su misión era ajustar un armisticio con el gobierno de Buenos Aires, y hacer retirar en consecuencia los portugueses que interceptaban el paso del Uruguay, sirviendo de antemural á la plaza de Montevideo.

La política de la Corte del Brasil respecto de los negocios del Río de la Plata, había sido siempre vacilante y contradictoria, reflejando en sus diversas peripecias el carácter indeciso del príncipe Regente ó la complicación de sus intereses encontrados en Europa y América. Codiciosa antes de la revolución, en el interés de arrebatar á la España una de sus colonias; ambiciosa, cuando creyó posible sentar en un trono americano á la princesa Carlota; invasora, cuando vió los progresos de la revolución; débil, en presencia de los obstáculos; sin atacar abiertamente á las Provincias Unidas, ni aliarse definitivamente con los españoles, había marchado siempre al acaso, obedeciendo unas veces á la influencia de los privados del príncipe, ó á las intrigas de la Carlota; pero subordinada siempre á la política de la Inglaterra, que

gravitaba sobre el Portugal con todo el peso de su oro y de sus armas. Aunque aliada á la Esuaña, la Inglaterra miraba con ojo simpático la revolución de la América del Sur, y sus intereses comerciales la inclinaban especialmente, ya que no á favorecerla abiertamente, á impedir que fuera sofocada la de las Provincias Unidas. A esto se debió su oposición al primer bloqueo que intentaron poner los españoles á las costas de Buenos Aires, y la retirada de los portugueses que en 1811 invadieron el estado oriental para hacer levantar el sitio de Montevideo, puesto por los patriotas. Para oponerse á estas hostilidades, los marinos y los agentes ingleses en el Brasil y en el Plata, hacían valer la mediación que habían propuesto al gobierno español en Cádiz, y que éste había aceptado, con el fin aparente de restablecer la paz entre la metrópoli y sus colonias. Con estos antecedentes se comprenderá, que la misión de Rademaker para ajustar un armisticio, en momentos tan premiosos para Buenos Aires, era un nuevo triunfo de la influencia inglesa. El embajador de la Gran Bretaña en Río de Janeiro, que lo era siempre lord Strangford, bajo el pretexto especioso de esa mediación, pero en realidad con el objeto de asegurar á la Inglaterra un gran mercado en el Río de la Plata, exigió y obtuvo del Brasil se mantuviese neutral en la guerra entre Buenos Aires y Montevideo, y en conformidad de esta exigencia, fué enviado Rademaker para ajustar el armisticio.

Para la causa de la revolución, el armisticio era un verdadero triunfo, como queda dicho, pues él importaba la caída de Montevideo; así es que el gobierno se apresuró á celebrarlo en la misma noche de la llegada del enviado; anunciándolo al día siguiente en hoja suelta en términos tales, que parecía más bien hablarse de una capitulación otorgada al vencido. «El go»bierno,» se decía, fiel á sus principios y para dar una »prueba positiva de que las armas victoriosas de la »patria no tienen otro objeto que abatir el orgullo de »los tiranos, y defender con honor la libertad y la

»independencia civil de las Provincias Unidas del Río »de la Plata, ha venido en conceder el armisticio.»

En cumplimiento de lo pactado, el enviado Rademaker ordenó al general del ejército portugués D. Diego de Souza, que evacuase á la mayor brevedad el territorio oriental, y el gobierno patriota por su parte ordenó á Sarratea activase su marcha para ir á poner sitio á Montevideo. El general portugués, que aguardaba de un momento ó otro el estallido de la conspiración que se preparaba en Buenos Aires, y que esperaba ver avanzar por el norte las columnas triunfantes de Goyeneche, contestó de una manera evasiva, remitiendo á Rademaker las listas de subscripción de los conjurados. El enviado, que era partidario de la política inglesa, hizo entender indirectamente al gobierno de Buenos Aires los peligros que le rodeaban, y repitió la orden de evacuación de un modo terminante; pero sólo después que fué sofocada la conjuración de Alzaga, empezó el ejército portugués su movimiento retrógrado.

Mientras tanto, acercábase el momento en que debía estallar la conspiración de los españoles, tan sigilosamente preparada, que seis días antes del indicado para el efecto, nadie se había apercibido de sus trabajos. La primera señal de alarma fué dada por el mismo Alzaga, quien tuvo la mala inspiración de hacer arrojar por las calles proclamas anónimas, excitando á los españoles á tomar las armas. El pensamiento era tan audaz, y el medio de que se valían tan insensato, que al principio se creyó que eran invenciones de los patriotas para provocar una nueva persecución contra los españoles. Pero los rumores fueron tomando cuerpo, y al finalizar el mes de junio, ya no se dudaba de la existencia de la conspiración, aunque no se hubiese dado hasta entonces con ninguno de sus hilos.

Para honor de la humanidad, el amor de una madre vivamente interesada por los riesgos en que veía comprometido á un hijo, vino á poner al gobierno en vía de descubrir la verdad. Contábase entre los con-

jurados, un mozo de pulpería llamado Juan de Recasens, natural de Galicia, casado con María de los Angeles Guerrero, hija de D. Francisco Guerrero, americano y empleado de rentas, y doña Isabel Torreiro de Guerrero, española. En la noche del 2, Recasens confió á su madre política el terrible secreto, diciéndole que todo estaba pronto para dar el golpe, y que sólo se esperaba el aviso de Montevideo para fijar el día: que contaban con 2.000 hombres armados, con los cuales debían acometer simultáneamente los cuarteles y la casa de Gobierno, insinuándole algo sobre las venganzas sangrientas que meditaban. Atribulada doña Isabel con esta revelación, y temerosa por la suerte de sus hijos, comunicó todo á su esposo, é instóle á que lo pusiese en conocimiento de la autoridad. Impulsado por este noble sentimiento, Guerrero se presentó al gobierno el 3 de julio, y anunció con referencia á lo que su esposa le había manifestado, que aquella misma noche debía estallar la conspiración, pidiendo en recompensa de su aviso la vida de su hijo político complicado en ella. El gobierno lo prometió, y cumplió su promesa.

Ese mismo día, uno de los miembros del gobierno (Chiclana) había empezado á instruir una sumaria sobre la base de una denuncia hecha el 30 de junio por el alcalde de Barracas D. Pedro José Pallavicini, con referencia á un negro esclavo llamado Ventura, quien declaraba haber sido hablado por un capataz de Alzaga para tomar parte en el levantamiento. Empero, hasta entonces, todo era vago é indeterminado, y los avisos sólo servían para convencer de la existencia de un gran peligro oculto, pero sin poner al gobierno en vía de conjurarlo. La revelación de aquella mujer proyectó un rayo de luz siniestra sobre aquel terrible misterio, y desde ese momento las actuaciones se activaron con espantosa rapidez.

Un instante de vacilación podía dar el triunfo á los conjurados, si éstos, aprovechándose del estupor causado por la magnitud del peligro se decidían á desplegar resueltamente el estandarte real por las calles de

la ciudad. Don Bernardino Rivadavia, que era el alma del gobierno, comprendió que en la celeridad de acción y en la energía de la autoridad estaba la salvación. Catilina había encontrado un Cicerón. A pesar de la oposición del vocal Pueyrredón, que no creía en la realidad del peligro, Rivadavia apoyado en el voto de su colega el doctor Chiclana, dictó en el acto las medidas convenientes para dominar la situación, recomendando al último activar su pesquisa para adelantar las denuncias, y llamando al Dr. D. Pedro José Agrelo para que al mismo tiempo que Chiclana, Vieytes, Monteagudo é Irigoyen, abriese el terrible proceso que iba á formarse á los conjurados. La actitud imponente de estos hombres enérgicos, inspiró confianza al pueblo, que apercibido del peligro corrió espontáneamente á las armas, apoyando con decisión á la autoridad. Aún se ignoraba el nombre de los conspiradores y la extensión de sus planes, y ya la voz pública señalaba á D. Martín Alzaga como al jefe de la conjuración. En el acto se dispuso su prisión así como la de varios otros que aparecían complicados. A las doce de la noche del mismo día, uno de los conjurados (el que había hablado al negro Ventura) fué sentenciado á muerte y ejecutado. Al día siguiente á las 9 de la mañana, fueron sentenciados tres más á la misma pena, entre ellos D. Martín Alzaga en rebeldía, y su yerno D. Martín Cámara, siendo fusilados y levantados en la horca dos horas después.

A los dos días fué aprehendido D. Martín Alzaga, quien al ver todo perdido se había ocultado. Llevado á presencia del Dr. Agrelo, el reo se encerró en una completa negativa, á pesar de los abrumadores cargos del fiscal, quien haciéndolo registrar encontró en la vuelta de una de las mangas del capotón en que estaba envuelto, un papel que se consideró como una nueva prueba que venía á deponer contra él. Entonces se encerró en el silencio, y notificado de su sentencia, la oyó sin muestras de debilidad, y recibió la muerte con la fortaleza de una alma de temple, cuyo impe-

rio se había dividido la ambición del mando, el amor á la gloria y el odio á los americanos. Al pie de la horca en que fué suspendido su cadáver, se vió un espectáculo patético, que conmovió profundamente á los espectadores que llenaban la plaza. Un hombre, abriéndose paso por entre la apiñada multitud, llegó desalado hasta el pie del suplicio, abrazó con delirio el sangriento madero, lo cubrió de besos, volviendo de vez en cuando hacia el pueblo su rostro cubierto de lágrimas en que se dibujaba un gozo intenso, y derramaba al mismo tiempo en torno suyo monedas de plata á manos llenas. Este hombre era un francés, á quien Alzaga había dado tormento en 1795, siendo juez en una causa que se siguió á varios compatriotas de aquél, atribuyéndoseles planes de subversión, sublevando á la esclavitud.

Por el espacio de más de mes y medio se siguió fusilando, desterrando y secuestrando propiedades, con cortos días de intervalo, según se adelantaba el proceso, sin oir defensa ni descargos. La identidad de la persona, la confesión con cargos del reo y la sentencia fulminante del gobierno, he ahí los únicos trámites que se seguían, en medio del pavor de unos, el estupor de otros, y la feroz satisfacción de algunos. Llegaron á treinta los ajusticiados, y á treinta y ocho los condenados á otras penas. El pueblo presenció estas ejecuciones con esa alegría implacable, que es propia de las multitudes fanatizadas por una causa; pero para honor suyo, no se entregó á ningún exceso, y aun en el acto de la persecución de los culpables, se limitó á prenderlos y á ponerlos á disposición del gobierno, dejando que la tremenda justicia revolucionaria hiciera su terrible deber.

Pasado el peligro, empezó á manifestarse en el gobierno una desinteligencia, que de tiempo atrás se venía preparando, y que no podía dejar de producirse en un poder sin unidad, compuesto de tres miembros, con iguales facultades. El carácter elevado de Rivadavia, dominaba mortalmente en los consejos del gobierno; pero no siempre cedía á su influencia el fogoso

temperamento de Chiclana, ó la ambición flotante de Pueyrredón. Este último sobre todo, que desde que entró á formar parte del triunvirato empezó á inclinarse al partido contrario á los liberales, de quienes era una emergencia el gobierno, introdujo en él el germen de la división de principios y de miras políticas. La situación apurada del ejército de Belgrano, dió origen á nuevas divisiones, que contribuyeron no poco á preparar la revolución del partido liberal, que derribó más tarde á los triunviros.

Tal era el estado político de la capital á principios de agosto, en que la vanguardia realista, fuerte de más de tres mil hombres de línea y diez cañones de montaña, se ponía en marcha para invadir las provincias del norte, en virtud de órdenes del virrey de Lima, comunicadas á Goyeneche. Este confió el mando de tan brillante columna á su primo el general D. Pío Tristán, natural de Arequipa. Tristán no era un hombre vulgar, pero tan joven como presuntuoso, y más valiente que capaz de dirigir una campaña, confiaba demasiado en el poder de sus armas, no vencidas hasta entonces, á la par que miraba con harto desdén á los enemigos que iba á combatir. Poseído de esta ciega confianza, se movió de Suipacha el 1.° de agosto, habiendo hecho adelantar su vanguardia fuerte de 800 hombres, al mando del coronel Huici.

El conocimiento del teatro de la guerra, hará comprender mejor las operaciones de los ejércitos beligerantes.

Las jurisdicciones de Salta, Tucumán y Jujuy, que al estallar la revolución componían una sola provincia con la primera denominación, incluyendo en su jurisdicción el territorio de Tarija, forman el país conocido en la historia de la conquista con el nombre genérico de Calchaquí, habitado en otro tiempo por una raza guerrera, si no tan indomable como la de Arauco, por lo menos igualmente porfiada. Situadas próximas al trópico, en el punto preciso en que terminan los últimos escalones ciclópeos de la cordillera de los Andes, y empiezan á desenvolverse las vastas

llanuras de la Pampa, tienen bajo el punto de vista físico un carácter peculiar, que las distingue de las demás provincias argentinas y forman el eslabón orográfico con el Alto Perú. La serranía de Ambato, que es una de las ramificaciones de la gran cordillera, separa á Salta y Tucumán de la provincia de Catamarca, las rodea por el occidente, imprimiéndoles el aspecto montañoso secundario, que les da su fisonomía propia. El ramal de Aconquija, que se apoya sobre el Ambato como un robusto contrafuerte, limita á Tucumán por el sudoeste, levantándose como un gigante vestido de perpetuas nieves el pico más elevado de él, que tiene como 15.000 pies de altura sobre el nivel del mar. En las faldas de esta serranía, que forman mesetas y suaves planos inclinados, está situado Tucumán, cuyo territorio por el norte está cruzado por otras ramificaciones de los Andes, que se dibujan como ligeros relieves, precursores de las altas regiones montañosas. Otro tanto sucede en Salta y Jujuy, donde los cordones de sierras son más pronunciados. Estas ramificaciones, que tienen su origen en el notable nudo de Porco, cerca de Potosí, van abatiéndose gradualmente á medida que se acercan á la Pampa, y forman las quebradas, los valles y los accidentes notables del terreno en el territorio que describimos.

El carácter montañoso del país es mucho más notable en Jujuy, colocado á la entrada de los desfiladeros del Perú. La quebrada de Humahuaca que es el más próximo de ellos, forma el camino que conduce á Potosí, y por su centro corre en lecho torrentoso el río que da su nombre á la jurisdicción. Hacia la parte del oeste, sale el camino llamado del Despoblado, que atraviesa las altas mesetas de los Andes, va hasta Oruro y se prolonga hasta la costa del mar en el Bajo Perú. Por la parte del este sale el camino que conduce á Tarija.

De la ciudad de Salta á Humahuaca hay como 50 leguas, y como á las 20 leguas, caminando hacia el norte, se encuentra la ciudad de Jujuy. De Jujuy, salen dos caminos carreteros en dirección al sur, lla-

mado de las Carretas el de la izquierda, y de las Postas el de la derecha. El primero va directamente á la provincia de Santiago; y el segundo, que pasa al este de Salta, conduce hasta la ciudad de Tucumán, recorriendo una extensión como de 100 leguas. Un ramal de este camino conduce á la ciudad de Salta, que dista de Tucumán más de 80 leguas, comunicando ambas por la parte montañosa, por otro de igual extensión, que llaman de la Sierra ó de las Cuestas, y que sólo es transitable para cabalgaduras.

Tres grandes sistemas hidrográficos dividen estas tres jurisdicciones, encerrando en sus cuencas tres grandes ríos, que nacen de las cordilleras y corren de norte á sur: el Bermejo, que desemboca en el Paraguay; el que lleva sucesivamente los nombres de Guachipas, Pasaje y Salado, y es conocido con el de Juramento; el río que en su origen se llama del Tala y que más abajo toma el nombre de Sali, de que son tributarios todos los ríos secundarios del Tucumán, que se derraman en él en líneas paralelas y van á aumentar el caudal de aguas de la arteria conocida por Río Dulce, que muere en los lagos salados de la jurisdicción limítrofe de Santiago. El Juramento divide á Tucumán de Salta, y en el punto donde abandona el nombre de Guachipas y toma el de Pasaje, forma un notable ángulo saliente que avanza hacia el norte, y continúa, con la denominación de Río Salado, cubriendo ambos fronteras por la parte del Gran Chaco.

Situado Belgrano en Jujuy con el grueso de su pequeña fuerza, con su adelantada vanguardia sobre Humahuaca, se hallaba en una posición sumamente peligrosa, desde que contando tan sólo con 1300 hombres escasos, marchaba sobre él un ejército compuesto de doble número, mejor armado y disciplinado y muy superior en la artillería.

La primera idea del general había sido reconcentrar toda su fuerza, obrar con ella reunida y replegarse disputando el terreno al enemigo, abandonándole los territorios de Jujuy, Salta y el de Tucumán en

el último caso, según se lo prevenían sus instrucciones. En ellas se le ordenaba: «Si la superioridad de »las fuerzas de Goyeneche le hicieren dueño de Sal»ta, y sucesivamente emprendiese, como es de inferir, »la ocupación del Tucumán, tomará V. S. anticipadas »disposiciones para trasplantar á Córdoba la fábrica »de fusiles que se halla en aquel punto, como la ar»tillería, tropa y demás concerniente á su ejército.» En vez de seguir su primera inspiración, y reconcentrar en consecuencia sus cortas fuerzas para prepararse á una retirada vigorosa, cometió el error de mantener su vanguardia en Humahuaca, fuera de la protección del cuerpo de reserva. Si Tristán hubiera avanzado con todo el grueso de su ejército, la vanguardia patriota habría sucumbido; pero afortunadamente cometió otro error mayor que el de Belgrano, que fué adelantar una columna ligera, como de 700 hombres, que los españoles en su orgullo consideraban suficientes para iniciar su conquista. A la aproximación del enemigo, Belgrano dispuso que el coronel Díaz Vélez fuese á tomar el mando de la vanguardia de Humahuaca, en reemplazo de D. Juan Ramón Balçarce, con prevención de que si el enemigo daba tiempo avanzara una columna de 200 á 300 hombres, para que hostilizándole por el flanco retardase sus marchas, mientras él preparaba su retirada. Esta maniobra, tan imprudente como mal calculada, agravaba el error de mantener las fuerzas divididas; pero afortunadamente la impetuosidad con que avanzó la vanguardia realista, salvó á aquella división de un contraste seguro. Díaz Vélez, en vez de avanzar, se replegó sobre el cuerpo de reserva, que era lo que desde un principio debió hacerse, ya que no era posible disputar el paso de la quebrada.

En el intervalo, el general patriota había utilizado su tiempo, aprovechándose de la impresión causada por su terrible bando. Organizó un cuerpo de caballería bajo la denominación de Decididos, compuesto de los jóvenes que emigraban de Jujuy. Arregló el convoy de familias que debían seguir su retirada,

extrajo los archivos, terminó la fundición de cañones de que se ocupaba, reunió ganados y cabalgaduras, y levantó de tal modo el espíritu abatido de la población, que hasta las mujeres se ocupaban en construir cartuchos y en animar á los hombres. Preparado todo para la retirada, esperó hasta el último trance para emprenderla, con lo cual se proponía un doble objeto primero, no dar muestras de debilidad ni á su tropa; y segundo, aprovecharse en el transcurso de ella de algún error que cometieran los realistas.

El 23 de agosto, á las cinco de la tarde, se movió de Jujuy el grueso de la columna patriota en dirección á Tucumán, tomando el camino de las Postas. Siguió más tarde la división antes de vanguardia, compuesta de 200 hombres, destinada á cubrir la retaguardia. A las doce y media de la noche salió el general de la ciudad, y alcanzó al ejército que aunque marchaba á pie hizo una jornada de 10 leguas continuando su retirada en la noche. A esta distancia reforzó la retaguardia con dos piezas de artillería y alguna caballería, pues el enemigo, que en este mismo día (24 de agosto), había ocupado á Jujuy, la picaba seriamente con fuerzas muy superiores. Al evacuar Jujuy, se cambiaron las primeras balas de la campaña, tocando este honor al capitán Zelaya, que con un puñado de jinetes hizo un repliegue ordenado en medio del fuego sin perder un solo soldado. No tuvieron igual fortuna las otras avanzadas que cubrían los flancos, pues todas ellas cayeron en poder del enemigo, perdiéndose con ellas siete oficiales patriotas.

Así, perdiendo las plumas de sus alas, combatiendo día y noche sin tener un momento de descanso, siguió sosteniendo Días Vélez la retaguardia, y llegó el 26 á Cobos, distante 20 leguas de Jujuy. Belgrano se hallaba con el resto en la Laguna de la Cabeza del Buey, tres leguas más adelante. A esta altura, la retaguardia patriota fué vigorosamente atacada por la vanguardia realista, y obligó á aquélla á cederle el terreno, con tal desventaja, que sólo pudo salvarse bajo la protección del cuerpo de reserva, que desplegado en batalla

contuvo el ímpetu de los perseguidores. La retirada se hacía cada vez más difícil y la persecución más enérgica. Desmoralizada una gran parte de los oficiales, poseída la tropa de vagos temores, falta de agua y de sueño y escasa de alimento, la fortaleza de alma del general patriota no se desmintió un solo instante. Velando continuamente, ocupando el puesto de más peligro, alentaba á los que flaqueaban, imponía á los cobardes, mirando con desprecio á los que desesperaban de la salvación, y estimulaba á los valientes con palabras cáusticas, que producían su efecto, dando su nervio á la retirada. A dos soldados que se separaron de la columna, los hizo pasar por las armas. A un oficial, que encargado de sostener á Salta hasta el último momento, había abandonado su puesto sin ver la cara al enemigo, lo remitió preso á Buenos Aires, con causa abierta. Otro tanto hizo con el comandante del Parque, bajo cuya dirección se incendiaron dos cajas de municiones, produciendo en el campamento una detonación que hizo creer en un ataque nocturno. De este modo, condensando más sus fuerzas y disponiéndolas como para recibir el combate, continuó su movimiento retrógrado, y atravesando el trabajoso camino de Ciénaga, llegó el 29 á la madrugada á la costa del Río Pasaje, á cincuenta leguas del punto de partida. Allí hizo alto, para dar descanso á la tropa y reorganizar el convoy, oficiando al gobierno que iba á hacer pie firme en Tucumán. Belgrano, mal secundado por sus avanzadas, ignoraba que la fuerza que lo perseguía era solamente la vanguardia realista mandada por los coroneles Llano y Huici, que se habían adelantado á algunas jornadas de su cuerpo de reserva, y cuya fuerza era numéricamente inferior á la suya, y obraba en el concepto de que Tristán la apoyaba de cerca con todo su ejército.

Harto confiada la vanguardia realista, se obstinaba en hostigar al león que se retiraba. Resuelta á provocar un choque decisivo con la retaguardia patriota, bandeó sin vacilar el Pasaje, y marchó resueltamente tras sus huellas. El 3 de septiembre se ha-

llaba Belgrano al sur del Río de las Piedras, y á dos leguas á su retaguardia (antes vanguardia) la división de Díaz Vélez, reforzada con artillería. A las dos de la tarde, el enemigo, reconcentrando rápidamente su línea de avanzadas, cargó impetuosamente sobre la de los patriotas, poniéndola en fuga. El mayor general Díaz Vélez mandó echar pie á tierra á los Granaderos y Dragones, favorecido por el bosque que cubría el camino por ambos costados, y gracias á este accidente del terreno, logró rechazar á las avanzadas triunfantes del enemigo, que se pusieron inmediatamente en retirada. Pero á corto trecho, se encontraron con el grueso de su división, que en número de 600 hombres avanzaba en su protección, en aire de carga. Alentados por este refuerzo, volvieron caras, cayeron sobre la retaguardia y la pusieron en completa dispersión. En vano el mayor general pretendió organizar una retirada: las tropas se envolvieron con sus propios movimientos, y se vió obligado á ceder el campo dejando en poder del enemigo sus dos piezas de artillería, dos oficiales y como cien de sus soldados prisioneros. El mismo Díaz Vélez corrió largo trecho confundido con los vencedores, que entusiasmados con esta fácil victoria, no dudaron que en aquel día iban á dar cuenta del resto del ejército patriota. Pero allí los esperaba Belgrano, que desde el principio de la retirada venía espiando esta oportunidad.

A la noticia de la derrota de la retaguardia, hizo el general patriota desplegar su línea en una posición ventajosa, cubriéndose con el río y utilizando prudentemente los accidente del terreno, que en parte estaba vestido de bosquecillos. A poco rato se sintió la algazara de los que perseguían, y el galope de los caballos de la retaguardia, que en completo desorden venía envuelta con los enemigos. El polvo, el calor sofocante del día, el humo de los pajonales incendiados por los gauchos, todo daba á aquella escena una extraordinaria confusión. Belgrano recorría en aquel momento la línea, y á la vista del enemigo la arengó en pocas palabras, imponiendo pena de la vida al que

echase pies atrás; y notando que corría peligro de que el enemigo se le introdujese al campo interpolado con los dispersos, hizo jugar la artillería mandada por el barón de Holmberg, consiguiendo despejar de este modo el frente, y paralizar la persecución. Los realistas hicieron entonces alto como á tres leguas de distancia, y ocuparon momentáneamente una altura, tendiendo á su frente una débil línea de tiradores, que se mantenía á respetuosa distancia. Entonces, el general resolvió tomar la iniciativa, y destacando por su derecha bajo las órdenes del capitán don Carlos Forest una compañía de 100 cazadores con dos piezas ligeras, dispuso que el comandante don Miguel Aráoz saliese al mismo tiempo por la izquierda con otros 100 fusileros del batallón de Pardos y Morenos. En el centro, dispuso la caballería, y confió el primer destacamento de Dragones á Lamadrid, siguiendo Díaz Vélez y don Juan Ramón Balcarce en reserva con el resto de jinetes disponibles. El costado derecho rompió el fuego, y á esta señal se lanzaron todos sobre el enemigo, poniéndolo en precipitada fuga, y lo persiguieron por espacio de media legua, tomándole veinticinco prisioneros, matándole veinte hombres, quitándole cantidad de armas, y rescatóse una parte de los prisioneros del día, con la sola pérdida de seis heridos y tres muertos.

Al ponerse el sol, Belgrano pasó revista á su pequeño ejército, cuya fisonomía había cambiado con el triunfo: las esperanzas habían vuelto á renacer, y todos tenían confianza en su general. Al pasar por el frente de los cuerpos que habían sufrido pérdidas, se detenía, y llamando los muertos por sus nombres, exclamaba después de un momento de silencio: «¡No »existen; pero viven en nuestra memoria como már»tires de la libertad!» En seguida dirigía la palabra á los vivos, felicitándoles por la victoria y por su valiente comportación, y recordándoles que la gloria la debían á los que habían derramado generosamente su sangre en aquel día.

El triunfo de las Piedras, aunque pequeño como hecho de armas, fué de gran trascendencia para el

éxito de la campaña. El enemigo se hizo más cauto, el espíritu abatido de los patriotas se exaltó, los planes de Belgrano empezaron á metodizarse en su cabeza, afirmándose más en su idea de hacer pie firme en Tucumán, á pesar de las instrucciones que le ordenaban retirarse hasta Santiago del Estero ó Córdoba. Esta gran resolución agitaba su alma, y no se decidió definitivamente á desobedecer, sino después de largos combates. Veía que no podía hacer frente al ejército español, pero comprendía que una retirada más allá del Tucumán era imposible, hostigado de cerca por el enemigo. Agobiado por la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, deseaba obedecer, pero no se le ocultaba que la obediencia importaba la pérdida de las provincias del norte, y que no podía contar con sus tropas fuera del territorio que pisaba. «V. E. debe per»suadirse», le decía al gobierno, «que cuanto más nos »alejemos, más difícil ha de ser recuperar lo perdido, »y también más trabajoso contener la tropa para soste»ner la retirada con honor, y no exponernos á una total »dispersión y pérdida de esto que se llama ejército; »pues debe saber cuánto cuesta y debe costar hacer »una retirada con gente bisoña en la mayor parte, »hostilizada por el enemigo con dos días de diferencia.»

Mostrando á todos un semblante sereno y ocultándoles la lucha interior que lo agitaba, abandonó el camino central de las Postas, tomando el llamado de las Carretas, que acercándose más á la margen derecha del Pasaje, se dirige hacia las provincias de Santiago y Córdoba pasando por Burruyaco al nordeste de Tucumán. De este modo burlaba la persecución del enemigo; se ponía en actitud de obedecer la orden de retirada que tenía, pudiendo dirigirse libremente á Tucumán, caso que definitivamente se resolviese á sostenerse en este punto. La vanguardia realista hizo alto entre Yatasto y Metán, á poco más de veinte leguas de Tucumán, y esperó refuerzos; habiendo en el intervalo sido ocupada la ciudad de Salta por otras fuerzas, que fueron recibidas con repique de campanas, alistándose espontáneamente en defensa del rey

todos los españoles europeos, y hasta los frailes que en ella habían quedado.

Ocupándose Belgrano de la idea de fortificarse en Tucumán, quiso tentar el último esfuerzo antes de decidirse á emprender la retirada. En consecuencia, desde la altura de la Encrucijada, despachó á aquella ciudad de acuerdo con Díaz Vélez, al teniente coronel don Juan Ramón Balcarce, con el objeto de despertar el entusiasmo de los tucumanos y ver si era posible organizar nuevos cuerpos de caballería para aumentar su ejército, y en tal caso contramarchar rápidamente y volver sobre el enemigo, caso que no hubiera éste reconcentrando aún sus fuerzas. Así le decía á Balcarce: «En el trance apurado en que nos hallamos, y que con sobrados fundamentos sabemos que el enemigo in«tenta atacarnos, es necesario que podamos oponerle »una fuerza respetable, para contener sus pasos por »nuestras maniobras, y acaso para arruinarlo.» En su correspondencia al gobierno (7 de septiembre), le decía hablándole de esto: «Es muy doloroso tener que »ir retrogradando, y no ver el término de esta cam»paña, cuando las tropas han tomado un fuego y una »energía extraordinaria con la acción del 3, que de ne»cesidad debe resfriarse con la retirada, no estando á »su alcance la razón de ella, y así es que se me han »empezado á desertar desde que emprendí mi marcha. »Yo quisiera hacer prodigios por la patria y por el »honor de sus armas, pero no veo camino si el ene»migo no me da tiempo. Entre la mucha gente, apenas »contaré 600 á 700 hombres útiles, y en cuanto á ar»mas, me hallo con muchas descompuestas. Sin embar»go de todo, veré si puedo estimular á los tucumanos »para aumentar el número de caballería con lanzas, »y si logro poder montar á todos los hombres de ar»mas para poder contramarchar con rapidez y conse»guir alguna victoria sobre las divisiones del enemigo, »cargándolo con el todo de mis fuerzas, lo que acaso »nos sacaría de apuros, y libertaría de retirarnos »tanto.»

Los tucumanos correspondieron á las esperanzas del

general. En presencia del peligro se despertó súbitamente su entusiasmo, poderosamente estimulado por el influjo de la familia de Aráoz, una de las más respetables y conocidas de aquel distrito. Todos ofrecieron á Balcarce sacrificarse con tal de que no se abandonara su territorio, y en este sentido fueron diputados varios vecinos cerca del general Belgrano. Este, aun antes de ver convertidas estas promesas en realidades, se resolvió definitivamente á dirigirse á Tucumán, con el ánimo hecho de esperar allí al enemigo. Desde el río de Tucumán, á inmediaciones de la ciudad, dió cuenta al gobierno de su resolución, con fecha 12 de septiembre. «Son muy apuradas las cir»cunstancias, y no hallo otro medio que exponerme »á una nueva acción: los enemigos vienen siguiéndo»nos. El trabajo es muy grande; si me retiro y me »cargan, todo se pierde, y con ello nuestro total cré»dito. La gente de esta jurisdicción se ha decidido »á sacrificarse con nosotros, si se trata de defenderla, »y de no, no nos seguirán y lo abandonarán todo: »pienso aprovecharme de su espíritu público y energía »para contener al enemigo, si me es dable, ó para ga»nar tiempo á fin de que se salve cuanto pertenece al »Estado. Cualquiera de los dos objetos que consiga, es »un triunfo, y no hay otro arbitrio que exponerse. »Acaso la suerte de la guerra nos sea favorable, ani»mados como están los soldados y deseosos de distin»guirse en una nueva acción. Es de necesidad aprove»char tan nobles sentimientos, que son obra del cie»lo, que tal vez empieza á protegernos para humillar »la soberbia con que vienen los enemigos, con la es»peranza de hacer tremolar sus banderas en esa ca»pital. Nada dejaré por hacer; nuestra situación es »terrible, y veo que la patria exige de nosotros el »último sacrificio para contener los desastres que la »amenazan.»

Al llegar á la ciudad, supo que los tucumanos en masa habían tomado las armas, y se hallaban regimentados bajo las órdenes de Balcarce. En el acto se adelantó á saludar á sus nuevos soldados, que en-

contró reunidos en número como de 400 hombres, no habiendo llegado aún otros contingentes que se esperaban. Esta tropa, cuyo aspecto prometía muy poco bajo el punto de vista militar, representaba la terrible caballería gaucha, que hacía su aparición en la escena revolucionaria, y que más tarde debía inmortalizarse con hechos memorables, acabando por ponerse al servicio de la anarquía. La introducción de este elemento popular, si bien fortalecía por el momento el ejército de Belgrano, alteraba esencialmente su constitución, pues le obligaba á relajar algún tanto la severa disciplina que se había propuesto mantener. Así dice en sus Memorias: «Es preciso no echar ja»más mano de paisanos para la guerra, á menos de »no verse en un caso tan apurado como el que me »he visto.» Después de revistar la columna de voluntarios, llamó aparte á Balcarce, le comunicó sus instrucciones y el oficio que acababa de escribir al gobierno, y le manifestó su resolución, que aquél aprobó en todas sus partes, opinando con él, que no había otro medio de salvación. Este fué uno de los pocos momentos en que aquellos dos hombres se entendieron cordialmente, habiendo sido hasta entonces muy frías sus relaciones; pero por desgracia, esta nueva inteligencia no debía durar mucho tiempo.

Desde el momento en que el ejército llegó á los alrededores de Tucumán, Belgrano sólo se ocupó en preparar los elementos necesarios para esperar al enemigo, desplegando una actividad y una energía extraordinaria, que le granjearon la confianza general. A caballo de día y de noche, su estado mayor no desensillaba un solo instante y él, que vigilaba todo por sí, y presidía á la organización y disciplina de los cuerpos del ejército, tuvo la satisfacción de ver puntualmente cumplidas todas sus órdenes, obteniendo por el entusiasmo un resultado que no habría podido producir la más rígida disciplina. Ya no era un misterio para nadie que Tucumán iba á ser el teatro de una batalla, y esta certidumbre, á pesar de la desproporción relativa de las fuerzas, lejos de desanimar á

los patriotas, contribuyó á aumentar su decisión, y á comprometer más á la población. En medio de estos preparativos, que absorbían todo su tiempo y todas sus facultades de su alma, escribía á Rivadavia, con fecha 24: «El último medio que me queda es hacer el »último esfuerzo, presentando batalla fuera del pueblo, »y en caso desgraciado encerrarme en la plaza hasta »concluir con honor. Esta es mi resolución, que espero »que tenga buena fortuna. Algo es preciso aventurar y »esta es la ocasión de hacerlo. ¡Felices nosotros si »podemos conseguir nuestro fin, y dar á la patria »un día de satisfacción, después de las amarguras »que estamos pasando! Pero Belgrano no puede hacer »milagros: trabajará por el honor de la patria, y »por el de sus armas cuanto le es posible, y se pone »en disposición de defenderse para no perderlo todo. »Tiene la desgracia de que siempre se le abandone, »ó que sean tales las circunstancias que no se le pue»da atender. ¡Dios quiera mirarnos con ojos de pie»dad, y proteger los nobles esfuerzos de mis com»pañeros de armas! Ellos están llenos del fuego sa»grado del patriotismo, y dispuestos á vencer ó morir »con su general.»

Rivadavia no aprobaba la resolución de Belgrano, y como miembro del gobierno creía que debía hacer el último esfuerzo para retirarse sin combatir, según se lo prevenían sus instrucciones. Presintiendo por sus primeras comunicaciones que se inclinaba á hacer pie firme en Tucumán, se le despacharon en un mismo día (12 de septiembre) cuatro oficios reservados, contestación á varias notas suyas, en todas las cuales se le repetía que era de necesidad llevar á cabo la retirada. Al mismo tiempo, y por una singular contradicción, el gobierno, que no quería aventurar nada por el norte, y que comprendía que la retirada á Córdoba importaba la reconcentración de la defensa en la capital, pensaba seriamente en abandonar la empresa de Montevideo, y consultaba sobre el particular á Sarratea, que era el jefe del ejército del Uruguay. En estas circunstancias llegó el oficio de Belgrano da-

tado desde el Río Tucumán, en que anunciaba su última resolución. Ella llenó de zozobras á la mayor parte de los miembros del gobierno, así es que le oficiaron en el acto (con fecha 25 de septiembre), increpándole no haber emprendido con tiempo su retirada, según se le tenía prevenido, y recomendándole nuevamente la «importancia de continuarla con la »posible rapidez, «aun cuando en el ataque que espe»raba del enemigo se declarase la fortuna por sus »armas», pues lo que importaba era salvar la divi»sión», prometiéndole que el ejército de la banda oriental iría muy luego en su auxilio. Al mismo tiempo, ordenaba á Sarratea que retrogradase con sus fuerzas, anunciándole que en vista de la situación de Belgrano, era de creer fuera derrotado antes que pudiera emprender la retirada que se le había ordenado.

Belgrano, al contestar á los cuatro oficios del 12, hacía presente al gobierno con fecha 19, que no «le era dado hacer imposibles» : que no podía emprenderse la retirada y salvar al mismo tiempo los pertrechos de guerra existentes en Tucumán; que dar un paso atrás era perderse, pues la tropa nativa de las provincias del norte, se le desertaría llevándole sus armas, ocultándose en los bosques; que el enemigo que á la sazón se hallaba á catorce leguas de distancia, le picaría de cerca la retaguardia, sin permitirle tomar posición más ventajosa que la que ocupaba, terminando con estas juiciosas consideraciones: «El interés del enemigo debe ser estrecharnos, desde »que le demos muestras de debilidad, retirándonos. »Además, ¿qué camino tomar en donde el ejército no »esté expuesto á perecer? ¿cómo pasar la travesía? »¿de dónde han de salir esos medios para ejecutarlo, »cuando los que van quedando atrás todos se hacen »nuestros contrarios, y facilitarán á los enemigos me»dios de que nos persigan? Los tucumanos mismos »que ahora están con nosotros, serán los peores, y »nuestra pérdida será entonces inevitable. En estas »circunstancias, en que ya he reflexionado demasiado, »en que he discutido con los oficiales de mayor crédi-

»to y conocimientos, no he hallado más que situarme »en este punto, y tratar de hacer una defensa hon»rosa, de la que acaso podamos lograr un resultado »feliz, y si no es así, al menos, nos habremos perdido »en regla, y no por el desastre obscuro de una reti»rada.» Este oficio llegó á Buenos Aires el 29 de septiembre. Rivadavia tomó en el acto la pluma y redactó la contestación, insistiendo sobre la necesidad de cumplir las órdenes anteriormente comunicadas, acababa por decirle: «Una vez que la retirada de V. S. »no está en la posibilidad que sea salvando el tráfago »como se había dispuesto, es preciso pasar por el »amargo sentimiento de abandonar unos útiles, cuya »falta no nos pondría de tan mala condición como si »le añadiéramos la de perder la división del mando »de V. S. con el armamento que conduce. Bajo este »concepto, desde luego, emprenda V. S. su retirada, »dejando, ó inútil enteramente cuanto lleva y pueda »aprovechar el enemigo, ó quebrándolo todo en el úl»timo caso. Así lo ordena y manda este gobierno por »última vez; y bajo del supuesto que esta medida ha »sido trayendo á la vista el orden de sus planes y »combinaciones hacia la defensa general: la falta de »cumplimiento de ella deberá producir á V. S. los »más graves cargos de responsabilidad.» No siendo hora de despacho, Rivadavia mandó esta orden á la casa de cada uno de los triunviros que componían el gobierno, para que pusieran su firma al pie. Pueyrredón la firmó sin vacilar. No así Chiclana, que contestó por escrito, que ordenar la retirada en las circunstancias que se encontraba Belgrano, era lo mismo que mandarle entregar todo al enemigo. Rivadavia, lleno de indignación arrojó la carta de Chiclana al suelo, y la orden de retirada se despachó con sólo dos firmas.

Mientras los hombres de gobierno gastaban estérilmente su energía, pretendiendo dirigir desde el gabinete los sucesos de la guerra, la suerte de la revolución se decidía en el campo de batalla. Pero antes de tener lugar este acontecimiento memorable, habían

mediado algunas circunstancias, que esta es la ocasión de hacer conocer, y volver al día 14 de septiembre, en que Belgrano escribía á Rivadavia, anunciándole su heroica determinación de sostenerse en Tucumán.

El plan de Belgrano era presentar batalla á las inmediaciones de la ciudad. En consecuencia, hizo fortificar la plaza, abrió fosos y levantó trincheras, dejando en ella una pequeña guarnición y seis piezas de artillería, que ó no le era posible arrastrar al campo de batalla, ó con que no quiso recargarse. Con el resto del ejército situóse en los arrabales, entre los frondosos bosques de naranjos que la circundan. La caballería tucumana se elevó hasta el número de 600 hombres, y cada día llegaban nuevos contingentes que la engrosaban. Las mujeres de los patriotas, que habían tenido una parte en la decisión de los tucumanos, elevaban sus plegarias al cielo por el triunfo de las armas de la patria.

El ejército realista avanzaba lentamente sobre Tucumán, dando tiempo á todas sus divisiones para operar la concentración de fuerzas. Su vanguardia movióse de Metán, donde se había estacionado, y creyendo abandonado el camino de las Postas que seguía, su jefe el coronel Huici adelantóse á algunas cuadras de su columna seguido de dos personas de su comitiva, y penetró imprudentemente en el pueblo de Las Trancas, que dista veinte leguas de Tucumán. Allí fué hecho prisionero por una partida de paisanos armados, que permanecía en observación de los movimientos del enemigo, y á pesar de los esfuerzos que hicieron los españoles para arrebatarle su presa, antes de las doce de la noche estaba en el cuartel general de Bel grano, y le entregaban prisionero al que desde Jujuy le había venido picando la retaguardia, jactándose de terminar por sí solo la campaña.

El mayor general Tristán, con motivo de la pérdida del jefe de su vanguardia, ofició á Belgrano por medio de un trompeta, amenazando tratar á los prisioneros patriotas como fuese tratado Huici, y remi-

tiendo á éste cincuenta onzas de oro. Al terminar su oficio, escribió al pie de él con letras grandes estas palabras inspiradas por la jactancia: «Campamento del Ejército Grande, septiembre 15 de 1812.» El general patriota, devolvió las cincuenta onzas para que se repartiesen entre sus prisioneros, obligándose á entregar á Huici igual cantidad, terminó á su vez la nota de contestación, poniendo al pie de ella con letras no menos notables: «Cuartel general del Ejército Chico, 17 de septiembre de 1812;» rasgo de buen humor que prueba el equilibrio de su alma en aquellos momentos verdaderamente solemnes.

El general español comprendió sin duda que el epigrama de Belgrano importaba un reto formal; pero poseído de una ciega confianza, ignorando que los patriotas hubiesen improvisado una fuerte columna de caballería, empezó desde Las Trancas á acelerar sus marchas, y el 23 de septiembre llegó á Nogales, á cuatro leguas de Tucumán, al frente de más de tres mil hombres de las tres armas. Su plan era llamar la atención de los patriotas por el camino de los Nogales, aproximarse á la ciudad para descubrir sus intenciones, hacerlas caer en el error de que aquél era el punto elegido para el ataque, dejar en esta dirección una fuerte columna, dirigir oportunamente el grueso de las fuerzas sobre su derecha, ocupar el camino de Tucumán á Santiago cortándoles su retirada natural, y tomar las tropas de Belgrano entre dos fuegos si se atrevían á salir; ó en el caso contrario, hacer rendir la plaza por hambre ó por fuerza de armas.

El plan del general patriota se reducía á esperar al enemigo fuera de la ciudad, apoyando su espalda en ella; cargar al enemigo á la bayoneta así que se presentase, lanzar simultáneamente la caballería sobre sus alas; y en caso de contraste encerrarse en la plaza. Situado Tucumán sobre una gran meseta, rodeado de algunos arroyos que se derraman formando una red de canales de regadío, se desenvuelven á sus alrededores en todas direcciones anchas planicies, ligeramente accidentadas, alternadas con bosques de naranjales,

mirtos y laureles, en que, según la expresión de un escritor argentino, las pompas de la India están revestidas de los encantos de la Grecia. Este terreno es favorable para los despliegues de la caballería, especialmente una llanura despejada que se extendía al sudoeste de la ciudad, designada con el nombre de Campo de las Carreras, con que ha pasado á la historia. El general Belgrano había reconocido el terreno de la parte norte por donde esperaba ver aparecer al enemigo, pues no se imaginaba que éste tuviera el proyecto de atacarlo por la espalda. El 23, á la noticia de que el enemigo estaba en los Nogales y á la vista de sus avanzadas, que se habían aproximado hasta cerca de media legua de su posición, formó su línea dando frente al norte; y en la noche se replegó de nuevo á la ciudad luego que supo que el enemigo había acampado y detenido su marcha. A las dos de la mañana volvió á salir y ocupó la misma posición, calculando que al amanecer tendría encima todo el ejército español.

El general Tristán mientras tanto, se preparaba á ejecutar su plan de ataque, inspirado por la confianza que le daba la superioridad numérica, en la suposición de que Belgrano se encerraría con su ejército en la plaza, y de que en ningún caso se atrevería á tomar la iniciativa. En consecuencia, á la madrugda del 24 levantó su campo, dejó á su izquierda el camino que hasta entonces habían traído y se dirigió con el grueso de sus fuerzas hacia Tucumán, destinando una columna de preferencia que marchaba más á retaguardia á fin de llamar por el momento la atención del ejército patriota por esa parte, con orden de seguir la marcha para cortar su retirada del sur. Rompió su movimiento en una columna continua de camino, y no contando tener que combatir aquel día, tomó por única precaución colocar sobre su flanco derecho sus trece piezas de artillería cargadas en mulas. Como á dos leguas de Tucumán inclinóse más á su derecha, como evitando la ciudad, y costeó la margen derecha del cenagoso arroyo de los Manantiales, buscando un puen-

tecillo que se encontraba á legua y media al sudoeste, según unos, y según otros, lo despuntó en el punto llamado Ojo de Agua. Por este movimiento, colocóse á retaguardia de la línea que los patriotas habían formado, amagando sus comunicaciones por el camino de Santiago. A la altura del puente, sus exploradores tomaron un aguador que llenaba su pipa en el arroyo, y traído á presencia de Tristán, le dió una onza de oro, encargándole llevase el agua á una casa de la ciudad, que le indicó, pues á medio día, iría á tomar un baño en ella. Para ejecutar este movimiento había tenido que hacer una marcha de flanco y acercarse un poco á las faldas de la sierra del oeste, de manera que, caminando, por las alturas, sus maniobras eran visibles desde el llano, y por consecuencia revelaban su verdadero plan, resultando inútil su estratagema de llamar la atención por los Nogales. A las ocho de la mañana, la cabeza de la columna asomó por entre las ralas arboledas de las Tunas, desde donde descendió al Campo de las Carreras, dando la espalda al sur. Sólo entonces reconoció casi sobre su flanco, una línea de infantería colocada en un suave repecho con una corta reserva á retaguardia, sin poder descubrir la caballería, accidentalmente emboscada desde su punto de vista, lo que le persuadió que los patriotas carecían de esta arma.

En la mañana, Belgrano personalmente había observado los movimientos del enemigo, y cerciorado de la dirección que llevaba, abandonó la posición ocupada hasta entonces, rodeó la ciudad por el oeste, efectuó una contramarcha formando una nueva línea con frente al sur. Estos movimientos fueron casi simultáneos, así es que la aparición del ejército patriota sobre el flanco de los realistas, fué para éstos una especie de sorpresa, pues como queda dicho, ni habían cargado las armas, ni montado su artillería. Sin embargo, tuvieron tiempo para apercibirse al combate, aunque asombrados por la audacia de la provocación.

Toda la fuerza que Belgrano pudo llevar al campo de batalla no pasaba de 1.800 hombres, inclusas las

milicias, de los cuales sólo ochocientos eran infantes, mientras que los dos tercios del enemigo correspondían á esta arma. El general patriota estableció su línea del modo siguiente: la infantería la dividió en cuatro columnas, tres en línea de masas, y una de reserva. Las únicas cuatro piezas de artillería que llevaba, ocupaban los claros de las columnas, colocación viciosa sugerida por Holmberg. La caballería se extendía por ambos flancos en dos divisiones desplegadas en batalla, con una corta reserva de la misma arma formada en columna á retaguardia de la línea. La caballería de la derecha la mandaba el teniente coronel D. Juan Ramón Balcarce, la de la izquierda el comandante D. José Bernaldes Palledo, la de la reserva el sargento mayor D. Diego González Balcarce. Las columnas de infantería, divididas cada una de ellas en tres secciones, estaban mandadas por el capitán D. Carlos Forest, el comandante D. Ignacio Warnes, y el de igual clase D. José Superi. La columna de infantería en reserva, compuesta de piquetes de los diversos cuerpos, la mandaba el teniente coronel D. Manuel Dorrego. La artillería obedecía las órdenes del barón de Holmberg, quien como más entendido en la guerra, era al mismo tiempo el consejero del general en jefe. En esta disposición se encontraron ambos ejércitos.

A la distancia de tiro de cañón, mandó Belgrano desplegar en batalla las tres columnas de infantería que tenía colocadas en línea de masas, siendo esta la única maniobra que conocía bien la infantería patriota. En esta disposición, marchó sobre el enemigo con sus alas apoyadas sobre la caballería, en circunstancias en que el ejército español se preparaba á toda prisa para recibir el ataque, no habiendo conseguido montar sino dos piezas de artillería. Sin darle tiempo de reponerse de su sorpresa, la artillería patriota rompió el fuego, con tanta felicidad, que los primeros tiros se llevaron por delante varias hileras de los batallones Cotabambas y Abancay del enemigo. La infantería española, que había roto un espantoso fuego de fusile-

ría, pareció vacilar bajo el fuego de la artillería, lo que prueba que si Belgrano hubiese reconcentrado todas sus piezas en una sola batería, ó sacado los cañones que había dejado en la plaza, habría podido desorganizar á cañonazos la línea de Tristán. El coronel español Barrera, jefe del batallón Abancay, irritado por las pérdidas causadas por la artillería patriota, sin esperar orden de su general, mandó cargar á la bayoneta, pero en dispersión, como acostumbraban hacerlo los realistas cuando se batían con los indios del Perú. Este movimiento es lo que había producido el desorden aparente en el centro de la línea española. Belgrano, que observaba con atención el campo de batalla, dispuso que la caballería de la derecha, al mando del comandante Balcarce, iniciase la carga sobre la izquierda enemiga, y que la infantería se lanzara sobre el centro á paso de ataque y bayoneta calada, sin contestar al fuego que se le hacía. El momento no podía ser más oportuno, y al dar esta orden, el general patriota acreditó golpe de vista militar.

Un tercio de la infantería patriota no tenía bayonetas, y en reemplazo de esta arma, Belgrano había hecho distribuir grandes cuchillos á los que carecían de ella. A pesar de esta inferioridad material, á la que se agregaba la del número y de la disciplina, la infantería argentina avanzó con denuedo. Por este movimiento quedó inutilizada la artillería patriota, pues relegada á retaguardia con sus fuegos interceptados, ya no volvió á reaparecer en la batalla, mientras que convenientemente reconcentrada, habría podido cooperar más eficazmente al avance del centro.

La caballería tucumana de la derecha, armada en su mayor parte de lanzas y cuchillos enastados en palos, y muchos sin más que puñales, lazos y bolas, presentaba un aspecto verdaderamente salvaje. Caprichosamente vestida. con ponchos de todos colores, y cubiertas las piernas con anchos guardamontes de cuero, sus fisonomías acentuadas hacían conocer una raza enérgica, cuyas ocupaciones, desenvolviendo las fuerzas del cuerpo, inoculan en el espíritu el valor del

soldado. Esta caballería semibárbara, apoyaba su flanco descubierto sobre una sección de Dragones veteranos, regularmente disciplinados, que contrastaba con el resto de la línea. A la orden de carga transmitida por el general Belgrano, el comandante Balcarce hizo dar la señal con los timbales de Dragones y se avanzó á su frente á gran galope, corriéndose un tanto sobre su derecha para evitar los proyectiles de la infantería enemiga, cuya primera fila había hincado rodilla en tierra, y mantenía un nutrido fuego graneado de tres de fondo. No era esto cumplir la orden de Belgrano, que quería que la caballería de la derecha concurriera al ataque del centro, lanzándose sobre la infantería enemiga; pero era obrar con la prudencia que aconsejaba la calidad de la tropa. El general en jefe en su impaciencia, ordenó entonces á una sección de la caballería de reserva, que cargase á su frente en apoyo de la infantería que avanzaba á la bayoneta, y el capitán D. Antonio Rodríguez que la mandaba, cumplió la orden con bizarría. La caballería de Tarija, que ocupaba el ala izquierda del enemigo, huyó cobardemente al amago de la carga de la derecha patriota, y abriendo un claro en la línea, penetró por él la caballería gaucha á carrera tendida, dando espantosos alaridos y golpeando con las riendas los guardamontes de cuero que producían un ruido extraño y siniestro. La infantería realista que sostenía el centro, al ver descubierto su flanco y ocupada su retaguardia por los jinetes patriotas, que corrían en todas direcciones acuchillando dispersos, desordenóse completamente, y cedió el terreno al centro patriota, que apoyado por la reserva continuó su victoria, aunque también en desorden.

Mientras tanto, los enemigos habían triunfado completamente en su derecha, arrollando la caballería patriota de la izquierda, y derrotado la tercera columna mandada por Superi; de manera que, sin atención por su frente, pudieron formar un gran martillo para atacar por el flanco el resto del ejército de Belgrano, que triunfaba en otros puntos.

Este fué el momento decisivo de la batalla. Rota la línea enemiga por tres puntos, derrotada su izquierda, conmovido su centro, y triunfante su derecha, la ventaja obtenida por una fracción de ella quedaba neutralizada; así es que, los vencedores de su derecha, tuvieron que seguir el movimiento retrógrado del resto de su ejército derrotado, á pesar de los denodados esfuerzos de Tristán para rehacer su línea hecha pedazos.

Fué este un momento de espantosa confusión. La izquierda del ejército patriota que ya estaba deshecha, se encontró repentinamente dueña del campo con un gran número de prisioneros abandonados por el enemigo. La mayor parte de la infantería del centro, seguida de su reserva, perseguía la victoria en desorden. La caballería tucumana, completamente desbandada, se ocupaba en lancear dispersos y saquear los lujosos equipajes del ejército real, y entre unas y otras columnas se interponían grupos de españoles y patriotas desmontados, que en medio del humo denso que cubría el campo y de una nube de langostas que en aquel momento cruzaba el aire, no podía juzgar del estado del combate. En este caso se encontró el general Belgrano después que hubo hecho avanzar la caballería de la derecha y la reserva, en protección del ataque de la infantería del centro, el cual tuvo que perder de vista mientras impartía sus órdenes á Balcarce y observaba si eran cumplidas. Luego que vió que la caballería de su derecha había roto la línea enemiga y que su centro estaba firme, quiso trasladarse á la izquierda de su línea, para cerciorarse del estado del combate por aquella parte, cuando al dar vuelta la cara encontróse con el coronel Moldes, que le preguntó:—¿A dónde va usted?—A buscar mi gente de la izquierda, le contestó Belgrano.—Entonces le manifestó Moldes que se hallaban cortados, lo que era cierto, pues en los movimientos variados de ambas fuerzas, que además de imprevistos y fuera de todo cálculo, habían sido desligados unos de otros, no era extraño que tal sucediera.—Pues vamos á buscar

la caballería—dijo entonces el general, dirigiéndose al galope al claro que los enemigos habían dejado á su frente, y por el cual habían penetrado los escuadrones patriotas. A poco andar, se encontró en medio de su caballería dispersa, que más parecía una fuerza derrotada que vencedora.

A la noticia de la aparición del general en aquel campo de desorden, empezaron á reunírsele los dispersos. Belgrano, que estaba triste y silencioso, como un hombre que no se halla satisfecho, interrogó á los primeros dispersos que se le presentaron, pues ignoraba totalmente si la batalla había sido ganada ó perdida, y si la plaza se resistía aún. La contestación de todos era la misma: «Hemos vencido al enemigo que teníamos al frente.» Nadie había visto ni podido ver más. Muy luego se presentó D. Juan Ramón Balcarce seguido de un grupo de caballería y dando vivas á la patria en señal de triunfo. Acercóse á felicitar al general, presentóle como trofeo de la victoria un gran cuchillo de monte, con una rica empuñadura en que estaba asegurada una de las medallas de oro batidas en honor de Goyeneche. Belgrano, no bien seguro del triunfo, se ocupó en hacer reunir los dispersos que poblaban el campo en todas direcciones, logrando formar una pequeña columna como de 200 hombres, con la cual contramarchó en dirección á la ciudad, de la que distaban como una legua. Al atravesar una parte del campo de batalla, encontraron desmontadas dos piezas de artillería, que eran precisamente las que el enemigo había conquistado en la primera acción de las Piedras y que dejó abandonadas en su movimiento retrógrado. Más adelante, divisóse sobre los arrabales de la ciudad un grueso cuerpo de tropas de infantería, con alguna poca caballería. No se oía un tiro por ninguna parte. En la duda de si eran enemigos ó no, seguíase avanzando, cuando unos cuantos disparos de cañón vinieron á convencerlos de que eran enemigos. ¿Qué había sucedido? ¿Qué era de la infantería? ¿Se sostenía la plaza ó había sucumbido? Tales eran las crueles dudas que agitaban al general en quel momento. Des-

pués de conferenciar algunos instantes con los jefes superiores que le acompañaban, resolvió retirarse con la fuerza al paraje denominado del Rincón, tres leguas al sur de Tucumán, y averiguar desde allí cuál era la suerte del resto del ejército.

Veamos ahora qué había sido de la infantería. En el avance impetuoso del centro y la reserva y parte de la izquierda reorganizada, el enemigo tuvo que ceder el terreno mal de su grado, abandonando la mayor parte de su artillería. El general Tristán, envuelto en la oleada de sus tropas fugitivas, sólo pudo rehacerlas como á una legua al sur del campo de batalla, sobre la base de una columna que no había entrado en combate, por ser la destinada á cortar la retirada del ejército patriota. Desde este momento la superioridad volvió á estar de su parte, y haciendo pie firme, trabó un ligero combate sin resultado. Entonces las fuerzas patriotas, viendo que corrían peligro de comprometer la victoria del día, y sin noticias de su caballería, resolvieron replegarse sobre la plaza, llevando la dirección de la columna el coronel Díaz Vélez, quien compartió con Dorrego y Forest los honores de esta bien calculada retirada. En efecto, la infantería patriota se replegó sobre la plaza, llevando por trofeos de su victoria cinco piezas de artillería, el parque del ejército realista, las banderas de Cotabambas, Abancay y Real de Lima, algunos centenares de prisioneros y dejando el campo sembrado de cadáveres. Los patriotas se posesionaron de la ciudad y se fortificaron en ella, resueltos á defenderse hasta la última extremidad. Tristán los siguió lentamente y se posesionó de los arrabales del oeste, en cuya posición lo encontró Belgrano en su primera exploración. Dueño el general realista del campo de batalla, intimó rendición á la plaza, dándole dos horas de término, con la amenaza de entregar la ciudad á las llamas si no se entregaba á discreción, y ofreciendo á su guarnición los honores de la guerra. Díaz Vélez, instruído ya de que Belgrano batía la campaña con la caballería reunida, contestó con arrogancia, provo-

cándolo al ataque, y le amenazó de palabra que pasaría á cuchillo á los prisioneros si se quemaba un solo rancho de la ciudad.

Al día siguiente, el general Belgrano se puso en marcha sobre la ciudad á la cabeza de una columna de 500 hombres, que tenía ya la conciencia de las ventajas adquiridas, conduciendo por su parte un gran número de prisioneros tomados por las partidas que recorrían el campo. Estableció sus comunicaciones con la plaza por la parte del sur, y situóse frente á la línea de Tristán, intimándole á su vez rendición, y proponiéndole la paz en nombre de la fraternidad americana.

Tristán contestó con dignidad diciendo, que el ejército del Perú no aceptaría proposiciones vergonzosas mientras existiese un hombre en sus filas, porque preferían la muerte á la ignominia.

Al través de este lenguaje enérgico, se percibía la conciencia de su debilidad, y un impulso vigoroso habría tal vez conquistado la victoria del día anterior. Pero sea que el general Belgrano no creyera prudente un nuevo ataque, ó que pensara que no tenía elementos suficientes para acometer una masa de infantería que representaba una fuerza igual á la suya, se resolvió á ocupar en la noche el arroyo de los Manantiales, de que se ha hablado antes, esperando cerrar por este camino la retirada de los realistas. En la noche del 25 al 26, Tristán levantó silenciosamente su campo, y burlando la vigilancia de los patriotas, tomó fugitivo el camino de Salta, que poco antes había recorrido con el orgullo del vencedor.

Desde entonces Tucumán se llamó Sepulcro de la tiranía.

Así terminó la jornada de Tucumán, una de las más gloriosas para las armas argentinas, quedando por trofeos de esta victoria 61 jefes y oficiales con 626 individuos de tropa prisioneros, siete piezas de artillería, 400 fusiles, tres banderas y dos estandartes, 450 muertos del enemigo, con todo su parque y

bagajes. La pérdida de los patriotas fué de 80 muertos y 200 heridos.

El general Belgrano, así que supo la fuga del enemigo, destacó sobre él una columna de 600 hombres, compuesta de sus mejores tropas de infantería y caballería, y confió su mando á Díaz Vélez, ordenándole picase activamente su retaguardia. Era cuanto podía hacerse para utilizar la victoria y cuanto podía exigirse del número relativamente pequeño de los perseguidores.

La retirada del ejército español fué, si no tan gloriosa, por lo menos no menos enérgica que la de Belgrano pocos días antes. Sufrió con constancia el hambre, la sed y la fatiga, sin que su ánimo decayera. La persecución fué floja y no bien combinada. Sin embargo, siempre se obtuvieron algunas pequeñas ventajas. Al llegar al Río de las Piedras, el capitán Zelaya que iba de avanzada con 30 Dragones, rindió á fuerza de armas una partida de treinta y ocho soldados con su oficial. Después de este hecho, sólo tuvieron lugar algunos escopeteos de retaguardia y algaradas, sin resultado notable. Desde la margen izquierda del Pasaje, Díaz Vélez se adelantó al enemigo, tomando un camino distinto, con el objeto de ocupar la ciudad de Salta, que á la primera noticia de la victoria del Tucumán se había pronunciado nuevamente en favor de la revolución. Esta reacción fué operada por los prisioneros de las Piedras, que en número de ochenta se hallaban allí confinados, y el primer uso que hicieron de su triunfo, fué poner á su cabeza á D. José Antonio Alvarez de Arenales, que hacía por segunda vez su aparición en la escena revolucionaria. El infatigable Zelaya, fué el primero que llegó á la ciudad rescatada con su avanzada de Dragrones. Reforzado allí con 50 más, recibió orden de Díaz Vélez para dirigirse sobre Jujuy, donde el coronel español Socasa á la cabeza de una corta guarnición, se había refugiado con algunas municiones y los caudales del ejército realista. El 8 de octubre estaba Zelaya sobre Jujuy. El enemigo se fortificó en una sola calle, co-

locando un cañón en cada una de sus avenidas, y reforzado con los españoles que había en la ciudad, armados con fusiles, situóse en los tejados y balcones. El oficial patriota echó pie á tierra, con el intento de hacer desalojar ls trincheras por medio de un fuerte escopeteo; pero viendo que nada conseguía por este medio, decidióse á emprender un ataque á viva fuerza por tres puntos distintos. El asalto, aunque llevado con vigor, fué victoriosamente rechazado por los realistas, bien que con la pérdida de 20 hombres entre muertos y heridos, por parte del enemigo, habiéndosele tomado antes igual número de prisioneros. Los patriotas dejaron como 16 cadáveres al pie de las trincheras. Después de este pequeño contraste, en que se salvó por lo menos el honor, el capitán Zelaya regresó á Salta. Esta ciudad fué muy luego ocupada por la división de Díaz Vélez, que después de dos días de permanencia en ella, tuvo que abandonarla á la aproximación de Tristán, situándose en sus alrededores como si intentara mantener un bloqueo. Los restos del ejército español se fortificaron en la ciudad, y su jefe sumido en la mayor tristeza y lleno de vergüenza, pidió nuevos refuerzos á Goyeneche para vengar su derrota, cuando pocos días antes mandaba publicar por bando, que sería ahorcado sin más forma de proceso, todo el que se atreviese á decir que su ejército había sido vencido en Tucumán.

La columna perseguidora regresó á Tucumán á fines de octubre, trayendo 80 prisioneros rescatados, 60 tomados al enemigo en diferentes encuentros, y dejando establecida la superioridad de los patriotas en las provincias del norte, que desde entonces se decidieron por la revolución, con un entusiasmo que nunca pudieron abatir, ni los reveses, ni la miseria, ni las melancólicas escenas de exterminio y de destrucción de que fueron teatro en el curso de la guerra.

La división de vanguardia llegó á Tucumán en momentos que una procesión cruzaba las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Como la victoria del 24 de

septiembre había tenido lugar precisamente en el día de su advocación, se atribuyó el resultado á su divina influencia, y el general Belgrano, que además de ser un hombre religioso, se proponía en ello un fin político, la hizo nombrar Generala del Ejército. A caballo y llena del polvo del camino, se incorporó la división de vanguardia á la procesión, la que siguiendo su marcha desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El general se coloca entonces al pie de las andas, que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la imagen; y las andas vuelven á levantarse, y la procesión continúa majestuosamente su camino. Este acto tan sencillo como inesperado, produjo una impresión profunda en aquel concurso poseído de sentimientos piadosos, y aun los espíritus fuertes se sintieron conmovidos.

Estos actos de pública devoción, los ejercicios devotos á que sujetó á la tropa desde que estableció su imperio sobre el ejército, y la práctica de los deberes religiosos de que siempre fué un fiel observador, granjearon á Belgrano un crédito inmenso en aquellas poblaciones, y cambiaron la faz de la revolución. Hasta entonces, la guerra que se había hecho á los patriotas, era no sólo política, sino también religiosa. La reputación de impiedad de los porteños, que se había generalizado en el Alto Perú, con motivo de algunos actos irreverentes de los oficiales del ejército de Castelli, había perjudicado mucho á la causa de Buenos Aires en el ánimo de los habitantes de aquellas comarcas. Los obispos, los curas y los frailes, predicaban la guerra contra los herejes, y Goyeneche había fanatizado á sus soldados haciéndoles creer, que los que morían por el rey eran mártires de la religión y volaban al cielo á gozar de una eterna gloria, al punto que, en una ocasión uno de sus espías sentenciado á muerte, exclamó al pie del suplicio con la sublimidad de un cristiano de los primeros tiempos lanzado al circo de las fieras: «¡ Muero contento por mi religión y por mi rey !» Luchar contra

el poder español y contra la conciencia de los pueblos, era emprender una doble guerra, crearse un nuevo obstáculo que vencer. Belgrano lo comprendió así, y como lo observa un contemporáneo «haciéndose su»perior á críticas insensatas, y á murmuraciones pue»riles, tuvo la bastante firmeza para seguir una mar»cha que inutilizó las astucias de Goyeneche, resta»bleciendo la opinión religiosa del ejército patriota, »que se moralizó por este medio, formando un cuerpo »homogéneo con las poblaciones, inofensivo á las creen»cias populares. Así no sólo dió nervio á la revolución, »no sólo la generalizó, sino que le dió crédito y la »ennobleció.»

A las festividades religiosas siguiéronse las distribuciones de premios á los vencedores del 24 de septiembre. El gobierno, en consecuencia del triunfo, decretó que se inscribiesen en una lámina de bronce los nombres de los muertos en la batalla, para ser fijada en la pirámide de mayo; que los nombres de los que militaron en ella se registrasen en los libros de honor de los Cabildos de Tucumán y Buenos Aires; que á las tropas se les diese un distintivo honorífico y á los oficiales un escudo con este lema: «La Patria á sus defensores en Tucumán.» «A V. S., se »le decía á Belgrano en el oficio de remisión, en pre»mio de sus fatigas, y del constante desvelo con que »se ha empeñado en hacer brillar la virtud americana, »se le acuerda un escudo de lámina de oro con el »mismo mote.» Al mismo tiempo se le expidieron los despachos de capitán general, cuando hasta entonces se había negado la confirmación de su grado de brigadier.

El modesto vencedor de Tucumán, renunció el título de capitán general, y declinando el honor del triunfo, contestó al gobierno con estas notables palabras, que manifiestan el equilibrio de su alma, inaccesible á la vanidad y á la envidia: «Sirvo á la »patria sin otro objeto que el de verla constituída, y »este es el premio á que aspiro. V. E. tal vez ha creído »que tengo un relevante mérito, y que he sido el héroe

»de la acción del 24. Hablando con verdad, en ella »no he tenido más de general que mis disposiciones »anteriores, y haber aprovechado el momento de man»dar avanzar, habiendo sido todo lo demás obra de »mi mayor general, de los jefes de división, de los »oficiales, y de toda la tropa y paisanaje, en términos »que á cada uno se le puede llamar el héroe del cam»po de las Carreras de Tucumán.»

Ganar una batalla como la de Tucumán, á cuyo éxito concurrieron por mitad las faltas del enemigo, es un accidente de la suerte variable de las armas, y no es la más alta gloria de un general; pero resolverse á hacer pie firme al enemigo con un puñado de hombres, después de una retirada de ochenta leguas; esperarle con cerca de la mitad menos de fuerza; dar la batalla contra sus instrucciones y las órdenes repetidas y perentorias de su gobierno, y luego, después del triunfo, rehusar la corona del triunfador y colocarla sencillamente sobre las sienes de sus compañeros de armas, y esto con sinceridad y sin ostentación, es un ejemplo de moderación de que la historia presenta pocos ejemplos.

Aunque la batalla de Tucumán, como queda manifestado, debióse más á las faltas del enemigo que á las combinaciones de Belgrano, y aunque el triunfo fué el resultado de un cúmulo de circunstancias imprevistas, supliendo la decisión de los jefes de cuerpo la falta del general en jefe en el momento decisivo, la resolución de combatir y la iniciativa de la batalla le corresponde exclusivamente, así como las dos maniobras atrevidas que introdujeron el desorden en las filas españolas, es decir, el avance del centro, y el ataque de la caballería de la derecha. Si separado de su infantería por un accidente, y con su caballería desorganizda, tocó á otros el honor de completar la victoria, encontrándose al fin vencedor cuando se creía vencido, esto, aunque disminuye su mérito, no menoscaba la gloria de haber ganado una batalla contra toda probabilidad, y contra la voluntad del gobierno

mismo, que le ordenaba retirarse á todo trance, «aun cuando la fortuna se declarase por sus armas.»

Pero lo que hace más gloriosa á esta batalla fué, no tanto el heroísmo de las tropas y la resolución de su general, cuanto la inmensa influencia que tuvo en los destinos de la revolución americana. En Tucumán salvóse no sólo la revolución argentina, sino que puede decirse contribuyó de una manera muy directa y eficaz al triunfo de la independencia americana. Si Belgrano, obedeciendo las órdenes del gobierno, se retira, las provincias del norte se pierden para siempre, como se perdió el Alto Perú para la República Argentina. Posesionado el enemigo de Jujuy, Salta y Tucumán, podría haber levantado un ejército mayor que el que podía oponérsele, remontando su caballería con los naturales de aquellas localidades, que tan dispuestos son para la guerra. Derrotado el ejército patriota, el camino hasta Santa Fe queda libre, El enemigo con su caballería remontada, reforzado por Goyeneche que podía disponer de 2.000 hombres más, y dueño de un vasto territorio, habría puesto en campaña con el prestigio de la victoria, un ejército de seis á siete mil hombres, extendiendo sus conquistas hasta Córdoba, en momentos en que la opinión pública de las provincias estaba completamente desmoralizada. Las fuerzas revolucionarias reconcentradas sobre la margen occidental del Paraná (según las órdenes del gobierno, que ya habían empezado á ejecutarse), se hubieran visto obligadas á abandonar la banda oriental, el Entre Ríos, Corrientes y Misiones, bajo los auspicios desconsoladores de una derrota. Es probable que entonces Buenos Aires hubiera puesto en campaña un ejército igual ó mayor que el de Goyeneche; pero éste, de acuerdo con la plaza de Montevideo, que con el dominio que tenía de las aguas le era fácil desembarcar de 1.000 á 1.500 hombres de buenas tropas en cualquier punto del Paraná, podía en todo evento hacerse fuerte en Santa Fe, y circunscribir la revolución al solo territorio de Buenos Aires. Es probable que en tal situación los portugueses

hubiesen roto el armisticio, cooperando con Goyeneche, según se lo habían ofrecido. Una batalla podía sólo resolver esta situación, pero podía también decidir de la suerte de las Provincias Unidas, aunque más tarde se hubiesen levantado, como sucedió en otras partes de América; pero antes de tener lugar este acontecimiento, y por poco que la guerra se prolongara, Buenos Aires quedaba solo en la palestra revolucionaria.

Chile, cortadas sus comunicaciones con las provincias argentinas, habría sucumbido aislado, como sucumbió más tarde en condiciones más ventajosas á mediados de 1814. El triunfo de Salta, el paso de los Andes, las batallas de Maipú y Chacabuco, la expedición sobre Lima, el auxilio prestado por San Martín á Bolívar, no hubieran tenido lugar, ó por lo menos se habrían retardado. Robustecido con estos triunfos el Bajo Perú, centro de la reacción realista, irradiando su influencia al sur y al norte del continente americano, la gran lucha de propaganda externa por medio de la intervención armada, se postergaba para un tiempo indefinido. Bien que la emancipación del Nuevo Mundo fuera un hecho fatal, que tenía que cumplirse más tarde ó más temprano, no puede desconocerse, que derrotado el ejército patriota en Tucumán, la revolución argentina quedaba en grave peligro de ser sofocada por el momento, ó por lo menos localizada en los estrechos límites de una provincia, privada de aquel gran poder de expansión que le hizo llevar sus banderas victoriosas hasta el Ecuador, dando origen á cuatro nuevas Repúblicas, que sin su concurso habrían continuado por largos años bajo la espada española. Y si se piensa que todas las revoluciones de la América del Sur fueron sofocadas casi á un mismo tiempo (1814-1815), menos la de las Provincias Unidas; y se medita que sofocada ó circunscripta la revolución argentina, ó simplemente paralizada en su acción externa, las expediciones sobre Montevideo, Chile, Lima, Alto Perú y Quito no habrían tenido lugar, fuerza será convenir también que en los

campos de Tucumán se salvó no sólo la revolución argentina, sino que se aceleró, si es que no se salvó en ellos, la independencia de la América del Sur.

En presencia de estos grandes resultados se ve que Belgrano hizo bien en desobedecer las órdenes de retirada, y arriesgar una batalla de dudoso resultado, puesto que el triunfo era la salvación, y la retirada importaba tanto como la derrota obscura del que sucumbe sin combatir.

El general vencedor tenía la conciencia de todo esto, cuando á los dos días de la batalla escribía á Rivadavia: «Dios protege la santa causa: nuestro triun»fo no tiene igual; pero vea usted la ocasión de no »poder continuar la victoria hasta el Desaguadero y »tal vez hasta Lima. ¡Cómo ha de ser!» Pocos días después (16 de octubre), volvía á escribirle: «¡A sal»var la Patria! este es nuestro clamor. Vengan auxi»lios de gente, y las provincias quedarán libres, y las »banderas del ejército de la Patria tremolarán en »Lima. Si no nos apresuramos, mucho nos ha de cos»tar conseguir el fin, y acaso no lleguemos á él.» Y como si el triunfo hubiese destemplado su alma, añadía: «Padezco mucho de cuerpo y de espíritu: ya el »camino de la victoria está abierto, y confieso á usted »que detesto al Perú, y todo lo que no es Buenos Aires »y sus alrededores. Vengan otros á disfrutar, ó á »padecer; yo nada quiero ser. Lo he dicho muchas ve»ces, y cada día me afirmo más en mi concepto.»

CAPITULO XX

Entre Tucumán y Salta

1812-1813

Influencia de la batalla de Tucumán en la política interna.—Política gubernativa del Triunvirato.—Estado de la opinión.—Convocatoria de una nueva Asamblea.—Reunión de ella.—Descontento del partido liberal.—Revolución de 8 de octubre.—Disolución de la Asamblea y deposición del Triunvirato.—Organización de un nuevo poder ejecutivo.—Sus ideas sobre la Revolución.—Convoca otra asamblea.—Nueva base dada al sistema electoral.—Auxilios que se disponen para reforzar á Belgrano.—Las banderas rendidas en Tucumán.—Posición de las fuerzas realistas en Salta y refuerzos que reciben.—Negociación entre Belgrano y Goyeneche.—Planes de Belgrano.—Aumenta su ejército.—Su correspondencia con el gobierno sobre operaciones militares.—Estado del ejército del Perú.—Balcarce.—Alvear y Holmberg.—Arenales.—Elección de diputados en Tucumán.—Belgrano juzgado como hombre de partido.—Personal del ejército.—Constancia de los patricios de Buenos Aires.—Reformas introducidas por Belgrano en el orden militar.—Estado de los realistas en Salta.—Actos de devoción del ejército patriota.—Belgrano toma decididamente la ofensiva.—Espíritu de las tropas.—La *Carta de un americano*.—La *Despedida de Wáshington*.—Batalla del Cerrito.—Belgrano atraviesa el Río Pasaje.

El triunfo de Belgrano en Tucumán, tuvo su repercusión inmediata en Buenos Aires.

Hacía tiempo que venía preparándose en la capital una revolución pacífica, que el progreso de las ideas y las exigencias crecientes del espíritu democrático hacían inevitable. El triunvirato, que hasta entonces había presidido el movimiento revolucionario, ya no respondía á esas exigencias. Sucesor de la Junta gubernativa degenerada, en cuyas manos se había destemplado el resorte de la autoridad, el triunvirato tuvo por principal misión vigorizar la acción gubernativa, para hacer frente á los enemigos exteriores y dominar las dificultades interiores. Inspirado por Riva-

davia y auxiliado por Herrera, dominó desde luego una situación peligrosa, levantó el espíritu público, dilató su influencia exterior, sofocó con energía las reacciones internas, dió la preponderancia al partido liberal, y desmoralizó hasta cierto punto la revolución. Pero los gobiernos, que en presencia de circunstancias difíciles necesitan de una ilimitada libertad de acción para conjurar los peligros, tienen necesariamente que ser despóticos, aun cuando tengan en vista el triunfo de la libertad. Desacreditado por la experiencia el gobierno de muchos, y no bien comprendidas aún las teorías de la soberanía delegada, el poder se concentró en el triunvirato, el cual, no hallándose dispuesto á compartir la autoridad, miró siempre con recelo la reunión de un Congreso soberano, que sobreponiéndose á todos los poderes, trabaría indudablemente la libertad de acción de que necesitaba.

Las luchas con las diversas Asambleas provisorias que sucesivamente convocó, y de que se ha dado cuenta ya, manifiestan esta tendencia; y la correspondencia entre Rivadavia y Belgrano, relativa á este punto, refleja las disidencias entre las ideas del gobierno y las exigencias de la opinión, que ya empezaban á diseñarse. La opinión quería una Asamblea suprema, que fijase la Constitución del poder, generalizara la revolución y la hiciese más popular. El gobierno temía encontrar en ella un obstáculo en vez de un auxiliar, sin comprender que, si bien por este medio se evitaban algunas dificultades, también se privaba del concurso de las fuerzas sociales, que permanecían casi inertes. Esas fuerzas eran las que únicamente podían conmover profundamente á los pueblos; porque los pueblos pueden apasionarse por una causa en un momento dado, pero sólo se sacrifican por ella, cuando la ven vinculada á principios permanentes, y sobre todo, cuando esos principios revisten formas populares, y son proclamados por sus órganos legítimos.

El anhelo de todas las provincias era la reunión de un Congreso supremo. Convocado el 25 de mayo, re-

fundido luego en el Poder Ejecutivo, suplido provisoriamente por las Asambleas eventuales que nacieron enfermizas y desaparecieron al nacer, disueltas por el triunvirato, la realización de esta promesa se postergaba de día en día, y el régimen provisional y arbitrario iba desacreditándose en la misma proporción en que crecía aquel anhelo. No satisfacerlo, era prepararse una revolución inevitable.

El gobierno de los triunviros no desconocía que la reunión de un Congreso deliberante era el voto del pueblo, así es que, al disolver la segunda Asamblea provisoria (7 de abril de 1812), prometió solemnemente á los pueblos una nueva convocatoria. Esta promesa empezó á hacerse efectiva por la circular de 3 de junio, dirigida á todos los ayuntamientos de las villas y ciudades. En ella se decía: «Ha sido uno de los »primeros cuidados (del gobierno) acelerar la reunión »del Congreso de las Provincias Unidas, para que »formada y sancionada la Constitución del Estado, »señalase la ley al gobierno los límites de su poder, »á los magistrados la regla de su autoridad, á los »funcionarios públicos la barrera de sus facultades y »al pueblo americano la extensión de sus derechos y »la naturaleza de sus obligaciones.» Y más adelante agregaba, que el Congreso se convocaba, «con el ob»jeto de formar para su representación, un plan de »elección bajo los principios de una perfecta igualdad »política, de fijar el tiempo de su reunión y de con»cluir y sancionar tratados internacionales.» El hecho de dirigirse á los Cabildos, y la indicación de que uno de los objetos de la Asamblea era formar un plan de elección, dice claramente que ella debía constituirse sobre la base de la elección municipal, compuesta de apoderados de los Cabildos, nombrados por ellos sin intervención directa del pueblo.

Practicada la elección de los diputados, fué excluído el de la provincia de Mendoza, arrogándose el Cabildo de la capital la facultad de reemplazarlo; y apenas reunida la Asamblea, su primer paso fué borrar de la lista de sus miembros á los diputados de Salta

y Jujuy. Estas exclusiones tenían por objeto crear una mayoría que diese la preponderancia al partido caído, al cual se había inclinado uno de los miembros del gobierno, según se indicó antes. Tratábase de la elección de uno de los triunviros en subrogación de Sarratea, que había cumplido su período, y la mayoría de la Asamblea le aseguraba por consecuencia la mayoría en el gobierno. En tal estado de cosas, la revolución que venía preparándose de largo tiempo atrás, no necesitaba sino una ocasión para estallar, y ésta no tardó en presentarse.

La noticia de la batalla de Tucumán llegó á la capital el 5 de octubre. El 6 reunióse la Asamblea, y en el mismo día eligió para vocal del gobierno á un individuo hostil al partido liberal. El descontento estalló súbitamente. Unos hablaban de la insoportable tiranía del gobierno; otros anunciaban un golpe de estado, y otros convenían en la idea de resolver la cuestión por un movimiento popular. El abandono del ejército de Belgrano era el tópico de todas las conversaciones, y sin darse cuenta de los motivos que había tenido el gobierno para dar una atención preferente al de la banda oriental, lo atribuían á malquerencia y aún á traición. La circunstancia de ser el general Belgrano simpático al partido liberal, con cuyas ideas coincidía, y de cuyos rencores participaba hasta cierto punto, hizo que la noticia de la victoria de Tucumán fuera la ocasión que determinara el estallido.

Las logias masónico-políticas, recientemente organizadas por dos militares que acababan de llegar de Europa, y que debían muy pronto hacerse célebres, cooperaron eficazmente á esta revolución. Estos militares, eran el coronel D. José de San Martín y el sargento mayor D. Carlos María de Alvear. San Martín organizaba y disciplinaba (al mismo tiempo que la logia de Lautaro, que tanta influencia debía ejercer en los negocios públicos), el famoso regimiento de Granaderos á caballo, núcleo de los ejércitos con que estaba destinado á dar libertad á la mitad de la Amé-

rica del Sur, de que era sargento mayor Alvear, uniformados por el momento en ideas políticas y militares. Los liberales, dirigidos por Monteagudo, que fué el alma de este movimiento, se pusieron de acuerdo con estos dos jefes y con los demás que mandaban las fuerzas en la guarnición. El 8 de octubre se congregó el pueblo en la plaza, bajo la protección de la fuerza armada, elevando al Cabildo una representación firmada por más de 400 ciudadanos notables, en la que se le pedía que reasumiendo la autoridad delegada por el pueblo el 22 de mayo de 1810, procediese á suspender la Asamblea y hacer cesar al gobierno en sus funciones, y creóse un nuevo Poder Ejecutivo provisorio, con el deber de convocar inmediatamente un Congreso general. El Cabildo, en nombre del pueblo, proclamó como miembro del nuevo gobierno al doctor D. Juan José Passo, D. Nicolás Rodríguez Peña y D. Antonio Alvarez Jonte, dignos de mandar á los demás por sus notables cualidades. Este triunvirato, nacido del seno de una revolución, tenía razón de decir á los pueblos, al anunciarse su exaltación: «Dejemos que el tímido razonador vea con escándalo sucederse las convulsiones unas á otras: el filósofo sensato calculará los progresos del espíritu público por las mismas oscilaciones que parecen destruirlo, y en los terribles choques de la opinión advertirá los esfuerzos naturales que preceden á la libertad.» (Manifiesto de 16 de octubre).

A los quince días de su instalación (24 de octubre) expidió el nuevo gobierno el decreto en que se hacía la convocatoria de la anhelada Asamblea. Por esta vez, el poder entraba de lleno en el camino de la independencia, dando por base á todas sus deliberaciones el principio de la soberanía popular. «El eterno cautiverio de Fernando VII, decía en el preámbulo, ha hecho desaparecer los últimos derechos de la España, con los postreros deberes y esperanzas, etc. El estado de nulidad é incertidumbre política, etc., nos ha precisado á flotar de un gobierno en otro provisorio, excitando á su vez nuevas pasiones, odios y

»desconfianzas, que privan á la República de aque»lla preciosa fuerza, que sólo puede ser el resulta»do y fruto de la unión. etc. La necesidad misma de »mantener aquélla, demanda imperiosamente una re»forma general en la administración pública, que fa»cilite en nuestro mismo seno los recursos proficuos, »que en el día se hacen insuficientes por los vicios del »antiguo régimen, y por el ejercicio irregular é in»cierto del poder, etc. ¿Qué otro tiempo puede espe»rarse para reunir en un punto la majestad y la »fuerza nacional? Esta, sin duda, debe ser la memo»rable época en que el pueblo de las provincias Uni»das del Río de la Plata, abriendo con dignidad el »sagrado libro de sus eternos derechos, por medio de »libres y legítimos representantes, vote y decrete la »figura con que debe aparecer en el gran teatro de las »naciones, etc. ¿Por qué temerá escuchar por la pri»mera vez la voluntad de todos los pueblos que pue»den libremente explicarla? Manténganse, si se quie»re, los abusos mismos ó las envejecidas institucio»nes; pero reciba al menos cualquiera determinación »el gran carácter del consentimiento público, para que »regle la conducta de unos pueblos, que no deben ya »ser gobernados sino por verdaderas leyes dictadas »en una Asamblea general.»

El sistema de elecciones adoptado hasta entonces no podía satisfacer á las nuevas exigencias de la revolución, pues no era posible prolongar por más tiempo la ficción de que los Cabildos eran los representantes de la soberanía popular; así es que, el gobierno, en la mira «de que las resoluciones de los repre»sentantes fuesen la verdadera expresión de la vo»luntad general, y destruir el recelo de que la Asam»blea pudiese ser reducida á las formas estrechas y ex»clusivas de las Asambleas anteriores,» determinó una nueva base electoral, que marcaba un gran progreso en las ideas políticas.

Rompiendo con la tradición de los apoderados de los Cabildos, pero sin prescindir totalmente de la intervención de estas corporaciones, combinó un sistema

mixto de elección indirecta, según el cual cada ciudad, dividida en ocho cuarteles, debía nombrar un elector «popularmente y en alta voz;» correspondiendo á los ocho electores que resultaren, hacer el nombramiento de diputado en consorcio del Ayuntamiento de la ciudad; previniéndose que, «como el motivo de »la celebración de la Asamblea, tenía por principales »objetos la elevación de los pueblos á la existencia y »dignidad que no habían tenido y la organización ge»neral del Estado, los poderes de los diputados serían »concebidos sin limitación alguna, y sus instruccio»nes no conocerían otro límite que la voluntad de los »poderdantes.» La distribucion de los diputados, aunque no tenía por base absoluta la población, sino el número de ciudadanos, se acercaba más á las condiciones de la igualdad de derechos de todos los pueblos; así es que, al determinar cuatro diputados para la capital, «por su mayor población» é importancia política, asignaba dos diputados á cada capital de provincia, y uno á cada ciudad de su dependencia, con excepción de la de Tucumán, á la que por sus recientes servicios se le concedió el privilegio de elegir dos, al igual de su capital.

El nuevo gobierno, más favorable que el anterior para Belgrano, lo colmó no sólo de honores, sino que se apresuró á proporcionarle todos los elementos necesarios, á fin de que pudiera utilizar su reciente victoria.

Al mismo tiempo que se disponía la salida de nuevos refuerzos y pertrechos de guerra, con destino al ejército auxiliar del Alto Perú, las banderas rendidas por los enemigos de Tucumán, eran paseadas en medio de aclamaciones por las calles de la capital. Tendidas las tropas desde el rastrillo de la Fortaleza hasta la arquería de las casas consistoriales, el gobierno en persona, acompañado de todas las corporaciones, las llevó humilladas como símbolos de la tiranía, fijándolas á la expectación pública en lo alto de los balcones del Cabildo, donde permanecieron todo un día, estimulando el entusiasmo público. Por la

tarde fueron conducidas al templo de Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuyos auspicios se habían puesto los vencedores de Tucumán el día de la batalla. Estos espectáculos, hiriendo profundamente la imaginación del pueblo, despertaban el entusiasmo público, y contribuían eficazmente á formar el sentimiento de la nacionalidad.

Mientras tanto, los restos del ejército realista batido en Tucumán, se atrincheraban en la ciudad de Salta, no perdiendo Tristán la esperanza de volver á tomar la ofensiva. Goyeneche lo reforzó con dos batallones, varias piezas de artillería, y alguna caballería, ocupando una de estas fuerzas la ciudad de Jujuy, como en reserva, y con el objeto principal de distraer la atención de los patriotas. Esta distribución de fuerzas era un error, que debía pagar bien caro. De no abrir una nueva campaña con un ejército respetable, y ocupar inmediatamente la línea militar del Pasaje, Tristán debió, según el plan de Abascal, replegarse hasta Jujuy ó Humahuaca, para apoyar su espalda en el Alto Perú, ya que Goyeneche no bajaba en su auxilio con todo su ejército.

Por una singular coincidencia, casi al mismo tiempo (18 de octubre), que Goyeneche escribía al virrey de Lima manifestándole la conveniencia de proponer una transacción á los patriotas, Belgrano por su parte escribía á Goyeneche, con el aparente objeto de invitarle á que dejase en libertad á los pueblos, á fin de nombrar diputados para un Congreso general, que resolviése la cuestión pacíficamente; pero principalmente, para hacerle conocer toda la extensión del desastre del 24 de septiembre que suponía que Tristán pudiera ocultarle; sin que esto obste á que, en su deseo de poner término á la guerra, fuera hecha de buena fe la proposición, pues ella tuvo por origen sus frecuentes conversaciones con el coronel español prisionero, D. Pedro Barreda. El gobierno al aprobar condicionalmente su conducta, le decía que «debía »obrar ceñido á las circunstancias, en virtud de la »conducta anterior y actual de los enemigos, que los

»colocaba fuera de la obligación de mantener con ellos »todo tratado que no fuese dictado por la necesidad »del momento.» Insistiendo sobre esto Belgrano, en términos que contrastan con otros escritos suyos, en que había dicho que sólo el rigor y la fuerza afianzarían el triunfo de la libertad, el gobierno le decía (el 25 de noviembre) por último: «Goyeneche ya ha per»dido todo derecho de tratar, puesto que no nos puede »dar ningún género de seguridades: por lo tanto, to»do lo que no sea con él una acción campal, debe ser »una ejecución militar.»

Goyeneche contestó al fin en estilo más correcto y en términos más comedidos que los empleados por Belgrano, con fecha 28 de noviembre, con la proposición por su parte de la paz sobre la base de la Constitución española, recién promulgada por las Cortes, diciéndole por conclusión: «Si V .S. quiere saber el »voto público, pregunte de oficio á los Cabildos y cor»poraciones, ¿qué desean? Yo daré curso á sus oficios, »y le satisfaré con el voto de la nobleza, del clero, »regulares y comerciantes, que son la parte de donde »dimana el orden y el equilibrio trastornado.» El general patriota cerró esta estéril negociación, declarando que sólo á los pueblos competía aceptar ó rechazar la Constitución española, ó darse la ley que quisiesen obedecer, agregando: «Retírese V. S. con sus »bayonetas á la otra parte del Desaguadero, y enton»ces preguntaré á los Cabildos y corporaciones qué es »lo que desean.»

En el intervalo de la negociación, Belgrano había despachado emisarios al Perú, con el objeto de promover la revolución, anunciando la próxima invasión del ejército auxiliar. No era esta una vana promesa. El general, contando por seguro un nuevo triunfo sobre Tristán, meditaba llevar sus armas hasta el Desaguadero, para lo cual había sido autorizado por el gobierno con fecha 13 de octubre, á consecuencia de una junta general compuesta de militares, del Cabildo, y de ciudadanos notables, tenida en la capital, que así lo acordaron por unanimidad. Al mismo tiem-

po que se le autorizaba en este sentido, dispúsose que el regimiento núm. 1 de Patricios, que á la sazón se hallaba en Santa Fe, marchara á reforzarlo, prometiéndole otras fuerzas y auxilios. El, por su parte, aumentó su ejército con algunos prisioneros tarijeños, remitiendo el resto á Córdoba, y promoviendo una recluta en las jurisdicciones de su dependencia. Pero esto no bastaba, ni aun para ir á buscar á Tristán: mucho menos para llevar la guerra á tan larga distancia de su base natural de operaciones. Para esto calculaba necesitar 4.000 hombres, á lo que el gobierno le observaba, que aunque con tal número de tropas se lograra llevar las conquistas de la revolución hasta los límites del Desaguadero, no le era posible poder realizar el envío de tropas suficiente á completar aquel número, á menos de abandonar totalmente la empresa sobre Montevideo, ó por lo menos comprometer su éxito, y que por consecuencia, no debía contar sino con el núm. 1. ya en camino, que constaba como de 500 plazas con 180 fusiles de repuesto, y acaso 300 á 400 hombres de la guarnición de la capital y 25 artilleros, agregando «no obstante ser tan fuertes los in»convenientes que se oponen á la salida de los últi»mos, que no se atreve á asegurar á V. S. su remi»sión, ó al menos el tiempo en que se verificará. Bajo »estos aspectos cree el gobierno, que lo que más in»teresa por el momento, es que V. S., luego que reci»ba el refuerzo del regimiento núm. 1, ataque irre»misiblemente á Tristán, si la circunstancia es favo»rable, para prevenir el que sea reforzado, ó que con »noticia de que se envían á V. S. algunos destacamen»tos en su socorro, tema ser atacado, abandone á Sal»ta y se incorpore á Goyeneche,» y acababa por recomendarle que no perdiese tiempo, y que aprovechara el entusiasmo de la victoria.

El general, al manifestar su conformidad de ideas con estas órdenes, exponía, sin embargo, las dificultades que se presentaban para desalojar á Tristán de Salta, con una tropa sin instrucción, en una estación desfavorable, con poco armamento, con falta de ca-

ballos, y cuando los ríos empezaban á crecer. «Nues»tro error principal,» añadía, «ha sido entrar en em»presas militares antes de formar soldados y oficia»les, y parece que el imperio de las circunstancias nos »obliga á continuarlo: es cosa muy terrible y más pa»ra el que tiene la desgracia de mandar en jefe,» juiciosa reflexión que era extraño se le ocurriera después de la victoria, cuando en momentos más difíciles había manifestado más ardor y resolución. Y terminaba su oficio con estas singulares palabras: «Qui»siera que V. E. me hubiera dado orden de atacar »sin condiciones, para que después no se me juzgue »de temerario, ó no se me prepare el patíbulo en una »desgracia que puede suceder. En fin, haré cuanto es»té á mis alcances, é iré á buscar al enemigo sea co»mo fuere, con la esperanza de que la Divina Provi»dencia empeñada en proteger nuestra causa, nos pro»porcionará las ventajas que necesita la patria.» Esta falta de ardor en momentos tan decisivos, si bien hace honor á su prudencia, no era lo que convenía á un jefe revolucionario, y sólo puede explicarse por los disgustos que entonces amargaban su difícil mando.

Después de la batalla de Tucumán, se habían formado en el ejército distintas banderías y rivalidades, que introduciendo la desmoralización en sus filas, trababan hasta cierto punto la marcha del general en jefe. Dorrego, que se atribuía todo el honor de la jornada á la infantería, acaudillaba uno de los bandos, aliado con la artillería; más por dar alimento á su genio inquieto y pendenciero, que por espíritu de oposición á Belgrano. Balcarce, por su parte, se atribuía á sí y á su caballería el lauro de la victoria de Tucumán, y poseído de rencores contra su general, lo calificaba de hipócrita y egoísta que pretendía pasar por virtuoso. Belgrano, que no ignoraba esos juicios á su respecto, era injusto á su vez con él y lo calificaba hasta de cobarde. Todo esto acabó por separar eternamente á estos dos hombres, engendrando en sus corazones una saña recíproca, que nunca se desmintió,

y que les impidió hacerse mutua justicia. Balcarce había contraído un mérito indisputable al disciplinar las milicias de caballería y conducirlas á la pelea, cooperando eficazmente al triunfo, aunque sin estrellarse contra la infantería, como lo deseaba Belgrano, pero se exageraba sus servicios, y la jactancia los empañaba. Belgrano, que había tenido la grandeza de alma de compartir los honores del triunfo con sus compañeros de armas, colocándose en segundo término, se mostraba pequeño respecto de Balcarce, dando demasiada atención á sus sordas hostilidades. Estas miserias, de que no están exentos los grandes hombres, no son indignas de la historia, porque ellas constituyen una especie de lección que nos enseña, que todos los héroes son amasados con el barro humano.

Las dos facciones en que estaba dividido el ejército, coincidían en un punto, y era en antipatía á Holmberg y á Moldes, los dos jefes de quienes el general hacía más confianza. Conocemos ya á Holmberg. En cuanto á Moldes, á quien hemos visto momentáneamente en la batalla de Tucumán, era un hombre adusto y arrogante, cáustico en su lenguaje, severo en la disciplina hasta la dureza, poseído de una especie de misantropía política y de una exagerada suficiencia, empero no careciese de inteligencia, ni de carácter. El general, que hacía justicia á sus calidades, simpatizaba con sus ideas respecto de la disciplina, y creía haber encontrado el hombre que necesitaba para establecerla en sus tropas. Estas ideas eran precisamente las que motivaran su impopularidad en el ejército; impopularidad que databa de la época de Pueyrredón, en que, como segundo jefe del ejército, se había hecho odioso por su extremada severidad.

Cometió Belgrano la indiscreción de nombrar á Mol des inspector general de infantería y caballería, sin pensar que las reglas de la disciplina militar no pueden ser inflexibles en los ejércitos revolucionarios, que se mueven por entusiasmo, y que en ellos también hay una opinión, que no es prudente ni conveniente despreciar, sino cuando, teniendo en vista un objeto

más alto, se cuenta con el suficiente poder para dominarla y con la seguridad del éxito para poner de su parte la razón. Las ideas de libertad habían cundido en los ejércitos, y aplicadas al régimen militar, los extraviados jefes y oficiales pretendían no dejarse dominar por ningún tirano, título que se daba á Moldes. Llegó á noticias de Belgrano que se trataba de formalizar una representación contra el nuevo inspector, y viendo que aquello era una especie de conspiración, en que la fuerza no estaba de su parte, y que sostener á Moldes era desorganizar el ejército, prefirió prudenciar, y obtuvo de Moldes el que hiciera su renuncia. Cuando se presentó en su alojamiento la diputación, que en nombre del ejército podía la deposición de Moldes, mientras los cuerpos permanecían acuartelados esperando el résultado, les contestó que el coronel había prevenido sus deseos renunciando espontáneamente su empleo, y que por consecuencia era inútil el paso avanzado que habían dado los jefes y oficiales. Belgrano no carecía de energía para el mando, como lo probó en el curso de su carrera militar, en que llegó á dominar todas las voluntades y á establecer una disciplina tan rígida, que su ejército, más bien que las tropas de una democracia turbulenta, parecía una legión romana sujeta á las reglas minuciosas de una orden monástica; pero, teniendo presente que hay momentos en que es necesario contemporizar con los abusos para vencerlos uno por uno, devoró con dignidad aquellos sinsabores, y continuó sus preparativos para abrir la campaña.

Pocos días después, vióse en la necesidad de sacrificar á Holmberg, no por las exigencias de sus jefes como se ha dicho, sino porque éste cometió en una ocasión un acto irrespetuoso, y el general le impuso por ello un castigo, concediéndole en seguida su licencia fuera del ejército; con lo cual manifestó que sus afecciones particulares no harían jamás que la vara de hierro de la disciplina se torciera en sus manos. «Confieso que le amo por sus cualidades,» decía al gobierno á la vez que lo recomendaba. «pero me ha sido

»preciso tomar aquella medida, para evitar un mal »ejemplo de insubordinación, aun en el modo de ha»blar.» A la salida de Holmberg y Moldes siguió la de D. Juan Ramón Balcarce, nombrado diputado para la próxima Asamblea por sus partidarios en Tucumán. Con este motivo quedó sin efecto una sumaria secreta que le había mandado formar el gobierno, devolviendo el general Belgrano con tal motivo, una orden firmada en blanco de que estaba provisto para proceder contra Balcarce como lo hallara por conveniente, y de que él tuvo la nobleza de no hacer uso.

Quizá la pérdida de sus amigos y consejeros, ó la guerra sorda de sus jefes, ó todas estas cosas reunidas, influían sobre el espíritu del general, cuando contestaba con el poco ardor que se ha dicho antes, á las órdenes premiosas del gobierno para que atacase á Tristán en Salta; ó quizá se hallaba en uno de esos momentos de lasitud en que las facultades del alma parecen como paralizadas descansando de la tensión á que han estado sometidas, para volver á recobrar su primitiva elasticidad y energía. La cuerda del arco no se puede mantener constantemente tendida, sin peligro de romperse.

Por este tiempo llegó á Tucumán D. José Antonio Alvarez de Arenales, quien después de sofocado el pronunciamiento de Salta, había permanecido oculto en aquella ciudad, corriendo los mayores peligros para evadirse de la persecución de sus enemigos, pues su calidad de español lo hacía doblemente odioso á ellos. Este hombre, austero en sus costumbres, estoico por temperamento y tenaz en sus propósitos, reunía á las virtudes civiles del ciudadano, los talentos del administrador y las calidades que requiere el mando militar en circunstancias difíciles. Belgrano no pudo menos de simpatizar con esta naturaleza privilegiada, muy superior á la de los amigos que acababa de perder, y su franca amistad, su resolución ardiente y reconcentrada, contribuyó tal vez á llenar el vacío de su corazón y á curar aquella alma enferma por

odios nacientes, afecciones burladas y hostilidades indignas.

En tal situación de espíritu llegó el día señalado para la elección de diputados de la Asamblea convocada, y cuya reunión estaba fijada para el mes de enero del año próximo. Como capitán general le tocaba presidir el acto. El se excusó de hacerlo, dando al gobierno las razones de su abstención en los sisiguientes términos: «No he querido asistir al acto (de »la elección) y delegué mis facultades en el goberna»dor de la Provincia, para que lo presidiese sin voto, »para hacer ver á todos la imparcialidad con que pro»cedo en estos asuntos, y nadie tuviese que atribuir»me partidos (en que no estoy ni estaré jamás) su»poniendo al gobernador, si se le concedía voto, como »un instrumento de mis proyectos.»

La imparcialidad de que Belgrano quería hacer ostentación, era un homenaje tributado á la soberanía popular, que por la primera vez iba á ejercer sus derechos de una manera pacífica y legal, y esta actitud era la que convenía al jefe de la fuerza armada en presencia del pueblo. Como se ha visto, el general no era totalmente indiferente á los partidos internos en que se hallaba subdividido el gran partido nacional de la revolución; pero no había subordinado su razón á ninguno de ellos, y levantado á mayor altura, perseguía objetos más elevados y trascendentales, dejando á otros el cuidado de dirigir los movimientos de la opinión. Su objeto era el triunfo de la revolución, de la independencia y de la libertad, y ocupado en combatir los enemigos externos, no podía participar en el mismo grado que los hombres puramente políticos que combatían en la arena de la opinión, de las pasiones que los agitaban. En las épocas normales, esta abstención de los hombres superiores, puede ser funesta al desarrollo de la moral pública que se desconcierta fácilmente cuando ve que los directores naturales del pueblo reniegan los partidos beligerantes, ó se mantienen neutrales entre los combatientes. En las grandes crisis sociales, por el contrario, los hombres co-

locados por los sucesos ó por su genio á la cabeza del movimiento, tienen que servir de guía á todos los partidos, que á pesar de sus disidencias trabajan por el triunfo de una misma idea y tienen en el fondo un interés común; porque encargados de la salvación de todos, necesitan contar con la confianza general para contar con el concurso de todos, y no les es permitido sacrificar el éxito definitivo de una causa, á la fruición momentánea de un triunfo pasajero y secundario. Así, puede decirse de él lo que un historiador ha dicho de Hampden, hombre civil y militar como Belgrano, en medio de una revolución subdividida en partidos, entre los cuales mantenía su imparcialidad, sin mostrarse indiferente: «Todos los que pertenecían »al partido nacional, en cualquier grado ó por cual»quier motivo, contaban con él para la realización de »sus votos: los más moderados creían en su pruden»cia, los más exaltados en su abnegación patriótica, »los más honrados en su rectitud, y los más intran»sigentes en su habilidad.»

Por otra parte, ocupado como se hallaba en prepararlo todo para abrir su campaña sobre Tristán, debía procurar no herir las simpatías de la localidad, de la cual necesitaba sacar la mayor parte de sus recursos. Estos preparativos se hallaban muy adelantados al finalizar el mes de diciembre, época en que su ejército ya contaba con una fuerza efectiva de 3.000 hombres. De esta fuerza, como 800 hombres pertenecían á los refuerzos enviados desde Buenos Aiers, componiendo casi la totalidad de ellos los regimientos números 1.° y 2.° de Patricios de aquella ciudad, que desde las invasiones inglesas permanecían con el fusil al hombro, sin excusarse jamás de salir á campaña á pesar de su calidad de ciudadanos, y formar parte como revolucionarios en todas expediciones en las primeras guerras de la revolución, asistiendo impagos y desnudos á las funciones de guerra que habían tenido lugar en el Paraguay, en la banda oriental, en las provincias interiores y el Alto Perú. Rasgos como

éstos merecen señalarse á la estimulación de la posteridad.

En cuanto al material, el gobierno había cuidado igualmente de proveerlo de todo lo necesario, así como de dinero, armamento y vestuario. En el manejo y administración de la masa de elementos así personales como materiales puestos á su disposición, acreditó el general sus aptitudes como hombre de organización, sujetándolo todo á la más estricta economía y responsabilidad, y haciendo algunas reformas acertadas. Una de éstas fué la de abolir la organización de regimientos de infantería establecida por la Ordenanza, que hasta entonces se había seguido ciegamente, sin fijarse que ella es sólo aplicable á ejércitos numerosos, en que conviene subdividir el mando por grandes masas; pero que en ejércitos de dos y tres mil hombres, que necesitan una articulación apropiada á su estructura, dan por único resultado hacer más pesadas sus maniobras, privándose así de una ventaja positiva en las batallas. El coronel Díaz Vélez, como segundo jefe del ejército argentino; Arenales, como hombre de consejo en materias políticas y militares; D. Feliciano Antonio Chiclana, nombrado gobernador intendente de la provincia de Salta, á petición suya, y D. Tomás Manuel Anchorena, como secretario de guerra, cooperaron eficazmente, cada uno en su esfera, á los trabajos del general, que pasaba el día en la instrucción y disciplina de la tropa, y arreglo de la administración, consagrando la noche á escribir su vasta correspondencia oficial y particular, sin dar apenas cuatro horas al sueño.

Al finalizar el año XII, el ejército patriota se hallaba casi listo para tomar la ofensiva. El enemigo, mientras tanto, permanecía atrincherado en Salta, al frente de una fuerza como de 2.500 hombres desmoralizados, fuera de la guarnición de Jujuy, y de otros refuerzos que debían incorporárseles. Entregado Tristán á los placeres, y su ejército ocupado en festejar la jura de la Constitución española, descuidaba vigilar la línea del Pasaje, tanto porque, siendo la esta-

ción en que este río no da vado á causa de las lluvias, cuanto porque tenía que comprometer sus partidas en un país que le era hostil, cruzado por multitud de grupos de paisanos armados que le hacían una guerra cruel, que adelantaban sus incursiones hasta los alrededores de la ciudad de Salta, había creído más prudente circunscribir su esfera de acción y vigilancia. Belgrano tenía correspondencias con la plaza, y no ignoraba nada de cuanto pasaba en ella, así es que estaba ya impaciente por abrir la campaña.

Antes de ponerse en marcha, mandó hacer funerales por los muertos de los dos ejércitos en la batalla de Tucumán, á los que asistió personalmente con todo su estado mayor, enseñando prácticamente que los odios no deben pasar más allá del sepulcro, á la vez que consolidaba la opinión de religiosidad que iba adquiriendo su ejército. Las monjas de Buenos Aires, á cuya noticia habían llegado los actos de piedad del general, le habían remitido cuatro mil escapularios de la Merced, para que, á la manera de los cruzados, los soldados de la revolución vistiesen el símbolo de su fe, llevando á la vez sobre sí las armas de la que habían elegido por su generala. La distribución de estos escapularios tuvo lugar en esta ocasión, á medida que los cuerpos se ponían en marcha hacia el punto general de reunión, y practicóse este acto con toda solemnidad en el atrio del templo, colocándolos sobre su uniforme desde el general en jefe hasta el último soldado. Los escapularios vinieron á ser una divisa de guerra en el curso de la campaña que iba á abrirse.

El 12 de enero de 1813 movióse la primera división del ejército expedicionario, compuesta del batallón de cazadores y el núm. 2. El 13 salió el núm. 1, los Pardos y Morenos, el tren y los Dragones, y sucesivamente las milicias de Tucumán y demás fuerzas, hasta el número como de 3.000 hombres. Las partidas exploradoras aclaraban el campo más allá del Río de las Piedras, observando la línea del Pasaje, con sus reservas situadas en Yatasto. El punto general de reunión era el Río Pasaje, y en previsión de

una creciente que impidiera su paso, se llevaba de reserva un puente de balsas, formadas de barriles alquitranados.

«La tropa marcha con el mayor entusiasmo y ale»gría,» escribía Belgrano al montar á caballo: «de su »disciplina y subordinación me prometo, mediante »Dios, los resultados más favorables, y sobre todo el »gran aprecio que hace de sus bayonetas, habiendo »conocido la importancia de esta arma, y que á su »presencia los enemigos abandonarán el puesto.» Y hablando de su comportación en Tucumán, añadía: «No ha habido quejas del ejército: á pesar de su nú»mero, el vecindario ha dormido con las puertas abier»tas,» terminando por decir: «Prometo arrojar á los »enemigos de las provincias oprimidas.» Con fecha 24 de enero, decía: «La casi ninguna deserción que han »experimentado los cuerpos en marcha, es el baróme»tro que manifiesta el contento de la tropa, y el es»píritu que la anima contra los enemigos de la patria, »sin embargo de no haberles dado sino una buena »cuenta de cuatro pesos á unos, y de tres y hasta de »dos á otros, por la escasez de numerario en que me »hallo.»

En marcha hacia el Pasaje, supo que en Buenos Aires se vendía la «Carta de un Americano», escrito notable en que se impugnaban las opiniones del «Español,» y patentizaban las iniquidades de la España, abogando por su independencia. Siguiendo su sistema de no descuidar cuanto pudiese formar la opinión de los pueblos, pidió al gobierno treinta ejemplares de ella, para derramarlos en el interior del Perú, con el objeto, decía, «de generalizar los principios de la »revolución, uniformar la opinión y electrizar los es»píritus de los americanos, poniéndoles de manifiesto »sus derechos, la conducta de la España para con la »América, cuya política había tenido por objeto re»ducir á los hombres á la condición de bestias;» y para que, decía al terminar, «la fuerza del convencimiento concurra con la de las armas.»

Consecuente á estos principios, Belgrano aprovecha-

ba los momentos de descanso en cultivar su inteligencia y fortalecer su conciencia por la meditación de los escritos de los grandes hombres con que se honra la humanidad. Entre éstos era Jorge Wáshington el objeto de su particular admiración: así es que, en los pocos días que permaneció el ejército patriota detenido en la margen izquierda del Pasaje, acabó de perfeccionar una traducción de la Despedida que aquel inmortal republicano había dirigido al pueblo de los Estados Unidos al tiempo de separarse de los negocios públicos. Este libro llegado á sus manos en 1805, y que desde entonces procuró generalizar entre sus paisanos, y que le había acompañado en todas sus campañas, era su libro de cabecera. Habiendo emprendido su traducción se había visto obligado á quemarla con otros papeles en el combate del Tacuary. En Tucumán volvió á emprender nuevamente este trabajo, con el objeto de darlo á la prensa, realizando así bajo la tienda militar y en vísperas de una gran batalla, la obra emprendida ocho años antes bajo el sistema colonial, cuando la idea de la revolución aún no había germinado en su cabeza. Al frente del libro colocó una concisa y sentida introducción, que manifiesta cuánta era la admiración que profesaba por el campeón de la independencia americana. En ella decía: «Wáshington, ese héroe digno de la admiración de nuestra edad y de las generaciones venideras, ejemplo de moderación y de verdadero patriotismo, se despidió de sus conciudadanos, al dejar el mando, dándoles lecciones las más importantes y saludables; y hablando con ellos, habló con cuantos tenemos y con cuantos puedan tener la gloria de llamarse americanos, ahora, y mientras el globo no tuviese alguna variación.» Concluyendo por decir en ella: «Suplico al gobierno, á mis conciudadanos y á cuantos piensen en la felicidad de la América, que no separen de sí este librito, que lo lean, lo estudien, lo mediten, y se propongan imitar á ese grande hombre, para que se logre el fin á que aspiramos de constituirnos en nación libre é independiente.» Así se preparaba á abrir

su nueva campaña este héroe de la escuela de Wáshington, que es de todos los revolucionarios de la América del Sur el que más se ha acercado á tan sublime modelo.

Próximo ya á vadear el Río Pasaje, recibió la noticia de la victoria del Cerrito, alcanzada por el coronel D. José Rondeau el 31 de diciembre del año anterior, al frente de los muros de Montevideo, sitiado á la sazón por el ejército destinado á la banda oriental. En contestación á esta noticia, decía: «Los soldados ofrecen imitar tan glorioso ejemplo, para dar »pruebas que son hermanos de aquellos bravos.»

El 9 de febrero empezó el ejército á vadear el Pasaje, y del 10 al 11 quedó totalmente terminado. A pesar de la estación lluviosa, y de ser la época en que aquel río arrastra un gran caudal de aguas, no fué necesario hacer uso del puente preparado de antemano, pues dió afortunadamente vado aunque con alguna dificultad. Atravesada esta barrera, que determinaba las operaciones ofensivas del ejército, Belgrano detúvose en la margen norte del Pasaje, donde en esta ocasión tuvo lugar una escena memorable, precursora del nuevo triunfo que iba á obtener, y que bajo todos aspectos es digna de la historia.

CAPITULO XXI

Salta

1813

Estado del partido liberal ó demócrata y sus exigencias.—La Asamblea General Constituyente.—Terrible bando contra los españoles.—Composición de la Asamblea.—Su instalación.—Ideas sobre constitución.—Sus primeros actos.—Abolición de la potestad real. —Leyes memorables de la Asamblea.—Los ciudadanos, la moneda y las armas nacionales.—Organización de un nuevo poder judicial.—Bases de una iglesia nacional.—Abolición de la esclavitud.—Educación de los libertos.—La inquisición y el tormento. —El himno nacional.—Persecuciones.—Combate de San Lorenzo. —Juramento del Río Pasaje.—Sorpresa de los españoles en Salta. —Campo de Castañares.—Hábil maniobra de Belgrano.—Faltas de Tristán.—Descripción de Salta.—Movimientos que preceden la batalla.—Victoria de Salta.—Doña Pascuala Balvás.—Muerte de Benavides.—Rendición del ejército realista.—Examen de la capitulación de Salta.—Trofeos de la batalla.—Conferencias de Belgrano y Tristán.—Armisticio con Goyeneche.—Se retira éste á Oruro.—Quejas de Belgrano.—Los juramentos en Salta.—Pronunciamientos del Alto Perú.—Inacción de Belgrano y razones con que la explica.—Avance hasta Jujuy.—El gobierno le insta para que acelere sus marchas.—La vanguardia argentina ocupa Potosí.—La bandera y las armas argentinas empiezan á generalizarse.—Belgrano establece su cuartel general en Potosí.

El partido que hemos designado indistintamente con los nombres de liberal ó demócrata, era una mera subdivisión del gran partido civil, alma y cabeza de la revolución, radicado en la capital. Divididas ambas fracciones por intereses, pasiones ó simples abstracciones, ninguna de ellas se había puesto en contacto aún con las grandes masas, fuerzas latentes que apenas se habían manifestado en los campos de batalla, subordinadas á la disciplina militar. En su limitada arena de combate y en la región de las ideas trascendentales, este partido era esencialmente revolucionario, aspiraba decididamente á la independen-

cia y trabajaba para establecer la libertad sobre bases democráticas; por eso aquellos dos nombres le corresponden igualmente. Compuesto de la mayoría de los patriotas del año x, que habían hecho triunfar la revolución del 25 de Mayo, Moreno era su profeta, y el «Contrato Social» y la «Declaración de los Derechos del Hombre» su Evangelio. Vencido por el espíritu provincial, que incorporó los diputados á la Junta; desorganizado por el movimiento de 5 y 6 de abril; elevado por el pronunciamiento de 23 de septiembre de 1811, que hizo surgir el triunvirato, había representado sucesivamente el espíritu nuevo bajo diversas formas, ora por la iniciativa revolucionaria inoculada á la primera Junta, ora por el poder creciente de la opinión pública organizada en clubs, ora por la energía gubernativa simbolizada en el triunvirato. Para ser lógico con sus principios, para radicar la revolución en el pueblo, para generalizar las ideas del propio gobierno, necesitaba acudir á la soberanía popular, fuente de todo poder y de toda razón. Las causas que en las grandes conmociones políticas no encuentran una Asamblea que se constituya en órgano de sus ideas y las convierta en verdades tangibles, perecen necesariamente como los árboles cuyas raíces no están bien nutridas por el suelo, por rico que sea su follaje. De aquí su constante clamor por la convocatoria y reunión de un Congreso nacional. El triunvirato, expresión del partido liberal en un momento dado, ya no podía responder á sus exigencias, y el desacuerdo de ideas de sus miembros iba convirtiéndolo en un poder reaccionario. De aquí la necesidad de removerlo. La revolución de 8 de octubre, en que tanto influyó la noticia de la victoria de Tucumán, tenía, pues, el doble objeto de remover un obstáculo y de satisfacer una alta exigencia del partido liberal, á la vez que una imperiosa necesidad pública.

La exaltación del partido liberal al poder, representado por una Asamblea emanada de la soberanía nacional, importaba, como se ve, un gran acontecimiento, que debía señalar una nueva era; y en el inte-

rinato, el Poder Ejecutivo creado por él, no era sino el heraldo que proclamaba su victoria.

El nuevo gobierno inició su marcha preparando á su partido el acceso al poder, por medio de las elecciones; dejando caer su mano férrea sobre los enemigos de la revolución. Expedido el decreto sobre la nueva base dada al sistema electoral, y del cual se ha hablado ya, dictó un bando tremendo (23 de diciembre de 1812), que como todas las exageraciones de la energía debía producir el efecto contrario del que se tenía en vista. Por él se ordenaba que no podían reunirse más de tres españoles europeos, y caso de contravención, serían sorteados y fusilados: y si sucediere que se reuniesen muchos sospechosos á la causa de la revolución, ó en parajes excusados, ó durante la noche, todos serían sentenciados á muerte. Además se les prohibía andar á caballo, y se imponía la última pena al que se tomase en dirección á Montevideo, del mismo modo que al que no delatara á los que tuviesen el proyecto de dirigirse allí. No eran estas las medidas enérgicas que necesitaba la revolución para engrandecerse y consolidarse, sino otras de un orden más elevado y trascendental, que tuviesen en vista la anulación de sus enemigos, no tanto por la humillación cuanto por la dignificación de los sostenedores del nuevo orden de cosas, es decir, aumentando la fuerza propia para destruir de este modo la contraria. Afortunadamente, la Asamblea llegó á tiempo y adoptó este sistema.

El país respondió á las esperanzas del partido liberal. La elección fué tan libre y espontánea cual lo permitía el estado social y político del país, y puede decirse con verdad, que ninguna de las Asambleas legislativas que se reunieron durante la revolución, fué en más alto grado la expresión de la opinión dominante y el resultado de la voluntad general. En casi todas partes fueron electos los candidatos del partido liberal, y al finalizar el año de 1812, empezaron á reunirse en la capital los diputados que debían componer la Asamblea. A pesar de faltar algunos miem-

bros para integrar el número, y no estar por consecuencia representadas en ella todas las provincias, resolvieron los presentes constituirse desde luego en poder soberano, procediendo á su solemne instalación.

En la noche del 30 de enero de 1813 tuvieron los diputados su primera reunión preparatoria, en medio del regocijo público, que saludó su aparición en la escena política. Nunca se había visto una asamblea política más respetable por sus hombres, ni más homogénea por sus tendencias.

Entre los electos figuraban en primera línea los doctores D. Bernardo Monteagudo y D. Pedro José Agrelo, señalados por la exaltación de sus opiniones. Animados ambos de pasiones vehementes, nutridos de odios políticos contra la España y los españoles, admiradores de los grandes principios proclamados por la revolución francesa, partidarios decididos de la independencia, eran dos verdaderos tribunos de la revolución llenos del fuego sagrado de la libertad. Monteagudo, más brillante que Agrelo en sus escritos, más elocuente que él en la tribuna, más profundo en sus ideas, no tenía su ciencia jurídica ni su perseverancia terrible y sistemática. Continuadores de las tradiciones de Moreno, y de un temperamento análogo al de este revolucionario, eran los hombres señalados para arrastrar á la Asamblea en el sentido de las más atrevidas reformas democráticas, con riesgo de extraviarla algunas veces.

A estas dos figuras seguían otras, dignas de que se les consagren algunos perfiles. D. Carlos María Alvear, que en lo más florido de su edad y lleno de ambiciones juveniles, se preparaba á ensayarse en la arena parlamentaria, mientras le llegaba la ocasión de ilustrarse en los campos de batalla. D. Valentín Gómez, sacerdote ilustrado, á quien la revolución de la banda oriental había sacado de una relativa obscuridad, iba á revelar en la tribuna los talentos oratorios que hasta entonces sólo había ejercitado en el púlpito. D. Vicente López, el inspirado cantor de la

revolución, tenía como el poeta en las repúblicas antiguas, un asiento entre los legisladores. Fr. Cayetano Rodríguez, tierno y elegante poeta, en quien la virtud se hermanaba á la inteligencia, arrancado de la apacible soledad del claustro, donde había dado las lecciones á Moreno y cooperado á la revolución de Mayo, venía á continuar la tarea del discípulo muerto. Posadas, hombre de buen sentido, observador frío, en quien se combinaba lo serio y lo burlesco, marchaba á la cabeza de los diputados adocenados, preparándose el camino del poder. Venían después: el P. Perdriel, espíritu flexible, talento epigramático, y alma y cabeza llena de savia generosa; Chorroarin, el maestro de la juventud; Fr. Ignacio Castro Barros, fanático sincero en religión y en política; Vieytes, Sarratea y Moldes, á quienes conocemos ya, y otros de fisonomía menos original, aunque tal vez no menos notables en su época. Las miradas del país estaban fijas sobre este grupo de hombres, y todas las esperanzas se concentraban en él.

El 31 de enero instalóse solemnemente con el título de Asamblea General Constituyente, trasladándose en cuerpo á la iglesia á prestar el juramento de «promover los derechos de la causa del país, con tendencia á la felicidad común de la América,» nueva fórmula de la cual se suprimió estudiosamente todo lo relativo á vasallaje del rey de España. Abierta la sesión inaugural, el presidente, que lo era Alvear, le habló en estos términos: «Cerca de tres años hemos caminado desde el principio de nuestra revolución á paso vacilante y sobre sendas inciertas, todo por falta de un plan que trazase distintivamente las rutas de nuestra carrera y destino. Tal vez este es el único principic que ha originado la variedad de opiniones, y la división de partidos, que han debilitado considerablemente nuestra fuerza moral, que es de la mayor necesidad concentrar, etc. Desde este punto toda autoridad queda concentrada en esta corporación.»

La Asamblea se apoderó desde luego del poder,

sin oposición alguna. Todos reconocieron en ella la supremacía, y se plegaron á su influencia reguladora. El gobierno por decreto del mismo día 31, declaró que «residía en ella la representación y el ejercicio de la soberanía.» Desde este momento la revolución cambió de faz: apoyada en el gran principio de la soberanía, entró de lleno en el camino de las reformas, aceptando valientemente las ventajas y los inconvenientes del régimen que había proclamado en teoría, y que por timidez de unos ó por ideas equivocadas de otros, no había podido realizar en toda su extensión. Salvas de artillería, repiques, músicas, iluminaciones, himnos cantados por los ciudadanos en las plazas y en las calles, saludaron este momento solemne; y los enemigos de la situación, vencidos moralmente en presencia de un pueblo dignificado por la libertad, se sintieron más oprimidos que por las crueles prescripciones del bando que pesaba sobre ellos.

El gobierno había hecho preparar un proyecto de constitución, para que la Asamblea se ocupase de él. Esta corporación, con ideas más prácticas y conocimientos más perfectos de las necesidades de la época, aplazó por entonces el examen de una constitución escrita, comprendiendo que las constituciones dictadas en medio de las revoluciones, ó son un peligro si se observan en todas sus partes, ó son una mentira si las exigencias imperiosas de la propia conservación obligan á quebrantarlas. En el primer caso, los enemigos interiores colocados bajo su égida, son los que mayores ventajas sacan de las garantías que los favorecen; mientras que la libertad es una ilusión para sus sostenedores, sometidos á la dura disciplina que exige la común defensa y el afianzamiento del orden de cosas de que la Constitución escrita es el bello y remoto ideal. En el segundo caso, la opinión se desmoraliza, el prestigio de la ley se desvirtúa, y se proporcionan armas al enemigo, para evidenciar la inconsecuencia de los revolucionarios entre sus principios y sus hechos. La asamblea prefirió constituir la independencia de hecho, dejando para otros tiempos su proclama-

ción; y marchando decididamente á ella, formuló el vasto programa de la revolución en una serie de leyes memorables, que han inmortalizado su nombre y legado á la posteridad altas lecciones que no se olvidarán mientras el sol alumbre el suelo argentino.

Su primer acto fué sancionar una nueva fórmula de juramento, haciendo desaparecer el nombre de Fernando VII con que hasta entonces autorizaba el gobierno sus actos, substituyéndose al monarca en cuyo lugar se colocaba. El juramento obligaba á sus conciudadanos á «conservar y sostener la libertad, in»tegridad y prosperidad de las provincias del Río de »la Plata,» asumiendo así la actitud de una potencia independiente y soberana. Por decreto de 7 de febrero dió un paso más avanzado, proclamando una nueva ciudadanía, consecuencia de una nueva individualidad política. «En el término de quince días», se decía en él, «serán removidos de los empleos ecle»siásticos, civiles y militares, todos los europeos que »no hayan obtenido el título de ciudadano.» Esto era romper abiertamente con la madre patria. Como un homenaje á la memoria de Moreno, fundador de la democracia en el Río de la Plata, se decretó un aumento de pensión á su viuda, rehabilitando así un nombre por largo tiempo obscurecido. Sucesivamente, quitó la efigie real de la moneda, y mandó acuñar una de tipo nacional, con las armas de la Asamblea, que representaban dos manos entrelazadas sosteniendo el gorro de la libertad, iluminado por los rayos del sol naciente, circundado de la oliva de la paz y del laurel de la victoria, y en su orla la leyenda: «En Unión y Libertad.» El nuevo escudo reemplazó las armas del rey de España, que se mandaron bajar de todas las fachadas, aboliendo los mayorazgos, los blasones y las distinciones nobiliarias.

La administración de justicia fué reorganizada, aboliéndose los recursos á la metrópoli, último vínculo legal que ligaba las Colonias á la España. Se echaron los fundamentos de una iglesia nacional, independiente, reasumiendo los ordinarios la plenitud

de sus facultades, con prescindencia por el momento de la Santa Sede; y ordenóse que en la colecta de la misa, en vez de rogar «Por la majestad real», se elevaran las preces al cielo por la Asamblea Soberana de las Provincias Unidas, supremo moderador del Estado. Promulgóse la ley inmortal de la libertad de vientres, prohibiendo la introducción de nuevos esclavos; se proveyó á la educación de los libertos; se abolió la inquisición, y el tormento en los juicios, mandando quemar en media plaza los instrumentos consagrados para estos actos de barbarie. Por último, se revalidaron las leyes sobre la libertad de imprenta y exención de tributos de los indios, dictadas anteriormente bajo la inspiración de Moreno; y bajo sus auspicios se enarboló la bandera azul y blanca inventada por Belgrano el año XI, y que desde esta época reemplazó completamente á la bandera española, aunque sin declaración expresa. Aun hizo más la asamblea, dando un ritmo á la revolución, al sancionar el himno patriótico nacional, conocido en toda la América con la denominación de: «Oid mortales», producto de la inspiración sublime de un momento, en que el poeta arrebatado, haciendo oir al mundo el grito sagrado de la libertad y el ruido de las cadenas rotas y mostrándole el trono de la igualdad levantado, exclamó poseído de entusiasmo:

Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nación,
Coronada su sien de laureles
Y á sus plantas rendido un león.

La Asamblea al coronar su obra con las flores de la poesía no escapó á la ley fatal de los poderes apasionados, que obedeciendo á su naturaleza, se hacen un deber de la persecución, no por espíritu de venganza sino movidos de un sentimiento implacable de aversión contra los principios que les son opuestos, y persuadidos de que persiguiendo á los sostenedores de ellos, sirven mejor los intereses de su causa. Este

sentimiento, que ennoblece al combatiente cuando tiene por objeto verdaderos enemigos, es una cobardía cuando sólo es inspirado por contendores políticos, divididos por meras disidencias. Tal era el caso de la Asamblea, cuando dispuso formar un proceso de residencia á todos los gobiernos que la habían precedido, creyendo tal vez de buena fe, que el partido opuesto había traicionado la revolución. Este partido á su vez expiaba el crimen de 5 y 6 de abril. Su jefe, don Cornelio Saavedra, inocente de aquel crimen, aunque no libre de una responsabilidad moral, fué la víctima expiatoria. Perseguido, desterrado, escarnecido, llegó ocasión en que el héroe del 1.º de enero, la columna fuerte del 25 de mayo, se halló pobre, solo y desnudo en medio de las nieves de la cordillera, mientras los españoles le buscaban por una parte para ahorcarle, y los patriotas lo repelían de la otra parte en odio á sus antiguas opiniones. A su vez los perseguidores fueron perseguidos; y ambos dejaron consignados en sus informes procesos, el testimonio de la ceguedad y de la injusticia de los partidos, que se dejan gobernar por pasiones, no subordinadas á la razón política, ni justificables ante la moral.

No todos estos actos de la Asamblea Constituyente tuvieron lugar en el breve espacio que abraza este capítulo; pero en el interés de no interrumpir la unidad de la narración, y de hacer conocer mejor las tendencias predominantes de la época, los hemos presentado en un solo cuadro. Para cerrarlo, y volver á tomar al general Belgrano en marcha sobre el enemigo, diremos que la instalación de la Asamblea fué solemnizada por un notable aunque pequeño triunfo de armas que levantando el espíritu de la caballería argentina, puso en escena á un héroe destinado á eclipsar á todos los guerreros de la América del Sur. Hablamos del combate de San Lorenzo, obtenido por el coronel don José de San Martín el día 3 de febrero de 1813, en las inmediaciones del convento de este nombre sobre la margen derecha del Paraná. Los marinos españoles señores de las aguas, hacía tiempo que mantenían en

constante alarma á las poblaciones litorales, con frecuentes incursiones vandálicas, saqueando los pueblos y cometiendo actos indignos de una guerra regular. El coronel San Martín fué encargado de escarmentarlos. Prevenido de que una expedición debía desembarcar por San Lorenzo, con el objeto de talar las inmediaciones, dirigióse á aquel punto, y emboscó á espaldas del edificio los escuadrones de Granaderos á caballo que á la sazón organizaba. A las cinco y media de la mañana desembarcaron los enemigos en número de 250 infantes y 2 cañones ligeros. San Martín, que sólo contaba con 120 hombres de caballería, cargó á los enemigos sable en mano en dos divisiones de á 60 hombres cada una, que cayeron sobre ambos flancos de la columna invasora. Puesta en fuga y guarecida bajo los fuegos de la escuadrilla sutil que barría la playa, y atacada por segunda vez, tuvo que reembarcarse con pérdida de 40 muertos, 14 prisioneros y 12 heridos, dejando en el campo, su bandera, su artillería y parte de su armamento, con la sola pérdida de seis muertos y veinte heridos por parte de los patriotas. Este brillante ensayo de la caballería disciplinada, cuyo poder era desconocido hasta entonces en los ejércitos de la revolución, puso coto á las depredaciones de los marinos.

Este triunfo y el recientemente obtenido por Rondeau en el Cerrito, debía estimular poderosamente al ejército de Belgrano; á la vez que las valientes reformas políticas operadas en el sentido revolucionario, debían inocularle nuevo espíritu. Situado al norte del Río Pasaje, donde lo dejamos al terminar el capítulo anterior, Belgrano había diferido hasta entonces el juramento de obediencia que debía prestar á la Asamblea general, esperando celebrarlo de una manera nueva. Con esto se proponía herir profundamente la imaginación de sus tropas por uno de esos espectáculos militares, que suelen decidir de la suerte de las batallas, y de que jamás dejan de hacer uso los generales que saben pulsar los resortes morales de los hombres que conducen al sacrificio.

El día 13 de febrero el ejército formó un gran cuadro en la margen del río. Después de pasarlo en revista y anunciarle en una breve arenga el objeto de aquel acto, Belgrano mandó leer en alta voz la circular del gobierno que declaraba la supremacía de la Asamblea general, y disponía que todos le jurasen obediencia. Presentóse el coronel Díaz Vélez, mayor general del ejército, trayendo á son de música, escoltada por una compañía de Granaderos, una bandera azul y blanca. Era la misma bandera que había enarbolado en el Rosario en 1811, que había bendecido en Jujuy en 1812, y que había tenido que arriar por orden del gobierno, diciendo que la reservaba para el día de una gran victoria. La victoria había tenido lugar, y esta vez seguro de que el nuevo poder no le obligaría á esconderla, aprovechaba la oportunidad para jurar la Asamblea y la bandera bicolor al mismo tiempo.

El general, desenvainando su espada, dirigió al ejército estas palabras, señalando la bandera: «Este será »el color de nueva divisa con que marcharán al com»bate los defensores de la Patria.» En seguida prestó en presencia de las tropas el juramento de obediencia á la soberana Asamblea; y tomándolo individualmente á los jefes de cuerpo, interrogó de nuevo á las tropas con las fórmulas prescriptas por el gobierno, y tres mil voces repitieron al mismo tiempo: «¡Sí, juro!» Entonces, colocando su espada horizontalmente sobre el asta de la bandera, desfilaron sucesivamente todos los soldados, y besaron uno por uno aquella cruz militar, sellando con su beso el juramento que acababan de prestar. Concluído el acto, se grabó á escoplo, en el tronco de un árbol gigantesco que se levantaba sobre la margen del río, esta elocuente inscripción: «Río del Juramento», nombre que desde entonces se dió al Pasaje, y que después se ha hecho extensivo al Salado. El general al dar cuenta al gobierno de este acto solemne, le dice: «Todos se felicitan por »considerarse ya revestidos con el carácter de hom»bres libres, y las más ardientes protestas de morir

»antes de volver á ser esclavos, han sido las expresio»nes con que han celebrado tan feliz nueva, y que »deben afianzar las esperanzas de cimentar muy en breve el gran edificio de nuestra libertad civil.»

En la misma tarde del día 13 el ejército patriota continuó su marcha. Distaba veintiséis leguas de Salta; y el enemigo no lo había sentido aún. El 14 fué sorprendida por la vanguardia patriota, la avanzada real situada en Cobos, dejando en el campo algunos muertos y prisioneros. Los fugitivos que llevaron á Tristán el parte de este suceso, no le pudieron informar si la fuerza que los había atacado era una partida suelta ó un destacamento del ejército patriota en marcha. El general realista aturdido por esta noticia, no se atrevía á creer que Belgrano abriese la campaña en una estación tan desfavorable para las operaciones militares, y creyendo á nado el Pasaje, se persuadió sin duda que aquel era un hecho aislado.

Mientras tanto, el ejército patrio avanzaba á marchas forzadas sobre Salta, á pesar de los malos caminos y de las continuadas lluvias, que en aquella latitud son frecuentes en esta época del año. Atravesó la Ciénaga, siguió á la Cabeza del Buey, faldeando los primeros contrafuertes de la montaña, que dejó á su izquierda, y llegó bajo un copioso aguacero á Cobos, donde encontró establecida su vanguardia. Desde este punto se internó en la sierra dentro de la cual está enclavada la ciudad de Salta, y continuó su marcha por el valle de la Ramada, remontando el arroyo que lo baña, á la sazón muy crecido.

Al llegar á la Punta del Ojo del Agua, donde el camino se bifurca, desprendió su vanguardia por el de su izquierda en dirección á los Portezuelos (grande y chico) situados al este de Salta, que era entonces la única entrada conocida para penetrar en ella, y con el grueso del ejército siguió por el de la derecha á Lagunillas (ó la Lagunilla), donde acampó el día 18 á tres leguas de su objetivo, sin que el enemigo se hubiese dado cuenta de su itinerario ni de su plan de campaña.

El general español, que al fin se había persuadido que todo el ejército de Tucumán marchaba sobre él en son de combate, esperaba su ataque por los Portezuelos, donde había reconcentrado su vigilancia, ciñéndose á la estricta defensiva; y al tener aviso del avance de la vanguardia del ejército patriota, se confirmó en esta creencia. En consecuencia, previo un prolijo reconocimiento del terreno, acompañado por su estado mayor, mandó fortificar y artillar los Portezuelos, y formó su plan de batalla en la suposición de que los patriotas se verían obligados á formar su línea en los bajos de esa posición, donde barridos por su artillería, serían ventajosamente batidos.

La vanguardia patriota se adelantó hasta esa posición, y al llegar á Higuerillas se encontró con la enemiga resguardada por las quiebras del Zanjón de Sosa, que corta el camino, trabándose inmediatamente algunas guerrillas. Mientras tanto, el general Belgrano, instruído por el capitán D. José Apolinario Saravia, de que existía otra senda oculta más al norte, mandó desde Lagunillas reconocer la estrecha y fragosa quebrada de Chachapoyas, que por el camino de su derecha debía conducirlo á retaguardia del enemigo, y habiéndose encontrado practicable, según el informe de su jefe de estado mayor, ordenó el paso por ella.

La quebrada de Chachapoyas la forman las dos serranías del sur y del norte, que circundan á Salta por el este, entre la prolongación del cerro de San Bernardo, que la domina por esa parte, y la cadena montañosa que limita el inmediato valle de Mojotoro; más al norte, y en su fondo occidental, á una altura de 145 metros sobre el nivel del valle de Lerma, se abre la agreste garganta del mismo nombre, disimulada por una rica vegetación arbórea que da un carácter pintoresco al paisaje. Este fué el camino que siguió el ejército de Tucumán, y que atravesó en la tarde del 18 de febrero bajo una espesa lluvia, salvando los hondos barrancos formados por los torren-

tes, que fué necesario rellenar para dar paso á la artillería y las 50 carretas del bagaje. Por allí descendió al valle, y al amanecer del día 19 se hallaba en la hacienda de Castañares, á una legua de Salta, donde acampó en un potrero rodeado de cercas de piedra, sufriendo el agua que caía á torrentes. En este punto se le reunió la vanguardia desprendida en dirección á los Portezuelos, la que después de distraer la atención del enemigo, mientras se operaba el movimiento de circunvalación, retrocedió en la noche buscando la incorporación por la misma ruta de Chachapoyas. El general Tristán, que ignoraba la existencia de este camino, al recibir el parte de que el ejército patriota ocupaba la retaguardia, se negó á creerlo, y exclamó: «¡Sólo que fueran pájaros!» pero subiendo á una altura, hubo de cerciorarse por sí mismo de la verdad. Inmediatamente, cambiando de plan, varió de posición; se trasladó del Portezuelo al pie del cerro de San Bernardo, cubriendo la ciudad, y protegido por los accidentes del terreno, dió frente al norte, sin darse todavía cuenta exacta del plan del general Belgrano, pues llegó á suponer que aquello fuese una mera diversión.

Colocado en esta posición, el ejército patriota se halló al norte de Salta, interpuesto entre esta ciudad y la de Jujuy, que dejaba á su espalda guarnecida á la sazón por un cuerpo de tropas de 500 realistas. Por consecuencia, interceptada la comunicación entre estos dos puntos militares, cerraba la retirada al ejército de Tristán. Entonces los realistas se persuadieron de que tenían encima el ejército de Belgrano; y los patriotas, por su parte, comprendieron el plan de operaciones que se proponía desenvolver su general. La maniobra con que lo había iniciado, perfectamente concebida y ejecutada con habilidad, no dejó duda á nadie que su intención era repetir el mismo movimiento que Tristán había ensayado con tan mal éxito en Tucumán. Belgrano se había halagado con la idea de sorprender al enemigo, penetrando por aquel

camino, presentándose inopinadamente en las calles de la ciudad, lo que tal vez habría conseguido, si las continuadas lluvias no hubieran retardado su marcha; pero sentido á la distancia de legua y media, como queda explicado, su plan se frustró en esta parte, que era puramente eventual y accesoria.

Ahora, para hacer comprender los movimientos militares que van á desenvolverse, se hace necesario echar una ojeada sobre el terreno, teatro de las operaciones de ambos ejércitos.

La ciudad de Salta, situada en el centro del valle conocido en la historia de la conquista con el nombre del valle de Lerma, está limitado por cadenas de cerros, que forman parte de los primeros contrafuertes de los Andes, dentro de los cuales está enclavado. Hacia el oriente, y como á una milla de distancia de la ciudad, se destaca de la última el cerro de San Bernardo, cubierto de un manto de verdinegra vegetación. Por el occidente, y como á dos leguas de distancia, levántase la inaccesible montaña de San Lorenzo. Entre estas dos elevaciones se derrama una red de ríos, que envuelven á la pintoresca ciudad, y forman dos distintos sistemas hidrográficos. Por el pie del cerro de San Bernardo corre un arroyo que llaman el Tagarete de Tineo, que cubre por tres lados los arrabales de la ciudad y con la que se comunica por varios puentecillos. Envuelta por el Tagarete se extiende la apacible ciudad de Salta, circundada de una faja de verdura, que forman sus hermosas quintas llenas de arboledas, y del centro surgen las torres de sus iglesias y los coronamientos de sus más elevados edificios. Entre el San Lorenzo y el San Bernardo, se desenvuelve la deliciosa planicie de Castañares, vestida de eterna verdura y esmaltada de flores, que asciende en suave plano inclinado hasta la hacienda del mismo nombre, donde se hallaba situado Belgrano con todo su ejército. Entre la planicie de Castañares y la ciudad, corre un zanjón que defiende á ésta por la parte del norte, á manera de una trinchera, cortando el camino que conduce á Jujuy.

El día 19 lo empleó el general en dar descanso á su tropa, y en prepararla para una batalla que ya era inevitable. A las 11 de la mañana movióse resueltamente en dirección á Salta, descendiendo la llanura de Castañares, é inclinóse sobre su izquierda con el objeto de descubrir desde las alturas la fuerza y posiciones del enemigo, lo que consiguió completamente haciendo en consecuencia alto á la mitad del camino. Los dos ejércitos estaban á la vista, y entre ambos sólo mediaban algunas guerrillas que se tiroteaban, provocándose con gritos insultantes.

La formación que llevaba el ejército patriota era en cinco columnas paralelas de infantería en línea de masas, con ocho piezas de artillería divididas en secciones á retaguardia; dos alas de caballería en la prolongación de la línea de batalla y una columna de las tres armas, con cuatro piezas de artillería, formando la reserva. Esta formación tenía sus vicios: los más notables eran la dispersión de la artillería, y la colocación de una parte de la caballería sobre el ala izquierda, donde la naturaleza del terreno no le permitía obrar; así es que su presencia fué inútil en este costado, cuando en el opuesto pudo haber prestado servicios más importantes, siendo su ausencia en él la causa de la única ventaja que obtuvo el enemigo por su flanco izquierdo, que era el más débil.

La formación del enemigo era más hábil, y en la distribución de las diferentes armas habían sido mejor consultados los accidentes del terreno. Fuerte de cerca de 3.500 hombres, el ejército realista había tenido su línea de batalla al norte del zanjón que corta el camino de Jujuy por esa parte, formando dos líneas. En la primera colocó tres batallones de infantería, apoyando su flanco derecho sobre el cerro de San Bernardo, y avanzó por las fragosidades de esta montaña una columna ligera de 200 hombres, que, cubierta por los accidentes del terreno, amagaba el flanco izquierdo del ejército que avanzaba. Sobre la izquierda de su primera línea desplegó en la débil formación de ala un cuerpo de 500 jinetes, de que cons-

taba su caballería; colocación acertada, pues sólo por aquella parte podía obrar esta arma, por la naturaleza del terreno, ofreciendo además la ventaja de cubrir el flanco más débil. Al frente de la primera línea estableció la artillería compuesta de 10 piezas. La segunda línea se componía de dos batallones en columna á distancia de despliegue, y más á retaguardia estaba la reserva y el parque.

En esta disposición permanecieron ambos ejércitos durante la tarde del 19. Al anochecer hizo Belgrano replegar sus grandes guardias, dejando el frente cubierto por la línea de avanzadas, y dispuso que las cuatro columnas de los flancos que componían la línea de batalla, se reconcentrasen en masa sobre el centro, disposición desacertada que las privaba de sus despliegues, y que habría introducido la confusión en ellas, si el enemigo hubiese intentado un ataque nocturno. Así se pasó la noche, en que continuó lloviendo copiosamente, brillando en medio de las tinieblas los fuegos de la línea enemiga, que se mantuvieron encendidos hasta el amanecer. Los soldados patriotas, más ocupados de sus armas y municiones que de sus personas, sólo se cuidaban de aquéllas y empleaban todas sus ropas en cubrirlas.

Amaneció el día 20 de febrero de 1813, que debía ser memorable en los fastos argentinos. El cielo estaba opaco y la mañana lluviosa; pero muy luego se despejó el horizonte y apareció el sol en todo su esplendor. Una noticia alarmante empezó á circular entonces en el campamento: el general había tenido en su madrugada varios vómitos de sangre que tal vez le impedirían montar á caballo. Belgrano respetaba mucho la dignidad humana para imitar el ejemplo de Carlos XII en Pultawa, que imposibilitado por sus heridas mandó la batalla desde lo alto de su palanquín, llevado en hombros de sus soldados. Más humilde que aquel conquistador, Belgrano había hecho preparar una carretilla de caballos que le permitiese trasladarse con rapidez de un punto á otro del campo de batalla; pues estaba resuelto de todos modos á man-

darla en persona. Afortunadamente, más tarde se alivió y pudo montar á caballo. Después que la tropa se hubo secado y tomado un ligero desayuno, emprendióse la marcha sobre el enemigo, llevando el mando de la primera columna de la derecha el teniente coronel D. Manuel Dorrego, y sucesivamente por el orden de su formación, el comandante D. José Superi y don Francisco Pico, el sargento mayor D. Carlos Forest y el comandante D. Benito Alvarez. La caballería de la derecha la mandaba D. Cornelio Zelaya, ya ascendido á teniente coronel, y la de la izquierda el capitán D. Antonio Rodríguez. La infantería de la reserva obedecía las órdenes del teniente coronel D. Gregorio Perdriel, y la caballería las del sargento mayor D. Diego González Balcarce y del capitán D. Domingo Arévalo. La artillería dividida en baterías y secciones, carecía de un centro, así es que las piezas de la derecha las mandaba el teniente D. Antonio Giles; las del centro, el de igual clase D. Juan Pedro Luna y D. Agustín Rávago; las de la izquierda, el capitán D. Francisco Villanueva, y las de la reserva, el capitán D. Benito Martínez y el teniente de Dragones D. José María Paz, que debía ser con el tiempo uno de los primeros generales de la América del Sur. La derecha de la primera línea fué confiada al mayor general del ejército D. Eustaquio Díaz Vélez, y la izquierda al coronel D. Martín Rodríguez, que se había incorporado en el Río del Juramento, asistiendo á la escena memorable del día 13. Con la reserva marchaba el general Belgrano, llevando la nueva bandera zul y blanca, que por la primera vez iba á recibir el bautismo del fuego y de la sangre.

Así empezó su marcha el ejército patriota, hasta la distancia en medio tiro de cañón del enemigo, el cual, si en aquel momento hubiese sabido jugar convenientemente su artillería, y atacado vigorosamente los despliegues de las columnas agresoras, habría podido introducir en ellas el desorden, haciéndoles por lo menos sufrir graves pérdidas. A esta altura, desplegaron

gallardamente las columnas que ya podemos llamar argentinas. La reserva conservó su formación.

El ataque se empezó de una manera desventajosa y poco acertada. Roto ya el fuego de fusilería por parte del enemigo, el general Belgrano ordenó que Dorrego avanzase sobre la izquierda realista con dos compañías de cazadores, apoyadas por la caballería de Zelaya. Esta fuerza, que dispersa en tiradores no tenía objeto á tan corta distancia, y que en masa era débil contra el costado más fuerte del enemigo, fué rechazada como era de esperarse, y á no haber acudido oportunamente la caballería del ala derecha en su auxilio, habría tal vez sucumbido. En esta circunstancia fué herido el mayor general Díaz Vélez, y perdiendo mucha sangre tuvo que retirarse del campo. Belgrano entonces, dispuso que una sección de la reserva, á las órdenes de D. Silvestre Alvarez, atacase la columna ligera, que ocupando las faldas del San Bernardo incomodaba su izquierda con sus fuegos diagonales, y se trasladó á gran galope á la derecha de la línea privada de su inmediato jefe. «Comandante Dorrego, dijo éste, avance usted y llévese por delante al enemigo; pero no intercepte los fuegos de nuestra artillería.» Dorrego, apoyado por la caballería y sostenido por los fuegos de la artillería que le preparaban el camino, recuperó el terreno perdido, y llevó la carga con tal vigor, que toda el ala izquierda del enemigo cedió á su empuje, y se desorganizó completamente, replegándose en desorden á la ciudad, con lo que dejó en descubierto el flanco que ocupaba. Tristán, con gran presencia de espíritu, hizo cubrir este claro por los batallones de la segunda línea. Entonces el fuego se hizo general, y aquellos batallones de refresco, desmoralizados con la fuga de sus compañeros y temerosos de ver aparecer por su espalda, como en Tucumán, á la caballería vencedora, se desordenaron muy luego y se pusieron igualmente en fuga hacia la ciudad. La línea argentina avanzaba á medida que iba venciendo. El centro se mantuvo con más firmeza é hizo jugar activamente su artillería concen-

trada; pero corriendo el peligro de verse envuelto de un momento á otro, tuvo al fin que ceder el campo precipitadamente al centro mandado por Superi y Forest, y abandonó gran parte de su artillería, una bandera, varias cajas de municiones, dejando el suelo cubierto de muertos y heridos, con pérdida de algunos hombres ahogados en el Tagarete.

El centro español en fuga arrastró á la reserva, y por este movimiento retrógrado quedó cortada y envuelta el ala derecha del enemigo, compuesta de los batallones Real de Lima y Paucartambo. La columna ligera que prolongaba la línea por ese costado, posesionándose de las faldas de San Bernardo, hizo desde allí una resistencia valerosa digna de mejor suerte. Allí acudió oportunamente Belgrano con la reserva en apoyo de su ala izquierda, y bajo los fuegos combinados de la artillería y la fusilería, tuvieron al fin que dispersarse aquellos últimos restos del ejército español, cuya mayor parte se rindió prisionera.

Mientras tanto, un vivo fuego se hacía sentir en la ciudad. El centro y la derecha vencedora se había precipitado á las calles, atravesando el obstáculo del Tagarete, en persecución de los fugitivos. El teniente D. Juan Pedro Luna, arrastrando sus dos piezas de artillería, apoyó eficazmente este avance, que llevaron con encarnizamiento los comandantes particulares Dorrego, Pico, Forest, Superi y Zelaya, quien para el efecto mandó echar pie á tierra á sus Dragones. Estas fuerzas avazaron hasta cerca de cuadra y media de la plaza Mayor, cuyas avenidas estaban fortificadas con fuertes palizadas, y se posesionron del templo de la Merced, en cuya torre hicieron tremolar en señal de triunfo un poncho de colores argentinos, que hizo las veces de bandera. Hacía tres horas que duraba el fuego: la batalla estaba terminada: el ejército de las Provincias Unidas había vencido.

En el interior de la ciudad, según las palabras de un historiador español, todo era desorden, confusión é indisciplina. El desgraciado Tristán hacía esfuerzos impotentes por reunir sus tropas aterradas para de-

fender con ellas sus débiles trincheras. Sólo una parte de ellas obedeció su voz: el resto, refugiado en la iglesia catedral, desoyó la orden de su jefe de acudir á las palizadas, viendo lo cual una animosa mujer, hija de Buenos Aires, llamada doña Pascuala Baldás, subió al púlpito y exhortó á la tropa acobardada á cumplir con su deber; pero como el terror tuviese más imperio que el honor sobre aquellas almas abatidas, los llenó de improperios dándoles los dictados de infames y cobardes, lo que tampoco produjo ningún efecto.

Otra escena del mismo género, aunque de un carácter más trágico, tenía lugar al frente de una de las palizadas. D. Venancio Benavides, aquel caudillo de la revolución oriental, que había traicionado su causa en Humahuaca pasándose al enemigo, excitaba á sus nuevos compañeros á hacer una defensa desesperada; pero al ver que nadie estaba dispuesto á seguir su ejemplo, furioso y despechado se colocó en medio de la calle donde el fuego era más vivo. Era un hombre de estatura gigantesca, cuya cabeza sobresalía por encima de la palizada. Atravesado por una bala que le rompió el cráneo, cayó en el suelo sin vida, guardando en su rostro el ceño terrible con que le encontró la muerte. Viendo Tristán la inutilidad de sus esfuerzos resolvióse á pedir capitulación, en momentos en que Belgrano se disponía á intimarle rendición, organizando un asalto formal sobre la plaza.

El parlamentario realista, que lo fué el coronel La Hera, se presentó á Belgrano con los ojos vendados, y al descubrirse mostró un semblante pálido, en que estaba impresa la confusión y el terror. En actitud casi suplicante y en voz baja, dirigió su proposición al general vencedor. Este le contestó en voz alta y con benevolencia: «Dígale usted á su general que se des»pedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre ame»ricana: que estoy pronto á otorgar una honrosa capi»tulación: que haga cesar inmediatamente el fuego »en todos los puntos que ocupan sus tropas, como yo »voy á mandar que se haga en todos los que ocupan

»las mías.» El parlamentario se retiró, y según la expresión de un testigo presencial, «los patriotas se entregaron silenciosamente al placer de la victoria,» tal era la gravedad del general argentino en aquel momento solemne.

El fuego se suspendió por una y otra parte, y en la tarde ajustáronse las capitulaciones. Por ellas quedó estipulado, que al siguiente día saldrían de la ciudad con los honores de la guerra, á tambor batiente y banderas desplegadas, los restos del ejército español refugiados en ella, y que á las tres cuadras rendirían las armas, entregarían sus pertrechos de guerra, obligándose por juramento, desde el general hasta el último tambor, no volver á tomar armas contra las Provincias Unidas hasta los límites del Desaguadero: concedióse á los vencidos la devolución de sus prisioneros, en interés de que Goyeneche diese libertad á los que tenía del ejército argentino; y permitió á la guarnición de Jujuy retirarse libremente con sus armas, imponiéndole por única obligación el no causar daño alguno en su tránsito al interior.

Nunca el general Belgrano fué más grande como militar, ni más inhábil político. Dejándose arrebatar por los impulsos de una mal entendida generosidad, esterilizaba una gran parte del efecto moral y material de la victoria, obtenida por sus hábiles maniobras y por el valor incontrastable de sus tropas. En vez de completar el triunfo por una rendición á discreción, y en caso de negativa por un asalto que habría sido coronado por el éxito, abrió un camino de salvación á los enemigos que pedían gracia, comprometiendo su crédito y la suerte de sus futuras campañas. Debe decirse en su abono, que esta generosidad, que hace honor á su corazón sensible más que á su previsión, tenía en vista un fin político, que en parte se logró, cual era inocular en los vencidos el espíritu de la revolución, atándolos por la gratitud, y hacer que penetraran desarmados al Perú como vanguardia de propaganda que pregonase por todas partes el poder de las armas argentinas y los detalles del desastre de

Salta. Este objeto lo consiguió en parte, como se verá más adelante; pero tal resultado no compensaba las ventajas mayores que podrían haberse alcanzado procediendo con más energía.

Firmadas las capitulaciones, ambos ejércitos permanecieron en sus posiciones, pasando la noche en vigilancia.

«En la mañana del 21,» dice un testigo presencial, «los dos ejércitos estaban sobre las armas. El uno »para desocupar la plaza, el otro para entrar en ella: »el uno para entregar las armas, el otro para recibir»las. El tiempo seguía lluvioso. Serían las nueve cuan»do el ejército realista salió al campo formado en co»lumna, llevando los batallones los jefes á su cabeza, »batiendo marcha los tambores y sus banderas des»plegadas. La tropa nuestra que estaba fuera, los re»cibió con los honores correspondientes. A cierta dis»tancia su columna hizo alto. Desplegando en línea el »batallón que llevaba á la cabeza, empezó á desfilar »por delante del jefe y hombres que estaban aposta»dos para recibir el armamento, que iba entregando »hombre por hombre, juntamente con su cartuchera y »correaje. Los tambores hicieron lo mismo con sus ca»jas, los pífanos con sus instrumentos, y el abandera»do entregó finalmente la real insignia que simboliza»ba la conquista y un vasallaje de 300 años.» Sucesivamente, los demás cuerpos fueron entregando sus armas: la caballería echó pie á tierra y rindió al pie de la bandera argentina sus espadas y carabinas: la artillería rindió sus cañones, sus carros y municiones. Así desfilaron 2.786 hombres de la graduación de general á tambor, elevando con sus propias manos el trofeo glorioso de la batalla de Salta, coronado por la bandera jurada en el Pasaje.

«Desarmados enteramente los realistas,» dice el mismo testigo de esta escena, «parecían una cosa muy di»versa de lo que eran media hora antes; y volvieron á »sus cuarteles, sin formación, en un tropel confuso »que se asemejaba á una majada de carneros. Pero lo »que más hería la imaginación de los espectadores, era

»ver retratados en sus semblantes las diferentes pa»siones de que estaban animados. El despecho y la »rabia en algunos, en otros un furor concentrado y la »vergüenza en todos; derramando muchos de ellos lá»grimas, que no bastaba toda su fuerza á reprimir.» La escena fué grave y verdaderamente sublime, sin jactancia, sin insultos por parte de los vencedores, que supieron respetar al enemigo caído, honrando dignamente el valor desgraciado. El general Belgrano dispensó á su humillado rival de la vergüenza de entregarle personalmente su espada, y recordando su antigua amistad, le abrazó tiernamente en presencia de vencidos y vencedores.

Los trofeos de esta victoria memorable fueron: tres banderas, 17 jefes y oficiales prisioneros en el campo de batalla, 481 muertos, 114 heridos, 2.776 rendidos, incluso cinco oficiales generales, 93 de la clase de capitán á subteniente y 2.683 individuos de tropa; en todo, 3.398 hombres, que componían todo el ejército de Tristán, sin escapar uno solo. Además, 10 piezas de artillería, cinco de ellas tomadas en el combate; 2.188 fusiles, 200 espadas, pistolas y carabinas, todo su parque, su maestranza y demás pertrechos de guerra. Los anales argentinos no recuerdan un triunfo más completo. La pérdida del ejército patriota consistió en 103 muertos, 433 heridos y 42 contusos: en todo 578 hombres.

En medio del campo de Castañares fueron enterrados los muertos de ambos ejércitos, en una fosa común, y sobre ella se levantó una gran cruz de madera con esta sencilla y elocuente inscripción: «Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de febrero de 1813.» ¡Todo fué grande y sublime en esta jornada! El general vencedor, al dar cuenta de esta victoria á su gobierno, le decía:

«El Dios de los ejércitos nos ha echado su bendi»ción: la causa de nuestra libertad é independencia »se ha asegurado á esfuerzos de mis bravos compa»ñeros de armas.»

En la tarde del 21, los vencidos y vencedores frater-

nizaron, y en el contacto, los soldados del ejército realista, que eran en su mayor parte naturales del Alto y Bajo Perú, no podían negar su admiración á las tropas argentinas, ni dejar de impregnarse de sus principios, á lo que se agregaban las irresistibles seducciones de las mujeres salteñas, que habían trabajado eficazmente de antemano en este mismo sentido, haciendo llegar á Belgrano las noticias más importantes.

El general Belgrano al conceder la capitulación, había tenido en vista el ser americanos casi todos los soldados del ejército español, y siéndolo igualmente Tristán y Goyeneche, esperaba que esta circunstancia los decidiría á pronunciarse por la causa de la revolución. Tristán aprovechándose de esta disposición de su espíritu, y abusando del candor de la buena fe de su generoso rival, parece indudable que en sus conferencias halagó sus esperanzas en este sentido, y le aseguró que él y su primo no estaban distantes de abrazar la causa de la América. Sólo así puede explicarse la prontitud con que Belgrano se prestó á cumplir las cláusulas más importantes de la capitulación, que no tenía término fijo para su ejecución en cuanto á la marcha. Desde el día siguiente y antes de evacuar el territorio la guarnición armada de Jujuy, los capitulados empezaron á marchar á sus destinos, y á los tres días no había en Salta uno solo de ellos. Aún llevó más allá Belgrano su quijotesca generosidad, concediendo á petición de Goyeneche un armisticio de 40 días, con la sola excepción de que el ejército realista no haría movimiento alguno, y que sería sin perjuicio de la ocupación de la provincia de Chichas por las armas patriotas. Tan inconcebibles desaciertos no pueden tener otra explicación sino las falsas promesas de Tristán, y la inocente credulidad de Belgrano.

La capitulación de Salta fué generalmente reprobada por los patriotas en Buenos Aires, en cuanto á Belgrano; y formalmente desaprobada por el virrey de Lima, por lo que respecta á Tristán, negando al mis-

mo tiempo su confirmación al armisticio propuesto por Goyeneche. Los primeros no carecían de razón para ello; y el segundo obraba así, para no cumplir con lo pactado, y porque creía (lo que era cierto) que Goyeneche tenía elementos sobrados para sostenerse en el Alto Perú.

Efectivamente, Goyeneche, según sus últimos estados, contaba á la sazón con 3.000 infantes disponibles, 1.000 caballos, 300 artilleros, y armamento para 500 más, incluyendo en este número la división de Picoaga situada en Suipacha, y la guarnición de Jujuy mandada por el coronel Tacón, que marchaba á incorporársele. Pero Goyeneche perdió la cabeza con la noticia de la derrota de Salta. Inmediatamente convocó una junta de guerra, y anunció su determinación de abandonar Potosí, y replegarse á Oruro. A pesar de hallarse á 150 leguas al norte de Salta, cubierto su frente por dos fuertes divisiones, emprendió su retirada con tal precipitación, que por falta de acémilas se vió en la necesidad de mandar quemar una gran cantidad de municiones, sus tiendas de campaña y otros artículos de guerra, poniendo en libertad á más de 100 prisioneros patriotas, que retenía en su poder. Esta determinación tenía por origen un billete de Tristán escrito en francés, y conducido por un capitulado en que decía á su primo, que pusiera en salvo su persona, retirándose por lo menos á Oruro.

Por su parte, Belgrano se quejaba amargamente de las acusaciones de que era el blanco; y justificando su conducta con los vencidos, escribía el 1.° de marzo á su amigo Chiclana: «Siempre se divierten los que »están lejos de las balas, y no ven la sangre de sus »hermanos, ni oyen los clamores de los infelices heri»dos; también son esos los más á propósito para cri»ticar las determinaciones de los jefes: por fortuna, »dan conmigo que me río de todo, y que hago lo que »me dicta la razón, la justicia, y la prudencia, y no »busco glorias, sino la unión de los americanos y la »prosperidad de la Patria.» En otra escrita desde Jujuy, le decía: «¡Quién creyera! ¡Me escribe otro por

»la capitulación, y porque no hice degollar á todos, »cuando estoy viendo palpablemente los efectos bené»ficos de ella!»

En efecto, los capitulados habían penetrado al Perú y derramaban por todas partes la noticia de la catástrofe del ejército español en Salta, y predisponiendo á las poblaciones á la insurrección, «dedicándose algunos», dice un historiador español, «á pervertir el »espíritu público, proclamando el brillo y el entusias»mo de las tropas de Buenos Aires, y pintando con los »colores más halagüeños la causa que defendían.» «Muchos de ellos», dice otro más imparcial y veraz, »imbuídos de ideas nuevas, fué voz pública que em»pezaron á promover conferencias y juntas clandes»tinas, de cuyas resultas se divulgaron especies sub»versivas que no dejarían de influir en la sensible »deserción que menguaba las filas del ejército (real).»

Goyeneche temiendo el contacto de aquellos soldados, á quienes suponía contaminados con las ideas revolucionarias, dió órdenes anticipadas para que todos los juramentados fuesen detenidos antes de llegar á Oruro, reuniéndolos en un pueblo inmediato llamado Sepulturas. Allí se presentó él con su estado mayor, y los proclamó con vehemencia, haciéndoles saber que estaban absueltos de su juramento por el arzobispo de Charcas y el obispo de La Paz, y los incitó á tomar nuevamente las armas y unirse á sus antiguos compañeros. Sólo siete oficiales y 300 soldados se prestaron á esta sacrílega sugestión, y con ellos organizó un cuerpo separado, que se denominó desde entonces el «Batallón de la Muerte», y vistió con sus fúnebres atributos. Todos los demás se negaron á quebrantar su juramento, y siguieron su ruta á La Paz, Puno, el Cuzco y Arequipa, donde contribuyeron directa ó indirectamente, á preparar el camino de los ejércitos libertadores. A pesar de esas ventajas, frutos más bien de la batalla que de la capitulación, no puede menos de exclamarse con un contemporáneo: «¡Muy poco fruto para tan gran victoria!»

Sacar el fruto de una batalla es la gran habilidad

de un general. Belgrano si obtuvo algunos resultados favorables de la de Salta, no alcanzó todas las ventajas que eran de esperarse, y que el enemigo le brindaba con sus faltas. Si Goyeneche en vez de replegarse á Oruro, hubiera reconcentrado en Potosí sus guarniciones diseminadas, cubriéndose con las divisiones de Picoaga y Jujuy, la inacción de Belgrano en presencia de 4.000 hombres, habría sido justificable, puesto que él tenía apenas 2.500 en estado de invadir después de las pérdidas de la batalla. Pero abierto el camino, aterrado el enemigo, retirándose casi en fuga: sublevados espontáneamente Potosí y Chuquisaca, aun sin esperar su auxilio; llamado por los patriotas de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, no se comprende cómo todo esto no le decidió á proseguir su victoria, con más vigor y con más actividad, aunque fuese arriesgando algo. Demasiado ocupado en escribir correspondencias y proclamas, dejaba pasar la primera impresión de la catástrofe en los enemigos, daba tiempo al virrey de Lima para que los auxiliase con nuevas tropas, y á los pueblos para que su entusiasmo se entibiara.

Cierto es que no faltaban razones para no desenvolver inmediatamente operaciones en grande escala; pero eran razones buenas para tiempos ordinarios, cuando la fuerza moral de una gran victoria no suple la falta de fuerzas materiales. Así, en oficio de 6 de marzo decía al gobierno para explicar su inacción: «Después de una acción, tanto el que gana como el que pierde, queda descalabrado: así me sucede á mí», y añadía que tenía que componer el material, reemplazar hombres para ponerse en marcha, y que siendo el mes de las aguas, y hallándose los ríos crecidos, esto y mil otras causas «le impedían volar como quisiera, para aprovecharse del terror de los enemigos.» Además: que su intención era aumentar su fuerza para imponer de tal modo que evitase la efusión de sangre, «según lo dijo después de la acción de Tucumán», cuando manifestó que necesitaba 4.000 hombres para terminar la empresa, y que «el chucho» (fiebre inter-

mitente), había empezado á hacer estragos en el ejército, y pensaba salir á las alturas para salvarlo de este flagelo. Y por último, que le faltaba numerario para emprender una campaña sobre un país pobre en que todo era preciso pagarlo, terminando con estas palabras: «Por milagro continuado de la Providencia, »subsiste la tropa impaga y contenta con buenas cuen- »tas ridículas. Después de la acción, en estos días »he dado á los soldados 4 pesos, á los cabos 5 y »á los sargentos 6, rebajando sus sueldos á todos los »oficiales de comandante abajo.»

Después de algún tiempo pasado en Salta, que fué últimamente empleado en reorganizar los destacamentos diezmados por las bajas de la batalla y las enfermedades subsiguientes, á mediados de abril avanzó Belgrano hasta Jujuy, dirigiendo los cuerpos de la vanguardia hacia Potosí. El gobierno, comunicándole con fecha 13 de abril los recientes sucesos desgraciados de Chile, que hacían presagiar su próxima caída, lo incitaba á no perder momentos. Al acusar recibo de las notas en que le participaba los movimientos favorables de La Plata y Santa Cruz de la Sierra, volvía á repetirle con fecha 10 de mayo: «Nada es tan im- »portante en estas circunstancias como la aceleración »de las marchas del ejército auxiliador, á cuyo fin se »hace necesario el último esfuerzo de actividad.» Con fecha 3 de junio insistía con más formalidad sobre este punto: «Cuando el gobierno, le decía, había creí- »do puntualizadas las diferentes órdenes que ha li- »brado, para que avanzaran rápidamente las divi- »siones disponibles del ejército que V. E. manda, ha »visto en el contexto de su comunicación de 22 de »abril eludidas sus esperanzas, fundadas en los auxi- »lios que constan remitidos desde el Tucumán, en los »recursos pecuniarios que se han proporcionado á »V. E., y en las instrucciones que se le han remitido. »Y se agrava más el desconsuelo de haberse frustrado »las medidas más eficaces y ejecutivas que demandaba »el estado de los pueblos evacuados por el enemigo, »cuando se advierten sus acechanzas y maquinaciones,

»aprovechándose tal vez con buen suceso de las ideas »menos favorables y que arroja el retardo de nuestras »tropas. Tenga V. E. presente que los enemigos han te»nido auxilios y proporciones para llegar descansada»mente, aunque en derrota, por el despoblado, desde »Jujuy hasta Oruro, y que el ejército de la patria des»pués de dos meses y medio transcurridos, por una »parálisis de sus movimientos, no ha podido ocupar »la villa de Potosí con 300 hombres á lo menos. Cuan»do los resultados están en contradicción con las me»didas, no son las intenciones las que pueden salvar á »los pueblos y llenar los grandes objetos de la cam»paña. Siempre que V. E. no se aproveche de la cons»ternación moral que produjo la victoria, los efectos »serán inevitablemente contrarios á los mejores sen»timientos; pero será necesario que supla la fuerza »lo que dejó de hacer la oportunidad.» Estas severas palabras eran merecidas, y el general no podía contestarlas sino avanzando con rapidez.

A principios de mayo llegó la vanguardia argentina á Potosí, limitándose á desprender una gran avanzada de 500 hombres por el camino de Oruro, en observación del enemigo que aun permanecía allí reconcentrado. Esta avanzada, que adelantándose más de treinta leguas del cuerpo de reserva pudo fácilmente ser batida por los realistas, se replegó al fin á nueve leguas de Potosí, donde permaneció estacionada hasta que se abrió la nueva campaña. A esto, y á la remisión de 100 hombres de línea en apoyo del nuevo pronunciamiento de Cochabamba, se redujeron por entonces las operaciones de la vanguardia.

Mientras tanto, Belgrano permanecía en Jujuy activando la marcha del cuerpo de reserva, y hacía que todos los pueblos de su jurisdicción, recientemente redimidos, incluso los del Alto Perú, jurasen la Asamblea General Constituyente. Las inmortales leyes dictadas por esa corporación la habían hecho expectable en toda la América, y su nombre era conocido aun en los lugares más remotos. Santa Cruz de la Sierra, con ocasión de festejar el 25 de Mayo, vaciló si debía

enarbolar ó no el estandarte real «por cuanto en él, »decían, sólo están grabadas las armas y trofeos de los »reyes de España, cuya vista sería escandalosa para el »pueblo en el aniversario de la feliz inauguración de »la patria,» y sus autoridades consultaron á Belgrano, pidiendo instrucciones sobre este punto, ó «que se »les remitiese otro pendón en que se viesen las armas »y trofeos de la Soberana Asamblea.» Otro tanto sucedió en Jujuy, donde Belgrano presentó á su ayuntamiento una bandera blanca con las armas del sello de la Asamblea pintadas en el centro. Así empezaron á popularizarse los símbolos de la futura República. El gobierno, al contestar á Belgrano, le dijo con fecha 26 de junio, que «como la innovación del estandarte »era materia constitucional, se había consultado el »punto con la Asamblea», y con fecha 9 de julio, «que debiendo cesar todo recuerdo poco compatible con »los nuevos principios, no debiendo enarbolarse otros »pendones que los de la libertad, la Asamblea había »decretado una fiesta nacional en todos los pueblos.» Sin que por entonces se pronunciase explícitamente la Asamblea sobre este punto, la bandera azul y blanca, con su escudo en el centro, empezó á generalizarse, y los pueblos la saludaron con entusiasmo como un símbolo de independencia.

El general Belgrano, que además de ser el inventor de la bandera había tenido la gloria de inaugurarla con una gran victoria, era el encargado de llevarla hasta las márgenes del Desaguadero, límite en aquella época de las Provincias Unidas, que comprendían toda la extensión del Virreinato del Río de la Plata. En consecuencia, activó sus preparativos, y á mediados de junio se hallaba con el resto del ejército en Suipacha. Antes de terminar el mes se hallaba en Potosí, y allí estableció su cuartel general. Los pueblos saludaron con entusiasmo su aparición en aquel nuevo teatro, que debía poner á prueba la fortaleza de su alma en una larga y no interrumpida serie de desastres.

CAPITULO XXII

Vilcapugio

1813

Entusiasmo público.—Las banderas de Salta en Buenos Aires.—Honores y recompensas á los vencedores de Salta.—La Asamblea acuerda un premio de 40.000 $ á Belgrano.—Belgrano los destina para fundación de escuelas.—Reglamento que forma en consecuencia.—Belgrano en Potosí.—Estado del ejército patriota.—Planes y movimientos del ejército realista.—El brigadier Pezuela.—Trabajos administrativos y militares de Belgrano en el Alto Perú.—Los frailes y Belgrano.—Lámina de plata presentada por las damas de Potosí.—El elemento indígena y Belgrano.—El cacique Cumbay.—La provincia de Chayanta.—Cárdenas.—Vasto plan de operaciones de Belgrano.—Descripción de la parte montañosa del Alto Perú.—La pampa de Vilcapugio.—El ejército patriota sale de Potosí.—Situación del ejército español.—El comandante Castro.—Derrota de Cárdenas.—Pezuela se decide á tomar la ofensiva.—Marcha del ejército español.—Los dos ejércitos se encuentran en Vilcapugio.—Orden de formación de los beligerantes.—Defectos en la formación de los patriotas.—Scipión y los indios.—Errores de Pezuela.—Maniobras preliminares.—Batalla de Vilcapugio.—Peripecias de la batalla.—Muerte de Alvarez y Beldón.—Tenacidad de Picoaga.—El escuadrón de Castro.—Constancia de Belgrano.—Salva los restos de su ejército.—Retirada de Vilcapugio.—Revista de Caine.—Pérdidas de Vilcapugio.—Observaciones sobre la batalla.

La noticia de la victoria de Salta fué saludada con entusiasmo en la capital. La rapidez del ataque, la audacia de las maniobras, el valor de las tropas, lo completo del triunfo, las escenas dramáticas de la rendición, y la prestigiosa figura del vencedor coronado con el triple lauro de las Piedras, de Tucumán y de Salta, todo contribuía á impresionar profundamente la imaginación del pueblo. Estas impresiones, á la vez que granjeaban á Belgrano nuevos y ardientes admiradores de sus virtudes y de su gloria, despertaban contra él esos celos y rencores ocultos que marchan siempre tras las huellas del triunfador, y que se irritan

más, á medida que más se eleva el hombre que los motiva. Los errores de la capitulación y su inacción después de la batalla, dieron ocasión á algunos de sus enemigos para que, vistiéndose con el ropaje del patriotismo, clavaran en su reputación el diente de la envidia; pero estas manifestaciones aisladas, fueron sofocadas por la espontaneidad del entusiasmo público, que estalló á la vista de los trofeos conquistados en la batalla.

El triunfo de Salta empeñaba la gratitud nacional, y el gobierno asociándose al sentimiento público, colmó de distinciones á los vencedores. La Asamblea los declaró «beneméritos en alto grado», haciendo preceder el decreto con estas notables palabras: «Es un deber »propio del Cuerpo Legislativo honrar al mérito, más »bien para excitar la emulación de las almas grandes, »que para recompensar la virtud que es el premio de »sí misma.»

Habiendo remitido Belgrano á la capital las banderas tomadas al enemigo, pidiendo que una de ellas se le devolviese para ponerla á los pies de la Virgen de las Mercedes del Tucumán, capitana generala del ejército, el pueblo en masa acudió á la plaza Mayor, que ya entonces se llamaba de la Victoria, para presenciar la entrega de ellas á la Municipalidad. Esta se encargó de ofrecerlas á la Soberana Asamblea, y trasladándose al salón de sus sesiones, se las presentó abatidas en señal de triunfo, y en homenaje á su alta soberanía; y al dirigir la palabra el gobernador intendente, le habló en estos términos: «Las glorias »de la Patria son de todo el Estado: vuestra soberanía »lo representa, y es un deber del pueblo de Buenos »Aires consagrarle las banderas tomadas á los liber»ticidas en la batalla de Salta.» El presidente contestó poniéndose de pie: «Esas banderas que presen»táis á la Asamblea General Constituyente de los pue»blos libres de las Provincias Unidas del Río de la »Plata, es una señal evidente de la completa victoria »que han obtenido las armas de la Patria arrancán»dolas de manos de los enemigos de la América, bajo

»la conducta de vuestro hijo el general Belgrano. Con»gratulaos de tener un hijo que hace un ornamento »al suelo en que nació.»

Por moción del diputado Castro Barros decretóse en sesión del 6 de marzo, que se erigiera un monumento duradero, para perpetuar el recuerdo de la victoria del 20 de febrero. Por decreto del 8 acordóse unánimemente que se ofreciera al general un sable con guarnición de oro, con la siguiente inscripción labrada en la hoja: «La Asamblea Constituyente al benemérito general Belgrano;» y además que se le diese un premio de 40.000 pesos en fincas del Estado. El Poder Ejecutivo por decreto del 27, concedió á todos los oficiales que se hallaron en la batalla un escudo de oro, de plata á los sargentos y de paño á los soldados, con la siguiente inscripción orlada de palma y laurel: «La Patria á los vencedores en Salta.»

Estos honores y recompensas, que no hacían más grande á Belgrano, ni más meritorio á su ejército, le dieron la ocasión de ejercer uno de aquellos actos de grandeza moral, que puso una vez más de relieve su desinterés, su elevación de alma y su anhelo por el progreso intelectual de los pueblos.

Contestando al gobierno, con motivo de los decretos de la Asamblea en que se le acordaba un sable de honor y una donación de 40.000 pesos, le dirigió con fecha 31 de marzo el siguiente oficio, escrito desde Jujuy: «El honor con que V. E. me favorece al »comunicarme los decretos de la Soberana Asamblea, »me empeña sobremanera á mayores esfuerzos y sa»crificios por la libertad de la Patria. Pero cuando »considero que estos servicios, en tanto deben merecer »el aprecio de la Nación, en cuanto sean efecto de »una virtud y fruto de mis cortos conocimientos dedica»dos al desempeño de mis deberes; y que, ni la virtud, »ni los talentos tienen precio, ni pueden compensarse »con dinero sin degradarlos; cuando reflexiono que na»da hay más despreciable para el hombre de bien, »para el verdadero patriota que merece la confianza »de sus conciudadanos en el manejo de los negocios

»públicos, que el dinero ó las riquezas; que éstas son »un escollo de la virtud que no llega á despreciarlas; »y que, adjudicadas en premio, no sólo son capaces de »excitar la avaricia de los demás, haciendo que por »general objeto de sus acciones se abrogue el bienestar »particular al interés público, sino que también pare»cen dirigidas á lisonjear una pasión, seguramente »abominable en el agraciado; no puedo dejar de re»presentar á V. E. que—sin que se entienda que miro »en menos la honrosa consideración que por mis cor»tos servicios se ha dignado dispensarme la Asam»blea, cuyos soberanos decretos respeto y venero,— »he creído propio de mi honor y de los deseos que »me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar »los expresados cuarenta mil pesos, para la dotación »de cuatro escuelas públicas de primeras letras en que »se enseñe á leer y escribir, la aritmética, la doctrina »cristiana, los primeros rudimentos de los derechos y »obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y »hacia el gobierno que la rige, en cuatro ciudades á »saber: Tarija, ésta (Jujuy), Tucumán y Santiago »del Estero, (que carecen de un establecimiento tan »esencial é interesante á la religión y al Estado, y »aun de arbitrios para realizarlo), bajo el reglamento »que presentaré á V. E. y pienso dirigir á los respec»tivos Cabildos.»

Aceptada por el gobierno la generosa oferta de Belgrano, redactó en consecuencia el Reglamento que debía regir las cuatro escuelas dotadas con los 40.000 pesos. Este documento que lleva la fecha de 25 de mayo de 1813, contiene algunas cláusulas notables. A cada una de las cuatro escuelas adjudicó el capital de diez mil pesos, para que del rédito anual de quinientos que produjese, se pagara al maestro un sueldo de 400 pesos, destinando el resto para proveer de libros y útiles á los niños pobres, ó emplear una parte en premios, si alcanzase la cantidad. Colocó las escuelas bajo la protección de los ayuntamientos, delegando en ellos la administración y la facultad de

proveer por oposición al preceptorado, y se reservó como patrono la superintendencia.

Determinó los ramos que debían enseñarse, el tiempo de los exámenes, el orden externo de las escuelas, la disciplina que debía observarse en ellas, no olvidando las prácticas religiosas. Por una contradicción inexplicable, el mismo hombre que en el siglo anterior había prohibido el castigo de azotes para los niños de las escuelas del Consulado fundadas bajo sus auspicios, autorizó por el Reglamento á que pudieran darse de seis hasta doce azotes, cuando más; es cierto que sólo por faltas muy graves, y previniendo que fuese «separado de la vista de los demás jóvenes»; pero de todos modos, es un borrón que mancha esta página, que es tal vez la más hermosa de su vida, porque representa el acto más notable de fecundo desinterés que se registre en la historia argentina.

El artículo 18 de este Reglamento es digno de una mención especial, porque á la vez de ser un reflejo del alma bella de Belgrano, es una pintura acabada del bello ideal de un director de niños. Dice así: «El »maestro procurará con su conducta, y en todas sus »expresiones y maneras, inspirar á sus alumnos amor »al orden, respeto á la religión, moderación y dulzura »en el trato, sentimientos de honor, amor á la vir»tud y á la ciencia, horror al vicio, inclinación al »trabajo, despego del interés, desprecio de todo lo que »diga á profusión y lujo en el comer, vestir y demás »necesidades de la vida, y un espíritu nacional que »le haga preferir el bien público al privado.» Esto escribía el vencedor de Salta, al mismo tiempo que se disponía á abrir su nueva campaña sobre el Alto Perú; estableciendo poco después (21 de junio), su cuartel general en Potosí, según queda explicado en el capítulo anterior.

Ya era tiempo de que Belgrano apareciera en aquel teatro. La administración, la guerra, el estado de la opinión pública, la actitud del enemigo, el espíritu del ejército que mandaba, todo hacía indispensable su presencia, que un mes antes habría decidido la

campaña, y que en aquella oportunidad podía aun producir los mismos resultados obrando con actividad.

Potosí, célebre emporio de la riqueza peruana, no tenía ya, al tiempo de estallar la revolución, la importancia que en otro tiempo; pero conservaba algunos vestigios de su antiguo esplendor, en sus sesenta iglesias, sus magníficos puentes y calzadas, en sus diques y sus lagos artificiales, obrás que hacían recordar los monumentos de la grandeza romana. Centro de la aristocracia del Alto Perú y debiendo su prosperidad á los abusos del sistema que la revolución venía á destruir, su población por lo general no era afecta á la nueva causa, que al emancipar á la raza indígena de su cautiverio, había suprimido los tributos, y sobre todo la mita, bárbara contribución de trabajo personal, que tenía por objeto la explotación de sus minas de plata. Añádase á esto, que después de la derrota del Desaguadero, el populacho de Potosí había asesinado en sus calles á más de cien dispersos del ejército patriota, que vendieron caramente sus vidas matando más de doscientos de sus agresores; y aunque existía una parte decidida por la revolución, y la otra procuraba por temor hacer olvidar aquel sangriento agravio, sin embargo, el espíritu general de la población le era hostil. Por consecuencia, como centro de opinión, no era el punto más adecuado para situar el ejército; y lo probó el hecho de que muy luego empezó á hacerse notable la deserción en él y aun se temió fuese el efecto de un complot, hasta que se descubrió que ella era promovida por agentes secretos del partido realista, en connivencia con fuertes capitalistas, que suministraban el dinero necesario al efecto.

Como punto militar había sido perfectamente elegido por Goyeneche, para llevar la guerra á las provincias bajas del Río de la Plata; pero para obrar en sentido opuesto, no era por lo mismo el más indicado; además de que, estacionarse en él, mostraba desde luego timidez de parte del invasor, al abandonar al enemigo la mitad del país. A su frente, y dejando

á su izquierda las altas mesetas de los Andes, donde el ejército realista se mantenía, tenía Belgrano abierto el camino que conduce á Cochabamba por los valles, que era por donde Goyeneche había penetrado á esta provincia (en sentido inverso) en su última invasión. Situado el ejército patriota en el centro de Cochabamba, rica de recursos y decidida por la causa de la revolución, se creaba no solamente una sólida base de operaciones, sino que tomaba por el flanco á los enemigos situados en Oruro, y los obligaba por el hecho á replegarse, ya fuese á La Paz, ya hasta los límites del Desaguadero. Esto era en el caso en que, el general argentino no se resolviera á emprender operaciones más decisivas, para las cuales creía Belgrano no contar con la fuerza suficiente, pues sólo tenía entonces poco más de 2.500 hombres.

Sin embargo, el espíritu del ejército era excelente y debía esperarse que lo que con el tiempo ganase en número lo perdería indudablemente en moral, como sucedió en efecto. La disciplina de la tropa era ejemplar y desde que penetraron al territorio del Alto Perú se hicieron notar por la subordinación á sus jefes y por el respeto á las poblaciones. Belgrano, infatigable y severo sobre este punto, tenía la inflexible dureza de un general romano, y no perdonaba la menor falta que pudiese relajar la disciplina ó con tendencia al desorden; así es que, se había hecho preceder con un bando; en que prevenía «que se respetarían los »usos, las costumbres y aun las preocupaciones de los »pueblos; amenazando con la muerte al que se burla»se de ellas con acciones ó con palabras, y aun con »gestos.» No era tan ejemplar el espíritu que animaba á una parte de los jefes y oficiales, que divididos por rencillas ó dando rienda suelta á sus malas inclinaciones, habían cometido ya algunos desórdenes, que obligaron al general á dictar medidas severas; siendo una de ellas, el retiro del comandante Dorrego, á quien echó de menos en el día del peligro; lo que enseña que en algunos casos las reglas de la disciplina deben ceder algún tanto al imperio de las circunstancias.

Veamos ahora cuál era el estado del ejército realista.

Después de la retirada de Goyeneche de Potosí, el ejército relista se había acantonado en Oruro, según queda dicho, reconcentrando sobre este punto todas sus guarniciones diseminadas, las cuales en su totalidad podían ascender á 4.000 hombres, que un mes después de la batalla de Salta no alcanzaban ni á 3.000. Desalentado Goyeneche con estos contratiempos, mostró entonces que era un alma vulgar, incapaz de sobrellevar los reveses de la fortuna, y ya no pensó sino en retirarse de una escena que no le ofrecía sino trabajos; y en consecuencia elevó su renuncia al virrey de Lima, después de mediar entre ambos una correspondencia destemplada. Abascal deseaba remover del mando á Goyeneche; pero su calidad de americano hacía que los soldados y los principales jefes, que eran casi en su totalidad nativos de América, le profesaran un verdadero afecto; y sucedió en una ocasión, que al circular la noticia de que el general se había ausentado, el batallón del Cuzco tomó las armas y se dirigió tumultuosamente á su alojamiento, diciendo á grandes gritos que no querían que otro les mandase. Era aquel un verdadero estado de disolución. Goyeneche, que aspiraba más á gozar de la inmensa fortuna que había adquirido, que á constituirse en un jefe de partido, calmó esta irritación de los ánimos, y se retiró del ejército, delegando interinamente el mando en su segundo el brigadier D. Juan Ramírez.

Esto sucedía á fines de mayo, en circunstancias en que la vanguardia del ejército patriota, al mando de Díaz Vélez, ocupaba á Potosí. Ramírez pensó desde luego reconquistar á Potosí, que dista 62 leguas de Oruro, movimiento atrevido que habría dado tal vez por resultado el reducir á las fuerzas invasoras á una defensiva desventajosa. Pero la mayoría de sus jefes no fué de este parecer, fundándose en que aquel ejército era la última esperanza del Perú, y no debía exponerse antes de la llegada de nuevos refuerzos; además de que, añadían, ni tenían confianza en sus tro-

pas, ni podían dejar sin grave peligro la inquieta provincia de Cochabamba á su espalda. A pesar de esto, Ramírez volvió á insistir más tarde en su idea, y había hecho ya algunos movimientos en tal sentido, cuando la amenazante actitud de la provincia de Cochabamba, recientemente insurreccionada, le obligó á hacer alto en Condo-Condo, lugar situado á 30 leguas de Oruro, é igual distancia de Potosí, desde cuyo punto se replegó sucesivamente hasta Oruro, con pérdida y extenuación de sus cabalgaduras.

Por este tiempo llegó al Desaguadero (1.° de julio) el brigadier D. Joaquín de la Pezuela, nombrado general en jefe en reemplazo de Goyeneche. Era Pezuela un hábil oficial de artillería, que tenía una larga experiencia en la guerra; y aunque militar rutinero, mostraba que era capaz de grandes resoluciones en el hecho de aceptar un mando tan difícil, que otros habían rehusado con timidez. Por todo auxilio recibió del virrey de Lima, 360 hombres, 10 piezas de artillería de á 4 y 400 fusiles de repuesto, con lo cual se puso en marcha. Desde La Paz, ordenó que el ejército avanzara nuevamente hasta Ancacato, punto situado á 23 leguas á vanguardia, en el camino que conduce á Potosí. El 7 de agosto llegó á Ancacato el nuevo general, donde se halló al frente de una fuerza compuesta de 2.700 infantes, 850 caballos y 18 piezas de artillería, sin comprender las guarniciones de Oruro y el Desaguadero, que ascienden á 700 infantes; 200 caballos y 20 piezas de artillería, en todo cerca de 4.500 hombres con 38 cañones, de cuya fuerza más de 4.000 hombres se hallaban bajo su mando. En breve, gracias á su actividad y á su energía, remontó algún tanto la moral y el personal del ejército, y hallóse á la cabeza de 4.600 hombres de las tres armas, aunque escaso de cabalgaduras, por lo que muchas veces se vió obligado á conducir las municiones en hombros de los soldados.

Ya era tiempo, pues, de que Belgrano se presentara. Desde que estableció su cuartel general en Potosí, contrájose con afán á la doble tarea de remontar y dis-

ciplinar el ejército, y arreglar la administración del Alto Perú, de la que estaba encargado en su calidad de capitán general. Hizo hacer una recluta en las provincias de Potosí y Chuquisaca, con lo cual llenó los claros de sus batallones; dispuso que Zelaya pasara á Cochabamba á levantar allí un nuevo regimiento de caballería, y poner orden en su milicia: estableció un tribunal militar para reprimir á los enemigos interiores, que no dejaban de trabajar subterráneamente; dividió en ocho provincias el Alto Perú, que hasta entonces sólo había tenido cuatro, y colocó á su cabeza gobernadores del temple de Arenales, de D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, y otros, que cooperaron eficazmente á sus medidas; arregló la hacienda pública, estableciendo la pureza en su manejo; rehabilitó el Banco y la Casa de Moneda de Potosí, convirtiendo estos establecimientos en fuente de renta; en fin, se preparó á vivir á costa del país ocupado, sin espoliar á los pueblos, haciéndoles por el contrario sentir los benéficos efectos del orden y de la moralidad, y así recuperó la revolución en la opinión general, todo lo que había perdido en las revoluciones anteriores.

Un suceso singular que tuvo lugar por este tiempo, dará una idea del modo de proceder de Belgrano en las circunstancias en que era conveniente conciliar los deberes de su posición con las preocupaciones populares. Habiendo la Comisión Militar sentenciado á muerte á tres desertores, éstos fueron puestos en capilla. Al día siguiente (agosto 4) hallándose Belgrano en misa, los prelados de las religiones con sus comunidades, seguidos de un inmenso pueblo, y con las imágenes de Nuestra Señora de Mercedes, Santo Domingo y San Francisco, se dirigieron á su casa á pedir gracia para los reos. No encontrándole, dejaron allí las imágenes y pasaron á donde se hallaba, haciéndole presente la súplica que dirigía el pueblo bajo los auspicios de los referidos santos. Belgrano se negó á acceder, y mandó que en el acto se restituyeran las imágenes á sus iglesias; pero pocos momentos des-

pués, supo, que á pesar de lo ordenado, un clérigo había alborotado á una parte de las comunidades y del pueblo, para que se llevara la procesión de las imágenes hasta la casa donde el general se hallaba de visita después de oir misa. En el acto que tal intento llegó á su noticia, mandó salir de Potosí al clérigo en el término de cinco minutos, recomendando al gobernador del obispado lo pusiese en un convento. En seguida, hizo arrestar al comendador de la Merced, al superior de Santo Domingo, y á otros frailes más, poniéndolos á todos incomunicados. Así se apaciguó el tumulto; pero reflexionando que hacía dos días que había tenido lugar otra ejecución por aquel motivo; que los condenados pertenecían á una familia patriota de Salta, y que en el hecho había, más que malicia, una mal entendida piedad, y que su negativa, á pesar de la intercesión de la generala del ejército, podría dar lugar á acusaciones de herejía en el vulgo, perdonó á los reos al tiempo de salir al suplicio, salvando así los respetos de la autoridad, y concilió la humanidad con las preocupaciones populares. Con motivo de este suceso escribía Belgrano al gobierno: «¡Hasta dónde llega la ignorancia de estas gentes! »Dicen que la imagen de Nuestra Señora de Merce»des había entrado á casa con colores, y que no ha»biendo conseguido lo que pedía, salió descolorida y »llorosa. ¿Se puede oir cosa semejante? Educación, »educación es lo que necesitan estos pueblos para ser »virtuosos é ilustrados como corresponden, siquiera »en los principios de nuestra religión, de no, jamás »seremos nada.»

Arbitrio absoluto de un vasto teritorio, rodeado de adulaciones, no compartiendo con nadie la responsabilidad, su carácter adquirió cierta tirantez, que hizo que algunos de sus oficiales le clasificasen de déspota: pero si cometió algunos errores de apreciación, ó se embriagó alguna vez con el incienso que le prodigaban, siempre fué justo en el ejercicio del poder, moderado en sus aspiraciones, y duro como un espartano en el cumplimiento de su deber. Estas cualidades sólidas

le granjearon la estimación y el respeto de los pueblos, aun en las clases más humildes de la sociedad, y el día que la fortuna le traicionó, siempre el general Belgrano fué el hombre simpático de las masas, y para honor de la humanidad los hombres del vulgo no lo traicionaron.

Las damas patriotas de Potosí, que habían organizado alguns fiestas en su honor, quisieron que llevase de ellas un recuerdo duradero, y le presentaron en memoria de la libertad dada por él, una magnífica lámina de plata, del valor de 7.200 pesos fuertes, primorosamente cincelada. Belgrano, que nunca utilizó su posición en beneficio propio, aceptó el presente; pero lo regaló á la Municipalidad de Buenos Aires, dando así una nueva prueba de desinterés.

La popularidad que adquirió entre los indios fué inmensa, conquistándolos de tal manera á la causa de la revolución, que á pesar del carácter pérfido que es proverbial en ellos, y del odio secreto que profesan á la raza española, siempre fueron fieles á su recuerdo. Llegó la fama de su nombre hasta las regiones del Chaco, donde existía á la sazón un célebre cacique llamado Cumbay, especie de rey bárbaro que con el título de general se rodeaba de la pompa de un monarca, y á quien todos respetaban como tal por la multitud de guerreros que obedecían sus órdenes. A pesar de ser un ardiente partidario de la revolución, y haber recibido en Santa Cruz de la Sierra un balazo combatiendo en su favor, nunca había querido entrar á las ciudades; pero al oir hablar de Belgrano, deseó conocerle y le pidió una conferencia. Belgrano se la concedió, y pasado algún tiempo llegó el general Cumbay á Potosí, con su intérprete, dos hijos menores y una escolta de 20 flecheros con carcax á la espalda, el arco en la mano izquierda y una flecha envenenada en la derecha. Al avistar á Belgrano, echó pie á tierra, y mirándole un rato con atención, le hizo decir por medio de su intérprete: «que no lo ha»bían engañado, que era muy lindo, y que según su »cara así debía ser su corazón.» Belgrano le presen-

tó un caballo blanco ricamente enjaezado y con herraduras de plata, desfilando ambos por en medio del ejército formado, al cual el salvaje no se dignó conceder una mirada. Al pasar por el frente de la artillería, que era de calibre de á 18, se le previno que tuviese cuidado con el caballo, porque iban á hacer fuego en su honor, á lo que contestó «que nunca había tenido miedo á los cañones.»

Magníficamente alojado, se le había preparado al cacique una cama digna de un rey, y él, dando á sus huéspedes una lección de humildad ó de orgullo, echó á un rincón los ricos adornos de que estaba cubierta, y puso en su lugar su apero de campo. Después de varias fiestas á que se le hizo asistir, quiso Belgrano darle el espectáculo de un simulacro militar, y dispuso que el ejército saliera á vivaquear al inmediato campo de San Roque, donde se ejercitó en los fuegos y maniobras, dando muestras de lo mucho que había adelantado en su instrucción y disciplina. Cumbay miraba todo aquello con cierto asombro; pero al ser interrogado por Belgrano, ¿qué le parecía aquello? contestó con arrogancia: «Con mis indios desharía todo eso en un momento.» Belgrano no pudo menos que mirarle con sorpresa. Al despedirse le llenó de atenciones, regalándole entre otras cosas un grande uniforme y una hermosa esmeralda incrustada en oro, para que cubriese con ella un agujero que tenía entre la barba y el labio inferior, que es un distintivo de tribu, y que los indios cubren con piedras ordinarias, ó con discos de otras materias. Cumbay, agradecido á tanta fineza, le ofreció dos mil indios para pelear contra los españoles. Esta escena, que tiene su originalidad salvaje, da una idea de los medios que empleaba Belgrano para conquistar el afecto de los indios, y herir al mismo tiempo su imaginación; así es que, á pesar de sus derrotas, estos aliados continuaron combatiendo solos contra los españoles, y prestaron eficaces auxilios á los jefes independientes que más tarde sostuvieron la guerra en el Alto Perú.

En países como los del Alto y Bajo Perú, donde los

indios reducidos á la vida civil constituyen la base de la población, y forman unidos á los cholos, que son los mestizos, lo que propiamente puede llamarse allí la masa popular, el elemento indígena era de la mayor importancia; sobre todo, dependiendo de ellos las subsistencias de los ejércitos; pues como los indios son los únicos que se dedican á la cría de ganados, y el país es árido y pobre en la parte montañosa, que es por donde cruzan los caminos militares, pueden, con sólo retirar los víveres y forrajes, paralizar las más hábiles combinaciones de un general.

El elemento indígena entraba también por mucho como auxiliar activo de las combinaciones militares de Belgrano, y todo el país estaba cubierto de indiadas militarizadas, armadas de palos y de hondas y de piqueros de á pie, que obedecían las órdenes de caudillos que habían adquirido alguna nombradía y hacían un activo servicio de vigilancia, interceptando las comunicaciones del enemigo, y lo mantenían en constante alarma. La provincia de Chayanta, enclavada en la parte montañosa entre Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, era el cuartel general de estas tropas colecticias, poco temibles en el campo de batalla; pero que como se ha visto, importaba mucho tenerlas de su parte, sobre todo atendida la posición topográfica del territorio que ocupaban. Entre los caudillos que más ascendiente tenían sobre los indios, se encontraba el ya nombrado Baltasar Cárdenas, á quien Belgrano había dado el título de coronel, y que á pesar de la caída de Cochabamba se había mantenido firme en la provincia de Chayanta, refugiado en sus inaccesibles montañas.

A mediados de septiembre, recibió Cárdenas órdenes escritas de Belgrano para moverse con todas sus fuerzas sobre el flanco del enemigo, á fin de concurrir á la vez al movimiento que en el mismo sentido debía efectuar el ya coronel D. Cornelio Zelaya, á la cabeza de las fuerzas de Cochabamba, que se suponía llegasen á 1.200 hombres, con instrucciones ambos para

insurreccionar todas las indiadas á la espalda del ejército realista, previniéndoles, que obrasen en la inteligencia de que él marchaba á atacar el enemigo por el frente, y que por lo tanto, debían buscar su incorporación por su derecha. En consecuencia Cárdenas se movió de Chayanta con poco más de 2.000 indios desorganizados, al mismo tiempo que Zelaya de Cochabamba, y el general Belgrano de Potosí á la cabeza de todo el ejército.

La combinación era terrible, y la pérdida del enemigo casi segura; así es que Belgrano, en previsión del triunfo, había hecho adelantar emisarios á la costa del Bajo Perú, para insurreccionar las poblaciones de Arica, Tacna, Arequipa y Cuzco, que se manifestaban bien dispuestas, y que debían cortar las comunicaciones de Lima con los últimos restos del ejército realista que escapasen á la catástrofe que les preparaba. Realizada esta operación, el Alto y Bajo Perú quedaba libre; Lima, el centro de la reacción española en el Pacífico debía sucumbir; la revolución de las Provincias Unidas se daba la mano con la de Quito y Nueva Granada, y Belgrano era aclamado el libertador de la parte austral del Nuevo Mundo. A otro estaba destinada la realización de tan vastos designios. Por el momento tuvieron un desenlace muy distinto, como se verá en el curso de este capítulo.

El teatro en que iban á desenvolverse las operaciones militares, representaba un aspecto muy distinto al de Tucumán y Salta. Los combatientes ya no tenían ante sus ojos, ni la naturaleza risueña de la una, ni el paisaje accidentado y apacible de la otra: montañas agrestes, sendas escabrosas, páramos desiertos, rodeados de una severa majestad, eran los únicos cuadros que podían divisar en la región montañosa que ocupaban. Esta región, en la que constantemente se mantuvieron los ejércitos beligerantes, merece una descripción especial, sin lo cual no se formaría idea correcta de los movimientos que vamos á narrar.

El país conocido con el nombre del Alto Perú (hoy Bolivia) está enclavado en medio de la gran cordille-

ra de los Andes, en el punto en que ésta, dividiéndose en dos cadenas, tiene un espesor extraordinario, por la desviación hacia el este del más gigantesco de sus ramales. Esta desviación determina los vastos sistemas hidrográficos del Amazonas y del Plata. En su prolongación hacia el sur, la cordillera replega todas sus ramificaciones al tiempo de tocar las provincias argentinas, corre paralela á la costa del mar, y forma un solo cordón que va á morir en el Estrecho de Magallanes. Esta parte de la América, encerrada entre las dos grandes ramificaciones de la cordillera que hemos señalado, es lo que se conoce con el nombre de Alto Perú. Situada dentro del trópico meridional, la naturaleza presenta allí los contrastes más sorprendentes: en el fondo de los valles, la vegetación espléndida de una primavera perpetua circundada por la región montañosa, que coronan los picos elevados de las nieves eternas, y entre ambas regiones la altiplanicie árida, triste y fría. La parte alta, es la que conviene conocer, tiene dos caracteres pronunciados. Hacia el norte hasta los confines de Oruro, se extiende una dilatada llanura, formada por las grandes mesetas de los Andes, colocadas á más de doce mil pies sobre el nivel del mar, es cruzada por algunas cadenas montañosas que rompen la monotonía del paisaje. Hacia el sur, caminando desde Jujuy hasta Oruro, el suelo presenta la imagen del caos, en una serie no interrumpida de montañas amontonadas las unas sobre las otras, sin rastros de vegetación y sin corrientes de agua. Los puntos de intercepción de estas montañas, determinan los únicos caminos practicables de estas regiones, que á veces siguen el trazo de profundas grietas causadas por las convulsiones de la naturaleza. Estos caminos son precisos, y el viajero que los atraviesa, tan pronto asciende una cresta, como desciende á una hondonada, faldeando alguna veces la montaña por una vereda de granito, hasta descender nuevamente á un terreno encerrado entre dos montañas, lo que en el país se llama una quebrada, donde á veces corre un río torrentuoso. Tal es el aspecto

que presenta el camino central de Potosí, hasta Oruro, puntos que también comunican por el camino del despoblado de que se ha hablado antes.

A doce leguas de Potosí, siguiendo el mismo camino, está la estrecha garganta de Leñas: allí tenía Belgrano su vanguardia, á las órdenes de D. Diego Balcarce. A veinte leguas está Lagunillas, especie de hondonada, con un plano bastante extenso: y allí debía reunirse todo el ejército patriota. Cinco leguas más adelante, dejando á la derecha las gargantas que conducen á Chayanta, está la pampa de Vilcapugio, donde debían encontrarse ambos ejércitos; y avanzando cuatro leguas, se da con la entrada del Valle de Anacato, por donde debían buscar su incorporación Zelaya y Cárdenas con sus respectivas divisiones. A la izquierda del camino, marchando siempre en la misma dirección, se alza una cadena montañosa poco elevada, que limita la llanura de Oruro, y al pie de la cual pasa por el este el camino del Despoblado. Esta parte, en cuya prolongación se encuentran los pueblos de Poopó, Challapata y Condo-Condo, que domina la pampa de Vilcapugio, es el camino que debía traer el ejército español. Después de estas explicaciones sólo nos resta decir que la pampa de Vilcapugio, debía adquirir una trágica celebridad, es una llanura melancólica como de una legua de extensión, rodeada de altas montañas interrumpida de trecho en trecho por moles cónicas de granito de un aspecto severo y majestuoso. En el centro de la pampa brota un ojo de agua, que se derrama en un arroyuelo que cruza la llanura de oeste á este, y este arroyuelo debía llevar sangre en vez de agua en un día que no estaba muy distante.

El 5 de septiembre empezó á moverse el ejército argentino de Potosí, marchando sucesivamente por divisiones hasta Lagunillas, donde operó su reconcentración. La fuerza que se reunió allí se dividía en seis batallones y un regimiento de caballería de 500 plazas, cuyo total ascendía á 3.500 hombres con 14 piezas de artillería, incluso dos obuses. La deserción que había

sufrido el ejército en Potosí, que no bajaba de 500 hombres, era la causa de que se abriese la campaña con tan poca fuerza. De los 3.500 hombres presentes, más de 1.000 eran reclutas, de los recientemente incorporados á las filas. La artillería era por lo general mala y mal servida; la caballería iba casi á pie; la tropa mal provista de ropa de abrigo, y el parque falto de acémilas para la conducción de las cargas. A pesar de esto nadie dudaba del triunfo; y Belgrano mucho menos que ninguno, confiando por demás en el éxito de sus combinaciones. Sin embargo, un triste presentimiento asaltaba á veces á los más esforzados, al notar la ausencia de Dorrego y Zelaya, fuertes espadas que todos echaban de menos, y Belgrano más que nadie. Pero estos presentimientos, eran nubes pasajeras en un cielo sereno.

El 27 de septiembre entró el ejército á la pampa de Vilcapugio, y estableció su campamento de norte á sur, apoyando la espalda en las montañas que lo separaban de Chayanta, y dando frente al oeste. El 28 se corrió más á su derecha, cubriendo mejor sus flancos y su espalda con los accidentes del terreno. El 29 rectificó su posición, y ocupó el día en ejercitar su línea en los pliegues y despliegues de las columnas y en cambios de frente, que eran las dos maniobras con que contaba vencer.

Mientras tanto el enemigo estaba en Condo-Condo, á cuatro leguas de distancia, con más de 4.000 hombres, con 18 piezas de artillería. Belgrano, que consideraba á Pezuela en la impotencia para tomar la ofensiva, y que creía que se limitaría á lo sumo á una estricta defensiva en las altas posiciones de Condo, se limitó á observar los desfiladeros por donde podría bajar el ejército realista, y esperó confiadamente la incorporación de las divisiones de Zelaya y Cárdenas, con las cuales esperaba reunir 5.000 hombres de pelea, y otros tantos indios de Macana que ultimasen á los españoles en la persecución. Resuelto á no comprometer la batalla hasta entonces, era un error colocarse en posición de no poder esquivarla; pues á tan

corta distancia el enemigo podía ponerse sobre él en una noche, y obligarlo á combatir antes de recibir sus refuerzos. Pero ya se ha dicho que Belgrano no creía en la posibilidad de ser atacado, y en efecto, el enemigo ni pensaba atacar, ni estaba en actitud de hacerlo. Uno de aquellos sucesos que trastornan todas las combinaciones en la guerra, vino á hacerle variar de resolución.

Cárdenas, obedeciendo las órdenes de Belgrano, había asomado por Ancacato en los últimos días de septiembre, al frente de sus dos mil indios, masa informe incapaz de resistir en campo raso al choque de una compañía de buenas tropas. Desgraciadamente, el enemigo que á todo evento se había reconcentrado en masa sobre Condo, tuvo la precaución de dejar apostados en Pequereque un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería al mando del comandante D. Saturnino Castro, que pertenecía á los juramentados en la batalla de Salta. Este oficial, hermano del célebre juriconsulto del mismo apellido, era natural de Salta, y á su valor impetuoso, á su destreza en el caballo, ó á la audacia de sus correrías, debía el ser reputado por el primer guerrillero del ejército realista. Apasionado de una belleza salteña, lloraba la ausencia de sus amores, y ansiaba abrirse el camino de la ciudad natal, ó por el triunfo ó por la defección de la causa del rey. Por el momento tomó el primer partido; decidiéndose muy tarde por el segundo, para terminar su carrera en un suplicio.

Colocado Castro en Pequereque, guardaba el camino de Oruro, observaba la salida de los desfiladeros de Cochabamba y Chayanta, mantenía libres sus comunicaciones con Condo, y estaba á cubierto de un golpe por las alturas interpuestas entre su posición y Vilcapugio. Así es que, cuando asomó Cárdenas por Ancacato, cayó improvisadamente sobre su informe muchedumbre, y la dispersó completamente, haciendo en ella una espantosa carnicería. En esta disposición, Castro interceptaba las comunicaciones entre el ejército patriota y las fuerzas de Cochabamba, que se

hallaban á dos ó tres jornadas de distancia; pero esto nada importaba, porque el coronel Zelaya habría pasado con su columna por encima de él, para incorporarse á los suyos. Lo que comprometió verdaderamente el éxito de la campaña, fué que, entre los papeles de Cárdenas, se encontró toda su correspondencia con Belgrano, por la cual el enemigo vino en conocimiento de la terrible combinación que lo amenazaba.

La situación de Pezuela no podía ser más crítica. Rodeado de provincias sublevadas en su contra; distante ochenta leguas del Desaguadero, base de sus operaciones; con un cuerpo de tropas no bien moralizado aún, sin cabalgaduras para emprender su retirada, y escaso de víveres y de forrajes en los altos páramos que ocupaba, veíase en la necesidad de dar ó recibir una batalla. Esperar á que Belgrano reunido con Zelaya tomase la iniciativa, era resignarse de antemano á la derrota: y marchar, era jugar en un día la suerte de la América Meridional, que quedaba irrevocablemente fijada con la destrucción de su ejército. Sin embargo, este era el partido más prudente, pues de este modo prevenía la incorporación de Zelaya, y aumentaba las probabilidades á su favor. Esta fué también la resolución que adoptó Pezuela, mostrando que tenía un temple de alma no inferior al de su rival. El día 28 hizo practicar un reconocimiento con el ingeniero de su estado mayor, que le presentó un plan de sorpresa. El 29 dió sus órdenes para ponerse en marcha, haciendo replegar á un cuerpo de tropas avanzado hacia Potosí, por el camino del despoblado, que mantenía allí, ya fuese como lo dice él, porque esperó ser atacado por aquel punto, ya como aseguran otros, porque quisiese ocultar á los patriotas sus verdaderas intenciones. Al mismo tiempo ordenó á Castro que permaneciera en Ancacato, y se le incorporase el 1.° de octubre en el campo de batalla. El 30 á las 12 del día empezó á descender la larga y fragosa cuesta que conduce á las desoladas alturas que dominan la pampa de Vilcapugio. Pezuela se adelantó pa-

ra observar á la distancia los movimientos de Belgrano. A las 12 de la noche llegaron las tropas á la cumbre; pero una tercera parte de la artillería quedó por falta de mulas abandonada en el camino, así es que tuvo que continuar su marcha con sólo doce cañones de á 4. Este contratiempo hacía imposible la sorpresa meditada; pero ya no era dado retroceder. La noche era fría y tenebrosa, y al pie se divisaban los fuegos del campamento patriota. A las dos y media de la mañana empezó el ejército real á descender la áspera pendiente que conduce á la pampa de Vilcapugio. Las avanzadas patriotas situadas sobre Condo, divisaron con las primeras luces del alba las columnas españolas que descendían la cuesta, y transmitieron su parte al general Belgrano, que no quería creerlo. Al fin tuvo que rendirse á la evidencia, y mandó disparar el cañonazo de alarma, haciendo que el ejército formase á toda prisa.

El orden de formación del ejército argentino era el siguiente: A la derecha el batallón de Cazadores, al mando del sargento mayor D. Ramón Echevarría, que reemplazaba á Dorrego en su ausencia. Los batallones 1.º y 2.º del núm. 6, á las órdenes de los comandantes D. Miguel Aráoz y D. Carlos Forest, ocupaban el centro. Seguía el batallón de Pardos y Morenos con el coronel D. José Superi. A la izquierda estaba el regimiento núm. 8, mandado por el coronel D. Benito Alvarez, y su 2.º el sargento mayor D. Patricio Beldón. Estos cuerpos formaban una línea de columnas en masa, tendida de norte á sur, dando el frente al oeste. Los dos flancos de esta línea estaban cubiertos por dos alas de caballería, que situadas un poco á retaguardia, se escalonaban con la línea general. El ala de la derecha, la mandaba el coronel don Diego Balcarce y el mayor D. Máximo Zamudio. La de la izquierda, los comandantes Bernaldes y Arévalo. A retaguardia del núm. 8, que ocupaba la izquierda, y como á distancia de sesenta pasos, estaba de reserva el regimiento núm. 1.º á las órdenes de coronel D. Gregorio Perdriel. La artillería, arrastrada á brazo por

los indios, estaba distribuída por secciones en los intervalos. Esta formación, que no era en general mal calculada con relación al terreno, adolecía sin embargo de tres defectos graves. El primero, era la subdivisión de la caballería, que no pasando de 500 hombres, se presentaba débil en todos los puntos, y compraba con esta desventaja notable la conveniencia que resultaba de cubrir los flancos de la línea. El segundo era la subdivisión de la artillería, cuyo vicio se ha hecho notar ya en la batalla de Tucumán y Salta. El tercero, finalmente, era la inmediación de la reserva á la línea de batalla, y al alcance del tiro de fusil, lo que debía dar por resultado que participase de todas las vicisitudes de la batalla, como en efecto sucedió.

A la espalda de la línea patriota, y á manera de decoración, se veían los altos cerros que la cubrían, coronados por más de dos mil indios desarmados que se habían incorporado el día anterior juntamente con un escuadrón de Dragones que estaba destacado en Chayanta. «Aquellos pobres indios,» dice el general Paz, «gozaron como Scipión del grandioso espectáculo de una batalla, sin correr los riesgos.»

Al salir el sol divisóse como á media legua de distancia el ejército español. Al descender al llano había formado en batalla, colocando su caballería interpolada con la infantería, y más á retaguardia una reserva de las tres armas. Al romper su movimiento sobre los patriotas se plegó en columnas, y avanzó en este orden á banderas desplegadas, al son de la marcha granadera, que batían pausadamente los tambores. Los rayos del sól reflejaban en sus bayonetas, y ambas líneas precían envueltas por una aureola luminosa. A la distancia de media legua, desplegó en batalla, y dividió su línea en tres cuerpos con cuatro piezas de artillería cada uno, manteniendo á retaguardia la competente reserva. En esta formación continuó ganando terreno y oblicuó un poco sobre su derecha, hasta ponerse frente á frente de la línea argentina. Estas disposiciones preliminares, mostraban de parte del general español el olvido de las nociones más vul-

gares de la guerra, pues además de ser viciosa la interpolación de la caballería entre la infantería, y de la subdivisión de la artillería, la marcha de frente en batalla delante del enemigo por el espacio de media legua y en un terreno llano, era uno de los más groseros errores que podía cometer. Si Belgrano, aprovechándose de él, se hubiese movido rápidamente sobre uno de sus flancos en la formación de masas que había adoptado, indudablemente habría desplegado mucho antes que la línea enemiga hubiera podido operar un cambio de frente; ó si, no queriendo perder las ventajas de su posición, hubiese lanzado su caballería en una masa escalonada sobre aquella línea débil y ondulante, la habría roto irremisiblemente. Cierto es que la primer maniobra era sumamente difícil, desde que lo inesperado del ataque le obligaba á recibir una batalla defensiva, y porque careciendo su artillería de movilidad, era imposible que acompañase con movimientos rápidos á las demás armas; pero de todos modos, era un error aceptar el paralelismo que buscaba el enemigo, en vez de adoptar un orden oblicuo cualquiera que pusiera de su parte las ventajas del ataque.

Belgrano, al observar que el enemigo ganaba terreno sobre su derecha (izquierda argentina), se corrió sobre su flanco izquierdo, y á cierta altura, dando frente de nuevo al enemigo, efectuó un cambio de dirección, adelantando un poco su ala izquierda. Esta maniobra, bien concebida, y que ejecutada con más audacia y sobre uno de los flancos del enemigo, habría producido resultados decisivos, tenía por objeto mantener libres las comunicaciones con el camino de Potosí, que al parecer el enemigo tenía la intención de cortar.

En esta disposición ambos ejércitos, Belgrano desplegó en batalla, y rompió el fuego con su artillería, que en razón de su mayor calibre empezó á ofender á los realistas, los cuales por otra parte no podían contestarlo sin dar vuelta á sus piezas, y por consecuencia deteniendo su avance. A dos tercios de tiro de

fusil hizo alto Pezuela, advirtiendo que su línea había perdido su regularidad, y que su izquierda se hallaba algo más avanzada, del mismo modo que el centro, respecto de su derecha.

En este momento rompióse un fuego horroroso por una y otra parte. Entonces Belgrano ordenó que toda su línea cargase á la bayoneta, apoyados sus flancos por la caballería. La derecha compuesta del batallón de Cazadores, avanzó bizarramente, y chocó con el batallón de Partidarios mandado por el coronel español La Hera, que formaba la izquierda realista, siguiéndose una lucha terrible y encarnizada. El batallón de Partidarios fué al fin hecho pedazos, su jefe cayó muerto combatiendo á su cabeza, y sucumbieron á su lado tres capitanes y como 100 soldados entre muertos y heridos. La izquierda enemiga se dispersó enteramente, dejando en poder de los patriotas tres piezas de artillería. El centro enemigo con su flanco izquierdo descubierto, pretendió hacer pie firme, pero atacado por los batallones 1.° y 2.° del regimiento 6.° y el cuerpo de Pardos y Morenos Patricios, y heridos los jefes que lo mandaban, que lo eran el coronel Lombera y el comandante Zabala, se entregó á la fuga, dejando el campo sembrado de cadáveres y heridos, y arrastró en su derrota á toda su reserva. Al llevar esta carga, cayó gravemente herido el comandante Forest, quedando el centro patriota privado de su mejor jefe.

En este momento presentóse el general Belgrano, animando á la tropa á continuar su triunfo, la que contestó con un entusiasta: ¡ Viva la patria ! El general que venía á la izquierda, había dejado aquel costado á cargo del mayor general Díaz Vélez, cuando aún continuaba haciendo fuego sobre la derecha enemiga. Mientras tanto, la masa desordenada del enemigo se dirigió hacia Condo, activamente perseguida por los vencedores, y especialmente por la caballería patriota de la derecha, que se adelantó sableando dispersos, después de deshacer un trozo de caballería que pretendió disputarle el paso, cayendo en las diversas

cargas que dió, su comandante Bernaldez y dos capitanes que le sucedieron en el mando. Pezuela, envuelto en la dispersión, hacía esfuerzos impotentes por contener la fuga de los rotos batallones de su izquierda y centro, viéndose obligado á seguir el movimiento retrógrado de sus fuerzas hasta el pie de la cuesta de Condo. Eran las once y media de la mañana, y el general español daba por perdida la batalla, cuando advirtió que los vencedores detenían su persecución y se ponían en retirada, recibiendo poco después el aviso de que su derecha se sostenía valerosamente y con ventaja. Esta circunstancia cambiaba la escena, y desde entonces le fué más fácil á Pezuela reorganizar sus dispersos para volver al campo de batalla. Veamos lo que sucedía en la izquierda patriota, y la causa que motivaba la retirada de las fuerzas vencedoras.

Triunfante el centro y la derecha patriota, pudo caer sobre la derecha realista, que se mantenía en el campo, ó bien continuar la persecución hasta ultimar á los dispersos al pie de la cuesta de Condo. En ambos casos aseguraban la victoria. Pero, comprometida la caballería en lo más encarnizado de la persecución, vió que la infantería hacía alto á su espalda, y al mismo tiempo un toque de llamada repetido por todos los cuerpos en señal de reunión, paralizó instantáneamente los movimientos ofensivos de los vencedores. Este toque de reunión á que generalmente se ha atribuído la pérdida de la batalla, ha sido hasta hoy un misterio; pero parece fuera de duda que fué ordenado por el sargento mayor de cazadores D. Ramón Echevarría. Al oir la llamada y volver las tropas la vista hacia atrás, vieron, según unos, la derecha destrozada; y según otros, una fuerza que creyeron ser enemiga. El hecho es, que el pánico se apoderó de ellos, y sin que nadie pudiese contenerlos, se pusieron en desordenada retirada gritando: «¡ Al cerro ! ¡ Al cerro !» Pezuela, que en su parte confiesa la mayor parte de estas peripecias de la acción, dice que entonces «se apresuró á reunir y volver á la batalla los dis-

»persos de la izquierda y centro, conseguido lo cual, »varió la acción.»

Mientras tanto, la derecha realista mandada por los coroneles Picoaga y Olañeta, célebres en la guerra de la independencia, apoyados por su caballería, chocaron bravamente con el núm. 6, que formaba la extrema izquierda del ejército patriota. En el choque cedió el terreno el núm. 6; pero, dice Pezuela en su parte, «sin perder su formación ni unos ni otros, lo cual me »hizo ver que no eran los insurgentes unos reclutas la »mayor parte de ellos, como se suponía, sino unos »hombres instruídos, disciplinados y valientes, que si »hubiesen empleado su valor unidos con los de mi »mando, se habrían cubierto de gloria.» Despechado al ver que sus soldados cejaban, el coronel D. Benito Alvarez que estaba de gran uniforme, se puso á su cabeza para conducirlos de nuevo á la carga; pero un balazo lo derribó del caballo mortalmente herido. El mayor Beldón acudió desde la retaguardia á tomar el puesto de su jefe al frente del regimiento; pero otra bala lo derribó muerto. El capitán Villegas, como más antiguo, tomó el mando del cuerpo, y Villegas también cayó muerto. El que sucedió á Villegas, que fué el capitán José Apolinario Saravia, también cayó herido de un balazo en el pecho, al frente de su tropa. Esta, que en gran parte era recluta, y que tenía que habérselas con la tropa más aguerrida y mejor mandada del enemigo, oyó en aquel momento la llamada que resonaba por toda la pampa, y emprendió sin orden una retirada precipitada. Al ver ceder al núm. 8, el mayor general dispuso que el núm. 1.° que estaba de reserva, avanzara en su protección, marchando por la diagonal. Así lo efectuó, pero con poco vigor, viéndose obligado muy luego á suspender sus fuegos, por no ultimar con ellos al núm. 8.°, que los interceptaba y que en desorden y sin jefe que lo dirigiese avanzaba sobre el número 1.° y amenazaba envolverlo. Así sucedió, y ambos cuerpos confundidos en una masa informe, se envolvieron, se dispersaron y llenos de terror abandonaron su artillería; y refugián-

dose á un cerro inmediato, ó huyendo hacia Potosí, dejaron dueños del campo de batalla á Picoaga y Olañeta, quienes con su obstinación en mantenerse en él, salvaron al ejército español de una completa derrota.

La tenacidad de Picoaga en mantenerse en el campo de batalla, no habría dado un resultado tan decisivo como el que dió, si una circunstancia casual no hubiera venido á favorecer al ejército realista. Como se tendrá presente, el comandante Castro había recibido orden de Pezuela de permanecer en Pequereque y entrar por Ancacato, que quedaba sobre el flanco derecho de Belgrano, con prevención de acudir al campo de Vilcapugio antes del amanecer de 1.° de octubre, hora en que según su cálculo, debía hallarse sobre el ejército patriota. Castro cumplió la orden, y á las tres de la mañana del indicado día se aproximó al campo patriota, y no observando ningún movimiento, creyó que la combinación había fallado, cuando en realidad sólo se había retardado por las dificultades del camino. En consecuencia, se retiró prudentemente á sus posiciones. Advertido por el fuego que oyó más tarde, y á pesar de hacer veinte horas que permanecía á caballo con su escuadrón, acudió al campo de batalla y llegó á él en lo más crítico de la acción, cuando La Hera caía muerto, y el centro y la izquierda española huía envolviendo su reserva. La vista de esta fuerza de refresco, dió mayor aliento á Picoaga para sostenerse, y su presencia á espaldas de los vencedores, fué lo que determinó su retirada, después del toque de reunión. Castro, entonces, concurriendo á la victoria obtenida por Picoaga, acuchilló á los poco antes vencedores, que se replegaban dispersos á refugiarse á los cerros.

Las fuerzas vencedoras, de Picoaga, Olañeta y Castro no pasaban de 600 hombres; pero eran disciplinadas, se mantenían en orden, habían interceptado las comunicaciones de la izquierda destrozada y el resto del ejército, y todos los cuerpos que habían llevado la persecución se hallaban completamente desbanda-

dos. Belgrano, que había confiado la izquierda á su mayor general, vióla flaquear poco después y advirtiendo, casi al mismo tiempo, el alto, la retirada y luego la fuga de su derecha y centro triunfante, se dirigía á la reserva en momentos en que se movía en apoyo del núm. 8; pero antes de llegar á ella, estos dos cuerpos se desordenaron, según se explicó antes, de manera que, á excepción de los 600 hombres de Picoaga, no quedó en el campo de batalla ninguna otra fuerza organizada. Belgrano, tomó entonces en sus manos la bandera argentina y echando pie á tierra, consiguió reunir los tambores y como una cuarta parte de la rota reserva, subió con esta pequeña fuerza á uno de los morros en que había apoyado su espalda, consiguiendo salvar un cañón que arrastró hasta el pie de esta posición. Desde aquella altura, que dominaba el campo de batalla, púsose á tocar reunión, siempre con la bandera argentina en la mano, y engrosando por momentos su fuerza, que llegó á contar muy luego como 200 hombres. Por dos veces quiso renovar el combate con este puñado de hombres; pero en ambas sólo consiguió llevarlo hasta el pie del cerro, rechazando los ataques del enemigo que intentaba escalarlo con fuerzas superiores. El enemigo dueño entonces de toda la artillería, no cesaba de cañonear la posición de Belgrano. Eran las dos de la tarde cuando empezaron á volver al campo parte de los reorganizados fugitivos del ejército español, con lo cual la suerte de la jornada quedó irrevocablemente fijada. Ya no había que pensar en la victoria, sino en la salvación. El general patriota lo comprendió así, y en consecuencia acordó con su mayor general, que éste tomara la ruta de Potosí para reunir los dispersos que habían llevado aquella dirección, mientras él se dirigía hacia Cochabamba con el resto, para buscar la incorporación de Zelaya, y colocarse casi á espaldas del enemigo vencedor, por este movimiento atrevido. Tomada esta resolución, los tambores continuaron tocando llamada, los soldados recogiendo heridos, y los dispersos reuniéndose en el morro en torno de su general.

Belgrano permanecía triste y silencioso apoyado en el asta de la bandera, que servía de punto de reunión, y sin duda, aquel momento debió de ser bien amargo para él. Aumentaba su desconsuelo la circunstancia de que poco antes había llegado á su campo D. Enrique Pillardell, uno de sus comisionados para insurreccionar los pueblos de la costa del Bajo Perú, y que éste le había noticiado que Arica, Tacna, y Moquegua estaban prontos á levantarse, y Arequipa sólo esperaba un triunfo suyo para hacerlo, habiendo estallado ya algunos movimientos parciales, que confirmaban este estado de la opinión. Lo fortuna empezaba á volverle la espalda.

Mientras tanto el sol se inclinaba al occidente. Eran ya las tres de la tarde, y las miserables reliquias del ejército argentino reunidas en el morro, no alcanzaban á 400 hombres, inclusos los heridos, que fueron cuidadosamente atendidos por orden del general. Todo lo demás se había disipado como el humo del combate. El enemigo, dueño del campo de batalla, no se atrevía sin embargo á atacar la posición del morro, y se limitaba á hacer algunos disparos de cañón sobre el grupo que lo coronaba. Belgrano, paseando entonces una mirada melancólica sobre la llanura cubierta de cadáveres, dijo estas palabras: «Soldados: hemos per»dido la batalla después de tanto pelear: la victoria nos »ha traicionado pasándose á las filas enemigas en me»dio de nuestro triunfo. ¡No importa! Aún flamea en »nuestras manos la bandera de la Patria.» En seguida se ocupó de la retirada, que debía efectuarse por una cordillera escarpada que se prolongaba al este de la posición que ocupaba. Tomando la vanguardia los heridos la columna de derrotados se puso en camino, marchando á retaguardia de todos el general acompañado de un tamborcillo de órdenes. A poco andar se incorporó á la columna un escuadrón de Dragones, con lo que se reunieron como 500 hombres.

El cielo, que es de una belleza sin igual en aquella región inclemente, estaba despejado, y la noche amenazaba ser muy fría, y era de temerse una nevada que

hiciese intransitable los despeñaderos al través de los cuales marchaban. También había el peligro de que el enemigo guiado por alguno de los prácticos del país, se adelantara á tomar los desfiladeros y les cortase la retirada. En precaución de todo, el general reorganizó su pequeña columna. Hizo echar pie á tierra á toda la caballería. Todos los caballos, incluso el del mismo general, fueron distribuídos á los heridos, que se acomodaron de á dos y de á tres en cada caballo. Este hospital de sangre ambulante fué colocado en medio de toda la fuerza. Entonces confió al coronel Perdriel la bandera que había conservado en sus manos y le previno tomase la cabeza de la columna. El, calándose la fornitura y echando al hombro el fusil del soldado herido que había montado su caballo, se colocó á retaguardia de todos, acompañado de dos ayudantes y un ordenanza, pues toda su escolta se había dispersado. Terminados estos preparativos, se continuó desfilando en silencio, cerrando la marcha ocho dragones á pie. De trecho en trecho se hacía un alto, para dar descanso á la tropa, y recibir el último aliento de algún herido que expiraba. A pesar de lo apurado de las circunstancias ningún cadáver fué abandonado, y cuatro ó cinco heridos que murieron en esa noche, fueron conducidos por sus compañeros hasta la primera parada. Más parecía aquel un convoy fúnebre, que una marcha militar. En los altos, el general se sentaba sobre una piedra y entregábase á sus tristes reflexiones sin hablar una palabra, y los jefes y oficiales venían á cerciorarse de su presencia. Hacía algunas horas que se continuaba aquella silenciosa marcha en medio de las tinieblas. La tropa, transida de frío, rendida de fatiga, falta de sueño y alimento, ansiaba por encender un cigarro; pero por precaución habíase ordenado que nadie lo hiciese, y nadie se atrevía á quebrantar la orden; tal era la subordinación á que Belgrano había acostumbrado á sus tropas. A la altura que se hallaban, ya no había peligro en permitir esta ligera satisfacción. Consultado el general sobre ello, contestó en alta voz: «Fumen, muchachos,

»que si á la luz de los cigarros viene el enemigo, en»contrará pitadores que le darán para tabaco.» Este oportuno chiste hizo el efecto de una elocuente proclama: los golpes de los eslabones contra los pedernales, las chispas que brotaron en la obscuridad, y un murmullo de satisfacción que recorrió las filas, manifestaron que el buen humor y la fortaleza no se había agotado, á pesar de las desgracias del día.

A las tres leguas de marcha se hizo alto en un paraje árido y solitario, donde encontraron dos cabañas abandonadas. Allí se proporcionaron algunas llamas, animales que hacen el oficio de los camellos en el Perú, y cuya carne es nausebunda para los que no están acostumbrados á ella. El general, que hacía más de veinticuatro horas que no comía, intentó probar un bocado de aquel grosero alimento; pero su estómago enfermizo lo resistió, sobreviniéndole una incomodidad que lo postró por largo rato. Repuesto de su dolencia ocupóse de la seguridad del campo; colocó guardias, despachó emisarios en varias direcciones, y después de proveer á la comodidad de todos, recién se permitió la satisfacción del reposo, acostándose envuelto en un poncho que le proporcionó uno de sus ayudantes. Al fin sus párpados se cerraron, y descansó de las fatigas de su triste jornada del día anterior.

Al amanecer continuóse la marcha. Al frente del lugar en que había pasado la noche se elevaba una áspera serranía, la que sólo podía salvarse remontando una cuesta pendiente y arenosa. El general, que se sentía abatido por sus dolencias, tomó la delantera, confiando el cuidado de la columna al jefe más antiguo. Desde este momento la retirada perdió el orden que había conservado hasta entonces. Los jefes siguieron el ejemplo del general, dejando á retaguardia centenares de rezagados, que marchaban en grupos separados, al extremo que muchos creyeron que el alma fuerte de Belgrano había flaqueado, y que habían salido de sus labios las desalentadoras palabras de aquel gue-

rrero que exclamó en medio de la derrota: «¡Sálvese quien pueda!»

Al anochecer, encontráronse unidos en el pueblecillo de Caine como 100 hombres de los que en el día anterior componían los últimos restos del roto ejército de las Provincias Unidas. Allí estaba Belgrano, y allí se pasó la noche. Al amanecer del día 3 levantóse el general muy temprano, á pesar del estado de postración en que se encontraba. Desde este momento todos reconocieron al héroe de la retirada de Jujuy. Dirigió partidas en todas direcciones para reunir los dispersos y recoger los rezagados; se proporcionó víveres y cabalgaduras y llamó como unos cien indios de los alrededores para utilizar sus servicios; dióse una orden general prescribiendo el orden de la marcha; se arregló la fuerza en pequeñas secciones, distribuyendo las pocas municiones salvadas; despachó con anticipación los heridos montados en burros, y antes de ponerse el sol ya se habían vuelto á reunir como 300 hombres en aptitud de batirse. A las cinco de la tarde, los dos únicos tambores salvados de la derrota hicieron oir la llamada de costumbre. La tropa acudió en armas á sus puestos. Formando un pequeño cuadro y colocado él en el centro con su fusil y furnitura de soldado raso, se rezó devotamente el rosario, como se acostumbra á hacer ordinariamente. En seguida pasó una ligera revista, arengó con energía á la tropa, fortaleciéndola en el contraste, y le manifestó su resolución inalterable de continuar la campaña, concluyendo por imponer pena de la vida al que abandonase á su compañero en el peligro. «Conozco por sus nom»bres y apellidos, les dijo, á todos los valientes que en »este momento están conmigo: yo sabré recomendarlos »á la gratitud de la patria; y si por desgracia llegasen »á abandonarme en esta retirada, yo moriré solo por »el honor del ejército.» La tropa conmovida, contestó espontáneamente: «¡Todos moriremos al lado de nuestro general!» Iluminado el rostro de Belgrano por un destello de entusiasmo al oir aquellas voces, recorrió varias veces las filas, dirigiéndose por sus nombres á

los oficiales y á los soldados. Echándose su fusil al hombro se formó á la cabeza de todos, diciendo: «Ojalá el enemigo se atreviese á buscarnos.» Ni él, ni nadie lo deseaba en realidad; pero ese voto enérgico, comunicándose de unos á otros, infundió confianza á todos y les inoculó nuevo espíritu en la desgracia. Al anochecer cambió de posición, y se situó militarmente como si esperara un ataque. El 4 se continuó la retirada hasta los ingenios de Ayohuma, distante una legua de Caine, incorporándose gran número de dispersos. El 5, abandonando por fin las alturas, descendió al pueblo de Macha, tres leguas distante de Ayohuma. Allí fijó su cuartel general, y empezó á trabajar activamente en la reorganización de un nuevo ejército, para buscar un nuevo campo de batalla.

El contraste de Vilcapugio había sido sin embargo severo, y habría abatido otra alma menos bien templada que la suya. Había perdido todo su parque y artillería, más de 400 fusiles y sus mejores jefes; había dejado tendidos en el campo como trescientos cadáveres de los vencedores de Tucumán y Salta, con muchos prisioneros, salvando únicamente mil hombres, entre los reunidos en Macha y Potosí, pues los demás se dispersaron. Es cierto que el enemigo no había quedado mejor parado. La pérdida de los realistas no bajaba de quinientos ó seiscientos entre muertos y heridos sufriendo una gran dispersión que, unida á la falta de cabalgaduras, le impedía aprovecharse de la victoria.

Tales fueron los resultados de la batalla de Vilcapugio, la más reñida, la más trágica de los anales argentinos, y que tiene la singularidad en la historia militar, de haberse dado sin desplegar una sola guerrilla en todo el curso de ella. La victoria por parte de los españoles fué debida á circunstancias fortuitas, sin que esto amengüe la incontrastable constancia de Picoaga. La victoria se escapó de manos de los argentinos, porque no hubo uno que la dirigiera en el momento crítico, ya fuese para ponerse á la cabeza de la persecución del centro y la derecha, ya pa-

ra sostener el ala izquierda, vigorosamente atacada por las mejores tropas del enemigo. La fatalidad de perder este costado sus mejores jefes, influyó mucho en la derrota, y salva en parte la responsabilidad de Belgrano. Pero á pesar de todo esto, siempre pesará sobre él la de no haber aprovechado las circunstancias favorables con que le brindó el enemigo antes de trabarse el combate; la más seria aún de haber dejado escapar un triunfo por no hallarse oportunamente presente en ninguno de los puntos en que se decidía la suerte de la batalla; y sobre todo, la de haberse colocado en posición de no poder evitarla, cuando dos días más le aseguraban tal vez la victoria.

CAPITULO XXIII

Ayohuma

1813-1814

Días Véles en Potosí.—Reto de Castro.—Contestación de Días Véles.—El campamento de Macha.—Constancia de Belgrano.—Decisión de los habitantes de Chayanta.—Trabajos de reorganización.—Hostilidades sobre el enemigo.—El capitán Lamadrid.—Los sargentos de Tambo Nuevo.—Muerte de dos perjuros.—Insurrección en el Bajo Perú.—Incorporación de Días Véles y Zelaya.—El ejército patriota se remonta.—Su nueva organización.—Emisarios en el Bajo Perú.—Ideas políticas de Belgrano.—El ejército real toma la ofensiva, venciendo grandes dificultades.—Dispersión de Cárdenas y Lanza.—Los dos ejércitos se avistan.—Junta de guerra en Macha.—Divergencia de opiniones entre los jefes argentinos.—El ejército patriota ocupa la posición de Ayohuma.—Error de este movimiento.—Descripción de Ayohuma.—Fuerza respectiva de los ejércitos contendores.—Orden de batalla de ambos ejércitos.—Maniobras preliminares.—Batalla de Ayohuma.—La infantería argentina.—Juicio crítico sobre Ayohuma.—Heroica comportación de Zelaya.—Retirada á Potosí.—Propósitos de resistencia.—Retirada á Jujuy.—Dorrego, jefe de retaguardia.—Muerte de un sargento de Tambo Nuevo.—Movimiento de la vanguardia realista.—Refriega de San Lorenzo.—Plan de hostilidades.—Belgrano se repliega á Tucumán.—Entrega el mando á San Martín.—Retrato de Güemes.—Resistencia de Arenales en Santa Cruz de la Sierra.—Derrota de San Pedrillo.—Victoria de la Florida.—Revolución en el Cuzco.—Las montoneras de Salta.—Situación de la vanguardia realista en Jujuy.—Pezuela se dispone á abrir su campaña sobre Tucumán.—Rendición de la plaza de Montevideo.—El ejército real se repliega al Alto Perú.—Atrevido proyecto de Castro.—Su trágica muerte.

La triste nueva del desastre de Vilcapugio circuló en el país con rapidez asombrosa. Los primeros oficiales dispersos llegados á Chuquisaca, anunciaron al presidente Ocampo que todo estaba perdido, y ya nada había que esperar. Pero muy luego súpose que el general Díaz Vélez se hallaba en Potosí á la cabeza de un cuerpo de tropas, y que el general Belgrano se había situado con el resto del ejército sobre el flanco

izquierdo del enemigo. Desde entonces se vió que el desastre no era irreparable.

El grueso de los dispersos que se había dirigido por el camino de Potosí, hallábase reunido en efecto en esta ciudad bajo las órdenes de Díaz Vélez. Este jefe, que después de separarse del general Belgrano en el campo de Vilcapugio, pudo reunir como 400 de los dispersos que seguían aquella ruta, llegó con ellos hasta Yocalla, 6 leguas de Potosí, donde encontró al coronel Aráoz con otros 500 hombres, de los cuales se desbandaron en la noche más de 300. Ambos trozos se incorporaron en Potosí, formando unidos una columna como de 600 soldados, que aunque desmoralizados por la derrota, podían sostenerse fortificándose en la ciudad.

El enemigo, que á consecuencia de su dispersión y de haber perdido más de 1.500 mulas y caballos en el curso de la campaña, se hallaba en la imposibilidad de aprovechar su victoria, limitóse á destacar á Olañeta con su batallón de cazadores por el camino del despoblado, y á Castro con su escuadrón por el de Potosí, por donde suponía que Belgrano se hubiese retirado. El resto del ejército español se replegó á Condo. Hacía quince días que se había realizado la batalla de Vilcapugio, y aún ignoraba Pezuela que el general patriota, situado casi á su retaguardia, se ocupaba en organizar su ejército. ¡Tal era la fidelidad con que el país entero guardaba el secreto de sus movimientos!

A mediados de octubre apareció sobre Yocalla el escuadrón de Castro, quien dirigió á Díaz Vélez un reto caballeresco, desafiando con cien dragones á toda su división, con campo á su elección. Díaz Vélez, fortificado en la ciudad, y creyendo que aquella era la vanguardia de todo el ejército real, que debía suponer en movimiento, contestó al arrogante guerrillero, que no le reconocía sino por un perjuro á la capitulación de Salta, digno sólo de ser ahorcado si caía en sus manos. La firmeza con que Díaz Vélez se sostuvo en Potosí, impuso á los perseguidores, que se replegaron al fin en sus posiciones de Condo, no sin haber experi-

mentado antes algunas pequeñas pérdidas de que se hablará á su tiempo.

Mientras tanto, Belgrano situado en Macha trabajaba activamente en formar un nuevo ejército. Desde el mismo día de su llegada á aquel punto, empezó á circular órdenes á los gobernadores, para que le remitiesen hombres, armas, municiones, caballos y auxilios de todo género, contrayéndose con tesón á remontar el espíritu de las pocas tropas que le acompañaban. Con fecha 7 escribió á Ortiz Ocampo, presidente de Charcas, diciéndole: «Fortaleza, ánimo, constancia y es»fuerzos (no los comunes) son los que necesita la pa»tria. Ella será libre é independiente si no nos ami»lanamos. Si en ese pueblo hay cobardes, que vengan »á Macha, y sepan que no hemos de abandonar el »puesto, sino cuando sea imposible sostenerlo. Aún »hay sol en las bardas y hay un Dios que nos pro»tege.»

Ortiz Ocampo contestó remitiendo á Macha refuerzos de hombres, artillería, municiones y como doscientos caballos de pesebre, con los cuales se montó perfectamente la caballería. Arenales, gobernador de Cochabamba, precedió con igual actividad enviando los auxilios pedidos, y alentando á los pueblos con una enérgica proclama que les dirigió. Warnes, gobernador de Santa Cruz de la Sierra, no se mostró menos decidido, y Belgrano contestando sus comunicaciones le decía: «Con el contraste de Vilcapugio han creído que »se repetía la escena del Desaguadero: se engañan, el »ejército vive, y vive con su general para escarmen»tar á los enemigos, y triunfar de ellos Dios me»diante.» Dirigiéndose al gobierno con fecha 21, le decía: «En balde se fatigan nuestros enemigos así inte»riores como exteriores; en vano sufriremos contras»tes; en vano, tal vez, nos veamos casi á las puer»tas de nuestra total ruina, como ya lo hemos esta»do en algunas épocas de nuestra gloriosa empresa: »las Provincias Unidas del Río de la Plata serán li»bres, y las restantes del continente se le unirán, afir»mando con sus sacrificios y esfuerzos la libertad é

»independencia que el cielo mismo ha puesto en nues-
»tras manos.»

La provincia de Chayanta, habitada por indígenas casi en su totalidad, dió en esta ocasión pruebas de su patriotismo, acudiendo de todos puntos del territorio hombres, niños y mujeres con sus ofrendas, y la mayor parte cargándolas sobre sus propios hombros. Artículos de guerra, víveres, ganados, cabalgaduras, forrajes, bálsamo y vino para los enfermos, y hasta objetos de lujo para los oficiales del ejército, todo fué espontáneamente ofrecido por los indios de Chayanta, cuya avaricia es sin embargo proverbial. Era, como lo decía el general al dar cuenta de esta espontánea generosidad, «que no sabían cómo darle gracias por »haberse fijado en medio de ellos para la reunión del ejército.» La disciplina de las tropas bajo su dirección era tal, que los pueblos nunca tuvieron que quejarse de ninguna expoliación, y esto hacía que se considerase como una bendición tenerlas cerca. Belgrano, en recompensa de los servicios prestados por los habitantes de Chayanta, expidió un bando distribuyendo entre los proletarios y perjudicados por la guerra, las tierras del común, con lo cual acabó de afirmar su popularidad en aquella comarca.

Gracias á esta cooperación de parte de los pueblos y de todas las autoridades, el ejército tuvo muy luego un tren de artillería, aunque de inferior calidad; un parque bien provisto; hermosos caballos para los escuadrones, y almacenes provistos de víveres para más de dos meses. A pesar de esta abundancia, el General, que era tan desinteresado con lo suyo, se mostraba económico y hasta avaro cuando se trataba de los intereses públicos. Así es que, existiendo entre los víveres algunos de mala calidad, los hacía repartir un día sí y otro no; y los soldados que en este día ayunaban, entretenían su hambre cantando versos epigramáticos sobre aquellas incomibles raciones. Los porteños, á quienes nunca abandona su buen humor, pasaban alegremente su día de ayuno, haciendo del rancho el tema favorito de sus chistes. Según las palabras de un con-

temporáneo, «no eran soldados aquellos capaces de »molestar á su general con ningún reclamo, por pasar »uno ó dos días sin comer.»

El enemigo, mientras tanto, á pesar de su reciente victoria, carecía de víveres y de elementos de movilidad, y refugiado en las alturas, rodeado de poblaciones hostiles, hallábase reducido á una completa nulidad. El general argentino, aprovechándose de esta circunstancia, destacó montoneras y partidas en todas direcciones, con el objeto de estrechar su círculo de acción; comisionó á Cárdenas, Lanza y otros caudillos, para que con sus indios procurasen cortar sus comunicaciones con La Paz y el Desaguadero, y destacó algunos oficiales de valor acreditado, para que hostilizasen de más cerca los destacamentos que aun no se habían reconcentrado á Condo. Entre estos jefes de partida empezó á distinguirse entre amigos y enemigos el teniente de dragones don Gregorio Aráoz de Lamadrid. Activo y fogoso, reunía á las puerilidades de un niño, la audacia de un héroe de leyenda. Aunque poco capaz de concebir un plan militar, tenía todas las calidades que se requieren para golpes de mano temerarios. El general supo utilizar sus disposiciones. Un día lo llamó y le dijo: «Escoja usted cua»tro hombres de su compañía y marche á traerme no»ticias exactas de la vanguardia enemiga que está en »Yocalla.» Al poco rato volvió Lamadrid con sus cuatro voluntarios, y le dijo: «Mi general, ya estoy pron»to y sólo falta que V. E. me dé un pasaporte para »que se me permita entrar al campo enemigo, y po»derle traer las noticias con la exactitud que desea.» El general Belgrano le contestó sonriéndose: «Usted sabrá proporcionarse el pasaporte.» Lamadrid, guiado por un indio por senderos excusados, y trasnochando con una gran nevada, fué á amanecer sobre el campo de Yocalla, donde se hallaba Castro con su división, y á cuatro cuadras de él, tomó prisionera una partida de cinco hombres, que había salido á hacer su descubierta sobre la nieve. Dos de estos prisioneros pertenecían á los juramentados en Salta, y los dos fueron

remitidos al general para que le diesen las noticias que necesitaba. Belgrano mandó fusilar por la espalda á los dos juramentados, y cortadas sus cabezas, se les puso un rótulo en la frente en que se leía en grandes letras: «Por perjuros.» Estas cabezas fueron remitidas con un refuerzo de ocho dragones á la avanzada de Lamadrid, con orden de que se colocasen á inmediación del enemigo, para escarmiento de los que habían traicionado la fe jurada.

Hallándose Lamadrid á la cabeza de doce hombres, se consideró en aptitud de acometer empresa de mayor magnitud, y resolvió sin pérdida de tiempo atacar una compañía de cazadores montados, que sabía haber destacado el jefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada luego que él se comprometiese en la quebrada de Tinguipaya, que era el camino preciso que debía llevar para acercarse á Yocalla. En la noche del 24 de octubre, púsose en marcha á la cabeza de su pequeño destacamento, con el ánimo resuelto de sorprender los cazadores enemigos, que según noticias se habían situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de Tambo Nuevo. Para llegar á este punto, se hacía necesario remontar una áspera cuesta flanqueada por hondos despeñaderos. Lamadrid, que conocía el terreno, hizo adelantar como batidores á los soldados José Mariano Gómez, tucumano, y Santiago Albarracín y Juan Bautista Salazar, cordobeses. Estos tres valientes soldados llegaron al pie de la cuesta, echaron pie á tierra y la subieron silenciosamente con el caballo, rienda en mano. Al pisar la cumbre, creyeron oir el relincho de un caballo, y muy luego vieron brillar á la distancia la luz de la posta, y acercándose más, distinguieron perfectamente un centinela apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras y aproximándose á ellas al abrigo de las quiebras del terreno, se convencieron de que allí estaban en efecto los realistas; pero á la excepción de los relinchos de los cincuenta caballos de la compañía, encerrados en el corral de Tambo Nuevo, ningún rumor llegaba á sus

oídos. Los tres batidores siguieron avanzando, y descubrieron un cuerpo de guardia. Era la avanzada de la compañía enemiga. El centinela estaba descuidado ó dormía inclinado sobre el fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared á cargo del centinela. En el interior del rancho ardía un candil encima de una carpeta, sobre la que se veía un naipe. A su alrededor dormían tranquilamente once soldados. A poca distancia á retaguardia, descansaba el resto de la compañía en número de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia. Pensarlo y hacerlo fué la obra de un momento. Uno de ellos se lanzó rápidamente sobre el centinela, y lo desarmó y rindió, antes que pudiera articular un grito de sorpresa; otro se apoderó de las armas; y el tercero colocándose en medio del resto de la guardia con su carabina amartillada, intimó á todos rendición. Todos se rindieron, y uno por uno fueron maniatados por los tres batidores, quienes echándolos por delante volvieron á bajar la cuesta. El sargento de la guardia prisionera, aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por un despeñadero, y fué á dar la alarma al resto de la compañía que aun dormía tranquila.

Los batidores de Lamadrid se incorporaron muy luego á él, y le presentaron once prisioneros y doce fusiles. Sin vacilar, avanzaron los doce dragones patriotas en busca del grueso de los cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha en disposición de bajar la cuesta. Trabóse un tiroteo en la obscuridad, y los realistas en la creencia de ser atacados por fuerzas superiores, se replegaron á la posta, y fortificándose en el corral de piedras, gritaron: «¡Viva la patria!» en señal de rendición, cesando el fuego. Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de patriotas, y entonces volvieron á romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

Lamadrid emprendió entonces su retirada, más pesaroso de no haber tomado la compañía entera, que

satisfecho de la ventaja obtenida. Llegados al cuartel general con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensados por el general Belgrano con el glorioso título de «Sargentos de Tambo Nuevo», con el cual han pasado á la historia, para enseñar que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes. El enemigo no perdió tiempo en replegarse á su reserva, y disculpó su cobardía con la noticia de que había sido atacado por un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería. A consecuencia de esto, Castro se reconcentró con su reserva á Condo, y libre el camino de Potosí á Vilcapugio, Lamadrid pudo pasear el campo de la derrota, donde un mes antes habían chocado furiosamente patriotas y realistas. Los cadáveres de los últimos habían sido piadosamente enterrados por sus compañeros. Los de los patriotas permanecían insepultos, devorados por los perros y los buitres; y al frente de un montón de muertos que indicaba el sitio de la derrota del 6.°, veíanse los cadáveres desfigurdos de Alvarez y Beldón. Allí colocó Lamadrid las cabezas de los dos juramentados en Salta, fusilados recientemente, colgándolas de altos maderos, hecho lo cual se retiró en observación á las alturas.

Franqueando el camino entre Potosí y Macha, Díaz Vélez se puso en marcha hacia el cuartel general, al que llegó con poco más de 500 hombres, dejando 250 de guarnición en Potosí. Allí estaba ya Zelaya, que á la noticia de la derrota se había visto obligado á replegarse á Cochabamba, de donde volvió á salir con menos de 300 hombres mal armados y de inferior calidad. Al mismo tiempo, llegó el contingente del Valle Grande de Cochabamba en número como de 400 también, armados en su mayor parte de chuzos, y sin ninguna instrucción, ni disciplina. Todas estas fuerzas reunidas formaban un total como de 3.400 hombres, de los cuales sólo mil eran veteranos, y apenas dos mil podían considerarse de pelea. Todos los demás eran bultos, que no podían servir sino de estorbo; pero el

general Belgrano no estaba en situación de escoger, y se contentaba con suplir en cantidad lo que le faltaba en calidad. De todos modos, esta rápida reorganización del ejército hace honor á la actividad y á la constancia de Belgrano, y el enemigo mismo no podía menos de tributarle por ello su admiración, comprendiendo al mismo tiempo con cuánta habilidad había sabido poner á las poblaciones de su parte. Infatigable en el cumplimiento de su deber; siempre enérgico, sin que le sorprendiese por un instante el desaliento, el general patriota infundía á todos su espíritu. Mandaba personalmente las evoluciones, presidía á la instrucción de los reclutas y estaba en activa comunicación con las autoridades de los pueblos, y de este modo el derrotado de Vilcapugio, que había permanecido más de quince días sin municiones en Macha, logró al cabo de un mes restablecer la confianza de los pueblos y remontar la moral de su ejército, inspirando á todos la seguridad de un triunfo.

Pero el general patriota no circunscribía sus trabajos al recinto de su campamento. Lleno de fe en el triunfo definitivo de la revolución, ocupábase en extenderla por toda la América del Sur, dando una seria atención á los negocios de la política. Con la vista siempre fija sobre Lima, despachó nuevamente emisarios á la costa del Bajo Perú, con el objeto de preparar una insurrección general de los pueblos, así que se moviese sobre el enemigo. Con tal motivo decía al gobierno el 5 de noviembre: «Al fin sólo Tacna fué »quien hizo el movimiento en la costa, habiéndose aco»bardado los de Arica, Moquegua y Arequipa. Ansían »por la libertad é independencia, pero quieren que »sea á costa de sangre ajena. Falta mucho todavía »para que los americanos salgamos de la esfera de la »degradación en que estábamos, y para que nuestro »espíritu tome aquel vuelo que lo haga superior á la »idea de perder las efímeras comodidades de nuestra »vida, por otra parte muy llena de vicios.» Y dirigiéndose á los mismos pueblos, en una proclama en que recordaba el reciente movimiento de Tacna, sofocado con

motivo del revés de Vilcapugio, les decía: «Me habéis »distinguido con el título de capitán general de vues»tros pueblos, en el momento en que las armas de »la patria que están bajo mi mando, sufrían un con»traste.»

Al mismo tiempo activaba la marcha de los diputados de los pueblos que debían incorporarse á la Asamblea General, y al señalar los progresos que hacían las ideas disolventes, presentía los peligros que esperaban á la revolución después del triunfo. «Las ideas de »federalismo han cundido mucho—decía en oficio de »23 de octubre,—y creo que Dios nos manda trabajos »para que nos amoldemos y sujetemos al orden: con»fieso que más temo á los pueblos después de la vic»toria, que á los enemigos hoy. Es mucha la igno»rancia, y conviene que todavía en mucho tiempo es»tén las atenciones fijas en los peligros exteriores, sin »perder de vista los objetos interiores.» El gobierno le contestaba con fecha 27 de noviembre: «En cuanto á »los temores de los pueblos, cuando cesen los peli»gros exteriores, no obstante que el gobierno conoce »que para sofocar las pasiones, guiar la ignorancia y »traerlos al camino de la felicidad, sería preciso tra»bajar mucho; cree, sin embargo, más urgentes y es»pantosos los males que los enemigos nos preparan; »pues éstos atacan la existencia misma del Estado, y »amenazan cortar de raíz el árbol naciente de la li»bertad de estas provincias: así es preciso concluir »que, siempre será más útil y seguro que desaparezcan »enteramente los peligros exteriores.»

Así, llevando de frente la doble tarea de la política y de la guerra, llegaron los primeros días del mes de noviembre, en que empezó á circular el rumor de que el ejército realista se movía sobre Macha. En efecto, el 29 de octubre, Pezuela había levantado su campo de Condo, cediendo más bien á la necesidad que obedeciendo á un plan. Falto de medios de movilidad, hostilizado por las montoneras que circundaban su posición, privado de víveres y de forrajes, su situación era la misma que antes de la batalla de Vilcapugio, y las

causas que habían motivado su inacción después de la victoria, no habían desaparecido. El general realista comprendió sin duda, que era forzoso salir á toda costa de aquella situación, antes que los patriotas se robusteciesen más; y tomando la ofensiva ponía de su parte todas las ventajas. Esto era volver á jugar el todo por el todo como en la jornada anterior; pero era inevitable hacerlo así, y la necesidad unida á la conveniencia le aconsejó vencer hasta los mismos imposibles. Así es que, á costa de grandes esfuerzos y auxiliado por el cura de Coroma que se había declarado por la causa del rey, logró reunir 600 burros y llamas de carga, con lo cual se halló en aptitud de transportar su parque. La artillería era conducida á brazo por los indios acaudillados por el cura de Coroma, y la caballería marchaba pie á tierra. Era ya entrada la estación de las lluvias, de manera que el tránsito se hacía más difícil.

A pesar de estas serias dificultades, el ejército español abrió la campaña, y marchando de á dos y de á tres leguas por día, llegó el 4 de noviembre á Ancacato, por donde debía penetrar á la provincia de Chayanta. En la cruzada de Condo á Ancacato batió á los caudillos Cárdenas y Lanza, que á la cabeza de numerosas indiadas habían sido destacados por Belgrano para cortar las comunicaciones del ejército real con el Bajo Perú. Alcanzados en Sicasica sobre el flanco izquierdo del camino que seguía, fueron completamente dispersados, y dejaron en poder del vencedor buen número de prisioneros y algunas armas. De Ancacato, pasando por Ancocruz y al través de los altos de Livichuco, llegó el 8 á Cayampayani, distante como ocho leguas de Macha, de manera que en diez días sólo había adelantado quince leguas de camino; y sin embargo, en este sitio tuvo que permanecer tres días para esperar la incorporación de su parque que no había podido seguir sus cortas jornadas. El 12, bajo una gran nevada, llegó á los altos de Taquiri, que dominan la pampa de Ayohuma, y desde allí pudo descubrir como á dos leguas de distancia el ejército patriota posesio-

nado de unos altozanos, decidido al parecer á aceptar la batalla. El 13, el general español reconoció perfectamente las posiciones de Belgrano con el auxilio de un anteojo, estimó su fuerza, penetró su plan, y dispuso todo para atacarlo en el día siguiente.

Belgrano, por su parte, desde que supo el movimiento del enemigo, había manifestado su intención decidida de no esquivar el combate. A este respecto había divergencia entre los jefes patriotas. Unos eran de la opinión del general: los más estaban por la retirada, y algunos por que se emprendiesen operaciones secundarias antes de librar á una acción la suerte de la campaña. El coronel Perdriel que era de esta opinión, se abocó con Díaz Vélez que sostenía la conveniencia de replegarse á Potosí, y le manifestó sus ideas sobre el particular. Su plan consistía en evitar el combate que buscaba el enemigo, correrse por su flanco derecho, atravesar de sur á norte la provincia de Chayanta; inclinarse en seguida sobre la izquierda, tomando la retaguardia del enemigo, y penetrar á las pampas de Oruro; asaltar esta villa, base de operaciones de los realistas, y apoderarse de su guarnición y sus depósitos, marchando inmediatamente sobre La Paz; y aterrando por esta maniobra al enemigo, á la vez que moralizaba su tropa, apoyar los movimientos del Bajo Perú, próximos á estallar. El plan no carecía de audacia, y aunque adolecía del grave defecto de perder la base de operaciones para realizarlo, podría tal vez dar algún resultado, atenta la falta de movilidad del ejército español para aprovecharse de aquella circunstancia. Díaz Vélez transmitió estas ideas á Belgrano, quien convocó con tal motivo á los generales y jefes de cuerpo en junta de guerra. Perdriel desenvolvió su plan en presencia de todos. El general le opuso los inconvenientes de la estación, los malos caminos y la desnudez de las tropas, inculcando sobre las ventajas que resultarían de dar la acción, y el trastorno que produciría una retirada, y se manifestó seguro de la victoria. Computados los votos, resultó que la minoría estaba porque se atacase al enemigo; la mayoría

por la retirada á Potosí, teniendo en vista lo exhausto de las Provincias Unidas después de tan larga guerra, y los peligros á que quedaban expuestas en caso de una desgracia. Algunos apoyaron la idea de Perdriel. El General, después de oir á todos, cerró la discusión diciendo con tono que no admitía réplica: «Yo respondo á la Nación con mi cabeza del éxito de la batalla.» En el acto impartió sus órdenes para que todos estuviesen listos á la primer orden. En la noche se emprendió la marcha, y antes de amanecer el día 9, el ejército estaba acampado en las pampas de Ayohuma, donde lo había encontrado Pezuela, y que dista tres leguas de Macha.

La resolución de Belgrano, aunque animosa, era imprudente. La calidad y el número de sus tropas, la inferioridad de su artillería, el efecto moral de su reciente contraste, y los riesgos á que exponía la revolución en el caso de una derrota, en momentos en que la plaza de Montevideo reforzada por más de dos mil soldados peninsulares, distraía la atención del gobierno por el oriente, todo esto le aconsejaba emprender la retirada á Chuquisaca ó Potosí; remontar el personal y la moral de su ejército; esperar la llegada de un nuevo tren de artillería que á marchas forzadas le venía desde Salta, y dejar que el enemigo se agotase en marchas penosas, privado de recursos y rodeado de poblaciones hostiles. Aunque la retirada tenía el inconveniente de exponerse á perder por la deserción la mayor parte de las tropas de Cochabamba y Valle Grande, el peligro de que la tropa se desmoralizase, y el que, en tal caso habría que abandonar los almacenes de víveres acopiados, siempre militaban más razones en favor de ella que en favor de una acción decisiva, que por lo menos debía evitarse por algunos días. En todo caso, preferible habría sido replegarse á Cochabamba, poniéndose por este movimiento á espaldas del enemigo, y obligarlo á acudir en defensa de su base de operaciones amenazada.

Si como se perdió la batalla se hubiera ganado, un nuevo laurel habría coronado las sienes del vencedor;

pero debido más bien á la ciega fortuna, que á las combinaciones del genio militar. No lo pensaba así Belgrano, y de aquí provinieron las imprudencias y las gravísimas faltas que cometió en esta ocasión, comprometiendo seriamente la suerte de la revolución en una acción decisiva, que á pesar de todo lo dicho, pudo haber ganado, si hubiese sabido aprovecharse de otras imprudencias y errores no menos graves que cometió el enemigo.

En tres cosas fundaba el general Belgrano su confianza en la victoria: en el espíritu que había sabido inocular á sus tropas; en la superioridad de su bien montada caballería; en las ventajas del campo de batalla que había elegido y estudiado de antemano. En cuanto á la superioridad de la caballería patriota sobre la del enemigo, era incontestable; pero en cuanto al entusiasmo, ni todos se hallaban animados de él, ni este sentimiento, producto del ascendiente de una alma grande sobre el común de los hombres, podía suplir la falta de disciplina de los nuevos reclutas, que iban á luchar con los aguerridos soldados del ejército real. Por lo que respecta á la posición, ella tenía sus ventajas, pero todas ellas fáciles de neutralizar.

La pampa de Ayohuma es una meseta de la montaña del mismo nombre, que se desenvuelve en suave plano inclinado hacia el noroeste, que dominan por esta parte los altos del Taquiri, en cuya cima estaba el ejército español. Al pie de Taquiri corre el río dividido en dos brazos, y paralelamente á él, se prolonga una lomada larga y angosta, que forma una especie de camino cubierto, natural, dejando entre ella y el río, espacio suficiente para ocultar tres mil hombres plegados en columnas. Algunos montículos y cerros de bajo relieve se alzan en medio de la llanura, que es cruzada por el camino que de Macha conduce á Potosí, y por algunos hondos barrancos que siguen la inclinación del terreno. Hacia la parte de Potosí, y como á media legua de los montículos indicados, álzanse unas lomas pedregosas, que limitan la pampa por el sudoeste, y á su pie corre un arroyuelo de poco

caudal. Situado el ejército patriota en medio de la pampa, dejaba estas lomas á espaldas de su izquierda, daba frente al río y á los altos de Taquiri, cerraba el camino de Macha, ocupaba parte de los montículos, y apoyaba su derecha en la extremidad avanzada de un cerro, que cubría diagonalmente su retaguardia. Otro cerro de mayor elevación, pero desligado del anterior, quedaba á retaguardia de la línea. Del cerro en que se apoyaba la derecha de la línea, bajaba un barranco que cubría parte de ella, y en el cual se habían practicado ligeras cortaduras. Para descender al campo de batalla, el enemigo tenía que comprometerse en un angosto y escabroso sendero, cuyo pie distaba menos de una legua de los montículos; atravesar el río, remontar la lomada que formaba el camino cubierto ya descripto, y entrar al llano, donde debía encontrar á su frente el obstáculo del barranco. Belgrano que esperaba ser atacado por el frente, fiaba mucho en esta posición, y sin duda le habría proporcionado grandes ventajas, si no se hubiera anticipado á ocuparla, revelando al enemigo su plan, y suministrándole un conocimiento que lo habilitaba para burlar sus combinaciones. Puéde decirse que esta imprudencia decidió la batalla, puesto que ella sugirió á Pezuela la combinación que en definitiva le dió la victoria.

Tales eran las posiciones de los dos ejércitos en la víspera de la batalla. En cuanto á su fuerza respectiva, la del ejército real era superior bajo todos aspectos. El ejército patriota constaba de poco más de tres mil hombres, inclusa la milicia de Cochabamba; y aunque su caballería era doble en número respecto de la del enemigo, en cambio la infantería de éste era superior en igual proporción. Pero donde se notaba más la desproporción de las fuerzas era en la artillería; pues mientras los realistas contaban con un tren de diez y ocho piezas de á 4 y de á 6, los patriotas apenas tenían ocho piezas de mala calidad y mal montadas del calibre de 1 y de á 2, que no alcanzaban ni á cruzar la planicie de su frente. El ejército español se componía como de 3.500 hombres, de los cuales tres

mil eran infantes; de 250 á 300 caballos, y el resto artillería. Todas las probabilidades del triunfo estaban, pues, de parte del enemigo.

La derecha de los patriotas, que como queda dicho estaba cubierta por el barranco y coincidía con la extremidad de un cerro, se componía del regimiento de dragones y de los batallones cazadores, Pardos y Morenos, mandado el primero por el coronel don Diego Balcarce, y los últimos, el mayor Cano y el coronel Superi. Seguían los batallones números 6 y 1, mandados por el mayor don Benito Martínez y el coronel Perdriel, y á la izquierda la caballería de Cochabamba, armada de lanza, á las órdenes de Zelaya. La artillería se colocó en dos montículos de poca elevación y fácil acceso, situados entre la izquierda de los cazadores, y entre el 6.° y 1.°. La reserva se componía de la tropa más inferior y peor armada, y constaba de cinco compañías, de las cuales tres de infantería, armadas casi en su totalidad de picas, y dos de caballería con lanza, montadas en mulas.

El plan de Belgrano era esperar el ataque en sus posiciones; dejar que el enemigo se comprometiese en la llanura, hasta que estrechado á su izquierda por el barranco que quedaba; la derecha de los patriotas, se viera en la necesidad de ganar terreno en dirección opuesta y entonces lanzar sobre la izquierda los lanceros de Zelaya, envolviéndola y tomando su espalda, al mismo tiempo que la infantería cargase á la bayoneta sobre el resto de la línea. Este plan era bien concebido, y justificaba hasta cierto punto la confianza que el General tenía en la victoria; pero era en el concepto de ser atacado por el frente como lo esperaba, en cuyo caso, á pesar de su superioridad numérica, los enemigos corrían peligro de ser completamente derrotados. Aun asimismo, la formación no era irreprochable, pues teniendo asegurada la derecha, la colocación natural de toda la caballería era sobre la izquierda, cuya masa irresistible tenía al frente un terreno más adecuado para sus maniobras.

En esta disposición y plegado en columnas, per-

maneció el ejército patriota hasta la madrugada del día 14 de noviembre. A las seis de la mañana, el ejército español empezó á descender en desfilada por la escabrosa cuesta de Taquiri. El general español á caballo en lo alto de la cuesta, exhortaba al paso á los batallones, que contestaban con estrepitosos vivas al rey, que resonaban en la llanura. El sendero por que descendían era tan estrecho, que apenas cabían tres hombres de frente; y tan pendiente, que la artillería no podía bajar sino desarmada y á lomo de mula. Desde el campamento patriota se distinguía perfectamente la desfilada del ejército real.

Si Belgrano aprovechándose de la oportunidad que le presentaba el enemigo, se hubiera lanzado sobre él, mientras la cabeza de la columna pisaba el llano y el resto se hallaba comprometido en el descenso de la cuesta, habría obtenido un triunfo, aun cuando no hubiese conseguido destruir todo el ejército real. Pero encerrado en el círculo que se había trazado, aferrado á su plan y contando siempre con ser atacado por el frente, contestó á Lamadrid que le hizo una indicación en este sentido: «No se aflija usted: deje que »bajen todos, para que no se escape ninguno. La vic»toria es nuestra.» Mientras tanto el enemigo descendió al llano, atravesó el río y formó en columnas paralelas detrás de la lomada que se prolongaba paralelamente á él, ocultándose así á la vista de los patriotas. El ejército patriota por su parte, había levantado un altar en medio del campo, y oía misa devotamente arrodillado ante el Dios de las batallas.

El ejército español oculto en el bajo, tardó algún tiempo en reaparecer; pero en vez de presentarse por el frente y remontar la lomada que lo cubría, se corrió por su izquierda y apareció en columnas paralelas amagando la derecha de los patriotas. Este movimiento perfectamente calculado inutilizaba completamente el plan de Belgrano, y le obligaba á aceptar la batalla en condiciones desventajosas, hiriendo la imaginación de los soldados, que, persuadidos de que iban á combatir con el frente que tenían, fueron asaltados por un

vago presentimiento, y empezaron á dudar de la victoria.

El general argentino en vista de la dirección tomada por el enemigo, tuvo que cambiar de frente; pero sin acertar á modificar su aplan según se lo aconsejaban las circunstancias. Belgrano tenía la paciencia del organizador, que prepara los elementos del triunfo; la intrepidez en el ataque; la firmeza en el combate, y la constancia en la derrota; pero carecía de la ardiente inspiración del campo de batalla; así es, que se limitó á hacer un cambio de frente sobre su centro retirando su ala derecha, y avanzando un poco su ala izquierda. Por este movimiento quedó dando el frente al enemigo, con su derecha apoyada inmediatamente al cerro que antes tenía casi á su espalda; con el barranco interpuesto entre ambas líneas, y sin espacio para desplegar la caballería de este costado. En este estado lo que la prudencia aconsejaba era ocupar el cerro de la derecha, para evitar ser flanqueado, y flanquear á su vez; hacer pasar á la izquierda la caballería inútil de aquel costado, reunir una masa de más de 500 caballos, y lanzarla sobre el enemigo, con el objeto de envolver su ala derecha, cooperando simultáneamente á este ataque la línea de infantería. Nada de esto se hizo, y á excepción del cambio de frente ya explicado, nada que indicase que una inteligencia previsora velaba por la suerte del ejército argentino.

El enemigo, más entendido y previsor, al tiempo de correrse sobre su izquierda, había destacado una fuerte guerrilla apoyada por un batallón de infantería, con el objeto evidente de tomar el cerro en que los patriotas apoyaban la derecha en su segunda formación. Esta importante posición fué ocupada sin resistencia, y desde aquel momento pudo considerarse perdida la batalla, si no se rechazaba á los flanqueadores españoles. Belgrano, en vez de concentrar sus esfuerzos sobre el cerro, y obligar al enemigo á acudir en apoyo de su fuerza destacada, trabando allí el combate, se limitó á ocupar con la caballería desocu-

pada otro cerro, y que se hallaba más á retaguardia, que aunque más elevado que el anterior, era tan inútil para el ataque como para la defensa. De este modo el enemigo interceptó el camino de Macha, que pasaba por entre los dos cerros ya indicados, y se situó pacíficamente casi sobre el flanco de los patriotas.

Pezuela, que con el grueso de su ejército se mantenía cubierto en parte por un pliegue del terreno, hizo avanzar á vanguardia sus 18 piezas de artillería, y rompió con ellas un vivo fuego á bala rasa, abriendo anchos claros en las filas patriotas. Serían poco más de las diez de la mañana cuando empezó el cañoneo. La artillería patriota pretendió contrarrestarlo; pero además de su inferioridad numérica, sus proyectiles apenas alcanzaban á recorrer la mitad de la distancia que separaba ambas líneas. Por cerca de media hora se prolongó el fuego de la artillería, dando tiempo á que los flanqueadores españoles ganasen terreno, y se dispararon en este intervalo más de 400 tiros. La línea patriota á pesar de tantas desventajas, se hizo el objeto de la admiración del enemigo. Según declaración del mismo general español, ella soportó valerosamente el cañoneo que barría sus hileras, «manifestándose con tanta firmeza (son sus palabras) como si hubiese criado raíces en el lugar que ocupaba.» Nunca se ha hecho un elogio más grande de las tropas argentinas, y merece participar de él una animosa mujer de color, llamada María, á la que conocían en el campamento patriota con el sobrenombre de «Madre de la patria.» Acompañada de dos de sus hijas con cántaros en la cabeza, se ocupó durante todo el tiempo que duró el cañoneo, en proveer de agua á los soldados, llenando una obra de misericordia como la Samaritana, y enseñando á los hombres el desprecio de la vida.

Belgrano que había sabido inocular á sus soldados ese espíritu sublime de abnegación, esa disciplina que hace al hombre superior á la muerte, no estuvo en este día á la altura de sus tropas como inteligencia

militar. Sin embargo, no era hombre de desmayar, así es que, cuando cesó el fuego de la artillería enemiga, y su línea empezó á ponerse en movimiento, dió por su parte la señal del ataque general. La infantería patriota, á pesar de su inferioridad numérica, avanzó con denuedo, aunque no bien ordenada, á causa del barranco interpuesto que tuvo que atravesar, siendo recibida del otro lado de él, por los nutridos fuegos del enemigo ventajosamente posesionado. Asimismo siguió avanzando, y á medio tiro de fusil rompió el fuefo de mosquetería, con una decisión y una viveza, que hizo creer por un momento en la posibilidad de la victoria. Simultáneamente, con el avance de la infantería mandó Belgrano cargar á la caballería de la izquierda al mando de Zelaya, la que se lanzó impetuosamente lanza en ristre, aunque con algún desorden causado por las desigualdades del terreno. Como este era precisamente el ataque que temía Pezuela, había reconcentrado sobre su flanco derecho todo el grueso de su caballería, reforzándola hasta con su misma escolta; pero como esto no bastara para contener el ímpetu de 400 caballos, dispuso que dos batallones de infantería con 10 piezas de artillería sostuviesen sus débiles escuadrones. Zelaya se estrelló contra esta masa, sufriendo los fuegos cruzados de los dos batallones y como ciento cincuenta cañonazos á metralla que le dispararon las diez y ocho piezas enemigas en el espacio de pocos minutos, y tuvo que retroceder en desorden.

A la vez que iniciaba sus cargas la caballería patriota, la línea de infantería avanzaba á la bayoneta. En aquel momento sonó una descarga de fusilería casi á espaldas de la derecha: eran los flanqueadores enemigos, que posesionados del cerro en que ella se apoyaba, la tomaron entre dos fuegos, obligándola á ponerse en desordenada fuga antes de que tuviera tiempo para calar la bayoneta. El centro, que lo formaba el 6.°, se halló en el mismo caso, y siguió en dispersión el movimiento retrógrado de sus compañeros. La izquierda española se lanzó sobre los dispersos, ha-

ciendo grandes estragos en ellos y tomó gran número de prisioneros. El mayor Cano, comandante de cazadores, y el coronel Superi, jefes de los Pardos y Morenos, quedaron muertos al frente de sus batallones. La izquierda compuesta del 1.º que al principio había hecho flaquear el enemigo, tuvo que ponerse en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en fuga así que vió descubierto su flanco. Toda la infantería patriota habría quedado muerta en el fondo del barranco, si en aquel momento Zelaya, reorganizando sus destrozados jinetes, no los hubiese conducido nuevamente á la carga, paralizando la acción del enemigo, y dándole tiempo para que se salvase detrás del barranco. La caballería de la derecha al mando de D. Diego Balcarce y del mayor D. Máximo Zamudio, trasladándose al fin al costado izquierdo por orden del general, cooperó eficazmente á este objeto, aunque sin obtener ventajas positivas.

La batalla estaba perdida: no había ya que pensar sino en la salvación. Belgrano auxiliado de Díaz Vélez, y corriendo ambos serios peligros, se ocuparon de reunir algunos dispersos al abrigo del barranco, retirándose con ellos á las lomas pedregosas de que hemos hablado antes, y que se hallaban como á media legua del campo de batalla. Allí enarboló Belgrano la bandera del ejército y empezó á tocar reunión á la vista del enemigo. Este, quebrantado por tres largas horas de combate y por las pérdidas sufridas, dió tiempo al general patriota para que se le reuniesen como 400 hombres de infantería, y como ochenta de caballería. Todo lo demás se había dispersado ó quedaba en el campo de batalla: artillería, bagajes, parque, más de quinientos prisioneros, entre ellos gran número de oficiales; cerca de 200 heridos que cayeron en poder del enemigo y otros tantos muertos. El enemigo compró caramente esta victoria á costa de 500 hombres fuera de combate, de los cuales más de doscientos muertos y como 300 heridos.

Este contraste, más severo que el de Vilcapugio, fué debido en gran parte á la ciega confianza de Bel-

grano antes de la batalla, y á sus errores en el curso de ella; aunque entró por mucho la superioridad de las aguerridas tropas españolas, con mejores jefes y oficiales que los del ejército argentino, y sobre todo, la superioridad inmensa de su artillería. El cargo más serio que puede hacerse á Belgrano es, no haberse sabido aprovechar de las faltas de su contrario, atacándolo en la bajada de la cuesta; y después, no haber tomado ninguna disposición acertada para neutralizar las maniobras que dieron por resultado la derrota. Así, razón tenía hasta cierto punto Pezuela, al colocar los soldados argentinos más arriba de su general, cuando decía: «Las tropas de Buenos Aires »presentadas en Vilcapugio y Ayohuma, es menester »confesar que tienen una disciplina, una instrucción »y un aire y despejo natural como si fueran francesas; »pero si alguna vez volvieran á formar ejército con »ellas, como sean mandadas por Belgrano y Díaz Vé»lez, serán sacrificadas por pocas. Estos dos caudillos »no supieron hacer el menor movimiento, cuando »obligándolos yo á variar su primera posición, mar»chando con el ejército sobre su flanco derecho, ellos »que me esperaban por su frente, no dieron disposi»ción de tomar las alturas, por donde era conocida »mi dirección, no hicieron otro cosa que darme su »frente y hacer subir una nube de indios á una mon»taña de su espalda, que yo no necesitaba tomar.» El general Paz, no menos severo que Pezuela, señala estas mismas faltas; pero al mismo tiempo las explica diciendo: «Es preciso considerar que estábamos en el »aprendizaje de la guerra, y que así como era, el ge»neral Belgrano era el mejor general que tenía enton»ces la República. Estaba también falto de jefes, pues »los mejores por varios motivos estaban ausentes: no »tenía un solo hombre á quien pudiera deber un con»sejo, ni una advertencia: estaba solo, y solo llevaba »todo el peso del ejército.»

Pero si en la batalla pudo padecer la fama del general, mostrándose inferior al vencedor de Salta; en la retirada vuelve á reaparecer el héroe de alma gran-

de, el patriota de fe incontrastable, que no se rinde bajo los golpes del infortunio, y que continúa imponiendo al enemigo y domina á los suyos, por su tenaz resistencia y fortaleza de espíritu. Situado con la bandera en la mano en las asperezas de la montaña, rodeado de las miserables reliquias de su ejército, continuaba tocando reunión á los dispersos, en señal de que su general no los abandonaba. Mientras tanto, el enemigo vencedor avanzaba con la resolución, al parecer, de forzarlo en sus últimas posiciones. Aún faltaban como dos horas para que el sol se ocultara, y por lo tanto la retirada se hacía muy difícil y peligrosa. Entonces, llamando al coronel Zelaya, le ordenó que con los ochenta ó noventa hombres de caballería salvados de la derrota, se situase sobre el arroyuelo que dividía las líneas del campo de batalla, y contuviera al enemigo, mientras la infantería emprendía la retirada. D. Cornelio Zelaya era digno de recibir esta orden, y supo cumplirla de una manera que hará eterno honor á su memoria.

Aunque en aquel momento el arroyo llevaba poca agua, sus barrancas eran bastante elevadas y escabrosas, como lo son las de todos los cauces que bajan de las montañas, y que en tiempo de lluvias se convierten en torrentes. Sobre la margen ocupada por los patriotas, se alzaba un pobre rancho y un corral de piedra. Zelaya hizo echar pie á tierra á todos sus jinetes, y colocó una parte parapetada sobre la barranca y la otra sobre el corral. El permaneció á caballo corriendo de un punto á otro, sirviendo de blanco á los fuegos del enemigo, é infundía aliento con su energía mientras se aglomeraban cerca de 800 hombres sobre la margen opuesta. Por cerca de tres cuartos de hora sostuvo Zelaya su terrible posición, con pérdida de algunos hombres, y contestando el fuego de la fusilería enemiga con las tercerolas de los dragones. Gracias á esta resistencia, los restos del ejército patriota estaban salvos: habían ganado una hora de sol, y penetrado ya en los desfiladeros de la montaña, y antes de que pudieran ser alcanzados, la no-

che, protectora de los derrotados, les permitiría adelantar camino sobre sus perseguidores.

No contento Zelaya con haber salvado á sus compañeros, se obstinaba en mantener su posición á todo trance, á pesar de las reflexiones de sus compañeros y de la inutilidad de sus esfuerzos. Al fin, cediendo al imperio de las circunstancias ordenó la retirada, que se emprendió por distintos senderos escabrosos y en varias fracciones. La caballería enemiga al mando del perjuro Castro, atravesó inmediatamente el río, siguiéndole á la distancia los batallones de cazadores y partidarios. Zelaya con un puñado de jinetes siguió cubriendo la retaguardia, conteniendo al enemigo en los desfiladeros, y haciendo una heroica ostentación de su poca prisa en abandonar el campo del peligro. No todos los que le acompañaban tenían el temple fuerte de su alma, así es que á poco trecho sólo le acompañaban los capitanes Arévalo y D. José María Paz, con quince ó veinte soldados decididos. Tan encarnizado Castro en la persecución, como Zelaya en la resistencia, llegaron ambos á retarse á duelo singular, el cual se habría verificado sin la interposición de los oficiales, que no podían ni debían permitir tal imprudencia. Al fin, al ponerse el sol, cesó la persecución, y el coronel Zelaya, acompañado de un oficial y de su asistente, continuó lentamente su marcha, satisfecho de haber cumplido su deber.

Otros hechos que honran á la humanidad, y que realzan las nobles figuras de este cuadro, se realizaron en la retirada. D. Ramón Estomba, ayudante mayor de dragones, fué herido en la defensa del arroyo, de un balazo que le rompió el muslo. Dos obscuros soldados, indio misionero el uno llamado Alderete, y el otro Gaona, natural de Córdoba, se encargaron de su custodia, y no pudiendo salvarle de caer prisionero, se sacrificaron generosamente con él antes que abandonarle. El capitán D. José M. Paz que marchaba con el coronel Zelaya, al saber que su hermano don Julián había perdido su caballo en la retirada del arroyo, volviendo al frente del peligro y encima del

enemigo, consiguió salvar á su hermano abandonado por todos. Acciones como éstas son dignas de figurar en las páginas de la historia de un hombre como Belgrano, cuya grandeza consistió en ser superior al egoísmo, germen de todos los vicios, y profesar la abnegación, fuente de todas las virtudes.

En el día 15 llegaron los menguados restos del ejército patriota á la quebrada de Tinguipaya, ilustrada por la reciente hazaña de Tambo Nuevo. Allí acabó Belgrano de reorganizar sus rotos batallones sin permitir que se relajase en lo más mínimo la disciplina, y estableció el orden más severo para las marchas sucesivas. Al ponerse el sol se pasó la lista como de costumbre, y la mayor parte, muertos ó cautivos, no respondieron al llamado. Después de pasar lista, el general mandó formar cuadro, y colocándose en el centro como después de Vilcapugio, se rezó el rosario como de costumbre «en señal de que la derrota en »nada había alterado los deberes del orden y la dis»ciplina,» según las palabras de un testigo presencial. A los tres días de marcha (16 de noviembre) llegó Belgrano á Potosí al frente de su columna de derrotados. La recepción que le hizo el pueblo fué grave, digna y melancólica, como lo fué la actitud de los patriotas al penetrar por las calles que setenta días antes habían atravesado confiados en la victoria.

Belgrano concibió la idea de fortificarse en Potosí, pero tuvo que desistir de este intento en vista de las prudentes reflexiones que le hicieron sus principales jefes. El enemigo por otra parte no le habría dado tiempo para ello. Más activo esta vez que después de Vilcapugio, supo aprovecharse mejor de su victoria, mandando ocupar con 500 hombres y artillería la ciudad de Chuquisaca, y dirigió una columna de 800 hombres sobre Potosí, siguiendo muy luego Pezuela en su apoyo con todo el resto del ejército. El 18 evacuó el general la ciudad al frente de su pequeña columna de infantería, dejando á su mayor general con las reliquias de la caballería formada en la Plaza Mayor, con orden de hacer volar el gran edificio de La

Moneda, monumento de su antigua opulencia. Circunstancias independientes de su voluntad le impidieron llevar á cabo este bárbaro proyecto, cuya ejecución habría hecho más daño al crédito de la revolución que al enemigo, y cuya concepción indica ya el grado de exaltación de las pasiones revolucionaris. Ocho días después, la vanguardia enemiga ocupaba la ciudad de Potosí, y en la mañana del 19 continuaba su marcha en persecución de Belgrano, que seguía su retirada en dirección á Jujuy al frente de poco más de 800 hombres, últimos restos de los vencedores de Tucumán y Salta.

Al terminar el año de 1813, comenzado bajo tan gloriosos auspicios y terminado de una manera tan desastrosa, Belgrano se hallaba en Jujuy ocupado en organizar un nuevo ejército, y escribía á un amigo: «Las acciones de Vilcapugio y pampas de Ayohuma han »sido crueles, y casi he venido á quedar como al prin»cipio.» Estas palabras indican que estaba resuelto á volver á empezar, y que no consideraba sus contrastes sino como tiempo y trabajos perdidos que podían resacirse por la actividad. Así es que á pesar de hallarse atacado de tercianas, á los pocos días contaba con un ejército de mil ochocientos hombres, al mismo tiempo que llegaba á reforzarlo con el regimiento de granaderos á caballo el coronel D. José de San Martín, nombrado su segundo jefe. Entonces volvió á acordarse de Dorrego, á quien había echado tantas veces de menos, y le llamó á su lado, devolviéndole su antigua confianza. Nombróle jefe de retaguardia, y puso bajo sus órdenes una compañía de infantería montada, la caballería de línea que se hallaba en Humahuaca, con un escuadrón de granaderos á caballo que estaba próximo á llegar: en todo como 500 hombres. Con esta fuerza fué encargado de disputar el terreno al enemigo triunfante que avanzaba sobre Salta á marchas forzadas, misión que supo llenar cumplidamente como se verá más adelante.

Ansioso el general Belgrano por tener noticias exactas de las posiciones, fuerzas y planes del enemigo,

dispuso que el sargento de Tambo Nuevo, Mariano Gómez, se internase con 25 hombres más allá de la quebrada de Humahuaca, y hostilizando á los invasores, procurase tomar los conocimientos necesarios. Gómez avanzó hasta Cangrejos, donde se encontró con la vanguardia realista, que se componía del grueso de la caballería al mando de Castro. Desde ese punto se retiró Gómez con sus veinticinco hombres hostilizando á los enemigos día y noche; pero al llegar al pueblo de Humahuaca cayó desgraciadamente en una celada, y conducido á presencia de Castro, éste le ofreció la vida si prometía servirle con fidelidad. Gómez, que había pertenecido al ejército español, de cuyas filas desertó el año doce, antes de la batalla de Tucumán, contestó que no era capaz de traicionar á su patria ni á sus jefes. Puesto en capilla para ser fusilado al día siguiente, conservó siempre su altivez, sin que pudieran quebrarla los halagos ni las amenazas. Llegó el día fatal, y ya dentro del cuadro, y al tiempo de sentarlo en el banquillo, se le acercó un ayudante de Castro ofreciéndole nuevamente la vida si le prometía fidelidad. La respuesta del sargento de Tambo Nuevo fué digna de la hazaña que le había merecido este título. «Dígale usted al coronel—contestó,—que si quiere saber quién es Gómez, me mande quitar las prisiones, y entregándome mi sable me haga largar dentro de este cuadro. ¿Qué puede hacerles un hombre solo? Pues que haga la prueba, y verá que Gómez no puede servir contra su patria.» Poco después sonó una descarga y Gómez cayó bañado en su sangre, mártir obscuro de su fe política, sin pensar que algún día la posteridad recordaría su nombre con admiración.

Después de esta ejecución, Castro siguió su marcha á la cabeza de una columna ligera de 500 hombres, apoyando su movimiento el general Ramírez, jefe superior de la vanguardia, con tres batallones y ocho piezas de artillería. El 16 de enero del año 1814 llegó la vanguardia enemiga á Jujuy, á los ocho días de haber evacuado Belgrano esta ciudad con el grueso de

su ejército, encomendando á Dorrego el cuidado de subrir su retirada y defender el territorio hasta donde fuere posible. El jefe de la retaguardia patriota cedió la posición de Jujuy, no sin sostener algunos choques, y se replegó hacia Salta buscando la incorporación de un escuadrón de granaderos á caballo, que esperaba encontrar allí. En efecto, allí se le incorporaron estos nuevos soldados, cuyo porte marcial y actitud decidida inspiró á todos confianza.

Reconcentrada toda su fuerza, Dorrego se situó sobre los altos de San Lorenzo á inmediaciones de Salta, cuya posición la forman cuatro lomas continuas que se suceden formando anfiteatro. Allí fué atacado por los enemigos en número como de ochocientos hombres; y replegándose de una loma á otra más elevada, haciendo alternar hábilmente una doble línea de guerrilla, que relevaba cada vez que se ocultaba en uno de los bajíos, sostuvo un vivo fuego por el espacio de más de cuatro horas, con la pérdida de sólo cinco muertos, ocho heridos y un prisionero. Al anochecer, se retiró hasta el río Arias, cubriéndose por una cerrillada, después de haber impuesto al enemigo, y causándole una pérdida tal vez no menor de la que él había sufrido.

Desde Guachipas desenvolvió Dorrego un nuevo sistema de hostilidades, por medio de partidas volantes, que auxiliadas por la buena disposición del paisanaje, mantuvieron al enemigo en constante inquietud, logrando á veces algunas ventajas señaladas sobre él. La vanguardia realista se hizo más cauta en presencia de esta resistencia inesperada, y sin fuerzas para avanzar hasta Tucumán, se limitó á ocupar las ciudades de Salta y Jujuy, adelantándose tímidamente hasta el arruinado fuerte de Cobos. Las partidas enemigas que se aventuraban fuera de estos puntos, eran irremisiblemente sacrificadas por los gauchos, estos cosacos de la América, que se ensayaban para la heroica resistencia que más tarde debían hacer ellos solos á todos los ejércitos españoles que se atrevieron á pisar su territorio.

Belgrano mientras tanto, siguió replegándose con el grueso del ejército hacia Tucumán. A mediados de enero se le incorporó San Martín con los refuerzos que traía de la capital, y en consecuencia de órdenes superiores lo hizo reconocer por segundo jefe del ejército. Cerca de Tucumán le alcanzó una nota del gobierno, haciéndole saber que se le habían retirado las facultades de capitán general de provincia, y quedaba simplemente con las de comandante en jefe del ejército. Al llegar á Tucumán, recibió otro oficio ordenándole entregar el mando del ejército al coronel San Martín, á consecuencia de petición hecha por el mismo Belgrano, y volvió él á ocupar su puesto de coronel del regimiento 1.°. San Martín, como se verá más adelante, supo apreciar la abnegación y las grandes calidades de Belgrano, y desde entonces se profesaron recíproca amistad y admiración estos dos grandes hombres, los más grandes de la historia argentina.

El nuevo general dictó medidas acertadas para remontar el personal y la moral del ejército, á la vez que para darle mejor organización, especialmente á la caballería. Sistemando las hostilidades de los habitantes de la campaña contra el enemigo, cubrió perfectamente por medio de las partidas de milicianos voluntarios la línea del Pasaje, y pudo de este modo reconcentrar toda su fuerza de línea para disciplinarla mejor, ordenando en consecuencia á Dorrego se replegase al cuartel general.

Por este tiempo empezó á distinguirse el teniente coronel D. Martín Güemes, que fué quien relevó á Dorrego como jefe de vanguardia. Este caudillo, destinado á adquirir una gloriosa á la vez que triste celebridad, hacía parte entonces de la oficialidad del ejército auxiliar: y aunque educado y perteneciente á una notable familia de Salta, manifestó siempre una tendencia á halagar las pasiones de las multitudes para conquistarse su afecto, y dividirlas de las clases cultas de la sociedad, haciendo de ellas el pedestal de su elevación.

Era Güemes un arrogante oficial, que había empe-

zado su carrera en el batallón Fijo de Buenos Aires, batiéndose con honor contra los ingleses en las jornadas de la Reconquista y la Defensa el año VI y VII. Fué uno de los primeros hijos de Salta que tomó partido por la revolución, enrolándose en un cuerpo de voluntarios que se formó allí. Colocado al frente de una partida suelta, se anticipó en 1810 á los movimientos del ejército auxiliar de Buenos Aires que venía en marcha y adelantó sus correrías hasta el Alto Perú, prestando así servicios distinguidos, pero quedó en Tarija cuando en 1811 la expedición patriota penetró á aquel territorio. Rechazada ésta en las líneas de Cotagaita, tuvo que retroceder sin municiones, quebrada y perseguida, hasta que sabedor su general en jefe que 100 soldados de Buenos Aires y otros tantos Tarijeños, conduciendo ambos alguna carga de municiones venían á incorporárseles resolvió hacer pie firme en Nazareno ó Suipacha. El que conducía el convoy de Tarija, era el comandante de milicias con grado de capitán D. Martín Güemes, que hacía su aparición en la escena histórica. En tal clase, hallóse en la mencionada batalla de Suipacha, en que se salvó la revolución, promoviendo la insurrección del Alto Perú. Después de esto, Güemes regresó á Buenos Aires, donde permaneció agregado al estado mayor, asistiendo por un corto tiempo al segundo sitio de Montevideo, y hallóse por lo tanto ausente de su provincia natal durante las campañas de Tucumán y Salta sin concurrir á las del Perú. Hacía poco que había regresado á su provincia natal, cuando el general San Martín tomó el mando en jefe del ejército del Perú.

He aquí el retrato que de él hace el general Paz que le conoció particularmente: «Poseía esa elocuencia peculiar que arrastra las masas. Principió por »identificarse con ellas, adoptando su traje en la forma, pero no en la materia, porque era lujoso en un »sentido, y afectando las maneras de aquellas gentes »poco civilizadas. Cuando proclamaba, solía hacer re»tirar todas las personas de educación, y aun á sus

»ayudantes, porque sin duda se avergonzaba de que »presenciaran la impudencia con que excitaba á aque»llas pobres gentes á la rebelión contra la otra clase »de la sociedad. Este caudillo, este demagogo, este »tribuno, este orador, carecía hasta cierto punto del »órgano material de la voz, pues era gangoso; sin em»bargo tenía para los gauchos tal unción en sus pa»labras y una elocuencia tan persuasiva, que hubie»ran ido en derechura á hacerse matar para probarle »su convencimiento y su adhesión. Relajado en sus »costumbres, poco sobrio, hasta carecía de valor per»sonal, pues nunca se presentaba en el peligro. No »obstante, era adorado de los gauchos, que no veían »en su ídolo sino al representante de la ínfima clase, »al protector y padre de los pobres, como le llamaban; »y también, porque es preciso decirlo, al patriota sin»cero y decidido por la independencia, porque Güe»mes lo era en alto grado.» Tal era el hombre que poniéndose al frente de la resistencia popular contra los invasores, convirtió en soldados á todos los habitantes del país, y cooperó más eficazmente que las tropas regularizadas á paralizar las operaciones del enemigo, y encender en todos los corazones el entusiasmo por la revolución, neutralizando así el efecto de la reciente derrota de sus armas.

Como si las derrotas, en vez de quebrar, hubiesen dado nuevo temple á los resortes de la antigua energía, los pueblos dieron por todas partes señales de vida en el Alto y Bajo Perú, levantando con osadía el estandarte de la insurrección, y resistiendo á los vencedores con indomable coraje. El infatigable Arenales, gobernador de Cochabamba al tiempo de la batalla de Ayohuma, se replegó al Valle Grande después de aquella derrota, reunió á todos los partidarios de la montaña, y sosteniendo con ellos en su retirada el combate de Chilón, abrió comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra. Derrotado en el combate de San Pedrillo, atravesó la cadena oriental de los Andes, donde se rehizo, abriendo nuevas comunicaciones con los centros de insurrección por las fronteras del Chaco, apo-

yándose en Santa Cruz de la Sierra. Warnes, gobernador de esta provincia, pretendió desconocer la autoridad del nuevo comandante general, y salió solo con su fuerza al encuentro del enemigo, que destacó una gruesa división con el objeto de sofocar la resistencia; pero completamente batido con pérdida de su artillería en Las Horcas y Petacas, tuvo que refugiarse á la división de Arenales. Este jefe, tan intrépido como entendido, maniobrando hábilmente, esperó al confiado enemigo en La Florida, posición perfectamente elegida, y obtuvo sobre él un brillante triunfo (el 25 de mayo), en que quedó muerto en el campo el jefe español, salvándose tan sólo tres oficiales y nueve soldados de la división realista, aunque cayó Arenales con catorce heridas que le valieron más tarde el grado de general. Con esta victoria, conmovidos los pueblos de las márgenes del Pilcomayo hasta Chuquisaca y Cinti, y contando con el auxilio de los guerreros prometidos á Belgrano por el célebre Cumbay, Arenales se halló muy pronto á la cabeza de trescientos fusileros, cuatro piezas de artillería, alguna caballería y millares de indios aguerridos armados de hondas y de flechas, con los que amagaba la capital del Alto Perú, débilmente guarnecida.

No fueron estas las únicas dificultades que asediaron al enemigo por su espalda, impidiéndole llevar adelante su invasión. Poco después (el 3 de agosto de 1814)estalló en el Cuzco una terrible insurrección, que llegó á extenderse á Arequipa, Huamanga, Andahuailas, Puno y La Paz, derrotada unas veces y vencedora otras; y aunque al fin fué sofocada, contribuyó eficazmente, á la par de la resistencia opuesta en Tucumán y Salta, á hacer desistir al enemigo de su proyecto de invasión.

Estas resistencias tenaces, y estos movimientos de los pueblos, eran el resultado de la política y de los trabajos anteriores de Belgrano, quien había inoculado profundamente la revolución en los pueblos del Alto Perú, especialmente en los indígenas, que eran los más decididos; y que, contando con un triun-

fo que le negó dos veces la fortuna, había preparado la insurrección del Bajo Perú, como se ha explicado antes.

Mientras estos sucesos se desenvolvían por su espalda, el grueso de la vanguardia realista permanecía estacionada en Salta, sin atreverse á destacar fuerzas más allá de esta ciudad, donde el mismo coronel Castro perdió 45 prisioneros en un avance que hicieron sobre ella las guerrillas de Güemes. Todas las operaciones del enemigo en el espacio de tres meses se redujeron á avanzar con una fuerte columna hasta el punto de Cobos, con el objeto de reconocer el camino hasta el Pasaje. Esta operación fué confiada al coronel Guillermo Marquiegui, natural de Salta, como Castro, que igualmente se había decidido por la causa del rey, á la que prestó servicios de consideración. Las hostilidades que las guerrillas hicieron á los enemigos, los desalentaron en términos tales, que consideraron insensato el proyecto de adelantar un paso fuera de Jujuy; y divulgóse al mismo tiempo la voz de que el ejército patrio se preparaba á atacarlos en número de cuatro mil hombres, marchando fraccionado en dos divisiones por los caminos de Guachipas y Pasaje, en circunstancias en que San Martín tenía poco más de 2.500 hombres de pelea. Sin embargo, Ramírez, jefe de la vanguardia española, ignorante de lo que pasaba en el campamento argentino, se alarmó con aquella noticia, y á principios de abril pidió nuevos refuerzos á Pezuela. Este le remitió en el acto siete compañías de infantería y 4 piezas de artillería, con lo cual la vanguardia realista llegó á contar 3.200 hombres de buenas tropas, con 12 piezas de artillería.

En el siguiente mes de mayo, considerando Pezuela completamente dominada la resistencia de Arenales por el desastre de San Pedrillo y otras ventajas obtenidas sobre él por sus tenientes, se puso en marcha hacia Jujuy, seguido de dos batallones, con el objeto de avanzar hasta el Tucumán, y abrir comunicaciones con la plaza de Montevideo, para obrar en combina-

ción con ella, ó hacer por lo menos una poderosa diversión en su favor. El 27 de mayo llegó á aquella ciudad, y á mediados de julio se trasladó con todo su ejército á Salta, después de hacer practicar por su ingeniero un prolijo reconocimiento de todo el país, en cuya operación sufrieron hostilidades continuas y algunas pérdidas. Preparábase á abrir su nueva campaña sobre Tucumán, cuando llegó á su noticia la rendición de la plaza de Montevideo, de la que se habían apoderado los patriotas por capitulación del 20 de junio, mandando el ejército sitiador el general Alvear. Esta triste nueva, la del triunfo de Arenales en La Florida, su marcha consiguiente sobre Chuquisaca, y el estado alarmante que presentaban los pueblos del Bajo Perú, le hicieron suspender todo movimiento agresivo, y consultó al virrey sobre el repliegue del ejército á sus antiguas posiciones, tomando algunas medidas preventivas en tal concepto. El 23 de julio le contestó el virrey «autorizándolo plenamente para dis»poner el repliegue desde Jujuy hasta Cotagaita, y »aún más adelante si era menester, escogiendo todos »los parajes más defendibles que presentase el cami»no de las sierras; pero que en último evento no de»bería cederse sino palmo á palmo el terreno hasta »el Desaguadero, término de ambos virreinatos.» Tal era la vitalidad de la revolución: aún no hacía seis meses que habían sido destrozados sus dos mejores ejércitos en dos sangrientas batallas, y ya el orgulloso vencedor tenía que retroceder en presencia de los derrotados y ante la actitud decidida de las poblaciones alzadas espontáneamente.

En retirada ya el ejército español, recibió Pezuela la noticia de la revolución del Cuzco, que se prolongó muy luego entre sus soldados, llenándolos de desaliento. Fué en esta circunstancia cuando el coronel don Saturnino Castro, concibió el atrevido proyecto de sublevar el ejército realista y pasarse con él á las banderas de la revolución, á las que siempre debió pertenecer; pero habiéndose frustrado completamente su plan, fué preso y fusilado en el pueblo de Moraya,

y murió así á manos de sus antiguos correligionarios políticos, traidor á su patria y perjuro á su fe.

Pero antes que todos estos acontecimientos tuviesen su completo desarrollo, habían mediado entre San Martín y Belgrano algunos sucesos, dignos de ser recordados por la historia, los que hemos reservado para el capítulo siguiente, en el interés de no romper la unidad de la narración.

CAPITULO XXIV

Belgrano y San Martín.—Diplomacia

1814-1815

Concentración del poder ejecutivo.—Posadas es nombrado director supremo.—La masonería política.—Origen y progresos de la Logia de Lautaro.—Su influencia en la elección de Posadas.—San Martín y Alvear.—Primera entrevista de San Martín y Belgramo.—San Martín general en jefe del Perú.—Noble manifestación de Belgrano.—Palabras de San Martín.—Paralelo entre Belgrano y San Martín.—Abnegación de Belgrano.—Noble conducta de San Martín con él.—Trabajos de reorganización del ejército.—Dorrego y San Martín.—Elogio de Belgrano hecho por San Martín.—Belgrano es separado del ejército del Perú.—Error de esta medida.—Belgrano detenido en la villa de Luján.—Empieza á escribir sus Memorias.—Su correspondencia con el gobierno.—Se le permite pasar á Buenos Aires.—Estado del país en aquella época.—Belgrano y Rivadavia son enviados en una misión diplomática á Europa.—Sus instrucciones.—Su permanencia en Río de Janeiró.—Misión al Brasil de D. Manuel José García.—Exaltación de Alvear.—Propuestas que éste hace á la Inglaterra.—Los comisionados llegan á Falmouth.—Caída de Alvear.—Desaliento de Belgrano y Rivadavia.

La Asamblea Constituyente, al desenvolver su vasto plan de reformas, obedeciendo á la lógica de los principios, á las exigencias de los partidos y á las necesidades de la revolución, sancionó al comenzar el año 1814 una innovación trascendental. Tal fué la concentración del poder ejecutivo, que puso término á los gobiernos colegiados, que hasta entonces habían estado al frente de los destinos públicos. El mismo Triunvirato, compuesto de Rodríguez Peña, Larrea y Posadas, se dirigió á la Asamblea el 22 de enero, diciéndole que «la experiencia del mando y el conocimiento inmediato de las transacciones, le habían enseñado que para dar el impulso que requerían las empresas, y el tono que los negocios exigían, era indispensable la concentración del poder en una sola

»mano, dictando una constitución más análoga á las »circunstancias.» Después de dos días de largas discusiones, la Asamblea resolvió por fin con fecha 24 de enero, que el poder ejecutivo se concentrara en una sola persona, reformando en consecuencia el estatuto provisorio vigente, y dispuso además que se asociara al gobierno un consejo de estado compuesto de nueve vocales. En seguida, procedióse al nombramiento de la persona que debía ejercer el poder, y resultó por unanimidad de sufragios D. Gervasio Antonio Posadas, con el título de director supremo de las Provincias Unidas.

La concentración del poder ejecutivo, que tenía por objeto vigorizar la acción gubernativa, era un paso más dado en el sentido de la independencia. Los gobiernos colectivos que hasta entonces se habían sucedido unos á otros, no tenían un carácter definido, y parecían más bien llenar un vacío, que ejercer una autoridad nacional. La unipersonalidad del gobierno, por el contrario, variando la esencia de la autoridad, la acercaba á las condiciones republicanas, y hacía efectiva la responsabilidad de los mandatarios, le daba un título que rompía abiertamente con los precedentes monárquicos, nacionalizando más la representación del poder, y hacía más palpable el hecho de que el gobierno de la República era una emergencia de la soberanía del pueblo.

Antes que este gobierno se instalara, había salido San Martín con dirección al Perú; pero como el partido que creaba el directorio era el mismo que había exaltado al Triunvirato; y como por otra parte, Posadas heredaba las tradiciones del anterior gobierno, elevado bajo los auspicios de las sociedades secretas, puede decirse que este cambio no importaba una alteración en la política seguida hasta entonces. San Martín, que á la par de Alvear, había contribuído á fundar aquel orden de cosas por la resolución de 8 de octubre de 1812, deseaba después del triunfo de San Lorenzo, un teatro más vasto en que desenvolver sus talentos militares. Alvear, su colaborador en el mo-

vimiento, y no menos ambicioso de glorias y de poder, aunque sin el genio y la claridad de vistas de San Martín, deseaba igualmente una ocasión de elevarse, tomando una parte activa en la dirección de la guerra. Estos dos hombres, que habían hecho juntos la guerra de la Península contra los franceses, distinguiéndose en ella principalmente San Martín, fueron los primeros que introdujeron en Buenos Aires las sociedades secretas aplicadas á la política.

Las sociedades secretas compuestas de americanos, que antes de estallar la revolución se habían generalizado en Europa, revestían todas las formas de las logias masónicas; pero sólo tenían de tales, los signos, las fórmulas, los grados y los juramentos. Su objeto era más elevado, y por su organización se asemejaban mucho á las ventas carbonarias. Compuestas en su mayor parte de jóvenes americanos fanatizados por la teoría de la Revolución Francesa, no iniciaban en sus misterios sino á aquellos que profesaban el dogma republicano, dispuestos á trabajar por la independencia de la América. Estas sociedades, que establecieron sus centros de dirección en Inglaterra y España, tuvieron su origen en una asociación que con aquellos propósitos, y con el objeto inmediato de revolucionar á Caracas, fundó en Londres á fines del siglo pasado el célebre general Miranda, quien buscó sucesivamente el apoyo de la Francia, de los Estados Unidos y de la Inglaterra en favor de su empresa. Para cooperar á esta asociación de Miranda, formóse en los primeros años del siglo XIX, una vasta sociedad secreta, compuesta casi exclusivamente de americanos, que se había generalizado en España con la denominación de «Sociedad Lautaro ó Caballeros racionales», contando entre sus miembros algunos títulos de la alta nobleza española. En Londres estaba lo que podía llamarse el «Grande Oriente» político de la Asociación, y de allí partían todas las comunicaciones para la América. En Cádiz existía el núcleo de la parte correspondiente á la Península, y en ella se afiliaban todos los americanos que entraban ó salían

por aquel puerto. El primer grado de iniciación de los neófitos era el juramento de trabajar por la independencia americana: el segundo, la profesión de fe del dogma republicano. La fórmula del juramento del segundo grado era la siguiente: «Nunca reconocerás por »gobierno legítimo de tu patria sino á aquel que sea »elegido por la libre y espontánea voluntad de los »pueblos; y siendo el sistema republicano el más adap»table al gobierno de las Américas, propenderás por »cuantos medios estén á tus alcances, á que los pue»blos se decidan por él.» En esta asociación secreta, ramificada en el ejército y la marina, y que en Cádiz solamente, contaba cuarenta iniciados en sus dos grados, se afilió San Martín, casi al mismo tiempo que Bolívar; ligándose así por un mismo juramento prestado en el Viejo Mundo, los dos futuros libertadores del Nuevo Mundo, que partiendo de un mismo centro con idénticos propósitos, elevándose por iguales medios y á la misma altura, debían encontrarse más tarde frente á frente en la mitad de su gloriosa carrera.

El teniente de marina D. Matías Zapiola, que se distinguió después en las guerras de la revolución, y el capitán de carabineros D. Carlos María de Alvear llamado á brillantes destinos, se afiliaron con San Martín en la asociación de «Caballeros racionales». Estos tres oficiales, llegados á Buenos Aires en marzo de 1812, fueron los fundadores de la masonería política en el Río de la Plata. El primer trabajo de San Martín y Alvear al llegar á su patria, fué el establecimiento de la famosa logia conocida en la historia con el título de «Lautaro», la que debía ejercer una misteriosa influencia en los destinos de la revolución. Con el fin de gobernarla, sometieron á sus directores á la disciplina de las sociedades secretas, preparando misteriosamente entre pocos, lo que debía aparecer en público como el resultado de la voluntad de todos. Esto explicará algunas aberraciones que se notarán más adelante. La «Logia de Lautaro» cooperó eficazmente al movimiento de 8 de octubre: influyó podero-

samente en la elección del Triunvirato que fué su consecuencia; conquistó los principales miembros de la Asamblea, que se afiliaron en ella, y al finalizar el año XIII, era secretamente la suprema reguladora de la política interna.

San Martín y Alvear, auxiliados por la habilidad de Monteagudo, fueron por mucho tiempo los árbitros de la logia; pero esta buena inteligencia no podía ser de larga duración. Los amigos se convirtieron muy luego en dos irreconciliables enemigos. Diversas causas produjeron este rompimiento. La petulancia juvenil de Alvear, no podía sobrellevar con paciencia el ademán imperioso, la palabra incisiva y la voluntad de fierro de San Martín, convencido de su superioridad militar y que apenas notaba los pueriles celos de su competidor. Alevar, con calidades más brillantes, aunque menos sólidas que las de San Martín, podía sobreponerse á su antiguo amigo en las obscuras intrigas de la logia ó en el favor pasajero de una ciudad impresionable como la Atenas de la antigüedad. Esto tal vez le hizo creerse superior, al que desde entonces pudo considerar como su rival. Era el Alcibíades moderno, hermoso, inclinado al fausto y á la ostentación, fogoso en la tribuna, chispeante en el banquete, bravo si era necesario en el campo de batalla y devorado por la fiebre de la ambición; en presencia del Aníbal americano, tan astuto, tan reservado y tan lleno de fe en el poder de su espada como aquel héroe de la antigüedad cuya más notable hazaña debía imitar. Alvear tenía inspiraciones súbitas que deslumbraban como un relámpago. San Martín era el vaso opaco de la escritura, que guardaba la claridad en lo interior de su alma. Estos dos hombres eran los candidatos para generales, designados por la logia de Lautaro.

Omnipotente en la Asamblea, influyente en el gobierno, ramificada en la sociedad, la logia aspiraba á apoderarse del mando de las armas, para centralizar en sus manos todo el poder, moral y material de la República. Tal era también la ambición de San Martín y Alvear, aunque cada cual tuviera en ello distin-

tas miras. El segundo veía que el camino de la gloria militar era también el camino del gobierno, y esta tendencia egoísta de su ambición, podía estimularle á obrar grandes cosas, pero no á formar un héroe. El primero, aunque no mirase en menos el poder, tenía vistas más largas, propósitos más deliberados, aspiraciones más generosas: él buscaba para la revolución el camino de la victoria, porque la consideraba mal organizada y mal encaminada en el sentido militar. Así es que, cuando después de Ayohuma se pensó en Buenos Aires en remover á Belgrano del mando del ejército del Perú, Alvear se presentó como candidato; pero recapacitando sin duda, que era peligroso abandonar á San Martín la supremacía de la logia, cedió á éste el poco envidiable mando de un ejército derrotado. San Martín comprendió que se trataba de alejarle para anular su influencia, y se resistió al principio á aceptar: pero pensando quizá con más madurez, que luchaba en terreno desventajoso para él, y que en definitiva la supremacía sería del vencedor en los campos de batalla, se decidió á marchar al Perú, y abandonó á su rival el imperio de la logia. Alvear le acompañó hasta la salida de la ciudad, y al separarse dijo á sus amigos, riéndose alegremente: «Ya cayó el hombre.»

Alvear libre de la competencia de San Martín y dueño de la mayoría de la logia, aprovechóse de su ausencia para desenvolver sus proyectos ambiciosos. Fué en esta época que se acordó en los consejos secretos centralizar el poder ejecutivo en una sola persona, nombrando un director supremo para ejercerlo. Este elevado puesto halagaba la prematura é inexperta ambición de Alvear; pero sin bastante prestigio aún, sin un partido que lo apoyara fuera de la logia, sin títulos para mandar á los demás, hizo que los logistas, que eran al mismo tiempo los diputados que debían efectuar la elección, se fijasen en su tío don Gervasio Posadas, preparándose así el camino del poder para más tarde. En seguida, tomó el mando de general en jefe de las fuerzas de la capital; y muy

luego, el del ejército sitiador de Montevideo, á cuyo frente tuvo la gloria de rendir el último baluarte de la dominación española en el Río de la Plata, arrebatando este lauro al general Rondeau, á quien relevó en el mando, en momentos en que la rendición de la plaza era cuestión de hambre y de tiempo, á consecuencia del triunfo obtenido por la escuadra argentina sobre la española frente á la ciudad sitiada, en que quedó anonadado por siempre el poder naval de la España en las aguas y ríos superiores del gran estuario.

Antes de que tuviera lugar la rendición de Montevideo, de la cual se ha hablado ya en el capítulo anterior, se habían encontrado en Yatasto el general Belgrano y el coronel San Martín. Este, que había salido de Buenos Aires con el título de mayor general y segundo jefe del ejército, presentóse á pedir órdenes; y aquél le ordenó que regresara á Tucumán á ocuparse de la reorganización del ejército, é introdujera en él las reformas y mejoras de la táctica moderna. Belgrano, que después de dos derrotas consecutivas y postrado por la enfermedad, se consideraba física y moralmente impedido para continuar en el mando del ejército, se había anticipado á pedir al gobierno su relevo, fundando su renuncia en razones de conveniencia pública. Con este antecedente debió ver en San Martín un sucesor más bien que un subordinado.

El gobierno accedió á la petición de Belgrano, y éste contestó al oficio en que le fué comunicada la resolución, en términos dignos de él y de su sucesor. He aquí la contestación de Belgrano: «Al instante »que tuve la satisfacción de leer el oficio de V. E., »fecha 18 del corriente, por el que se ha dignado avi»sarme haber conferido el mando de general en jefe »al coronel de granaderos á caballo, D. José de San »Martín, permaneciendo yo á sus órdenes, á la cabeza »del regimiento 1.º; le dí á reconocer en la orden del »día, y en consecuencia fuí á rendirle los respetos de»bidos á su carácter. Doy á V. E. mis más expresivas »gracias por el favor y honor que me ha dispensado

»accediendo á mi solicitud; y créame que, si cabe el »redoblar mis esfuerzos por el servicio de la patria, »lo ejecutaré con el mayor empeño y anhelo, para dar »nuevas pruebas de mi constancia en seguir el camino »que me propuse desde que me decidí á trabajar por »la libertad é independencia de la América.»

San Martín, por su parte, al recibirse del mando (30 de enero) dirigióse al gobierno diciéndole: «Yo me »encargo de un ejército que ha apurado sus sacrifi»cios durante el espacio de cuatro años; que ha per»dido su fuerza física, y sólo conserva la moral; de »una masa disponible á quien la memoria de sus des»gracias irrita y electriza, y que debe moverse por »los estímulos poderosos del honor, del ejemplo, de la »ambición y del noble interés. Que la bondad de V. E. »hacia este ejército desgraciado se haga sentir, para »levantarlo de su caída.»

Es un espectáculo digno de atención de la posteridad el momento en que, dos hombres eminentes se encuentran en la historia á la sombra de una misma bandera; y si ambos llegan á comprenderse y estimarse, haciéndose superiores á innobles pasiones que impidan hacerse recíproca justicia, entonces la escena es tan interesante como moral. Tal sucedió con San Martín y Belgrano, los dos hombres verdaderamente grandes de la revolución argentina, y que merecen el título de fundadores de la independencia de su patria.

Existían muchos puntos de contacto entre San Martín y Belgrano, que eran dos naturalezas superiores destinadas á entenderse, aun por las mismas cualidades opuestas que daban á cada uno de ellos su fisonomía propia y original.

San Martín era un genio dominador, y Belgrano un hombre de abnegación. Obedecía el uno á los instintos de una organización poderosa, y el otro á los sentimientos de un corazón sensible y elevado. Empero, ambos, al aspirar al mando ó al profesar el sacrificio, subordinaban sus acciones á un principio superior, teniendo en vista el triunfo de una idea, sobreponiéndose á esas ambiciones bastardas que sólo pue-

den perdonarse á la vulgaridad. Belgrano tenía un candor natural, que le hacía confiar demasiado en la bondad de los hombres: San Martín, por el contrario, sin despreciar la humanidad, tenía ese grado de pesimismo que es tan necesario para gobernar á los hombres. Esto no impedía que San Martín admirara la generosa elevación de carácter de Belgrano; y éste, su tacto seguro y su penetración para juzgar á los hombres, utilizando en ellos hasta sus malas tendencias y aun sus vicios.

Ajenos los dos á los partidos secundarios de la revolución sin ser indiferentes á la política interna, nunca participaron de sus odios, ni se subordinaron á sus tendencias egoístas, manteniéndose siempre á una grande altura respecto de las cosas y los hombres que no concurriesen inmediatamente al triunfo de la revolución americana. Esta identidad de ideas sobre punto tan capital, les hacía naturalmente apasionarse por los grandes resultados que buscaban, y procurar que sus subordinados poseídos del mismo espíritu, se mantuvieran ajenos á las divisiones internas, para concentrar todos sus esfuerzos y toda su energía contra sus enemigos externos. Eran dos atletas que necesitaban una vasta arena para combatir, y el campo de la política interna les venía estrecho á sus combinaciones; así es que que los ejércitos de San Martín y Belgrano tuvieron la pasión de la independencia y de la libertad, y sólo fueron presa de las facciones el día que ellos faltaron á su cabeza.

Los dos poseían ese espíritu de orden y de disciplina, peculiar á los genios sistemáticos, que ven en los hombres instrumentos inteligentes para hacer triunfar principios y no intereses personales. El sistema de Belgrano, era austero, minucioso, casi monástico, y trababa hasta cierto punto el libre vuelo de las almas; «exigiendo, según la expresión de uno de sus oficiales, »una abnegación, un desinterés y un patriotismo tan »sublime como el suyo.» El de San Martín, por el contrario, aunque no menos severo, tendía á resultados generales, y obrando sobre la masa con todo el poder

de una voluntad superior, dejaba mayor libertad á los movimientos espontáneos del individuo.

San Martín había nacido para la guerra, con un temperamento varonil, una voluntad inflexible y una perseverancia en sus propósitos, que le aseguraba el dominio de sí mismo, el de sus inferiores y el de sus enemigos. Belgrano, débil de cuerpo, blando y amable por temperamento, y sin ese frío golpe de vista del hombre de guerra, había empezado por triunfar de su propia debilidad dominando su naturaleza, contrariando los sentimientos tiernos de su corazón, y suplía por la constancia y la fuerza de voluntad, las calidades militares que le faltaban. Ambos se admiraban: el uno por ese poder magnético que ejercen las organizaciones poderosas: el otro por la simpatía irresistible que despierta el hombre que sobrepone el espíritu á la materia.

Ardientes partidarios de la independencia, los dos estaban convencidos de la necesidad de generalizar la revolución argentina por toda la América, á fin de asegurar aquélla. Con gustos artísticos uno y otro, pues Belgrano era músico, y San Martín aficionado á la pintura, tenían algo de ese idealismo que poseen los héroes en los pueblos libres. Graves, sencillos y naturales en sus maneras, aunque en San Martín se notara más brusquedad y reserva, y en Belgrano más mesura y sinceridad, había de común entre ellos, que despreciaban los medios teatrales; y grande cada cual á su manera, se ayudaban y completaban mutuamente sin hacerse competencia. En San Martín había más genio, más de lo que constituye la verdadera grandeza del hombre en las revoluciones; pero en cambio, había en Belgrano más virtud nativa, más elevación moral; y si éste era acreedor á la corona cívica, aquél era digno de la palma del triunfador.

San Martín ha sido pintado por sus enemigos con colores muy distintos, y sus admiradores han descuidado darnos el trasunto de su fisonomía moral; así es que unos y otros han creído que entre Belgrano y él existió una rivalidad innoble; y aun dan por he-

cho que después de recibirse del mando lo despidió inmediatamente del ejército. Para honor de la especie humana nada de esto es cierto. Las relaciones de San Martín y Belgrano fueron siempre cordiales, entusiastas, llenas de lealtad; y ambos se hicieron en todo tiempo la más completa justicia. Los sucesos mismos, comprobados por documentos fehacientes, se encargarán de demostrar la verdad de este aserto.

Apenas recibido del mando, significó San Martín á la comisión nombrada para procesar á Belgrano por las recientes derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, la conveniencia de posponer la continuación de la causa á la reorganización del ejército, y escribió al gobierno en el mismo sentido. La comisión, dando cuenta de este incidente (23 de febrero de 1814), exponía al mismo tiempo que no había adelantado más el sumario por la desmoralización que resultaba de procesar á un general con mando, haciendo deponer contra él á sus subalternos; y daba á entender que tal vez se retraían de decir la verdad. Despojado del mando, y reducido á la modesta posición de jefe de un cuerpo, su sucesor, no menos generoso que él, no podía consentir sin deshonrarse en ser el instrumento de su humillación; pues debía comprender que el proceso se convertiría al fin en receptáculo de las calumnias de sus enemigos; así es que, desde entonces la causa se paralizó, no obstante que el gobierno con fecha 18 de marzo ofició al auditor de guerra que continuara hasta ponerla en estado de sentencia.

No fué esta la única muestra de deferencia que dió á su ilustre antecesor. Al tiempo de ocuparse de la reorganización del ejército, agregó al cuerpo de Belgrano todos los piquetes sueltos, confiándole así el mando de la masa de tropa más respetable del ejército, como al más capaz de instruirla y de moralizarla.

Sobre la base de los escuadrones de granaderos á caballo, que presentaba como modelo, y del regimiento 1.º mandado por Belgrano, San Martín se contrajo á la reorganización y disciplina del ejército, con toda

la energía de que era capaz. Introdujo en él las reformas de la táctica moderna, especialmente en el arma de caballería, abandonada hasta entonces á la vieja rutina de los veteranos, ó á la inexperiencia de los oficiales improvisados por la revolución; cambió el espíritu del ejército, permitiendo el duelo que Belgrano había prohibido bajo penas severas; pidió contingentes de reclutas á todas las provincias de su dependencia, especialmente de Santiago del Estero, mina inagotable de soldados, y fundó una academia para transmitir á los jefes de cuerpo el caudal de su ciencia y de su experiencia militar, iniciándolos con sus lecciones en los progresos que había hecho el arte de la guerra, con lo que llegó á reunir bajo sus banderas más de tres mil hombres sobre la base de los mil ochocientos que le había entregado Belgrano.

Con el objeto de dar un punto de apoyo á su tropa, ocuparla útilmente, impedir la deserción que se había pronunciado, y de instruir á los oficiales en los trabajos de la fortificación, emprendió la construcción de un campo atrincherado á inmediaciones de Tucumán. Este campo fué el que después se llamó la «Ciudadela de Tucumán», célebre en los fastos argentinos.

Ya se ha visto en el capítulo anterior que para uniformar la instrucción del ejército y sujetarlo á la misma regla, concentró en Tucumán toda la fuerza empleada en la vanguardia bajo las órdenes de Dorrego, confiando la guardia de la línea del Pasaje á las milicias del país, acaudilladas por Güemes. Falto de conocimientos en el país (como él mismo lo confiesa) consultó á Dorrego sobre esta medida, interrogándolo acerca de tres puntos: 1.° Si era útil la permanencia de la vanguardia para resguardar á Salta y hostilizar al enemigo. 2.° Si podría hacerse el mismo servicio con 100 hombres de línea y con las milicias del país. 3.° Si convendría encomendar á las milicias el impedir los merodeos del enemigo, encargándolas de observar sus movimientos. Dorrego contestó que no sólo era inútil sino peligrosa la permanencia de la

vanguardia donde se hallaba (Guachipas); «inútil» por falta de buenas cabalgaduras, y porque su objeto lo podían llenar 50 hombres; «peligrosa» porque para cubrir debidamente los puntos convenientes debía situarse en el Rosario, Chicuana ó El Bañado, y en tal caso con una marcha forzada del enemigo se vería atacada, sin poder evitar el combate antes de llegar á las cuestas, pudiendo ser cortada. Sobre estas bases expuso un plan de vigilancia, escrito con perfecto conocimiento de la topografía del país, el cual fué aprobado por San Martín en todas sus partes.

Incorporado Dorrego al ejército, no tardó en dar motivos de disgusto al nuevo general en jefe. En una de las sesiones de la academia de jefes que presidía San Martín personalmente, y á las cuales asistía modestamente Belgrano como coronel del regimiento 1.°, se trataba de uniformar las voces de mando. Belgrano por su calidad de brigadier general, ocupaba el puesto de preferencia, siguiéndole Dorrego por el orden de antigüedad. San Martín dió la voz de mando que debían repetir los demás sucesivamente y en el mismo tono. Al repetir la voz el general Belgrano, soltó la risa el coronel Dorrego. San Martín que no era hombre de tolerar aquella impertinencia, le dijo con firmeza y sequedad: «¡Señor coronel, hemos venido aquí á uniformar las voces de mando!»— y volvió á dar la misma voz como si nada hubiera sucedido; pero al repetirla nuevamente Belgrano, soltó otra vez la risa Dorrego. Entonces San Martín empuñó un candelero de bronce que había sobre la mesa que tenía por delante, y dió sobre ella un vigoroso golpe, profiriendo un voto enérgico, y con mirada iracunda dijo á Dorrego, sin soltar el candelero de la mano: «¡He dicho, señor coronel, que hemos venido á uniformar las voces de mando!» Dorrego quedó dominado por aquella palabra y aquel gesto y no volvió á reirse; y pocos días después fué desterrado á Santiago del Estero en castigo de su insubordinación.

Mientras tanto, el gobierno, impacientado al ver que no se adelantaba el proceso mandado levantar

á Belgrano, dispuso (en fecha 5 de febrero) que sin pérdida de tiempo se le ordenara pasar á la ciudad de Córdoba, entregando el mando del regimiento 1.° al oficial más antiguo. San Martín, lejos de aprovecharse de esta circunstancia para deshacerse de Belgrano, tomó sobre sí el no dar cumplimiento á la orden, y expuso (13 de febrero), que no podía llevarse á efecto sin grave riesgo de la vida del general, enfermo á la sazón de tercianas, añadiendo otros conceptos que honran tanto al uno como al otro: «He »creído de mi deber imponer á V. E. que de ninguna »manera es conveniente la separación del general Bel»grano de este ejército; en primer lugar, porque no »encuentro un oficial de bastante suficiencia y activi»dad que le subrogue en el mando de su regimiento; »ni quien me ayude á desempeñar las diferentes aten»ciones que me rodean con el orden que deseo, é »instruir la oficialidad, que además de ignorante y »presuntuosa, se niega á todo lo que es aprender, y »es necesario estar constantemente sobre ellos para »que se instruyan al menos de algo que es absoluta»mente indispensable que sepan.» Más adelante añadía: «Me hallo en unos países cuyas gentes, costum»bres y relaciones me son absolutamente desconoci»das, y cuya topografía ignoro: y siendo estos cono»cimientos de absoluta necesidad, sólo el general Bel»grano puede suplir esta falta, instruyéndome y dán»dome las noticias necesarias de que carezco (como »lo ha hecho hasta aquí), para arreglar mis disposi»ciones, pues de todos los demás oficiales de gradua»ción que hay en el ejército, no encuentro otro de »quien hacer confianza, ya porque carecen de aquel »juicio y detención que son necesarios en tales casos, »ya porque no han tenido los motivos que él para te»ner unos conocimientos tan extensos é individuales »como los que él posee. Su buena opinión entre los »principales vecinos emigrados del interior y habitan»tes del pueblo, es grande; que á pesar de los con»trastes que han sufrido nuestras armas á sus órdenes, »lo consideran como hombre útil y necesario en el

»ejército, porque saben su contracción y empeño, y »conocen sus talentos y su conducta irreprensible. Es»tán convencidos prácticamente que el mejor general »nada vale si no tiene conocimientos del país donde »ha de hacer la guerra, y considerando la falta que »debe hacerme, su separación del ejército les causará »un disgusto y desaliento muy notable, y será de fu»nestas consecuencias para los progresos de nuestras »armas. No son estos unos temores vagos, sino te»mores de que hay ya alguna experiencia, pues sólo »el recelo de que á su separación del mando del ejér»cito se seguiría la orden para que bajara á la capital, »ha tenido y tiene en suspensión y como amortiguados »los espíritus de los emigrados de más influjo y sé»quito en el interior, y de muchos vecinos de esta ciu»dad, que desfallecerán del todo si llegan á verlo reali»zado. En obsequio de la salvación del Estado, dígne»se V. E. conservar en este ejército al brigadier Bel»grano.» Páginas como ésta son las que hacen la gloria de la humanidad. Hay en ellas grandeza de alma de parte de uno y otro, y al mismo tiempo espontánea sencillez en la abnegación y en la generosidad recíproca.

En comprobación de los temores de San Martín, los principales emigrados del Perú, Salta y Jujuy, y algunos vecinos de Tucumán, elevaron al gobierno una petición, tal vez promovida por el mismo San Martín, en que haciendo los mayores elogios del nuevo general, pedían la reposición de Belgrano en el mando del ejército, y daban por razón que aquél no permanecería mucho tiempo al frente del ejército auxiliar del Perú. El gobierno, mal aconsejado, ordenó (marzo 1.º) que se llevara á efecto lo dispuesto, manifestando á San Martín su disgusto por haber demorado el cumplimiento de una orden superior. Belgrano abandonó en consecuencia el ejército del Perú, no despedido por San Martín como se ha dicho, sino arrebatado á su general, al amor del pueblo y á la admiración del ejército, que lloró su ausencia, tributándole el más

sincero homenaje de que puede ser objeto un hombre caído y perseguido.

La separación del general Belgrano del mando del ejército, fué un error y una injusticia; porque llamado San Martín muy luego á otras empresas, nadie pudo llenar el vacío que dejó. Belgrano, reemplazándole después de recibir sus lecciones, habría levantado el espíritu del ejército, contando con el respeto de sus soldados y la opinión de los pueblos, que sólo en él tenían confianza, á pesar de sus derrotas; salvando en todo caso la moral de sus tropas, que después le costó largos años de afanes poder restablecer.

Enfermo de cuerpo y espíritu, el desgraciado general emprendió su viaje. Al pasar por Santiago del Estero, donde se hallaba desterrado el coronel Dorrego, tuvo la amargura de que su antiguo amigo, el oficial de su ejército que más había querido, hiciese pasear por las calles de la ciudad un loco vestido con las insignias de capitán general: burla indigna y cobarde que deshonrará eternamente la memoria de aquel hombre, que con sus ligerezas deslucía sus cualidades, y que en esta ocasión no supo ni agradecer, ni perdonar, ni respetar al héroe en su infortunio. Con el corazón lacerado por este desencanto, llegó Belgrano á Córdoba, donde permaneció algún tiempo. De allí se trasladó á la villa de Luján, donde el gobierno le intimó se detuviera. Agravándose su enfermedad en este punto, pidió y obtuvo permiso para pasar en calidad de arrestado á una quinta inmediata á la capital, y en aquel retiro empezó á escribir sus Memorias para consolarse de sus recientes desgracias. Al mismo tiempo, su proceso se continuaba, y con este motivo decía al director en una carta confidencial que le escribía, que su defensa ante el consejo de guerra se reduciría á decir que nada sabía de milicia, y que á pesar de esto sus paisanos se habían empeñado en hacerlo general. Al fin, el gobierno mandó sobreseer en la causa, de la que por otra parte no resultaba ningún cargo serio contra él.

Mientras tanto, el año 1814 tocaba á su término.

Napoleón, el hombre del siglo, había caído, y esto permitía á la España disponer de sus recursos, para auxiliar á los que bajo el pendón real combatían en América desde Méjico hasta Arauco. Fernando VII, libre de su cautiverio y restiuído al trono de sus mayores, aprestaba en Cádiz una expedición de 15.000 hombres, destinada contra el Río de la Plata. La revolución de Chile sucumbía gloriosamente en Rancagua, y millares de emigrados atravesaban los Andes huyendo de la persecución del enemigo. En Quito el pendón republicano caía abatido. En Caracas se eclipsaba por el momento la estrella de Bolívar, y la revolución venezolana era sepultada bajo los humeantes escombros del pueblo de Maturín, bañados con sangre americana. En Méjico triunfaban por todas partes los realistas. Lima continuaba siendo el gran centro político y militar de la reacción, aunque amagada por la revolución del Cuzco de que se ha hablado ya, se disponía á reforzar el ejército de Chile con el objeto de atacar á las Provincias Unidas por la Cordillera, á cuyo pie disciplinaba el general San Martín unos cuantos reclutas, núcleo del inmortal ejército de los Andes, que debía llevar más tarde la bandera argentina hasta la línea del Ecuador. El horizonte se nublaba por el lado del Brasil, cuyo gobierno parecía dispuesto á cooperar con Fernando VII en su lucha con las provincias argentinas. En medio de tantos desastres y amenazas, sólo las Provincias Unidas del Río de la Plata permanecían de pie vestidas con las armas del guerrero; pero vertiendo sangre de sus heridas y destrozadas por las fracciones interiores.

La revolución argentina se hallaba en un momento crítico al terminar el año de 1814. Los malos elementos que hasta entonces habían concurrido al movimiento general, empezaban á manifestarse como las espumas que suben á la superficie del mar en medio de la tempestad. La lucha empezaba; la sociedad trabajada por la guerra, se descomponía, se disolvía; las ambiciones bastardas alzaban impúdicamente la frente; la virtud cívica se relajaba; el resorte de la auto-

ridad estaba destemplado; el espíritu militar se desmoralizaba; el tesoro estaba agotado; las ideas republicanas fluctuaban; y la fuerza moral de la revolución desvirtuada, no podía suplir á la fuerza física de que carecía.

Después de la rendición de Montevideo, las tropas argentinas que ocupaban la plaza, tuvieron que luchar con otro enemigo más temible que el que habían vencido: con los malos elementos internos en pugna con el orden; contra las masas semibárbaras de las campañas en pugna con los grandes objetos de la revolución. El famoso D. José Artigas, caudillo de la democracia semibárbara, que se había separado del sitio de Montevideo, desconociendo la autoridad nacional, mientras los patriotas estrechaban aquel baluarte de la dominación española, había conseguido insurreccionar contra el gobierno general los terriorios de Entre Ríos y Corrientes, elevados ya al rango de provincias. Desmoralizadas con el mal ejemplo del Paraguay y halagadas con las ideas de una mal entendida federación, que estimulaba poderosamente las ambiciones locales, y les prometía las ventajas de la independencia sin los sacrificios que ella exigía, aquellas provincias se habían puesto bajo la protección de Artigas. Santa Fe y Córdoba estaban próximas á seguir el ejemplo. Las demás provincias, profundamente conmovidas por el odio á Buenos Aires y al gobierno central, cooperaban indirectamente á los progresos del terrible caudillo, cebando así la fiera que debía devorarlos. No era una revolución social, aunque fuera un sistema precursor de ella: era una disolución sin plan, sin objeto, operada por los instintos brutales de las multitudes, reunidas bajo el pendón de la guerra civil, armados de la espada de Caín y de la tea de la discordia. Era una tercera entidad que se levantaba, enemiga igualmente de los realistas y de los patriotas, dispuesta á luchar indistintamente con todo lo que se opusiera á su expansión. Hasta entonces, este elemento había marchado aunado á la revolución; pero elemento heterogéneo á ella, se separó al fin, afectando formas propias

que lo hicieron aparecer como la subdivisión del gran partido revolucionario. La revolución que lo llevaba en su seno, sólo había servido para desenvolverlo, ó más bien, ponerlo de relieve. Al frente de este elemento se pusieron caudillos obscuros, caracteres viriles, fortalecidos en las fatigas campestres, acostumbrados al desorden y á la sangre, sin nociones morales, rebeldes á la disciplina de la vida civil, que acaudillaron aquellos instintos enérgicos y brutales, que rayaban en el fanatismo. Artigas fué su encarnación: imagen y semejanza de la democracia semibárbara, el pueblo adoró en él su propia hechura, y muchas inteligencias se prostituyeron á ella. Tal fué el progenitor de los caudillos de la federación en el Río de la Plata.

La autoridad nacional débil contra este nuevo enemigo, que tenía aliados en los mismos centros de la civilización, puso á talla la cabeza de Artigas, y dió así pretextos á la anarquía, á la vez que reveló su impotencia. Desde entonces su odio á Buenos Aires se convirtió en delirio. Ensoberbecido con su poder y su prestigio en las masas, exigió que se le entregase la plaza de Montevideo conquistada por los esfuerzos de las tropas que él había ostilizado; pues en su calidad de caudillo popular se consideraba dueño de todo lo que correspondiera á la banda oriental. La negativa produjo un nuevo rompimiento, y la guerra civil volvió á encenderse con encarnizamiento, mediando algunas cortas treguas, con ventajas alternadas por una y otra parte; y se distrajo en esta lucha estéril un ejército de tres mil soldados patriotas, que unidos á los del Perú, habrían llevado el terror hasta Lima, amagada en aquel momento por la revolución del Cuzco, y por la conjuración de Castro en el ejército de Pezuela, de que se ha hablado ya.

En tal estado el gobierno pensó seriamente en buscar aliados exteriores á la revolución, neutralizando por la diplomacia á las potencias que podrían declararse contra ella, y previniendo si era posible la expedición española que se anunciaba contra el Río de

la Plata. A este fin se resolvió mandar comisionados á Europa, con el objeto de negociar por medio de la Inglaterra el reconocimiento de la independencia, abriendo negociaciones con la corte de España para un arreglo pacífico; y tratar con la corte de Portugal en el Brasil, que se manifestaba dispuesta á intervenir en alianza con Fernando VII.

Cuando una revolución apela á la diplomacia buscando en ella la salvación, es señal evidente que empieza á perder la fe en sus propios recursos, y esto es lo que sucedió á la revolución argentina al finalizar el año XIV. El cansancio de la lucha, el espectáculo del desorden, los contrastes sufridos, la actitud amenazadora de la España y el aislamiento á que estaban reducidas las Provincias Unidas, eran causas bastantes para hacer desesperar á los más débiles, y hacer dudar del triunfo á los más fuertes; á lo que debe añadirse la fluctuación de las ideas políticas en los hombres pensadores que dirigían la revolución, lo que contribuía no poco á desmoralizar el espíritu público. Todos marchaban á la independencia y querían la libertad; pero diferían en cuanto á los medios de alcanzar una y otra, sin que se hubiesen fijado las ideas respecto de la forma de gobierno que debería adoptarse después de declarada la independencia. Las masas insurreccionadas querían la federación; pero la federación de los tiempos primitivos, sin más ley ni regla que la de los caudillos que habían elevado. Los hombres que en presencia de la anarquía, aspiraban á fundar la libertad sobre el orden, creían que la forma monárquica constitucional era la única que podía dar estabilidad á la revolución conjurando la tempestad que la amenazaba; y apoyaban esta idea los que por convicción simpatizaban con la monarquía. Al número de los monarquistas pertenecía el mismo director supremo, que solía decir en el estilo burlesco que le era peculiar: «¿Qué importa que el que nos haya de mandar se llame rey, emperador, mesa, banco ó taburete? »Lo que nos conviene es que vivamos en orden y que »disfrutemos tranquilidad, y esto no lo conseguiremos

»mientras seamos gobernados por persona con quien »nos familiaricemos.» Los demócratas, fieles á los principios proclamados por Moreno desde los primeros días de la revolución, preferían la libertad borrascosa á las ventajas de una paz comprada á costa de la dignidad humana; y ésta era la opinión instintiva de los ejércitos. Mientras tanto, la república era un hecho fatal, irrevocable, que se había producido espontáneamente, y que no podía destruirse sino reaccionando contra la revolución; ó imponiendo al país por la sorpresa ó la fuerza, un orden de cosas artificial, en pugna con sus tendencias y sus intereses.

Rivadavia y Belgrano participaron de estas influencias, y empezaron á dudar de la posibilidad de fundar la democracia sobre bases sólidas, en vista de los excesos de la democracia semibárbara, y de los prosélitos con que contaban las ideas monarquistas, sin que por esto se modificaran fundamentalmente sus creencias. Deseando lo mejor para su país, y persuadidos de que todo debía sacrificarse á la independencia, pensaban que para conseguir este bien debía aceptarse cualquiera forma que la asegurase, con tal que ella diera garantías á la libertad. Tal vez el conocimiento de este modo de pensar, influyó para que el gobierno se fijara en ellos, al nombrarlos en una misión cerca de las cortes de Inglaterra y España con el objeto de recabar de ellas el reconocimiento de la independencia, especialmente de la primera; haciendo á la segunda algunas concesiones transitorias, á fin de obtener una paz ventajosa si era posible, ó ganar tiempo en todo caso.

En una misión de esta naturaleza, las instrucciones no podían ser sino muy latas, y se dividieron en públicas y reservadas. Las ostensibles eran referentes á la España, y en ellas se encargaba á los comisionados presentaran al rey las quejas de la América contra la opresión y los vicios de los virreyes, limitándose á oir proposiciones, en el concepto de que todo arreglo debía reposar sobre dos bases esenciales: «dejar »en los americanos la garantía de lo que se estipula-

»se, y presentar lo pactado al examen de las provin»cias, en Asamblea de sus representantes.» En las instrucciones reservadas se prevenía á los comisionados, que su primordial objeto era «asegurar la independencia de la América,» negociando el establecimiento de monarquías constitucionales en ella, ya fuese con un príncipe español si se podía, ya con un inglés ó de otra casa poderosa, « si la España insistía en la dependencia servil de las provincias.» Estas instrucciones se condensaban, recomendando, «se tuviese muy »presente en el desempeño de la comisión, que las »miras del gobierno, sea cual fuese el estado de la Es»paña, sólo tenían por objeto la independencia polí»tica del Continente, ó á lo menos la libertad civil de »las provincias.» Para el logro de estos objetos les previno se pusieran previamente de acuerdo con lord Strangford, ministro británico en Río de Janeiro, y que procediesen en la seguridad de ser apoyados por el gabinete inglés.

Este quimérico proyecto de fundar monarquías constitucionales en América, debe juzgarse con relación á su época, y tomando en consideración las causas externas que precipitaban á los hombres pensadores de entonces en esa corriente de ideas artificiales. Las Provincias Unidas no habían proclamado aún ningún dogma político—puesto que no se habían dado una constitución, ni pronunciádose sobre la forma de gobierno, limitándose á organizar provisionalmente el poder, y realizar algunas reformas parciales,—y esto, agregado á los inminentes peligros que amenazaban á la revolución, hacía fluctuar las conciencias más firmes. El sentimiento democrático era general; pero era más bien un instinto que una convicción razonada; él fluía naturalmente del organismo social, y se había robustecido en la lucha; además la revolución había borrado todos los antecedentes monárquicos de las colonias españolas, dejando tan sólo en pie los elementos constitutivos de una democracia elemental, cuya energía se revelaba hasta en sus mismos excesos. El pueblo y la juventud era republicana, aun cuando no se diese

cuenta de sus creencias, ni remontara su inteligencia hasta la idea abstracta de un definido sistema de gobierno; así es que, lo que verdaderamente era popular, era la independencia, como hecho material más fácil de comprenderse por las multitudes. La parte ilustrada, que podía formar juicios más correctos, carecía de experiencia, y tenía ideas muy incompletas sobre derecho público, no habiéndose popularizado aún las instituciones de la república norteamericana. Educados bajo el régimen monárquico, sin más lecciones que las que les suministraba la historia de la Europa, y viendo triunfante por todas partes la causa de los reyes, la mayoría de los hombres ilustrados de aquel tiempo era monarquista, algunos por elección, otros porque la creían la única organización posible, y los más, porque la consideraban indispensable para asegurar la independencia y dar estabilidad al gobierno. Pero éste era un movimiento de ideas puramente artificial; los principios opuestos estaban escritos en la conciencia pública, bien que de una manera confusa; sólo comprendían el complicado sistema de la monarquía constitucional, los que lo habían estudiado en los libros, y éstos no iban más allá de Montesquieu, cuando no se extraviaban con Rouseau; la universidad de los ciudadanos no podía comprender sino lo que veía, es decir, el hecho palpable que había constituído la revolución, que era un sistema representativo popular, sin rey, sin jerarquías, y esencialmente democrático en su fondo y en su forma, y hasta por sus orígenes históricos.

Pero cuando empiezan las revoluciones, lo más difícil es tener la inteligencia de la conciencia pública, entidad misteriosa que escapa á la penetración de los mismos que participan de las tendencias de la mayoría; y esa inteligencia se forma primero en las masas que en los directores de un gran movimiento, porque creyendo éstos dirigirlo con ideas abstractas ó preconcebidas, no advierten que ellas pugnan con los hechos. Así es como muchas veces los grandes principios

se salvan en las revoluciones á despecho de la voluntad de los hombres.

Los dos comisionados, participando sin duda de estas ilusiones de los directores inteligentes de una revolución, cuyas tendencias invencibles no habían puesto á prueba, aceptaron la misión que se les encomendaba, y el 28 de diciembre de 1814, dieron la vela con destino á Río de Janeiro. Llegados á este punto, se les reunió poco después D. Manuel José García, nombrado comisionado confidencial cerca de la corte del Brasil, con el objeto de cooperar á sus trabajos. Por él supieron los notables cambios que habían ocurrido en las Provincias Unidas. Nombrado Alvear, general en jefe del ejército del Perú, había hecho preceder su marcha de algunos cuerpos militares de su devoción, con el objeto de afirmar su autoridad sobre bases más sólidas. Los jefes del ejército del Perú se pronunciaron desde luego contra este nombramiento, en el cual vieron tan sólo una maniobra de la facción dominante en la capital, que á toda costa pretendía elevar á su favorito mimado dándole ocasiones de brillar, como cuando se le puso al frente del sitio de Montevideo. Esto dió lugar á que el 17 de diciembre (1814) hiciese un movimiento militar, y diera el primer ejemplo de la desobediencia de un ejército á las órdenes del gobierno, exigiendo la continuación del general Rondeau en el mando. A consecuencia de este movimiento, Alvear en marcha hacia Tucumán, tuvo que retroceder precipitadamente á Buenos Aires. El director Posadas en presencia de esta nueva dificultad, renunció el mando (enero de 1815) por el año que le faltaba para cumplir su período, para «poder retirarse á su casa—decía, »—á pensar en la nada del hombre, y preparar con»sejos que dejar á sus hijos por herencia.» Aceptada la renuncia, fué nombrado Alvear para sucederle, quien á pesar de tener de su parte la logia y la asamblea, no contaba con el apoyo de la opinión pública, y tenía en contra de sí al ejército del Perú en declarada oposición, y al plantel del de los Andes dispuesto á seguir su ejemplo. Elevado al mando supremo á los veinti-

ocho años de edad, más por la influencia de una camarilla que por el voto público, se creyó sin embargo en aptitud de dominar la situación, y se contrajo á disciplinar el ejército de la capital, dando á su poder la base de un partido militar. Este paso insensato, que puede explicarse por la impaciente ambición de un joven sin bastante madurez en sus ideas, era tan indisculpable como el paso anárquico de los jefes del ejército del Perú. Así es que, Alvear subió al gobierno, sin plan, sin ideas, sin fe en la revolución, sin objeto hacia el cual dirigir sus esfuerzos, poniendo el poder al servicio de su ambición personal y gastó todo su tiempo y toda su energía en cimentar su precaria autoridad, en luchar con la opinión, contra las provincias, y contra la mayor parte de la fuerza armada que le negó abiertamente la obediencia. Para colmo de desdichas, las tropas argentinas se vieron obligadas á evacuar la plaza de Montevideo, dejándola á disposición de Artigas, que también se declaró contra el nuevo director supremo. Tal orden de cosas era violento, y Alvear lo comprendía: en presencia de las dificultades que él mismo había agravado, llegó á desesperar del éxito de la revolución, declarando á los pueblos impotentes para conquistar su independencia. A los quince días de haber subido al mando (el 25 de enero de 1815), firmaba de acuerdo con la mayoría de su consejo de Estado, dos notas escritas por su ministro don Nicolás Herrera, poniendo las Provincias Unidas del Río de la Plata á disposición del gobierno británico, y pidiéndole las salvase á pesar suyo de la perdición á que marchaban. Sin embargo, ostensiblemente perseveró en la política exterior iniciada por su antecesor, y nombró en consecuencia á García, comisionado confidencial en la corte de Río de Janeiro, al parecer para cooperar á los trabajos de Rivadavia y Belgrano; pero en realidad, para negociar con lord Strangford la alianza ó el protectorado de la Inglaterra.

García, provisto de instrucciones competentes, fué el portador de las dos notas de que se ha hecho mención. En la primera de ellas dirigida al ministro de

negocios extranjeros de la Gran Bretaña, el director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, después de hacer una tristísima pintura, que no carecía de verdad, de su estado físico y moral, las declaraba inhábiles «para gobernarse por sí mismas, y que »necesitaba una mano exterior que las dirigiese y con»tuviese en la esfera del orden, antes que se precipita»ran en los horrores de la anarquía.» Partiendo de esta base decía: «Estas provincias desean pertenecer á »la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su go»bierno, y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se aban»donan sin condición alguna á la generosidad y buena »fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto á sostener »tan justa solicitud para librarlas de los males que la »afligen.» Y terminaba: «Es necesario se apro»vechen los momentos, que vengan tropas que im»pongan á los genios díscolos, y un jefe plenamente »autorizado que empiece á dar al país las formas que »sean de su beneplácito, del rey y de la Nación, á cu»yos efectos espero que V. E. me dará sus avisos con »la reserva y prontitud que conviene para preparar »oportunadamente la ejecución.» La otra nota era dirigida á lord Strangford, y en ella, vaciando los mismos conceptos de la anterior le decía: «Ha sido nece»saria toda la prudencia política y ascendiente del go»bierno actual para apagar la irritación que ha causa»do en la masa de estos habitantes, el envío de diputa»dos al rey. La sola idea de composición con los espa»ñoles, los exalta hasta el fanatismo, y todos juran en »público y en secreto morir antes que sujetarse á la »metrópoli. En estas circunstancias sólo la generosa »nación británica puede poner un remedio eficaz á tan»tos males, acogiendo en sus brazos á estas provincias, »que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con »placer porque conocen que es el único medio de evi»tar la destrucción del país, á que están dispuestos »antes de volver á la antigua servidumbre, y esperan »de la sabiduría de esa nación una existencia pacífi»ca y dichosa. La Inglaterra que ha protegido la li»bertad de los negros en la Costa de Africa, impidien-

»do con la fuerza el comercio de la esclavitud á sus más »íntimos aliados, no puede abandonar á su suerte á los »habitantes del Río de la Plata en el acto en que se »arrojan en sus brazos generosos.» Estos documentos, producto de un momento de debilidad ó de desesperación del que se ilustró después con grandes servicios, encierran una terrible lección moral, porque ellos enseñan á los hombres públicos, que deben pensar y obrar bien en todas las circunstancias de su vida, pues el tiempo todo lo revela y ni aun las intenciones escapan al ojo perspicaz de la posteridad.

Don Manuel José García, portador de ambos pliegos cerrados, guardó el dirigido á lord Strangford, dando copia de él á los comisionados, y entregó á Rivadavia el dirigido al ministerio inglés.

García, que como la mayor parte de sus contemporáneos era monarquista, tenía las dos grandes pasiones de su época: el amor por la independencia y el odio á los españoles; así es que, aun cuando participara de las ideas de Alvear, en cuanto á entregarse á la Inglaterra antes que volver á pertenecer á la España, creía que ésta era la última extremidad á que debía apelarse, limitándose mientras tanto á buscar el apoyo de esta generosa nación. Aconsejado por Rivadavia á quien confió sus instrucciones, y comprendiendo la gravedad del paso, que según sus propias expresiones «podía teñirse con el colorido del crimen» resolvió no entregar la nota de Alvear, limitándose á pedir una conferencia á lord Strangford, en la que le manifestó: que las colonias españolas al declararse contra la metrópoli, habían contado con el apoyo de la Inglaterra «que había dado vida y libertad á la »Europa, sin ser detenida por la grandeza de los sa»crificios, ni por la magnitud de los protegidos; que »si ella no podía levantarse á pesar de esto en favor »de las colonias españolas, si circunstancias desgracia»das para ellas las destinaban á ser víctimas de sus »esfuerzos generosos y de su credulidad, las Provin»cia Unidas, sin acusar más que á su fortuna, toma-

»rían el partido que el tiempo les dejaba. Que procediendo las Provincias Unidas sobre principios uniformes de política, habían resuelto no proceder en este último lance sin anunciarle su resolución, para que »si los pueblos llegasen á ceder á sus desgracias, no olvidase la Nación Británica, que las Provincias Unidas »del Río de la Plata, abandonadas á sí mismas, defendieron sus derechos hasta el extremo, sin desmentir los principios adoptados con respecto á la Inglaterra.» Esto era ennoblecer hasta cierto punto una misión vergonzosa, que aunque no tenía en su tiempo la misma gravedad, atento el estado de desmoralización de la opinión pública, y la circunstancia de no haberse declarado aún la independencia, probaba falta de cualidades para salvar una grande revolución, de parte de los que la habían iniciado. Era además una verdadera traición á los intereses del país, cuya voluntad se invocaba mentidamente en la nota al gabinete inglés, pues á pesar de los peligros, á pesar del anuncio de la expedición de 15.000 hombres al mando de Morillo que se decía destinada al Río de la Plata, la decisión en favor de la resistencia era unánime. Pero no era tanto los peligros exteriores lo que turbaba la inteligencia y hacía flaquear el patriotismo de los políticos argentinos de aquella época, cuanto los peligros de la situación interna, en presencia de la anarquía que se levantaba terrible y amenazadora haciéndoles desesperar del porvenir. Así, el mismo García, que procuraba ennoblecer su misión, deteniendo bajo su responsabilidad una negociación tendiente á entregar las Provincias Unidas á la Inglaterra, decía á Strangford en su conferencia: «Todo es mejor que la »anarquía; y aun el gobierno español, después de ejercitar su venganza, y de agobiar al país con su yugo »de fierro, dejaría alguna esperanza más de prosperidad que las pasiones desencadenadas de pueblos en »anarquía.»

Muy luego se convencieron los comisionados que no debían contar con la Gran Bretaña en la lucha de las colonias españolas contra su metrópoli, y que lord

Strangford, muy decaído ya en su crédito para poder ser útil á las Provincias Unidas, carecía de facultades y tenía nuevas instrucciones de su gobierno, para obrar de acuerdo con la España en su guerra con la América.

Contristados con las recientes noticias del Río de la Plata, desalentados por este primer desengaño, alarmados por las ideas predominantes en el gobierno argentino, dejaron á García en la corte del Brasil comprometiéndose á proceder de acuerdo con él en sus negociaciones, y el 15 de marzo partieron de Río de Janeiro, y el 7 de mayo llegaron á Falmouth. De Falmouth pasaron á Londres, donde se encontraron con D. Manuel Sarratea, agente del gobierno argentino en Europa. En el acto procedieron á abrir sus pliegos cerrados, que tenían orden de no leer sino al llegar á aquella capital, y dentro de ellos encontraron sus diplomas y las instrucciones particulares, en las que se les prevenía debían obrar de acuerdo con Sarratea, pasando Rivadavia á España, y permanecer Belgrano en Londres en carácter de agente confidencial, juntamente con Sarratea. Al poco tiempo de hallarse los comisionados en Londres recibieron la noticia de la caída de Alvear, producida por un movimiento revolucionario de la capital, de todo lo cual se dará más adelante cuenta circunstanciada, explicando sus tendencias y resultados.

Aun cuando la elección para director supremo en el nuevo orden de cosas, recayese en el coronel D. Ignacio Alvarez y Thomas, pariente inmediato de Belgrano; y aun cuando tanto éste como Rivadavia tuviesen pocas simpatías por Alvear, una profunda melancolía se apoderó de ellos, porque preveían los males que aquellos trastornos y aquellos errores debían producir. Aquellas dos almas fuertes, lejos del teatro de los sucesos, privadas del aire de la patria, y sin los estímulos poderosos del combatiente en medio de la acción, flaquearon en aquel momento solemne, y llegaron á desesperar de los altos destinos de la revolución. Incapaces sin embargo de desertar la desgracia, Riva-

davia escribía desde Londres con fecha 29 de junio, al saber el estado alarmante de la capital: «No he recibi»do ni una letra de nuestro gobierno: tengo cartas de »Buenos Aires hasta el 3 de abril, que me dan alguna »luz sólo para atormentar mi alma.» Poco después, el 2 de octubre, escribía á D. Manuel José García: Us»ted sabe lo bastante acerca de nuestro juicio sobre el »nuevo Estatuto, mutación y violencias que han acae»cido en nuestra patria; usted sabe cuáles y cuán firmes son mis principios sobre este punto y su fatal »trascendencia. Las experiencias parece que tienen un »efecto contrario en la época presente,» terminando por hacer votos por la felicidad de los caídos.

Para colmo de dificultades, la vuelta de Fernando VII al trono, venía á complicar la situación respecto de las potencias extranjeras, y á colocar á la revolución en una posición falsa. Hasta entonces, los patriotas habían hecho la guerra á la España, sin pronunciarse contra el rey, y sin declarar la independencia, con la esperanza que el triunfo de la dinastía napoleónica en la Península desligase naturalmente la América de su metrópoli. La caída de Napoleón y la vuelta de Fernando VII hacía imposible perseverar en este sistema, y obligaba á los revolucionarios, ó á declarar la independencia, ó á negociar con el rey, al cual no habían cesado de reconocer, creyéndole destronado para siempre. Sin coraje para lo primero, aunque resueltos á no volver á someterse al antiguo yugo, los hombres que estaban al frente del gobierno de las Provincias Unidas se decidieron por un término medio, que sin definir precisamente la situación, tendía al primer resultado, reservándose adoptar otra combinación si él no era asequible.

Habiendo lord Strangford dirigídose al director Posadas, insinuándole la conveniencia de enviar diputados á Fernando VII, para proponerle bases de un arreglo pacífico, lo que indicaba que la Inglaterra cambiando de política, apoyaba á la España en sus cuestiones con la América, el Director contestó (12 de septiembre de 1812) prometiendo hacerlo así, pero advirtiendo

que «los pueblos de la Unión habían peleado por sus de»rechos; que ellos no habían sido los primeros en »entrar en la lucha; pero no podían verla concluir, »sin conseguir su libertad.»

Como la negociación con el rey de España era el objeto ostensible, y en realidad la Inglaterra era ó debía ser el eje de ella, acordó el Directorio mandar una misión cerca del gobierno británico, al mismo tiempo que al de España, fijándose para el efecto en Rivadavia y Belgrano. Ambos, que hasta entonces eran republicanos ardientes, y que habían trabajado eficazmente en el sentido de dar ensanche á la democracia, empezaban á concebir dudas respecto de la posibilidad de establecer la república sobre bases permanentes, según queda ya dicho.

Desalentados por los sucesos ocurridos en la patria lejana, y por los que en aquel momento tenían lugar en Europa, Belgrano y Rivadavia sólo pensaron en asegurar á todo trance la independencia de las Provincias Unidas. Animados de tan noble deseo, se persuadieron que sólo podría obtenerse este resultado haciendo concesiones á las ideas monárquicas, y se dejaron al mismo tiempo seducir por la astucia de un intrigante que abusó de su buena fe. Estos proyectos, en que comprometieron su nombre, que han esparcido sobre su fisonomía una sombra misteriosa, que han sido objeto de alabanzas y vituperios, deben ser examinados en su conjunto, con relación á su época y con presencia de todos los documentos que los ilustran. Éste será el objeto del capítulo siguiente.

CAPITULO XXV

Proyectos de monarquía

1815

Estado de la Europa á principios de 1815.—Mala disposición del gabinete inglés respecto de la América.—Tratado de Madrid entre la España y la Gran Bretaña.—Vistas de los comisionados sobre la política europea.—Proyecto para coronar al infante don Francisco de Paula en Buenos Aires.—Explicaciones sobre el alcance de este plan.—Motivos que determinan á Belgrano y Rivadavia á aceptarlo.—Fernando VII y Carlos IV.—Reflexiones sobre el establecimiento de la monarquía en América.—El conde Cabarrús.—Retrato de Sarratea.—Instrucciones dadas á Cabarrús.—Extracto de ellas.—Memorial dirigido por los tres comisionados á Carlos IV, pidiéndole la erección de un reino independiente en América.—Proyecto de Constitución redactado por Belgrano.—Proyectos de tratados con Carlos IV y el príncipe de La Paz.—El plan de los comisionados se frustra, y por qué causas.—Disidencia con Sarratea é indigna conducta de éste.—Escenas entre Belgrano y Cabarrús.—Elogio de Rivadavia por Belgrano.—Belgrano y Rivadavia se separan para no volverse á ver.

A la llegada de los comisionados á Londres, toda la Europa se hallaba conmovida por un acontecimiento extraordinario. Napoleón había abandonado su retiro de la isla de Elba á fines de febrero; y el 20 de marzo volvió á ceñirse la corona, que hacía poco había abdicado en presencia de las fuerzas aliadas posesionadas de París. Los soberanos de las potencias coaligadas contra Napoleón, que reunidas en Viena habían abierto sus conferencias el 3 de octubre de 1814, hicieron un paréntesis al arreglo del mundo, para desenvainar nuevamente la espada contra el enemigo común. La Europa entera se puso en armas otra vez, invocando el principio de la legitimidad. La Inglaterra era como siempre el alma de esta nueva coalición, y su causa identificada á la de los reyes contra los pueblos, le imponía el deber de adoptar una política

distinta de la que hasta entonces había seguido respecto de la emancipación de las colonias americanas. Por consecuencia, no podían llegar los comisionados en peor momento para negociar con la Inglaterra el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas. Aliada á la España, comprometida con los reyes, y dispuesta á sacrificar todo interés lejano á las ventajas que pudiese obtener en Europa, la Inglaterra debía hallarse poco dispuesta á reconocer la independencia de las colonias españolas, y mucho menos bajo la forma republicana, á la cual era abiertamente hostil.

Pero no eran estos los únicos obstáculos con que los comisionados tenían que luchar para decidir á la Gran Bretaña en su favor. Esta nación, que durante el cautiverio de Fernando se había mantenido neutral entre la metrópoli española y sus colonias, aparentando mediar entre ellas y las cortes reunidas en Cádiz, á fin de sacar las mayores ventajas posibles para su comercio, no vaciló un momento en sacrificarlas á las que le brindaba la vuelta de Fernando VII, el cual agradecido á la potencia que le devolvía el trono de sus mayores, nada podía negarle. En consecuencia, el día 5 de julio de 1814, firmóse en Madrid un tratado entre la España y la Inglaterra en que se estipulaba que «en el caso de que el comercio »con las posesiones españolas de América fuese abier»to á las naciones extranjeras, su Majestad Cató»lica prometía que la Gran Bretaña sería admitida á »comerciar con dichas posesiones á la par de la nación »más favorecida.» Poco después (el 28 de agosto del mismo año), se firmaban entre ambas potencias tres artículos adicionales al anterior tratado, estipulándose en uno de ellos que, «deseando S. M. B. que las dis»cordias que se habían suscitado en los dominios de »S. M. C. en América cesasen enteramente, y que »los súbditos de estas provincias volviesen á la obe»diencia de su legítimo soberano, se comprometía (la »Inglaterra) á tomar las medidas más eficaces para »impedir que sus súbditos proporcionasen armas, mu-

»niciones ú otro artículo de guerra de cualquier gé»nero que fuese, á los insurgentes de América.»

Los comisionados, en vista de la actitud de la Europa, de las ideas dominantes allí, y de los nuevos compromisos contraídos por la Inglaterra, se penetraron muy luego que nada tenían que esperar de ella. Así dice Belgrano en su informe sobre esta misión: «Nos acercamos á personas que podían instruir»nos, y hallamos conformes á todos en que la alian»za de los soberanos era la más estrecha que tal vez »habían presentado los siglos; que las miras de to»dos eran sostener la legitimidad, y que no había que »pensar en que tuviesen cabida las ideas de repu»blicanismo: que además, habían venido por el or»den de los sucesos y experiencia de veinticinco años en Francia, á reducirse á las de monarquía constitu»cional, teniendo ya este gobierno por el único, pre»sentado para sostenerlo el ejemplo de la Inglaterra.»

Este estado de cosas no era absolutamente incompatible con el reconocimiento de la independencia de las colonias españolas, siempre que Fernando VII se prestara á constituir en ellas una ó más monarquías independientes, coronando á un príncipe, que contase con el beneplácito de las potencias aliadas. Esto era hacer en América lo mismo que el Congreso de Viena se proponía hacer en Europa, modificando la geografía política de las casas reinantes. Esta idea empezaba ya á germinar en algunas cabezas, y contaba prosélitos aun entre los partidarios del principio legitimista. Por eso dice Belgrano en su precitado informe: «El »acelerar el reconocimiento de nuestra existencia po»lítica, ó mejor diré, el realizar ésta, pende del modo »en que se negocie con la España, para que ella sea »la primera en reconocerla; porque, el que la Inglate»rra ó cualquiera potencia lo haga, mientras las cosas »permanezcan como están en Europa, es del todo im»posible y no hay que esperarlo jamás, siendo contra »todos los principios que rigen á los soberanos, y han »proclamado del modo más enérgico, y sostendrán con »los mejores esfuerzos, habiéndoles llegado su época.»

En vista de estas consideraciones resolvieron los dos comisionados, que con arreglo á sus instrucciones, debía Rivadavia pasar á España á negociar con Fernando VII, sobre la base imprescindible del reconocimiento de la independencia que aquéllas les prescribían, quedando Belgrano y Sarratea en Londres para disponer al gobierno inglés en favor del plan que se ajustase. Comunicado este propósito á Sarratea, díjoles que de ningún modo debía pasar Rivadavia á España; pues tenía entre manos un plan de la más alta importancia, que debía dar por resultado el reconocimiento de la independencia americana, aun por las mismas potencias que podrían hacerle oposición.

Entonces les manifestó que había enviado un agente cerca del rey Carlos IV, á la sazón residente en Roma con su familia, con el objeto de recabar de esta corte desterrada su aquiescencia para coronar en Buenos Aires al príncipe don Francisco de Paula, hijo del monarca destronado.

Para comprender el alcance de este plan y los objetos que tuvieron en vista los que lo aceptaron, se hace necesario entrar en nuevas explicaciones respecto del estado de la política de la Europa en aquella época.

Los soberanos coaligados contra Napoleón habían desconocido siempre la validez de la abdicación y de las renuncias de Carlos IV, en Aranjuez y en Bayona, considerándolas como el resultado de la coacción. Por consecuencia, mientras Napoleón fuese dueño de la Francia, no podían dejar de reconocer en Carlos IV al legítimo soberano de España y de sus Indias. Después de la primera caída de Napoleón la situación no era la misma. Posesionado Fernando VII del trono español, asegurado éste del apoyo de Inglaterra, y sin que ningún interés moviera á los soberanos de la coalición á apoyar á Carlos IV contra su hijo, comprendió el monarca caído que no le quedaba sino resignarse á su destino; y en consecuencia, el 14 de enero de 1815, firmó en forma de declaración una especie de pacto de familia, por el cual cedía la corona

de España en favor de su hijo, bajo la condición de que se le asegurase una pensión de doce millones de reales al año; conservando durante su vida y la de su esposa, el título y las prerrogativas reales, como sagradas y anexas á sus personas en cualquier punto donde residiesen.

Este pacto, ratificado por Fernando el 4 de marzo, es decir, cuando Napoleón de regreso de la isla de Elba, marchaba triunfante sobre la capital de su imperio, perdía mucho de su importancia para los soberanos coaligados en presencia de la reaparición de aquel grande hombre en la escena del mundo. Este acontecimiento volvía á colocar á Carlos IV en situación ventajosa, dando nuevo vigor á las declaraciones anteriores hechas por sus aliados respecto de su abdicación y sus renuncias, de las que el pacto de familia no era sino un resultado.

Para ser consecuente con esas declaraciones y para mantener en todo su vigor el principio de la legitimidad por ellos proclamado, no podían dejar de reconocer en Carlos al legítimo soberano de España y sus Indias, temerosos de que se echase en brazos de Napoleón. En tales circunstancias, decían los comisionados: «Obtener de Carlos IV una declaración espon»tánea, hecha en virtud de su soberanía, por la que »separe á la América de la España, constituyéndola »en dos ó más monarquías constitucionales, absoluta»mente independientes, poniendo en ellas á sus hijos: »hacer que el mismo Carlos IV comunique esa reso»lución á los soberanos de Europa, y les pida que la »apoyen contra toda tentativa de su hijo Fernan»do VII; es conseguir de un golpe la independencia »de la América, neutralizar la hostilidad de los gobier»nos absolutos contra ella y poner por el hecho un tér»mino á la guerra.» El pensamiento, aunque quimérico por la forma de gobierno que se pretendía imponer á la América, é inconsistente por sus medios, no carecía de cierta amplitud política y manifestaba un perfecto conocimiento del estado de la Europa; pues es de creerse, que en presencia de la nueva situación y

de las ideas dominantes en los gabinetes de la coalición, los soberanos hubieran apoyado la petición de Carlos IV, incluso la Inglaterra interesada en disminuir el poder colonial de las demás naciones.

Esta idea fué un rayo de luz para los comisionados. Considerando que en el estado de la Europa nada tenían que esperar de sus gobiernos; que el reconocimiento de la independencia por ellos era imposible bajo la forma republicana; que una monarquía independiente no sería reconocida sino en tanto que emanase del principio de la legitimidad; que esto era difícil, si no imposible, obtenerlo del monarca reinante en España; y que por el nuevo camino que se les abría podían conciliarse todos los grandes objetos de su misión; resolvieron, después de maduro examen, adoptar el plan propuesto por Sarratea y continuar la negociación entablada con Carlos IV.

He aquí las razones de Belgrano al decidirse á cooperar con Rivadavia al plan de Sarratea: «Reflexionamos sobre la materia con aquel pulso y madurez que exigía: observamos por una parte el estado »en que habíamos dejado las Provincias y el de los »gobiernos que las regían; las disposiciones de la cor»te de España para atraer la guerra á nuestros paí»ses; la frialdad del gobierno inglés, ó no sé si me »atreva á decir enemigo de nosotros y de todos los »demás gobiernos de América: el interés que manifes»taba el resto de las potencias (incluyendo aun á los »Estados Unidos de América), en que nos conservemos »unidos á la España, con el designio de poder balan»cear el poder marítimo de la Inglaterra, aprovechán»dose de su misma indiferencia al favorecernos, ó »porque no está en sus cálculos de ventaja respecto »del continente europeo, ó porque en él ha obrado »por ideas enteramente contrarias, ó porque cree tal »vez que somos capaces de sostenernos por nosotros »mismos contra el gobierno español, y que demasiado »hace con no ayudarlo. Observamos la reacción que »se obraría en la familia de España con este hecho; »cómo se le cruzarán sus ideas en contra de la Amé

»rica con él, pudiendo nosotros apoyar el proyecto en »el derecho que nos asistía de escoger al Infante, lo »mismo que lo habían hecho los españoles escogiendo »á Fernando y despojando á su padre del reino: que »nombrando el padre á su hijo, el predicho Infante, »por su sucesor en las Provincias del Río de la Plata, »se declararía precisamente el gobierno inglés por el »pensamiento, así porque era nuestro y consiguiente á »los principios, porque obra en sus transacciones po»líticas en el continente de Europa, como porque en»tonces no teniendo disculpa para con su nación, que »está empeñada en nuestra independencia, y se em»peñaría más viendo que la imitábamos en su clase »de gobierno, se vería precisado á seguir sus votos; »que entonces habríamos llegado á aspirar y plantificar »la legitimidad de los sucesores; con lo que obligá»bamos á hacer callar no sólo á las potencias en contra »nuestra, incluso la de nuestra vecindad, quien pen»sábamos podía obligarse por enlace de una de las »hijas con el infante, para que nos favoreciese; te»niendo por último y lo más principal en vista, que »así desterrábamos la guerra de nuestro suelo; que »habría una persona en quien se reuniesen todas las »miradas, sin despertar celos entre quienes se con»sideran iguales, lo que siempre trae pasos retrógra»dos á la causa que sostenemos con la continua varia»ción de gobierno, y que al fin por este medio conse»guíamos la independencia y que ella fuese recono»cida con los mayores elogios, puesto que en Europa »no hay quien no deteste el furor republicano; é igual»mente, establecer un gobierno sobre bases sólidas y »permanentes, según la voluntad de los pueblos, en »quien estuviesen deslindadas las facultades de los »poderes, conforme á sus circunstancias, carácter, prin»cipios, educación y demás ideas que predominan, y »que la experiencia de cinco años que llevamos de re»volución nos han enseñado. Considerado, pues, todo »esto, y teniendo presente que de resistirnos, no sólo »obrábamos contra lo que la razón nos dictaba en tales »circunstancias, como único remedio á nuestra patria,

»sino que se atribuiría después á nuestra resistencia »su pérdida, y la preponderancia de la causa de los »reyes sobre los pueblos, nos resolvimos á entrar en »el proyecto, á favorecerle y prestarle todos los au»xilios que de nuestra parte estuviesen.»

Considerado del punto de vista de la política europea en aquella época, el plan era coherente con ella, y habría hecho honor á un diplomático de la escuela monárquica. Pero considerado del punto de vista de la política americana, era una combinación tan hábil como pueril, si como parece indudable la aceptaron seriamente. Los comisionados estaban, sin embargo, animados de las más puras intenciones, y como se deduce de las palabras de Belgrano, aceptaban y no elegían la forma monárquica, resignados á recibir la ley de los reyes, á trueque de salvar la independencia y fundar la libertad sobre una base cualquiera; y sobre todo, substraerse á la dominación española, asegurando al mismo tiempo la paz. Pero lejos del teatro de los sucesos, impresionados por el espectáculo que en aquel momento presentaba la Europa; viendo desacreditados los principios republicanos, triunfantes á los reyes, abatidos á los pueblos, fuerte á la España, y al parecer débil la revolución en todos los puntos de América, creyeron que el triunfo de la independencia americana dependía del reconocimiento que de ella hicieran algunas potencias europeas; sin advertir que las concesiones que hacían, aun dado el caso que el plan se realizara violentando el modo de ser de la América, creaban un orden artificial que debía producir nuevos trastornos. Aun cuando la monarquía constitucional contase con algunos prosélitos en el Río de la Plata, sólo las ideas democráticas eran verdaderamente populares, sólo la forma republicana era posible porque era la única orgánica. La igualdad de todas las clases era un hecho que se había producido espontáneamente, y todo sistema de gobierno que no se fundara en esta base, se pondría necesariamente en pugna con la sociedad en masa. La monarquía, fundándose sobre la desigualdad de las clases, en una

sociedad donde esta injusticia tenía que producirse artificialmente y por medios violentos opuestos á su índole, sería, ó un nuevo principio de división introducido en ella, ó un germen de disolución depositado en el seno del nuevo gobierno, ó una mascarada política. Por consecuencia, tal orden de cosas no podía plantearse sino por una especie de conquista del país, venciendo resistencias, creando un nuevo antagonismo, reaccionando contra los hechos conquistados y los principios reconocidos, y perpetuando el desorden que se pretendía evitar. Así, pues, el plan podía alucinar por un momento á hombres que miraban la revolución al través del prisma engañoso de la política europea, y confiaban más en la eficacia de las intrigas diplomáticas que en los esfuerzos generosos de los pueblos; pero la conciencia pública debía protestar contra él.

Cuando los pueblos revolucionarios fían á los diplomáticos la solución de sus grandes cuestiones, rara vez son éstos los intérpretes del sentimiento y de las necesidades públicas; sobre todo obrando á la distancia y en circunstancias tan difíciles como las de la América en 1815. Si Franklin, en situación no menos crítica para su país que la de las Provincias Unidas en aquella época, pasó á Europa á buscar el apoyo de los reyes absolutos en favor de la libertad y de la independencia de la América, y dominó la política europea con ventaja para su causa; fué porque se presentó á ella como el representante de una voluntad nacional declarada, de un pueblo que se había proclamado independiente á la faz del mundo, y que reconocía un dogma político. No le era permitido hacer concesiones en cuanto á los principios fundamentales de la revolución de las colonias inglesas, y podía, por lo tanto, explotar en favor de los objetos de su misión las divisiones de los gabinetes europeos. La situación de los diplomáticos argentinos era distinta, tanto respecto de su país como respecto de la Europa. Las colonias españolas buscaban la independencia; pero aún no la habían declarado; profesaban un dogma político pero no lo habían proclamado. No eran para el resto del mundo

sino colonias rebeladas contra su metrópoli. Su revolución era una revolución sin carácter definido, sin principios confesados; bien que sus tendencias fueran esencialmente democráticas aun cuando las ideas de muchos de sus directores fueran monárquicas. De aquí la fluctuación de las ideas, la desmoralización de los principios y la falsa posición en que se hallaron los comisionados encargados de negociar la paz con la metrópoli sobre la base de la independencia; y de negociar el reconocimiento de la independencia con las demás potencias europeas, sobre la base de los principios por ella sostenidos. Estos resultados no podían alcanzarse sino haciendo grandes concesiones, que los pueblos resueltos á la lucha se negarían indudablemente á ratificar, porque eran contra sus intereses y contra sus ideas dominantes, y hasta contra sus instintos. Así, pues, los comisionados tenían que resignarse, ó á no hacer nada, ó á hacer concesiones, y se decidieron por lo último; porque en tan extraño teatro, tan lejos de la patria y bajo la presión moral que ejercía sobre ellos el espectáculo de la Europa, no podían colocarse en lugar de los combatientes del hemisferio opuesto, y proceder con la energía revolucionaria de un pueblo decidido al último sacrificio.

Para dar su adquiescencia al plan de Sarratea, los comisionados tuvieron que «interpretar latamente las instrucciones» según confesión del mismo Belgrano; pero antes de comprometerse quisieron tener una conferencia con el agente de Sarratea.

Era éste el conde de Cabarrús, hijo del personaje del mismo nombre que ilustró el reinado de Carlos III, y que muy inferior á su padre, no pasaba de ser un hábil intrigante. Hallábase á la sazón proscripto por Fernando VII, por haber sido uno de los gentileshombres del rey José Bonaparte, habiendo sido antes partidario del príncipe de La Paz, en la época de su valimiento. El les informó, que había tenido varias conferencias secretas con los reyes padres en Roma, é indicándoles la conveniencia de erigir un reino independiente en América en favor de su hijo; que la rei-

na María Luisa y el príncipe de La Paz habían acogido la idea con entusiasmo, manifestándose Carlos IV favorablemente dispuesto aunque no completamente decidido; y añadía haber dicho la reina: «que quisie»ra ó no el rey, el príncipe se pondría en marcha lue»go que el conde volviese con proposiciones formales.» Que por lo tanto, no dudaba que si esas proposiciones se hacían por los comisionados, se arribaría á un arreglo definitivo; é insinuó por último, que el príncipe de La Paz le había indicado la necesidad que tendría de que se pusiesen algunos fondos á su disposición, con el objeto de trasladarse á Inglaterra, y evadir la persecución que creía consiguiente á la desaparición del infante.

Sobre esta efímera base fundaron los comisionados su gigantesco proyecto de plantificar la monarquía constitucional en América, obtener de la Europa el reconocimiento de su independencia y hacer la paz con la España. Rivadavia, incubando sobre la idea fundamental, fué el que le dió estas vastas proporciones, pues su genio con tendencias á lo grandioso, no podía encerrarse en los estrechos límites de una intriga: necesitaba espacio en que dilatarse. Belgrano, á quien el espectáculo de la libertad inglesa amparada por las formas monárquicas, había impresionado profundamente, fijando sus irresoluciones, aceptó todas las ideas de Rivadavia con el mismo candor y buena fe, y puso ambas manos á la obra sin pérdida de tiempo.

Sarratea, carácter versátil, talento de conversación epigrámica, verdadero especulador político, que no carecía de habilidad ni de alcances, era tal vez el que menos se alucinaba respecto de la realización y conveniencia del proyecto, á pesar de ser su verdadero autor. Entraba en él como en una aventura interesante, arrastrado en parte por su inclinación á la intriga, y principalmente por intereses sórdidos. Este personaje que ha jugado en la revolución los papeles más opuestos, ha sido retratado por un contemporáneo enemigo suyo, con rasgos que no carecen de verdad. «Era

»—dice,—un hombre sin probidad, pero bastante ejer»citado en el arte de encubrir las lepras de su alma; »que unía una dulzura insinuante y donairosa á un »genio desapiadado: la flexibilidad de un cortesano »al orgullo y altivez de un jefe de partido: las apa»riencias de un patriota celoso al egoísmo más refi»nado; en fin, una duplicidad de carácter, que hacía »su odio ó su amistad igualmente peligrosas, y un »aire de buena fe que engañaba á los más prevenidos.» Cabarrús lo que quería y necesitaba por lo pronto, era dinero, y se comprometía en el proyecto como en una especulación, lisonjeándose tal vez con la esperanza de ser uno de los próceres de la futura monarquía, si la empresa se realizaba.

La participación de Belgrano y Rivadavia ennobleció el proyecto, y le dió un significado político, tendiente á la emancipación de la América y al establecimiento de un régimen de libertad. Ellos sacaron la negociación de los caminos tortuosos de la intriga palaciega, y aunque pagaron su tributo al error, colocáronse en terreno más ventajoso, tomando una actitud más digna. Poseídos de la idea y animados por tan nobles sentimientos, se ocuparon ambos en redactar los documentos de que el Conde debía ser portador.

Las instrucciones que dieron al conde Cabarrús, aunque llenas de prevenciones triviales, y concesiones que comprometían algún tanto su dignidad, manifiestan que los comisionados ni desesperaban de la independencia de la América, ni estaban dispuestos á sacrificar su libertad en cambio de un trono. «Si contra »lo que es de desear—decían en ellas,—vacilase S. M. »(Carlos IV), ó manifestase deseos de desviarse del »plan propuesto para llevarlo á efecto, alterando al»gunas de las partes esenciales que lo constituyen, el »conde se halla muy particularmente encargado de »emplear cuantos medios sugiere la persuasión para »convencer de la necesidad de conformarse con los »medios adoptados para su ejecución. La conciencia »de S. M. debe aquietarse con la consideración de »que la medida que adopta, no causa desmembración

»de los dominios de la Corona, porque ésta es inevi»table ya. Cuando el gobierno de España no puede »conservar en la obediencia provincias que poco antes »lo estaban, porque el fuego de la disidencia se ex»tiende con la voracidad del volcán, ¿puede conside»rarse practicable nueva conquista en aquel vasto »continente? Y aun cuando quisiera admitirse por un »momento que la España posee los tesoros y flotas ne»cesarias para repetir aquel envío sucesivo de tropas, »que requiere una empresa tan vasta, y que esta gue»rra se emprendiese bajo los auspicios más favora»bles, ¿el último ejemplar de España no suministra »un ejemplo práctico de la dificultad insuperable pa»ra un ejército de subyugar una nación entera, cuan»do tiene que contender con toda ella? Considérese, »pues, la perspectiva con que entraría la España en »la conquista de un país cuyas tropas no han dejado »de triunfar ni una sola ocasión, sobre las que ha he»cho pasar allí el gobierno de la Península; donde »cinco mil hombres de línea no han podido siquiera »defender la plaza de Montevideo, sostenida además »por una escuadrilla de buques mayores y menores, »y cuando al mismo tiempo el gobierno de Buenos »Aires ha sostenido la guerra á quinientas leguas de la »capital, y obtenido ventajas sobre la tropa del vi»rrey de Lima. Este empeño sin duda será ruinoso, »y el obstinarse en él, quizá mortal para España.» A continuación de estos varoniles conceptos se leen estos otros que manifiestan su desencanto respecto del porvenir de la América: «La medida que se trata, »considerada ya política, ya filosóficamente, no ofre»ce sino resultados favorables para los países respec»to de quienes refluye más directamente. Tales son »hacer cesar un consuno estéril de sangre y todos los »estragos de una guerra civil; poner un dique á la »desmoralización de los pueblos, y retroceso que es »consiguiente á la civilización de un país naciente; »salvar la dignidad de la corona ajada con las doctri»nas y declaraciones del gobierno popular de España, »cuyo funesto ejemplo habría cundido en nuestros paí-

»ses, sin el empeño sostenido de sus gobiernos en »impedirlo; dar un testimonio público á la lealtad de »aquel hemisferio y del humano y paternal designio »de S. M. en adoptar la única medida que puede sal»var á los pueblos de las calamidades de la anarquía »á que van caminando, si continúan por más tiempo »entregados á sí mismos.» Esto importaba declarar inhábiles á los pueblos americanos para gobernarse por sí, y de fundar un orden regular sin auxilio extraño.

En el memorial dirigido á Carlos IV, y de que el conde debía ser portador, sirviéndole de credencial, presentaban una reseña histórica de la revolución argentina, y después de hacer ascender las fuerzas de Buenos Aires á 11.000 veteranos, 8.000 voluntarios de infantería y 14.000 hombres de caballería, con doscientas piezas de artillería, sin contar las del Perú, del ejército de los Andes, y las del Estado Oriental; protestaban desconocer la revolución de Aranjuez que había elevado á Fernando VII al trono; y le pedían, como al soberano legítimo cediese en favor de su hijo el dominio y soberanía de las Provincias del Río de la Plata, erigiéndolas en reino independiente, sobre las bases de la constitución que al efecto le proponían y que previamente debía jurar.

El proyecto de constitución redactado por Belgrano, era vaciado en el molde de la constitución inglesa, y constaba de siete secciones, estatuyendo brevemente en cada una de ella las reglas y principios fundamentales de la proyectada monarquía, siempre sobre la base indeclinable de la independencia y la libertad. Por esa constitución se establecía el nuevo reino con la denominación de «Reino Unido de la Plata, Perú y Chile»; se declaraba la inviolabilidad del monarca; instituíase una nobleza sin privilegios, y á la que todos los individuos podían optar; se organizaba el Cuerpo Legislativo en dos Cámaras, una de nobles, y otra de diputados con la plenitud de facultades que son propias á un país libre; se estatuía sobre la responsabilidad de los ministros, sin cuya fir-

ma ningún acto del rey era válido; sancionábase la independencia del poder judicial, sus garantías y responsabilidad, terminando con varias declaraciones generales, una de las cuales decía así: «A más del re»parto proporcionado y uniforme de todos los cargos y »servicios del Estado, de la opinión de todos á la no»bleza, empleos y dignidades, y del común concurso »y sujeción á la ley, la nación gozará con derecho de »propiedad inalienable, la libertad de culto y de con»ciencia, la libertad de imprenta, la inviolabilidad »de las propiedades y seguridad individual, en los tér»minos que clara y distintamente acuerde el Poder »Legislativo.»

Además de estos documentos, el emisario era portador de dos proyectos de tratado ó más bien contratos, firmados por los tres comisionados y con el sello de la legación. Por uno de ellos aseguraba á Carlos IV «que en el caso de que la corte de Madrid re»sentida por la institución de un reino en las Provin»cias del Río de la Plata, y cesión consiguiente á su »hijo el infante D. Francisco de Paula, retirase ó sus»pendiese las asignaciones que le estaban acordadas, »sería inmediatamente asistido con una suma igual en »dinero efectivo, sufragándose á la reina las mismas »asignaciones por vía de viudedad.» Por el otro se aseguraba al príncipe de La Paz, «en justo reconocimien»to de los buenos y relevantes servicios para con las »Provincias del Río de la Plata, la pensión anual de »un infante de Castilla (cien mil duros al año) duran»te toda su vida, y con el júro de heredad para él y »sus sucesores habidos y por haber.»

Provisto de estas instruciones y documentos, y bien provisto del dinero necesario, salió el conde de Cabarrús de Londres á fines de junio, y llegó á Roma en circunstancias en que la Europa se hallaba bajo la impresión de la batalla de Waterloo ocurrida el 18 del mismo mes (1815). Este acontecimiento hacía fallar el plan por su base. Privado Carlos IV del apoyo de la Francia, con el cual contaba en caso necesario, si era desatendido por los reyes de la coalición; y caído

Napoleón, cuya presencia le era sumamente útil para inclinar á los aliados en su favor, de esperarse era que el destronado rey se negara á dar el avanzado paso que se le proponía, y que debía comprometerle ante la corte de España, de la cual dependía su subsistencia. Así sucedió. Temeroso de su hijo, mejor apoyado que él después de Waterloo; no contando por consecuencia con ser atendido por los soberanos coaligados; y á lo que se cree, aconsejado por su confesor, que era agente de Fernando VII, declaró terminantemente que su conciencia le mandaba no hacer nada que no fuese favorable al rey de España, que según dijo, tanto tino había mostrado para gobernar.

La influencia de Godoy y de la reina se estrelló contra esta voluntad pasiva, hija de la debilidad, hasta el extremo de romper la ira contra la última, que se empeñaba en decidirlo á favor del plan. María Luisa salió llorando de la presencia del rey, y le dijo á Cabarrús, que si su edad y enfermedades se lo permitieran, ella iría á la América y mostraría al mundo de lo que era capaz. Esto era lo mismo que decir, que todo estaba concluído y que ya nada había que hacer.

Así abortó el primer proyecto de fundar una monarquía en América. En vano Cabarrús, apoyado por Sarratea, procuró continuarlo, proponiendo robar al infante. Belgrano y Rivadavia se opusieron á ello, y fueron de opinión que inmediatamente se hiciera volver al conde, á que diese cuenta de su comisión.

Rivadavia y Belgrano manifestaron á Sarratea que era necesario formalizar todos los documentos, para dar al gobierno una cuenta franca y detallada de todos sus pasos. Sarratea, fué de opinión contraria, indicando que debía decirse al gobierno que su intención sólo había sido traer al infante á Londres, y esperar allí sus órdenes, lo que era contrario á la verdad, y no podía consentir la rigidez de Rivadavia, ni la probidad de Belgrano. Esta fué la segunda disidencia que estalló entre los comisionados. El regreso

de Cabarrús á Londres vino á producir una ruptura abierta entre ellos.

Habiendo acordado entre sí los comisionados, que Belgrano regresara al Río de la Plata, con el objeto de informar personalmente al gobierno de todo lo ocurrido, y deseando el último justificar prolijamente la inversión de los fondos confiados á su honradez, exigió de Sarratea pidiera al conde la respectiva cuenta. Sarratea, que antes de la llegada de Cabarrús, reprobaba acremente la falta de delicadeza de éste en disponer para sus gastos de fondos que habían sido destinados á la traslación del infante, y que hasta le suponía la intención de apoderarse del importe de todas las libranzas, varió de lenguaje después de su llegada; y al presentar desnuda de comprobantes la cuenta pedida, dijo que nada tenía que objetarle. Belgrano le dirigió con este motivo una carta de observaciones; y habiendo tenido ocasión de verle poco después le dijo: que ¿cómo decía que nada tenía que objetar á semejante cuenta? A esto se siguió un breve altercado, y terminó por decirle, «que él daría cuenta al gobier»no, y con documentos, hasta del último «medio» del »Estado que se hubiere gastado, porque el país era po»bre y necesitaba de todos sus recursos, y no era re»gular mirar con indiferencia sus intereses.» Sarratea pareció deferir á las reflexiones de Belgrano, y quedó en darle una contestación al día siguiente; pero en lugar de esto, haciendo un indigno abuso de confianza, entregó al conde la carta de observación de Belgrano, con el objeto de provocar un lance entre ambos; y viendo que Cabarrús parecía dispuesto á ello, le dió una orden firmada por él, para que su armero le entregase unas pistolas que de antemano había hecho preparar.

Pocos días después, hallándose Belgrano en casa de su banquero, encontróse en ella con el conde, quien le dijo, que á su carta, contestaría D. Manuel Sarratea; y que él pasaría á su casa á pedirle algunas explicaciones sobre ella. A lo que contestó Belgrano: «El día que usted guste.» A los dos ó tres días (el 2 de

noviembre) recibió una cita del conde, sin indicar objeto. Acudió sin embargo á ella acompañado de D. Mariano Miller, y transcurrida la hora designada, se disponía á retirarse, cuando apareció aquél acompañado de D. José Olaguer. El conde pidió entonces á Belgrano una satisfacción por su carta de observaciones á la cuenta presentada por él, la que él se negó á darle, diciendo, que si le habían ofendido sus reflexiones debía pedírselas á Sarratea y no á él. Acalorándose el altercado entre ambos, dijo Olaguer á Cabarrús, que hasta allí le había acompañado como un amigo; y volviéndose á Belgrano, le protestó en nombre de todos los americanos contra cualquier paso inconsiderado pue pudiese dar; y en seguida le presentó una carta de Rivadavia, en que éste le conjuraba por lo más sagrado, no se dejara arrastrar hasta el escándalo de un duelo, que redundaría en descrédito de su misión. Rivadavia, á pesar de la reserva de su amigo sobre el particular, había penetrado el secreto, y persuadido de que todo era obra de Sarratea, quería evitar que fuese víctima de sus intrigas. Belgrano, al ver que hasta el padrino de su contendor se le había vuelto en contra, y pesando las reflexiones de Rivadavia, por quien tenía grande respeto, cortó el altercado con el conde, y se despidió.

Belgrano, á su vez, había tomado sobre su responsabilidad, el hacer que Rivadavia permaneciera en Europa, continuando una negociación indirecta, que había abierto en la corte de Madrid, por medio de su embajador en Londres, á pesar de órdenes del gobierno que disponían su regreso. Al dar cuenta de esta resolución decía al gobierno: «He tenido presente »que exigía el interés de la patria, para que se llevase »adelante nuestra primera decisión apuntada, que »quedase D. Bernardino Rivadavia, de quien nunca »haré los bastantes elogios por los conocimientos que »le asisten, por su carácter firme para sostener nuestros derechos; por su conducta honrada y económica; »porque conoce nuestra actual situación, cerciorado de »que ha adquirido el concepto que se merece, y aun

»superioridad sobre el conducto que se le ha presen»tado para con la corte de España, de que cuando me»nos se pueda evitar el envío de una expedición, y »entretener el tiempo á fin de que el país se fortalezca »y disponga á adquirirse el concepto en toda Europa »por una gloriosa defensa, si se le atacara.» Estos dos grandes ciudadanos, los dos tipos más levantados de la democracia argentina, siempre se admiraron y apoyaron recíprocamente, y murieron estimándose el uno al otro. Extraviados momentáneamente en sus combinaciones políticas, este pasajero error, producido por el amor del bien, envuelve una lección moral que nos enseña hasta qué punto pueden los sucesos contemporáneos ofuscar la mente de las más altas inteligencias, y extraviar hasta cierto punto el sentido moral de los más nobles caracteres.

Belgrano y Rivadavia se separaron el 15 de noviembre de 1815 para no volverse á ver en la vida. El primero regresaba á la patria dejando á la Europa presa de la Santa Alianza, y sin esperanza de que reconociera la independencia americana; el segundo quedaba á luchar solo en favor de la América, contra los primeros potentados del mundo.

CAPITULO XXVI

La revolución interna

1815-1816

Llegada de Belgrano á Buenos Aires.—Ojeada retrospectiva.—Alvear, Artigas y el Cabildo de Buenos Aires.—Insurrección federal de las provincias.—Consideraciones sobre el federalismo.—Sublevación de Fontezuelas.—Revolución del 15 y 16 de abril.—Juicio sobre ella.—Acto de crueldad y cobardía con que se deshonra.—Muerte de Paillardell.—Caída de la Asamblea.—El Estatuto Provisional de 1815.—La Junta de Observación.—Don Ignacio Alvarez, director supremo.—Negociaciones de paz con Artigas.—Exigencias y proyectos de este caudillo.—Expedición á Santa Fe.—Esta provincia vuelve á la dependencia de la capital.—Antagonismo entre el Directorio y la Junta de Observación.—Persecuciones de la revolución triunfante.—Derrota de Sipe-Sipe.—El director apoya al pueblo pidiendo la reforma del Estatuto.—Agitaciones populares.—Moderación y buen sentido del pueblo en esta circunstancia.—Juicio de Belgrano sobre ello.—Belgrano persiste en sus ideas monárquicas.—Su correspondencia con Rivadavia.—Publica sus opiniones por la prensa.—Estado de la opinión.—Mitología de la revolución.—Nueva insurrección de Santa Fe.—Capitulación de Viamonte.—Belgrano es nombrado general del ejército de observación.—Su difícil situación.—Díaz Vélez, en connivencia con el enemigo, pacta la caída del Directorio.—Belgrano es depuesto del mando.—Renuncia el director Alvarez.—Entra á sucederle D. Antonio Balcarce.—Su retrato.—Negociaciones que entabla con Artigas.—Instalado el Congreso de Tucumán, Belgrano se dirige allí.

Al comenzar el año de 1816 llegó Belgrano á Buenos Aires. La escena política había cambiado completamente durante su ausencia: las fracciones eran más turbulentas; los males se habían agravado; la división de las ideas era completa; los ejércitos derrotados ó en embrión, apenas cubrían las fronteras; el elemento semibárbaro habíase sobrepuesto en el interior á la influencia de los hombres de principios; y sin embargo, á pesar de todo esto, la libertad había dado pasos gigantescos, y un nuevo orden de cosas parecía próximo á sugerir de aquel caos de desorden, de odios,

de derrotas, de luchas intestinas, de teorías mal comprendidas, de principios mal aplicados, de hechos no bien apreciados, y de ambiciones legítimas ó bastardas, que se personificaban en pueblos é en individuos.

Para comprender cómo se había operado esta mutación de escena, y bosquejar el curso de la nueva corriente de sucesos en que vamos á entrar, se hace necesario tomar nuestra narración de algunos meses atrás, es decir, desde el momento en que tuvo lugar la caída del Directorio de Alvear y de la Asamblea, suceso de que dimos cuenta incidentalmente.

Según queda dicho, la imprudente elevación de Alvear al mando supremo, fué la señal de una disolución en el orden político y militar. El ejército del Perú le negó su obediencia, y el ejército en embrión de los Andes mandado por San Martín, apoyó esta actitud hostil. En vano pretendió Alvear someter por las armas ó reducir por medio de negociaciones á don José Artigas, el caudillo del vandalaje y de la federación semibárbara: al fin tuvo que reducirse á la defensiva, desatándose en recriminaciones violentas aunque justas, contra este terrible enemigo. El ayuntamiento de la capital, al mismo tiempo que firmaba una de esas manifestaciones contra Artigas, protestaba contra ellas en acuerdo secreto, se ponía en comunicación con el enemigo común y le pedía su apoyo para derribar el gobierno nacional.

Mientras tanto, Artigas, con el título de «jefe de los Orientales y protector de los pueblos libres», consolidaba su dominio en el Entre Ríos y Corrientes, elevadas al rango de provincias confederadas independientes, conquistando á su sistema otros pueblos seducidos por sus promesas, estimulados por los celos con la capital. Santa Fe, tenencia de gobierno de la provincia de Buenos Aires, se declaró también independiente, casi al mismo tiempo que la provincia de Córdoba levantaba el estandarte del federalismo. No era una idea la que impulsaba á los pueblos á lanzarse en este camino: era un instinto ciego en las masas, y una ambición bastarda en sus directores, lo que pro-

ducía este desordenado movimiento. Seducidos por el ejemplo del Paraguay y de la Banda Oriental, que se habían declarado independientes, y proclamado un sistema de federación semibárbaro, de que no se daban cuenta clara, á lo que aspiraban era á hacer una manifestación de su autonomía; á rehuir los sacrificios comunes en favor de la lucha exterior, limitando su defensa al círculo de la localidad; y á elevar sin condiciones, sin ley, ni regla alguna, á los caudillos que debían representarlos, esto es cuando no aceptaban los procónsules impuestos por el Protector, como sucedía en Entre Ríos y Corrientes. Esta federación, sin más base que la fuerza, y sin más vínculo que el de los instintos comunes de las masas agitadas, no era en realidad sino una liga de mandones, dueños de vidas y haciendas, que explotaban las aspiraciones de las multitudes, sometidos más ó menos estos mismos á la dominación despótica y absoluta de Artigas, según era menor ó mayor la distancia á que se hallaban del aduar del nuevo Atila. Tal era el movimiento vandálico que el Cabildo de la capital llamaba en apoyo de la libertad, y que la mayoría del pueblo de Buenos Aires, que sufría con impaciencia la dominación de Alvear, no rechazaba.

Alvear por su parte se preparó á contrarrestarlo. Artigas atravesó el Paraná con sus tropas, y ocupando á Santa Fe, emprendió su marcha sobre la capital. El Director hizo que una parte de su ejército le saliera al encuentro; pero al llegar á Fontezuela (territorio de Buenos Aires) se sublevó la vanguardia al mando del coronel D. Ignacio Alvarez (el 13 de abril de 1815), y el resto del ejército de operaciones siguió su ejemplo, confraternizando con Artigas. El 15 estalló la revolución en la capital: los cuerpos cívicos se armaron, y el Cabildo se puso á su frente, proclamando el descenso del Director y la disolución de la Asamblea. El alcalde de primer voto D. Francisco Escalada, en nombre de aquella corporación, mandó levantar una horca frente á las casas consistoriales; para Alvear, si era vencido, para el pueblo si la revo-

lución no triunfaba. En vano pretendió Alvear resistir: rechazado por los pueblos, abandonado por su ejército, sin el apoyo de la opinión ni de la fuerza, tuvo que ceder el campo, y refugiarse á bordo de un buque extranjero.

Esta revolución, que fué verdaderamente popular, y que puso en evidencia los medios artificiales por que se había elevado al joven Director, así como la impopularidad de su política desacertada, manchó su triunfo con actos de insólita crueldad y cobardía: inmoló una víctima inocente; capituló con el caudillo Artigas; mandó quemar con gran solemnidad los bandos y proclamas expedidos contra él, declarándole ilustre y benemérito jefe de la libertad, y le entregó aherrojados, para que dispusiese de ellos á su antojo, á aquellos de sus enemigos que más se habían hecho notar por su adhesión al gobierno nacional. Artigas tuvo la nobleza de rechazar el horrible presente de carne humana que se le brindaba, diciendo que no era el verdugo de Buenos Aires.

Aunque Alvear, por su ambición estéril y egoísta, por su falta de ideas en el mando, y por sus medidas violentas, mereciese su caída, representaba al fin la sombra del gobierno nacional, los principios de la civilización, y era en cierto modo el caudillo de la unidad política y social, que se oponía á la irrupción de la semibarbarie y á los progresos de la disolución. El movimiento que lo derribó, aunque aspirando á ensanchar la libertad y á destruir un orden de cosas que no se fundaba ni en la conveniencia, ni en la justicia, ni en la verdad, se hizo indigno de triunfar, por sus tendencias reaccionarias y por el uso inhábil y vergonzoso que hizo de su triunfo. Ninguno de los dos bandos, sin embargo, merecía la horca levantada por el Cabildo de Buenos Aires, aunque ambos fuesen acreedores á la más severa reprobación; y la historia los condenará, como condena á los gobiernos y á las revoluciones estériles, no dando á ninguno la razón. Había llegado ese momento terrible para las revoluciones que se desenvuelven desordenadamente y por instinto, ese

momento en que el bien y el mal se confunden; en que las conciencias más firmes vacilan; en que las malas pasiones neutralizan la influencia saludable de los principios, y en que cada bando se apoderará de una parte de la razón y de la conveniencia social, como de los girones de una bandera despedazada en medio de la lucha; pero sin que ninguno de ellos pueda decirse el verdadero y único representante de la razón.

En las ruinas del Directorio cayó envuelta la gran Asamblea del año XIII, despojada de la autoridad moral que le habían merecido sus primeros pasos, y rebajada ya al nivel de una obscura camarilla. El Cabildo reasumió el mando y la representación política del pueblo, continuando las tradiciones coloniales que debían desnaturalizar y desacreditar las instituciones municipales en el Río de la Plata. Del seno de esta corporación así constituída, brotó sin embargo una idea nueva que reaccionaba contra la teoría de la representación popular de los Cabildos, al ordenarse, por bando del 18 de abril, que se crease una Junta de Observación, elegida por la masa de la población de Buenos Aires, en que se proclamaba el principio del sufragio universal, é imponía al mismo tiempo al gobierno que se estableciera el deber de convocar inmediatamente un Congreso Nacional, dando nueva base á la elección de los diputados.

De la Junta de Observación nació el famoso Estatuto provisional de 5 de mayo de 1815, concepción absurda de buenas ideas mal incubadas, en que á la par de los principios fundamentales de todo gobierno constituído, que aseguran el orden y la libertad á las sociedades, se proclamaban doctrinas tan impracticables como peligrosas. Era una de las más peregrinas la consagración de la Junta de Observación, elevada á la categoría de motor sin contrapeso en la máquina política. Bajo la tutela de esa monstruosa entidad colocaron el Poder Ejecutivo, inhabilitándolo para el bien, igualmente que para el mal, y rompieron en un momento de delirio el gran resorte de la máquina revolucionaria. Esta autoridad, rebajada á las condicio-

nes de un instrumento servil, no de la ley, sino de la voluntad ciega de una corporación sin regla fija, á la que se atribuía la supremacía absoluta y el don de la infalibilidad, fué confiada al general D. José Rondeau con el título de Director Supremo, en circunstancias en que se hallaba al frente del ejército del Perú. En su ausencia se nombró para reemplazarle interinamente al coronel D. Ignacio Alvarez, jefe de la sublevación de Fontezuelas, hombre sano y bueno, que no carecía de luces, pero que no tenía autoridad moral, ni carácter para dominar una situación difícil.

El nuevo Director se convenció bien pronto, que ni podía traer los pueblos á la unión, ni hacer frente á los peligros exteriores, ni consolidar la paz con los caudillos aliados, ni mantener el equilibrio político en medio de las discordias civiles, de los intereses opuestos, de la preponderancia de la Junta de Observación, de la supremacía conquistada por Artigas, y del choque de las ideas embrionarias sobre la mejor forma de gobierno y sobre el mejor modo de asegurar la libertad, que fermentaban en todas las cabezas, sin que aun pudieran conciliarse las instituciones viejas con las nuevas leyes vaciadas en moldes viciados.

El primer obstáculo con que tropezó, fué Artigas, con quien en calidad de aliado de la reciente revolución, se creía fácil un arreglo. No se comprendía bien en Buenos Aires, que el titulado Protector de los pueblos libres, era el jefe natural de la anarquía permanente, que por sus tendencias y por sus instintos era enemigo de todo gobierno general y de todo orden regular; y que su influencia era igualmente hostil á la consolidación del orden, al establecimiento de la libertad, y á los progresos de la lucha contra la metrópoli. El resultado de las negociaciones lo probó. Abiertas en dos ocasiones distintas, el Protector formuló en ambas, exigencias tan exageradas, que hacían imposible todo avenimiento. En la primera tentativa, iniciada por el mismo Director, puso de manifiesto que su objeto no era otro que consolidar la base de su poder personal, obteniendo de Buenos Aires armas y

dinero, y la seguridad de continuar su política invasora y disolvente, arrebatando, separando de la unión á los pueblos agitados por los instintos de federación. La segunda tentativa tuvo un carácter en cierto modo hostil, y fué iniciada por el caudillo oriental.

Por un momento (único en toda su vida pública), el caudillo oriental tuvo la veleidad de querer reunir un Congreso federal, en contraposición al Congreso Nacional, cuyas elecciones se habían mandado practicar con arreglo á lo dispuesto por el Estatuto provisional. Al efecto, dirigió sus invitaciones á las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Banda Oriental, que le obedecían, y á Santa Fe y Córdoba sometidas á su influencia; y aunque se reunieron algunos de los diputados federales en su cuartel general, el Congreso nunca llegó á tener vida real. Pero aprovechándose de la influencia moral que le daban estos representantes titulares de los pueblos federados, envió cerca del Directorio á cuatro de aquellos diputados, autorizándolos para adelantar su tratado á nombre de las cinco provincias. Las exigencias de esta comisión pacificadora fueron casi las mismas que Artigas había dirigido á los comisionados nombrados por el Directorio. Declinaba tácitamente la soberanía del Congreso Nacional que iba á reunirse; no reconocía en el Directorio sino una especie de beligerante pasivo; guardaba silencio sobre la obediencia al gobierno nacional y reclamaba la devolución de las armas tomadas en la plaza de Montevideo, incluso los cañones que coronaban sus murallas cuando fué rendida por las tropas de Buenos Aires, además de una escuadrilla de nueve lanchas cañoneras; poniendo por condición que se entregasen á Córdoba y Santa Fe 500 fusiles á cada una. Después de largas conferencias, los diputados redujeron sus exigencias al ajuste de una tregua estipulada en términos vagos, como si se tratara de dos enemigos que sólo esperaban una oportunidad para romper las hostilidades. Rechazadas las proposiciones, los comisionados de Artigas se retiraron diciendo que «iban

en paz,» y el Director les contestó que «quedaba con ella;» palabras que ocultaban una declaración de cuasi-guerra. Así terminó esta infructuosa tentativa de conciliación. Esto último sucedía á principios del mes de agosto de 1815.

Al terminar el mes de agosto del mismo año, el Directorio, visto el mal éxito de la primera negociación con Artigas y su actitud sospechosa, se había visto en la necesidad de asumir una posición más decidida, aunque sin atreverse á desplegar la política enérgica que las circunstancias aconsejaban. Bajo el pretexto de contener las irrupciones de los indios, pero con el objeto evidente de cerrar el paso del río Paraná á las fuerzas de Artigas que ocupaban su margen occidental, dispuso que un cuerpo de tropas, con el título de Ejército de Observación y bajo las órdenes del general D. Juan José Viamonte, marchase á ocupar á Santa Fe, haciéndolo preceder de una proclama (23 de julio, 1815) que ponía de manifiesto ó la irresolución ó la impotencia. «Vosotros,» decía á los santafecinos, «habéis querido encargaros de vuestra propia dirección, nombrar vuestros magistrados y romper los vínculos que os unían al pueblo de Buenos Aires como capital del Estado, y particular de vuestra provincia: no temáis que un ejército enviado por sus órdenes vaya á hacer el cambio en vuestros consejos. Libres sois, y si no debieseis á la naturaleza este privilegio, yo por mi voto os lo concediera. Hasta las resoluciones soberanas del Congreso general, podéis disponer independientemente de vuestro destino.»

Santa Fe, que en uso de su soberanía local proclamada había instituído una Junta Representativa de la Provincia, vió establecerse el antagonismo entre esta nueva corporación y la antigua institución del Cabildo. Ambas aspiraban á la supremacía, y ni el Cabildo ni la Junta podían determinar el límite de sus atribuciones. La muerte del gobernador recientemente nombrado, acaecida en momentos en que llegaba el ejército de observación á Santa Fe, hizo estallar la di-

visión entre las dos corporaciones rivales. La Junta sostenía su competencia para nombrar gobernador, y el Cabildo se la negaba; y ambos invocaban el apoyo de las fuerzas de Buenos Aires. La ciudad se dividió en bandos, las escenas tumultuosas se sucedieron, y después de largos días de agitación, en que el general Viamonte pudo conservar difícilmente la aparente neutralidad que se le había recomendado, el pueblo resolvió que Santa Fe volviese á ser una tenencia de gobierno de la capital de Buenos Aires. A Santa Fe siguió Córdoba, que volvió á ingresar en los pueblos de la Unión, sometiéndose al fallo del Congreso Nacional, cuya convocatoria estaba ordenada, aunque se reservase siempre cierto grado de independencia.

Pero al mismo tiempo que Córdoba y Santa Fe se separaban momentáneamente de la liga del caudillo oriental, los demás pueblos de la Unión, usando de la libertad en que se les había dejado, de aceptar ó no el estatuto provisional, reconocían al nuevo Directorio, y desconocían al mismo tiempo la potestad de la Junta de Observación, de lo que resultaba la anomalía de que el gobierno llamado nacional se viese reatado en su movimiento por un poder que sólo la provincia de Buenos Aires aceptaba.

El Director, aunque no participara de los rencores insanos de su partido, tuvo por deber de posición que ser el instrumento de las venganzas políticas de la revolución que lo había elevado. Como la revolución de 5 y 6 de abril, y como casi todas las conmociones internas que se habían sucedido, la que derribó á Alvear se convirtió á su vez de perseguida en perseguidora, llevando su encarnizamiento hasta el grado de cebarse en enemigos impotentes dignos de toda consideración; tocó en su impudencia, ó su delirio, el extremo de calificar de criminales las acciones más inocentes; y para colmo de vergüenza, vendió por dinero á los mismos compatriotas perseguidos, la dispensación de las penas arbitrarias á que eran sentenciados por las comisiones excepcionales instituídas en tribunal. Bajo la denominación de Comisión civil de Justicia y Co-

misión militar Ejecutiva, se habían organizado dos tribunales revolucionarios, creación monstruosa inspirada por el odio, y cuyo único objeto era, no la persecución de los enemigos exteriores, sino la persecución de las opiniones disidentes de los patriotas caídos.

El voluminoso proceso que con tal motivo se formó, es la más completa justificación de la inculpabilidad de los acusados, á pesar de que se inventó con este motivo el «crimen de facción», que indicaba simplemente la disidencia de opiniones. La sentencia que dictó la Comisión civil es un monumento, ó de cínica injusticia ó de obcecación, de que la historia argentina presenta pocos ejemplos. Por esta sentencia, don Hipólito Vieytes (que murió de pesadumbre), D. Bernardo Monteagudo, D. Gervasio A. Posadas, D. Valentín Gómez, fueron condenados «por equidad» á destierro indefinido, á pesar de no resultar contra ellos en el proceso sino el «hallarse comprendidos con prin»cipalidad en la facción de Alvear, según voz pública »y voto general de las provincias,» teniendo sin embargo la generosidad de devolverles (palabras textuales), «sus cortos bienes,» después de integrar el valor de las costas en que quedaban en descubierto. A D. Nicolás R. Peña, se le condenaba por el crimen de «su influjo» en la opinión, á salir desterrado hasta la reunión del Congreso. A D. Nicolás Herrera se le expatriaba simplemente, sin condenación especial alguna, por haber oblado tres mil pesos en caja, sin embargo de que, del proceso que hemos examinado, nada resultaba contra él. A D. Antonio Alvarez Jonte se le desterraba, sin acusarlo de ningún delito, para que no pudiese entrar en lo futuro en alguna revolución. A D. Agustín Donado, por no tener delito alguno de que acusársele, pero como convicto de faccioso, es decir, perteneciente al partido caído, se le confinaba á San Luis bajo la vigilancia policial, imponiéndosele una multa de dos mil pesos. Al Dr. Pedro José Agrelo se le confinaba al Perú, sin dar más razón que la «exal»tación de ideas con que había explicado sus senti»mientos patrióticos,» lo que, á la vez que motivaba

su condena, se contaba como circunstancia atenuante. El asesor, que lo era D. Juan José Passo, puso el sello á esta iniquidad, canonizando la injusta persecución de sus antiguos compañeros de causa en la revolución del 25 de Mayo, y no tuvo embarazo en dictaminar: «Si en algo pudiera vacilarse, sería única»mente en la justeza del criterio para el discerni»miento y clasificación de los crímenes y graduación »de sus penas: mas si á presencia de los que los dere»chos imponen á la calidad execrable de estos críme»nes, se observa el dulce temperamento con que la »Comisión ha mitigado aquel rigor, se habrá de con»venir que por la imparcialidad con que ha obrado »su pesquisa, y la equidad y consideraciones benignas »que respira el pronunciamiento, nada podrían pro»meterse los culpables que fuese más indulgente.» En cuanto á la Comisión militar, se manchó con la sangre del desgraciado Paillardell; condenó á destierro perpetuo á los mismos individuos que poco antes se habían mandado á disposición de Artigas, como un horrible presente, que Artigas tuvo la nobleza de rechazar con dignidad, y procediendo respecto de otros militares con una severidad más ó menos justificada. Estos actos de venganza, que en su tiempo se consideraron por algunos como actos de moralidad y de justicia, y que fueron el resultado de las exigencias de la mayoría de la opinión pública, enseña hasta qué punto pueden las malas pasiones enceguecer á los pueblos, viciando su juicio y falseando su sentido moral.

En medio de este desquicio, fué completamente derrotado en Sipe Sipe el ejército del Alto Perú, á las órdenes del general Rondeau, el 29 de noviembre de 1815. Después de una fatigosa campaña, iniciada con algunos pequeños triunfos y serios reveses, las fuerzas patriotas fueron completamente batidas por Pezuela cerca de Cochabamba; y sus reliquias tuvieron que replegarse hasta Jujuy, donde, reforzadas por mil hombres de tropas salidas de Buenos Aires bajo el mando del coronel French, pudieron hacer pie firme.

Pero aquí le esperaban otras dificultades. Güemes, dueño absoluto de la provincia de Salta y contagiado como caudillo de las masas, por las tendencias anárquicas, se declaró de hecho en un estado de independencia, y empezó á hostilizar al general Rondeau, quien llegó á encontrarse en una situación sumamente crítica.

Las noticias de esta severa derrota y de estas desavenencias, llegaron á Buenos Aires en momentos en que las disidencias entre el Director y la Junta de observación habían llegado al último extremo. La Junta de observación, por el artículo 7.° del estatuto tenía la facultad de «oponerse á cuanto de algún modo perjudicase á la felicidad común;» y por el artículo 10 «la »de resolver por sí sola todas las dudas que ocurrie»sen sobre la inteligencia de lo establecido, ó que »nuevamente se estableciese, ó defecto de prevención.» Compuesta de un corto número de individuos, y armada de tan enormes facultades, que equivalían á la concentración de todos los poderes públicos, la Junta de observación era una institución despótica, que hacía imposible todo gobierno regular. Como era consiguiente, el antagonismo no tardó en manifestarse entre los dos altos poderes, al punto que la Junta, interpretando latamente sus facultades, llegó á separar sin causa hasta á los secretarios de Estado, usurpando esta atribución exclusiva del Poder Ejecutivo. No satisfecha con esto «se erigió,» según lo dijo entonces el mismo Director, «en juez de apelaciones de las providencias »del gobierno, llegando el caso de pedir autos para »expedir las suyas; de sujetarlo á darle cuenta de to»das las comunicaciones que recibía del ejército para »proveer á sus necesidades, inspirar medidas y acor»dar planes.» El Director se resignó por algún tiempo á tan oprobiosa condición; pero, comprendiendo al fin que tal desorden no podía continuar, sin que la causa de la revolución se perdiera totalmente, se decidió á apelar al pueblo, y pidió la reforma del estatuto en la parte que trataba la acción legítima del Poder Ejecutivo. A este fin convocó á un Cabildo abier-

to en unión de todas las corporaciones, renovando así la tradición colonial, que las asambleas legislativas no habían podido hacer olvidar. Esta convocatoria al pueblo era una verdadera revolución provocada por el mismo gobierno, desde que se atacaba por su base la existencia de los poderes constituídos, y se libraba á los azares de una junta popular su conservación ó su destrucción.

En tales circunstancias llegó el general Belgrano á Buenos Aires (febrero de 1816), y pudo presenciar las animadas escenas que produjo la atrevida convocatoria del Director.

El pueblo de Buenos Aires, que en las grandes circunstancias de la revolución supo siempre levantarse á la altura de la situación, mostró en esta ocasión una prudencia, un alto buen sentido, una serenidad de espíritu, y una inteligencia clara de sus deberes, muy superior á la que habían manifestado sus gobernantes. Moderó su agitación, penetróse de la seriedad de sus deberes, y aconsejándose de los peligros de la situación y del interés de la cosa pública, asistió el día 13 de febrero á la asamblea popular, convocada por el Cabildo en el templo de San Ignacio. Aunque todos los ciudadanos iban armados, el debate se abrió pacíficamente, y después de largas y templadas discusiones, se acordó por unanimidad un plebiscito á nombre del «pueblo soberano.» Por él se declaraba, que las autoridades quedaban en el lleno de su poder, hasta que la asamblea popular resolviera si debía procederse ó no á la reforma del estatuto; que á esto únicamente se contrajese la asamblea; que para el efecto se nombrase una comisión de su seno, la cual quedaría encargada de presentar el proyeco de reforma; que la sanción de las reformas debía considerarse en una asamblea á que se convocaría igualmente con anticipación á los habitantes de la campaña; y por último, que se constituyera otra comisión para que velase sobre la seguridad individual durante la crisis, reclamando del Poder Ejecutivo en cumplimiento de las leyes, en el caso de transgredirlas.

Belgrano, en presencia de esta agitación ordenada, en medio de este desquicio aparente, corregido por el buen sentido del pueblo, volvió á sentir renacer su antigua fe, y á juzgar con más equidad y más elevación los hombres y las cosas de la revolución. Con motivo de estos sucesos, escribía el 20 de febrero á Rivadavia: «El pueblo ha estado erizado de armas, y ni »un solo papirotazo he oído que se haya dado: tuvie»ron sus sesiones, y todo lo resolvieron amigablemen»te como hermanos. Creo que hay muy pocos que no »deseen lo mejor, y por esto son las cuestiones, y cuan»do parece que van á devorarse, basta que uno hable »con juicio, aunque no tenga la voz de un estentor, »para que todos le oigan. Siempre será una eterna glo»ria para nuestro país esa deferencia á la razón.»

Los actos posteriores del pueblo no hicieron sino justificar este juicio, pues desistió finalmente de proceder por sí á la reforma del estatuto, remitiendo su resolución al Congreso próximo á reunirse, como á «la »única autoridad competente para decidir sobre el vi»gor de una Constitución calculada para regir todo el »Estado.»

A pesar de estas lecciones prácticas, que enseñaban á Belgrano que las democracias, no obstante sus inconvenientes, tienen en sí mismas sus correctivos; que bajo todas las formas de gobierno existe en las sociedades humanas un principio conservador esencial, y que los males que él se había exagerado no eran tan difíciles de curar; á pesar de esto, persistió en sus ideas monárquicas, combinando planes ilusorios de organización, y escribió al dictador Francia y al caudillo Artigas, los dos enemigos más peligrosos del orden, de la libertad y de la unidad nacional, pretendiendo conquistarlos á sus ideas. El espectáculo de la Constitución inglesa, en que se combina hasta cierto punto la libertad con la dignidad del hombre, la grandeza del pueblo con las formas monárquicas, le había impresionado profundamente, y desde entonces éste fué su bello ideal, como antes lo había sido la patria de Wáshington, en la que veía bajo otro punto de vista

un espléndido reflejo de las instituciones inglesas. Afirmado en estas ideas por los pensadores fatigados, que buscaban como él la libertad en el orden sin acertar con el verdadero camino, escribía á los pocos días de llegar á Buenos Aires: «Es casi general la opinión »de la monarquía constitucional. Han perdido casi to»talmente el campo los del republicanismo. Nuestra »opinión cunde y ya no hay embarazo en hablar, ni »aun en escribir acerca de ella.» Según él, la única disidencia consistía en la elección de la dinastía. «Nuestro pensamiento cunde,» escribía á Rivadavia el 20 de febrero, «agrada á todos, convencidos de que »es el único remedio que hay para la unión: se dividen »las opiniones entre los Incas y Borbones. Tengo para »mí que en el Congreso se tratará la cuestión.»

Otros sucesos y otros deberes más serios vinieron á interrumpir estas ilusiones candorosas de un hombre animado por la pasión del bien que en presencia de las desgracias de su país, buscaba con afán el remedio á tantos males, y creía encontrarle, aunque equivocadamente, en la adopción de una forma de gobierno, que asegurara la estabilidad del orden, á la par de la libertad. Mientras tanto, la guerra civil golpeaba nuevamente las puertas de la capital. La provincia santafecina se levantó nuevamente en masa, acaudillada por D. Mariano Vera, y auxiliada por una división de las tropas de Artigas que se hallaba en la Bajada del Paraná, puso sitio á la ciudad de Santa Fe, donde á la sazón se hallaba el general Viamonte con gran parte del ejército de observación (como 700 hombres) considerablemente debilitado por los refuerzos con que había auxiliado al del Perú. Después de más de veinte días de sitio y de un combate sangriento, en que las tropas de Buenos Aires se defendieron hasta el último trance, Viamonte se vió en la necesidad de capitular, quedando él prisionero, y el camino de la capital nuevamente descubierto. En estas circunstancias (marzo de 1816) fué nombrado Belgrano general en jefe del ejército de observación de mar y tierra, que se reducía á unos cuantos escuadrones de milicias

reunidos en el Rosario, bajo la protección de ocho buques menores de guerra surtos en el puerto. Belgrano aceptó, aunque le repugnaba tomar parte en la guerra civil.

El nuevo general fué recibido con tibieza por los jefes de su ejército, y entre ellos por su antiguo amigo D. Eustaquio Díaz Vélez, en quien sin embargo depositó toda su confianza. Situado en el Rosario al frente de pocas y malas tropas; mal apoyado por sus subordinados, muchos de los cuales simpatizaban en el odio al gobierno: sin dinero, sin caballos, rodeado de montoneras, en medio de un país que le era completamente hostil, se contrajo prudentemente á disciplinar sus fuerzas, antes de salir al encuentro del enemigo, iniciando por el momento una negociación para ver si era posible entenderse amigablemente, y en todo caso ganar un tiempo precioso. En una carta del 5 de abril escribía con tal motivo al Director: «Se conoce que el »mayor número efectivamente quiere la destrucción del »país por satisfacer pasiones indignas de quien se di»ce hombre; pero ello es más que cierto, que es indis»pensable atajar el mal por todos los medios imagina»bles, y con toda especie de sacrificios: convencido de »esto, he dispuesto mandar á Díaz Vélez á tratar con »Ereñú, á quien no he debido contestación después de »tantos días, lo mismo que á Artigas: y en la de Espe»leta ya he observado el tono, si no del desprecio, al »menos del orgullo. Estoy con un caballo por hombre, »y sin embargo que he dado mis providencias para con»seguirlos, mucho me temo que no se pueda: sí, porque »los dueños están cansados de patria, de auxilios y de »servicios, y quieren probar la vía del alzamiento á »ver si les va mejor. En cuanto á los 200 granaderos »harán lo que todos; y en punto á llevarse por de»lante grupo de montoneros, lo veremos cuando llegue »el caso: los cosacos arrollaban las tropas más bien »disciplinadas, y poco más ó menos son de los que se »llaman montoneros.» Y hablándole de su posición añade: «Creyó usted la vulgaridad de que todos me »deseaban, y que decían que era el único capaz de

»componer este reloj con el muelle roto: y ya debe ver »usted su desengaño, y sírvale este ejemplo para echar »mano de otro para aquí, para el Perú, ó para donde »fuere. Yo deseo irme á vivir con mi hermano Cumbay, »ó Carupán, ó Corripilán (cacique sindios): lo que ha »ganado usted con nombrarme para esta comisión ha »sido que se crean los hombres, que usted y yo as»piramos á engrandecernos porque somos parientes, y »á que si antes trabajaban como uno para desbaratar »el orden, ahora lo hacen como cuatro.» A los tres días escribía otra carta, que probaba que no se hacía ilusión respecto de su posición: «Mi crédito no está »tan generalizado como usted ha creído, y mi dirección »no puede ser sabia; pero hay buenas intenciones, y »haré cuanto esté á mis alcances: soy solo, no tengo »quien me ayude, ni con quién consultar: todo está »entregado á la Providencia, y en ella confío.»

Las previsiones de Belgrano no tardaron desgraciadamente en realizarse. El primer síntoma alarmante que se manifestó fué la tentativa de un comandante Conejo-Amores, quien al frente de un regimiento de milicias de los suburbios de Buenos Aires, intentó pasarse á la montonera santafecina. El regimiento reaccionó por sí mismo y se negó á acompañar á su jefe, dispersándose antes de llegar al Carcarañá. Conejo-Amores se asiló en el campo de Díaz Vélez, quien lo escudó con su autoridad, obteniendo del gobierno un indulto honroso en su favor.

Don Eustaquio Díaz Vélez, nombrado para negociar un arreglo pacífico, abusando de la confianza que su general había depositado en él, se entendió con el enemigo (el 9 de abril de 1816) y ajustó con él un pacto subversivo que se llamó de Santo Tomé, por el lugar en que fué firmado. Por él se estipulaba: la separación de Belgrano del mando del ejército, el nombramiento de Díaz Vélez como sucesor, la retirada de las tropas de Buenos Aires, y la deposición del Director supremo, todo con la concurrencia de ambas fuerzas. Los jefes y oficiales del ejército se adhirieron á este digno y vergonzoso tratado el 11 á las tres de la mañana,

y se pusieron así del lado del caudillo de la anarquía, traicionando los altos intereses del orden y los deberes de la disciplina. En consecuencia de esta revolución hecha en connivencia con el enemigo, Belgrano fué depuesto y arrestado en su campo, y al siguiente día se le intimó con arreglo á lo pactado, que debía retirarse á Buenos Aires, lo que en efecto verificó.

Estos sucesos tuvieron su inmediata repercusión en la capital, profundamente agitada por las facciones, que pululaban en derredor de un gobierno débil y mal constituído. El Director supremo don Ignacio Alvarez, en vista de estas nuevas dificultades, resignó con dignidad el mando. La Junta de observación nombró para sucederlo al general don Antonio González Balcarce, hombre íntegro y de carácter rígido, vaciado en el molde de Belgrano, pero de limitados alcances en política, y con más resolución en el campo de batalla que en el consejo. Al mismo tiempo, la conducta de Díaz Vélez recibió la más solemne aprobación; y el nuevo gobernante, apresurándose á brindar con la paz á Don José Artigas, aceptó las humillantes condiciones preliminares que éste le impusó, que eran retirar las tropas de Buenos Aires á la línea del Arroyo del Medio, y enviar á su campo comisionados para tratar.

Belgrano, que hacía tiempo tenía fijas sus miradas en el Congreso Nacional que debía reunirse en Tucumán, como en la única tabla de salvación en medio de aquella tempestad deshecha; y que después de su instalación (24 de marzo) había sido llamado con instancia por algunos de los congresales, para que los ayudara con sus luces y los apoyase con su nombre, resolvió trasladarse al teatro de su antigua gloria, con el firme propósito de continuar trabajando en bien de la patria. Triste, pero no desalentado, se puso en viaje, y al finalizar el mes de junio llegó á Tucumán, donde desde luego se hizo el centro de todas las afecciones, y el nervio de las deliberaciones del Congreso.

CAPITULO XXVII

La Independencia.—El Congreso de Tucumán

1816

Sinopsis del Congreso de Tucumán.—Su origen.—Provincias que se prestan á reunirse en Congreso.—Nuevo sistema electoral.—Elección de los diputados, y juicio colectivo de ella.—Instalación del Congreso.—Su composición.—Bosquejos de sus más notables figuras.—Estado del país al abrir sus sesiones.—Entidades en que se subdivide.—Nombramiento del director supremo.—Programa de trabajos legislativos.—Debate sobre el sistema de votación.—Base federativa adoptada por el Congreso.—Llega Belgrano á Tucumán.—Sus trabajos en favor de la independencia y de la idea de una monarquía.—San Martín coopera á estos trabajos.—Sus opiniones sobre la necesidad de declarar la independencia.—Sus ideas prácticas acerca de la monarquía.—San Martín y Belgrano sostenedores del Congreso.—Belgrano, en una sesión secreta, expone al Congreso sus vistas políticas.—Encuentra apoyo en los diputados.—Asoma el federalismo en Buenos Aires.—Mala disposición de la capital.—Declaratoria de la Independencia.—Debates sobre la forma de gobierno.—La monarquía del Inca.—Manifiesto del Congreso.—El orden y la revolución.—Federalismo y unitarismo.—Primeros trabajos orgánicos del Congreso.—Resumen.

El Congreso de Tucumán, á cuyo lado iba á ponerse Belgrano, era en la época á que hemos llegado, la última esperanza de la revolución: el único poder revestido de alguna autoridad moral, que representase hasta cierto punto la unidad nacional; pues como queda explicado, una parte de las provincias se habían substraído á la obediencia del gobierno central, y éste, asediado por las agitaciones de la capital, y por las atenciones de la guerra civil, apenas dominaba en Buenos Aires. En tal estado de cosas, la reunión de un Congreso era la última áncora echada en medio de la tempestad.

Aquel Congreso, que debe su celebridad á la circunstancia de haber firmado la declaratoria de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la

Plata, presenta uno de los más raros fenómenos de la historia argentina. Producto del cansancio de los pueblos; elegido en medio de la indiferencia pública; federal por su composición y tendencias y unitario por la fuerza de las cosas; revolucionario por su origen y reaccionario en sus ideas; dominando moralmente una situación, sin ser obedecido por los pueblos que representaba; creando y ejerciendo directamente el poder ejecutivo, sin haber dictado una sola ley positiva en el curso de su existencia; proclamando la monarquía cuando fundaba la República; trabajado interiormente por las divisiones locales, siendo el único vínculo de la unidad nacional; combatido por la anarquía, marchando al acaso, cediendo á veces á las exigencias descentralizadoras de las provincias, y constituyendo instintivamente un poderoso centralismo, este célebre Congreso salvó sin embargo la revolución, y tuvo la gloria de poner el sello á la independencia de la patria. La Asamblea de 1813 había constituído esencialmente esa independencia en una serie de leyes inmortales, y el Congreso de Tucumán al declararla solemnemente, no hizo sino proclamar un hecho consumado, y dictar la única ley que en aquellas circunstancias podía ser obedecida por los pueblos. En el curso de este capítulo quedarán claramente demostradas estas proposiciones contradictorias, que parecen excluirse.

Según queda explicado en el capítulo anterior, la revolución de 15 de abril que derribó á Alvear del mando y disolvió la Asamblea del año XIII, impuso al nuevo gobierno la obligación de convocar inmediatamente un Congreso general que se ocupara de dictar la Constitución del Estado; siendo condición expresa que debía reunirse en un punto céntrico del territorio, para no despertar los celos de las localidades contra la capital. En virtud de este compromiso, el Director dirigió circulares á las provincias, invitándolas á reunirse en Congreso, precisamente en los momentos en que Artigas se ocupaba por su parte en reunir una especie de Congreso federal en Paysandú. El Paraguay se mantuvo en su aislamiento. Córdoba, la banda

oriental, Entre Ríos y Corrientes, y poco después Santa Fe, se plegaron á la poderosa influencia del caudillo de la federación. Sólo la provincia de Cuyo, la de Tucumán y los emigrados que representaban las del Alto Perú ocupadas por el enemigo, contestaron al llamamiento de la capital. Poco después, dominada la primera conmoción de Santa Fe (de que ya se ha dado noticia), Córdoba se prestó á enviar diputados al Congreso, aunque se reservó el uso de su soberanía interior; tardando más tiempo en seguir este ejemplo la provincia de Salta, que bajo la influencia de su caudillo Güemes, se mantenía en un estado casi independiente. Sobre esta base ya fué posible pensar en la reunión de un Congreso nacional, y se determinó como punto de su residencia la ciudad de Tucumán, que entonces podía considerarse como el centro del antiguo virreinato del Río de la Plata.

Siguiendo la base teórica que se había adoptado para la elección de la Junta de observación, se determinó por el estatuto provisional (de 1815), que los diputados al Congreso fuesen elegidos con arreglo al censo de la población de las provincias, dividiendo y subdividiendo cada una de ellas en asambleas primarias y secciones electorales, de modo que por cada cinco mil almas se nombrara un elector; constando cada asamblea primaria de cuatro secciones, menos en las villas y ciudades que podían formar secciones aun cuando no alcanzasen á tener aquel número de habitantes. Del escrutinio parcial de las secciones, villas y ciudades, debía resultar una asamblea electoral, la que reunida en la capital de cada provincia, procedería á pluralidad de votos á la elección de los diputados al Congreso nacional, con arreglo á un diputado por cada quince mil almas, ó por una fracción que excediese de siete mil quinientos. Este complicado sistema de elección indirecta, indicaba un progreso teórico en las ideas de organización política, y manifestaba una tendencia pronunciada hacia el unitarismo, á la vez que se hacían algunas ligeras concesiones al espíritu federalista de la época; pero era impracticable en to-

dos sus detalles por la falta del censo, y por las resistencias que debía encontrar en las provincias, así es que éstas fueron autorizadas por el mismo estatuto para substituir al sistema electoral prescripto para la «campaña, el que creyesen más oportuno.»

La elección popular de las asambleas, y el nombramiento de los diputados hechos por ellas, se efectuó en medio de la indiferencia pública en unas partes, y bajo los auspicios del odio á la capital en otras; y sin embargo, todos tenían fe en el próximo Congreso, y ansiaban por su reunión. En general, los pueblos se ajustaron á la base del nuevo sistema electoral, nombrando sus representantes con arreglo á la población, á pesar de las resistencias que era de esperar opusiese el espíritu provincial. Pero los diputados, á excepción de los de Buenos Aires y Cuyo, iban inoculados de ese espíritu, y aunque todos ellos no fuesen precisamente partidarios de la federación disolvente, estaban dispuestos á aunar sus esfuerzos, siempre que se tratara de trabajar contra la capital.

Los hombres en quienes los pueblos se fijaron para delegar en ellos su soberanía, fueron generalmente los más dignos y respetables de cada provincia, y los más señalados en ellas por su adhesión á la causa americana. Pero con raras excepciones, sus nombres eran desconocidos á la Nación; poca ó ninguna parte habían tomado en el movimiento general de la revolución, y mal preparados para la vida pública, no tenían ideas fijas sobre administración ni gobierno; desconociendo las necesidades de su época, y las nociones más vulgares del derecho público. Inferiores bajo muchos aspectos á los miembros de la Asamblea del año XIII, compuesta de los patriotas del año X, carecían de su temple político, de su fijeza de propósitos, de su claridad de vistas y conocimiento perfecto de las exigencias de la revolución. Sin embargo, contábanse entre ellos algunos hombres superiores, y animados los demás de buenas intenciones, no obstante sus disidencias, no era difícil que pudieran crear una situación nueva, como en efecto la crearon, salvan-

do instintivamente la revolución que iba á perecer, y dar á la patria su ser político, centralizando el gobierno, que debía presidir á los más gloriosos triunfos de las armas independientes, en medio de la más espantosa guerra social, hasta sucumbir al fin vencidos por la anarquía, después de haber vencido á los enemigos exteriores en cuatro años de terrible lucha.

Los diputados nombrados por los pueblos empezaron á reunirse en Tucumán á principios del año XVI. Los de Buenos Aires fueron los primeros en acudir á esta cita nacional, y sucesivamente fueron llegando los de otras localidades; pero, como pasaba el tiempo, y no estando aun representadas algunas de las provincias, se corriera el peligro de dejar burlada la esperanza de la Nación, el Directorio con tal motivo dictó una acertada disposición, insinuando á los diputados, que así que se hallasen reunidos en sus dos terceras partes, procedieran á señalar el día de su instalación; y que, caso que no se llenara aquel número, hiciesen nueva incitatoria á nombre del gobierno. Esta idea fué aplaudida por la universalidad de los ciudadanos, y los diputados, defiriendo el clamor de los pueblos, abrieron solemnemente las sesiones del Congreso el día 24 de marzo de 1816, con las dos terceras partes de sus miembros presentes.

Como en todas las asambleas políticas de la revolución, el elemento legista y clerical predominaba en la composición del Congreso de Tucumán, lo que se explica no sólo por la mayor ilustración que debía suponerse en aquellas clases, sino también por haberse decidido desde muy temprano en favor de las nuevas ideas, los clérigos, los frailes y los abogados, que se constituyeron en sus ardientes apóstoles. Entre los sacerdotes figuraban en primera línea: don Antonio Sáenz, que reunía á una razón clarísima, la habilidad y la voluntad suficiente para influir en las deliberaciones de una asamblea; fray Justo de Santa María de Oro, alma angélica, en quien los dotes del corazón y la cabeza estaban armónicamente equilibrados; fray Cayetano Rodríguez, á quien ya conoce-

mos, y que debía ser el cronista del Congreso; y por último, fray Pedro Ignacio Castro Barros, que hemos visto aparecer por la primera vez en la Asamblea del año XIII, y que continuaba con el mismo fanatismo su doble propaganda política y religiosa. Entre los abogados, marchaban á la cabeza los doctores don Juan José Passo y José Mariano Serrano, que eran á la vez los dos escritores y los dos oradores más notables de aquella corporación. Seguíales don Pedro Medrano, que era el remedo (á veces algo grotesco) de sus dos colegas, y después de Medrano algunos otros, cuyos nombres se han salvado inscriptos en el acta de la independencia. Entre los hombres que no podían ostentar ningún título universitario, pero que estaban destinados á ejercer una influencia decisiva en el Congreso, contábase don Francisco Narciso Laprida, hermoso carácter, honor de aquella democracia naciente, y cuya trágica muerte, hace más interesante su memoria; don Tomás Godoy Cruz, hombre de buen sentido, filántropo inteligente y perseverante, que conocía los hombres y las necesidades prácticas de su época; don Eduardo Pérez Balnes, prohombre de Córdoba, de palabra amena y de inteligencia despejada; don José Ignacio Gorriti, de carácter varonil y un alto buen sentido, reunía títulos á la confianza de sus conciudadanos; y por último, don Tomás Manuel Anchorena, el antiguo secretario de Belgrano, cuyo patriotismo sincero tenía á la vez la ciencia de los abogados y de los clérigos, y participaba de las preocupaciones de unos y otros, representando el contradictorio papel de diputado de una asamblea revolucionaria, que rechazaba tenazmente toda innovación que no tuviese por base la tradición ó el hecho consumado, aunque republicano en el fondo. Estos eran los políticos que iban á pilotear la nave del Estado en medio de la tempestad.

El Congreso presentó en su origen la apariencia de un cuerpo homogéneo, por la circunstancia de estar animados todos sus miembros del sincero deseo de dar impulso á la revolución, consolidar la unión de

los pueblos, y poner término á la anarquía que obstaba á los progresos de la guerra y de la paz, así en lo exterior como en lo interior. Así decía al abrir sus sesiones: «Los representantes de las Provin»cias Unidas no han podido desentenderse del clamor »universal de los pueblos, viendo armada la negra tem»pestad que va á descargar sobre ellos, y se han de»cidido á no defraudar sus esperanzas, presentando »á la faz de las provincias una autoridad que resuelva »la incertidumbre de las opiniones, y calme los rece»los que inspiraban necesariamente unos gobiernos que »jamás concentraron dignamente el poder, y la volun»tad general de los que debían prestarle sumisión.» Y haciendo con la pluma de fray Cayetano Rodríguez una triste pintura del miserable estado de la Nación, en el momento de iniciar sus tareas, añadían: «Divi»didas las provincias, desunidos los pueblos y aun los »mismos ciudadanos, rotos los lazos de la unión so»cial, inutilizados los resortes todos para mover la »máquina, erigidos los gobiernos sobre bases débiles »y viciosas, chocados entre sí los intereses comunes y »particulares de los pueblos, negándose algunos al re»conocimiento de una autoridad común, en diametral »oposición las opiniones, convertidos en dogmas los »principios más distantes del bien común, enervadas »las fuerzas del Estado, agotadas las fuentes de la »pública prosperidad, paralizados los arbitrios para »darles un curso conveniente, pujante en gran parte »el vicio, y extinguidas las virtudes sociales, ó por no »conocidas, ó por inconciliables con el sistema de una »libertad mal entendida, conducidos en fin los pueblos »por unos senderos extraños, pero análogos á tan fu»nestos principios, á una espantosa anarquía, mal el »más digno de temerse en el curso de una revolución »iniciada por meditados planes, sin cálculo en sus »progresos, y sin una prudente previsión de sus fines, »¿qué dique más poderoso podía oponerse á este to»rrente de males políticos, que amenazaban absor»ber la patria, y sepultarla en sus ruinas, que la ins»talación de un gobierno que salvase la unidad de las

»provincias, conciliara su voluntad, y reuniera los »votos, concentrando en sí el poder?»

No obstante esta unidad de miras, en lo relativo á poner término á los males de la situación, muy luego empezáronse á diseñar en el Congreso tres entidades colectivas, que hacían augurar próximas divisiones. Los diputados de Buenos Aires, que habían servido de núcleo al Congreso, formaban una falange compacta, que levantó resueltamente el pendón del centralismo, en oposición á los diputados de las provincias acaudillados por los de Córdoba, que se inclinaban al federalismo, más por instinto que por convicción. El director de aquella falange era el doctor Antonio Sáenz, y su candidato don Juan Martín Pueyrredón, nombrado diputado por San Luis. En cuanto á los segundos, careciendo de plan y de principios definidos, tuvieron que someterse á la influencia irresistible de los representantes de la capital robustecidos por el voto de algunas provincias. La tercera entidad la componían los diputados del Alto Perú, nombrados por los emigrados que se habían refugiado en Tucumán, Salta y Jujuy, después de la derrota de Ayohuma. Su director era el doctor Serrano, el más hábil de todos ellos; pues todos sus compañeros, ni tenían ideas políticas, ni experiencia alguna de la vida pública; pretendiendo todos ellos explicar la revolución por las crueldades de los españoles con los indios en la época de la conquista, y arreglar el Estado con sujeción á los códigos de la antigua metrópoli. Sin embargo, todos ellos tenían un propósito común, y era, trasladar la sede del gobierno al interior del Perú, y restablecer si era posible la antigua monarquía de los Incas. Esta entidad, se sometió también á la influencia de los diputados de Buenos Aires en las cuestiones capitales, aunque aliándose algunas veces con los de las provincias, en las cuestiones tendientes á descentralizar el poder. Como se ve, el Congreso, si bien tenía uniformidad de miras en cuanto á la necesidad de consolidar el orden y fortalecer la unión de los pueblos, disentía profundamente en cuanto á los me-

dios de obtener este resultado; y la mayor parte de los diputados, en vez de considerarse los representantes de los intereses de la Nación, se consideraban los representantes de sus respectivas localidades; y si seguían la impulsión dada por los de la capital, era porque éstos eran los únicos que marchaban con energía hacia un punto fijo.

Los primeros pasos del Congreso fueron tímidos y vacilantes. Se conocía que ni tenía la conciencia de su poder, ni sabía cómo apoderarse de él. Contaba sin embargo con la opinión de la mayoría de los pueblos, donde su instalación se celebró con entusiasmo, jurando obedecer sus decisiones. Sobre esta base de opinión, no le habría sido difícil establecer su ascendiente moral; pero por una parte la falta de plan en sus trabajos, y por otra las dificultades de la época, hicieron que, abdicando su alto carácter de legislador, se contrajese á proveer á todas las emergencias de las circunstancias, perdiendo su tiempo en discusiones estériles que daban por resultado pobres arbitrios del momento, que lo hicieron el juguete de los desórdenes que debía precaver por medios más enérgicos y eficaces. Ya era el nombramiento de una comisión para mediar entre Güemes y el general Rondeau, que se hostilizaban como dos enemigos; ya un empréstito para auxiliar al ejército del Perú; ya el envío de expediciones para sojuzgar á La Rioja, que se había declarado provincia independiente de Córdoba, ya una diputación dirigida á Artigas, para que los pueblos que le obedecían enviasen sus diputados al Congreso; sin que una sola idea, un solo hecho brotase de todas aquellas cabezas reunidas. Hacía un mes que duraban sus sesiones, sin que hasta entonces hubiesen iniciado la discusión de ningún punto de trascendencia, á excepción del nombramiento de una comisión encargada de redactar el reglamento constitutivo que debía regir el Estado, lo que manifiesta que creían de buena fe poder establecer un edificio permanente sobre una base movediza.

Los últimos disturbios de Santa Fe y las agitacio-

nes de la capital, que quedan detalladas en el capítulo anterior, dieron motivo á que se dijese que «el gobierno que había en Buenos Aires era una jerga rota »con que nadie quería taparse,» é hicieron al fin comprender á los congresales que era indispensable la aplicación de medios más enérgicos y más prácticos, para dominar la situación, y que lo primero era constituir el poder para que organizase la fuerza material, prestándole en seguida el apoyo moral de sus decisiones. En consecuencia, acordaron en la sesión del 26 de abril, que sin esperar á la formación del reglamento constitutivo, se procediese inmediatamente al nombramiento de un Director Supremo. Esta resolución, aunque acertada, no dejaba de tener sus peligros. Algunos de los diputados de las provincias se habían fijado en D. José Moldes para ocupar aquel elevado destino; y siendo éste un enemigo declarado de la capital, de esperarse era que la capital conmovida ya por las ideas federales, negase su obediencia al nuevo Director y se destruyera así la única base sólida y regular sobre la cual podía cimentarse el poder. Afortunadamente, el candidato de los diputados de la capital predominó, y el 3 de mayo fué nombrado D. Juan Martín Pueyrredón, Director Supremo del Estado por veintitrés votos contra dos.

La elección de Pueyrredón fué acertada en aquellas circunstancias, y á pesar de los errores que cometió en el curso de su administración, fué el primer gobernante que, aceptando el mando en medio de una situación crítica, dió estabilidad al poder; volvió á dar á la revolución la fuerza expansiva que había perdido, y retardó por algunos años la disolución política y social, mientras que los ejércitos independientes triunfaban de la España. Quizá habría podido hacer algo más; quizá habría sido posible, no sólo retardar la disolución, sino prevenirla; pero sin anticiparnos á los sucesos, por ahora, sólo nos toca hacer notar que subió al mando rodeado de las más serias dificultades, que recibió un gobierno sin fuerza real y sin autoridad moral, un tesoro exhausto, dos ejércitos en

esqueleto, varias provincias rebeladas, y que desde luego tenía que luchar con una opinión poderosa, que surgía del seno mismo de la capital; y que á pesar de todo, aceptó el puesto, resuelto á luchar con todos esos inconvenientes.

El nombramiento de Pueyrredón daba por resultado la existencia de dos Directores Supremos en el Estado. Para obviar los inconvenientes que nacían de esta duplicación, el Congreso acordó se previniera al Director Balcarce que, mientras el electo no se apersonase en la capital, circunscribiera su autoridad á los límites de la provincia de Buenos Aires, obedeciendo las órdenes del nuevamente electo.

Arreglado este punto capital, el Congreso formuló á la manera de tesis ó problemas por resolver, el programa de sus trabajos legislativos, convocando á todos los ciudadanos á una especie de certamen político. Este programa comprendía el deslinde de las facultades del Congreso; la discusión sobre la declaratoria solemne de la independencia política de las Provincias Unidas; los pactos generales de las provincias y pueblos de la Unión como preliminares de la Constitución; la adopción de la más conveniente forma de gobierno; la Constitución adaptable á esta forma; el plan de arbitrios permanentes para sostener la lucha; el arreglo del sistema militar y de la marina; la reforma económica y administrativa; la creación de nuevos establecimientos útiles; el arreglo de la justicia; la demarcación del territorio; el repartimiento de las tierras baldías, y la revisión general de todo lo estatuído por la anterior Asamblea ó por el Poder Ejecutivo, ya fuese en forma de leyes ó de reglamentos.

Sobre esta base se trabó el primer debate de un orden elevado que hubiese hasta entonces ocupado al Congreso. El primer tópico de discusión fué, determinar el número de votos que deberían hacer sanción en las materias trascendentales señaladas en el programa. Los diputados de Buenos Aires, temiendo ser absorbidos en la votación por los diputados de las provincias aliados á los del Alto Perú, que en un momento

dado podían coaligarse contra la capital, con menoscabo de la causa común, evitaron hábilmente el peligro, proponiendo se fijara previamente el número de votos que debía hacer sanción en las materias graves. Anchorena dividió estas materias en tres categorías, y propuso que para resolver las del primer grado se determinara una mayoría de las nueve décimas partes sobre el total de diputados incorporados al Congreso; dos terceras partes de los concurrentes para las de segundo orden, y la simple mayoría absoluta para las de tercer grado. Esto importaba lo mismo que imposibilitar á la corporación, para obrar tanto el bien como el mal y convertirla en una especie de entidad negativa. Más prácticos otros, hicieron adoptar un sistema de votación, que llenando perfectamente el objeto que se tenía en vista, no presentaba los inconvenientes del de Anchorena. Después de largas y acaloradas discusiones, acordóse al fin por unanimidad, que en los asuntos constitucionales ó de ley, incluídos en el programa de los trabajos parlamentarios, hiciera sanción un voto sobre las dos terceras partes en sala plena, con la adición de que, en caso de reclamar algunas de las provincias ó pueblos, en los asuntos sobre diferencias de límites, división de jurisdicción ú otros derechos respectivos, se resolviese la cuestión por el método propuesto en el artículo 9.° del pacto de federación de los Estados Unidos de América, es decir, constituyendo el gobierno una comisión que la dirimiese en último grado.

Al iniciarse estas discusiones llegó Belgrano á Tucumán, á principios de julio, é inmediatamente se puso en contacto con los diputados, que se habían fijado en él para el mando del ejército del Perú, en substitución del general Rondeau. Desde luego observó de que casi todo el Congreso era monarquista, y que podía contar en su seno con una gran mayoría en favor de sus ideas políticas, especialmente entre los diputados del Alto Perú, afectos á su persona y partidarios de la dinastía del Inca. Al mismo tiempo, pudo cerciorarse de la vacilación de sus propósitos respecto

del punto capital que era la declaratoria de la independencia. Como se ha visto, el designio de la independencia era inseparable en su mente de la idea de establecimiento de una monarquía, porque consideraba que éste era el único medio de hacerla aceptar por las demás naciones y de crearse alianzas poderosas que consolidaran el nuevo orden de cosas. Así, la independencia y la monarquía, eran por el momento sus dos ideas fijas: la primera germinaba en su cabeza desde antes de la revolución, y en su trascurso no había dejado de trabajar por ella un solo instante; la otra le había sido sugerida por el estado de Europa, por el espectáculo de la Constitución inglesa, y por la anarquía de las provincias, según anteriormente se explicó. En consecuencia se contrajo con ardor á la propaganda de estas ideas, en favor de las cuales encontró bien preparado el terreno.

Por una coincidencia, que podría llamarse providencial, al mismo tiempo que Belgrano trabajaba en favor de aquellas ideas, otro hombre más poderoso y de más claras vistas políticas, cooperaba á su triunfo. Este hombre era San Martín, que á la sazón organizaba en Mendoza el famoso ejército de los Andes, y se preparaba misteriosamente para el paso de las cordilleras, y las inmortales campañas de Chile y el Perú. San Martín era el oráculo de los diputados de las provincias de Cuyo, y por medio de D. Tomás Godoy Cruz, influía sobre Maza, Oro y Laprida, disponiendo por consecuencia de cuatro votos, que se apoyaban en su voz autorizada, para conquistar nuevos prosélitos. Apenas instalado el Congreso, le escribía el 12 de abril: «¿Hasta cuándo esperamos para declarar nues»tra independencia? Es ridículo acuñar monedas, te»ner el pabellón y cucarda nacional, y por último, »hacer la guerra al Soberano de quien se dice depen»demos, y permanecer á pupilo de los enemigos. ¿Qué »más tenemos que decirlo? Con este paso el Estado »ganará un cincuenta por ciento: y si tiene riesgos, »para los hombres de coraje se han hecho las empre»sas.» Como Godoy le contestara que no era cosa tan

llana de aclarar la independencia, le replicaba el 24 de mayo, con tanta gracia como energía: «Veo lo que »usted me dice sobre que el punto de la independen»cia no es «soplar y hacer botellas:» yo respondo que »mil veces más fácil es hacer la independencia que el »que haya un solo americano que haga una sola bo»tella.»

En cuanto al establecimiento de un sistema monárquico constitucional, San Martín no era antipático á él; y aunque republicano por inclinación y por principios, consideraba muy difícil y poco fructífero, ya que no imposible, el establecimiento de un orden democrático; porque pensaba con Belgrano, que faltaban elementos sociales y materiales para constituir una república, y que con un monarca era más fácil consolidar el orden, fundar la independencia y asegurar la libertad, conquistando por el hecho alianzas poderosas en el mundo, y neutralizar á la vez el antagonismo del Brasil. Así es que, no estaba distante de aceptar la combinación de la restauración de la casa de los Incas; pero no como un fin, sino como un medio, organizando bajo sus auspicios una regencia unipersonal, que rodease á la autoridad de más facultades y de más prestigio, por manera que no importara la innovación otra cosa sino el cambiar la denominación de Director Supremo, por la de Regente del reino.

Durante todo este difícil y revuelto período de la historia argentina, San Martín y Belgrano se hallaron al lado del Congreso de Tucumán, inoculándole su espíritu, excitándolo á declarar la independencia, y le prestaron el apoyo de su nombre y de su espada, participando de las mismas ideas políticas; con la diferencia de que, en Belgrano, las convicciones monarquistas eran hijas del sentimiento, y en San Martín eran producto de la reflexión. ¡Singular fenómeno! Estos dos hombres que tan mal comprendían entonces las necesidades de su patria y tan mal representaban la opinión dominante de la mayoría en cuanto á la forma de gobierno, fueron las dos robustas columnas

en que se apoyó el Congreso de Tucumán, los verdaderos autores de la independencia argentina, y los que con sus victorias anteriores y trabajos posteriores, hicieron posible su declaratoria y obligaron al mundo á reconocerla como un hecho incuestionable. Sus ideas personales, que ninguna influencia tuvieron en el giro de la política interna, y que ellos jamás procuraron hacer predominar por otros medios que los de la propaganda parcial, se han convertido en polvo, como esos adornos de marfil de las estatuas antiguas, mientras el mármol en que estaban talladas sus nobles formas, han resistido á la acción destructora del tiempo. Sólo los que están en los secretos íntimos de la historia, saben que San Martín y Belgrano profesaron ideas monárquicas y que algunas veces aconsejaron la adopción de esta forma de gobierno, sin pretender torcer el curso natural de los acontecimientos; pero lo que nadie ignora, es que ellos fueron los ilustres padres de la República Argentina, y los verdaderos autores de su independencia.

Conociendo el Congreso las ideas de Belgrano, y deseando ser instruído por él, acerca de las disposiciones de los gabinetes europeos respecto de la revolución americana, acordó oirle en sesión secreta, y al efecto se reunió en el salón de sus sesiones el día 6 de julio de 1816. Belgrano se presentó ante la Asamblea, y después de contestar á algunas preguntas que se le hicieron, tomó la palabra, y en un largo y sentido discurso, (en que pintando el estado tristísimo del país, expuso la disposición de la Europa respecto de la América, y desenvolvió con franqueza su profesión de fe monárquica), dijo entre otras cosas: «Aunque la revo»lución de América en su origen mereció un alto con»cepto de los poderes de Europa, por la marcha majes»tuosa con que se inició, su declinación en el desorden »y anarquía, continuada por tan dilatado tiempo, ha »servido de obstáculo á la protección, que sin ella se »habría logrado; así es que, en el día debemos contar»nos reducidos á nuestras propias fuerzas. Además, »ha acaecido una mutación completa de ideas en la

»Europa, en lo relativo á la forma de gobierno. Así »como el espíritu general de las naciones, en años an»teriores, era republicanizarlo todo, en el día se tra»ta de monarquizarlo todo. La nación inglesa, con el »grandor y majestad á que se ha elevado, más que por »sus armas y riquezas, por la excelencia de su Cons»titución monárquico-constitucional, ha estimulado á »las demás á seguir su ejemplo. La Francia lo ha adop»tado. El rey de Prusia por sí mismo, y estando en el »pleno goce de su poder despótico, ha hecho una re»volución en su reino, sujetándose á bases constitu»cionales idénticas á las de la nación inglesa; ha»biendo practicado otro tanto las demás naciones. »Conforme á estos principios, en mi concepto, la for»ma de gobierno más conveniente para estas provin»cias, sería la de una monarquía temperada, llaman»do la dinastía de los Incas, por la justicia que en sí »envuelve la restitución de esta casa, tan inicuamen»te despojada del trono; á cuya sola noticia estallará »un entusiasmo general de los habitantes del inte»rior.» Habló en seguida del poder de la España, comparándolo con el de las provincias Unidas, indicó los medios que éstas podían desenvolver para triunfar en la lucha: manifestó cuáles eran las miras del Brasil respecto al Río de la Plata, y elevándose á otro orden de consideraciones, concluyó exhortando á los diputados á declarar la independencia en nombre de los pueblos, y adoptar la forma monárquica como la única que en la actualidad podía ser aceptable aquélla por las demás naciones, y colocar para lo futuro, bajo la salvaguardia de un orden de cosas estable, la paz y la libertad de las provincias desunidas por la anarquía y deshonradas por sus excesos. Su palabra era sencilla y elocuente, su acento conmovedor, y al terminar su discurso, su auditorio conmovido, estaba convencido por sus razones y cautivado por su sinceridad.

En corroboración de las opiniones sostenidas por Belgrano, respecto al desorden de ideas y de la anarquía que reinaba en el país, el Congreso recibió en el

mismo día (6 de julio) algunas comunicaciones de la capital, «cuyo contenido (según sus propias palabras), lo llenó de amargura.» La ciudad de Buenos Aires, presa de las facciones, y agitada por el reciente nombramiento de Director Supremo recaído en Pueyrredón, vió surgir repentinamente de su seno un partido fuerte, encabezado por hombres audaces, y apoyado indirectamente por el Director interino, que levantó decididamente la bandera de la federación, proclamando la independencia provincial. El partido federal, que había tenido su origen en el odio á la capital, representaba, más bien que un orden de ideas, un sistema de hostilidad contra Buenos Aires. A pesar de esto, nunca dejó de contar con prosélitos en la capital, pues hasta el mismo Artigas los tenía, como se ha visto en el curso de esta historia. A estos partidarios, desprovistos de moral política y de buen sentido práctico, se unían entonces: por una parte, los hombres de buena fe, aunque de cortos alcances, que creían poder conjurar los peligros de la situación, reduciendo á la capital á las condiciones de una simple provincia, y remover así las causas de rivalidad entre ella y los demás pueblos; y por otra parte, los descontentos con el nombramiento del nuevo Director, entre los cuales se encontraban Agrelo, Soler y Dorrego. Siendo Buenos Aires la única base posible de un gobierno general, el único centro de donde podía partir un impulso vigoroso y una inmensa masa de recursos puestos al servicio de la comunidad, su aislamiento, una vez constituído en provincia federal, importaba una verdadera disolución nacional, una ventaja más para el enemigo, y un peligro más para la revolución. Pero en el seno de la capital existía otro partido más poderoso aún, y que con más claras vistas sobre la situación y las necesidades de la época, sostenía valientemente la supremacía del Congreso, y con ella los principios conservadores de la unidad nacional, el cual comprendía, que faltando Buenos Aires como cabeza ó como centro, la nacionalidad argentina naufragaba y la capital se convertía en un nuevo foco de anarquía.

Una reseña de los sucesos ocurridos en la capital hará comprender mejor el estado violento en que ella se encontraba.

El 14 de julio se elevaron al gobernador intendente de la provincia, dos peticiones subscriptas por doscientos once ciudadanos. En ellas se decía: «Desde el »25 de mayo de 1810 hasta el presente, nadie podría »dudar que la fatal desunión y continuas querellas »de los pueblos contra esta capital, que han causa»do tan graves males, y tan irreparable atraso á la »causa general del país, han tenido por único motivo »el haber sido la silla del gobierno supremo de las »provincias, acusándola de despotismo, que con la re»unión de todas las autoridades superiores, ha preten»dido ejercer en los pueblos. El año pasado se separó »Santa Fe de toda dependencia del gobierno superior »de Buenos Aires; también se separó entera la pro»vincia de Córdoba; la de Salta quedó en parte de»pendiente, en parte separada; resultando de esta es»pecie de disolución social la impotencia en que se »hallaba el gobierno de Buenos Aires para regir todo »el Estado con uniformidad y sistema. Se esperaba »que la reunión del Congreso general fuese bastante »para restituirnos á la dependencia de un solo gobier»no superior; pero después de establecido, hemos vis»to que subsisten las querellas; que sigue Córdoba »en su independencia, y Santa Fe ha ratificado la suya, »autorizándola un diputado de aquella augusta repre»sentación, etc. Todos los pueblos se han explicado »en favor del gobierno provincial ó federal: esta era »la pretensión de la banda oriental, con la cual justi»fica su separación: esta es la de la provincia del Pa»raguay, la de Córdoba, Salta y demás pueblos de la »Unión. Buenos Aires manifestó también este mismo »deseo en el movimiento del 15 de abril de 1815.» Partiendo de estos antecedentes históricos, los peticionarios concluían, que era necesario uniformar el sistema, arreglándolo á la voluntad general claramente manifestada, y que por consecuencia, al protestar de su obediencia al Congreso, era su voluntad decidida, mien-

tras no se constituyera el poder, reducirse al rango de provincia federal, renunciando desde luego á las prerrogativas de capital del Estado, gobernándose por lo tanto por sus leyes interiores; sin perjuicio de reconocer y obedecer al Director nombrado por el Congreso en el punto en que fijara su residencia, toda vez que aquél reconociese la nueva personalidad política que asumía. Los pueblos de la villa de Luján, de Areco y de la Guardia de Luján, adhirieron á esta manifestación, elevando otras de igual tenor; y el gobernador intendente, con el objeto de explorar la voluntad general, congregó á los alcaldes de barrio de la ciudad, que declararon unánimente en número de treinta y tres, ser esa la voluntad del pueblo. Esta actitud amenazadora de los peticionarios, se robusteció más con algunas reuniones en la campaña, y con el pronunciamiento de una parte de los batallones cívicos, que simpatizaron con sus ideas y propósitos.

Sorprendida la Junta de observación por este estallido de la opinión activamente explotada, y viendo que no era posible contener el torrente de las nuevas ideas, procuró hacerle variar de curso, con el objeto de producir una reacción, ó por lo menos ganar tiempo mientras llegaba á la capital el Director nombrado. Al efecto, poniéndose de acuerdo con el Cabildo, y con el concurso del Director interino, acordó el 18 que debía oirse á todos los habitantes de la campaña al mismo tiempo que á los de la ciudad, no en Cabildo abierto como se pretendía, sino por medio de representantes nombrados del mismo modo que los electores de diputados, sin separarse mientras tanto de la obediencia debida al Congreso general.

El 19 apareció un bando del Director interino, convocando al pueblo á Cabildo abierto, en contradicción con lo acordado el día anterior. Los agitadores habían conseguido en el intervalo conquistar este poderoso aliado, que se inclinaba á sostener las nuevas ideas. Para cohonestar esta variación, decía que «no queriendo el gobierno atraerse sobre sí el gravísimo cargo »de estorbar la libre manifestación de los votos de los

»ciudadanos, ni oponerse en manera alguna al uso »tranquilo de un derecho tan sagrado», convocaba para una reunión popular, á la que debían asistir todas las corporaciones, en el templo de San Ignacio, con el objeto de discutir las indicadas peticiones.

En vano protestó la Junta de observación, declarando de antemano nulo todo cuanto se acordara, por falta de poderes dados por los habitantes de la campaña. La reunión tuvo lugar el día 19 en el sitio señalado, siguiéndose una sesión tempestuosa, en que el púlpito hizo las veces de tribuna de las arengas. De esta reunión, en que se discutió largamente sobre la forma que debía adoptarse para recoger los sufragios, y en que la divergencia de opiniones llegó al último extremo, salió un plebiscito imperativo expedido en nombre del pueblo llamado soberano, quien significando su voluntad á las autoridades, les ordenó procediesen á formular en el término de 24 horas el sistema que debía seguirse para convocar á los ciudadanos, á fin de tomar sus sufragios.

Dominada la Junta de observación, y neutralizado el Cabildo, tuvieron que ceder por el momento al imperio de las circunstancias, y expidióse (el 20) de acuerdo con el Director Balcarce, un reglamento, organizando comisiones en la ciudad y campaña á fin de que el pueblo se pronunciara sobre si quería ser oído en Cabildo abierto ó por medio de representantes, abriendo dos registros al efecto. Esto era perseverar en el antiguo plan de ganar tiempo para producir una reacción, con la sola diferencia de dar al mandato el carácter de consulta. Esta resistencia opuesta á la reunión de un Cabildo abierto, que era hasta entonces la tradición revolucionaria, manifiesta que las asambleas privilegiadas y tumultuosas del gobierno directo se hallaban desacreditadas, y que las teorías de la soberanía delegada, base del sistema representativo democrático, iban ganando terreno.

El Director, apoyado en los agitadores que promovían la federación, sostenía que el pueblo debía decidir la cuestión por medio de un Cabildo abierto.

El Cabildo y la Junta de observación, sostenían, por el contrario, que debían elegirse representantes por la ciudad y campaña, con plenos poderes para resolver en el nombre y en el interés de la mayoría.

Esta disidencia de opiniones entre los altos poderes públicos, tenía sus representantes en la prensa periódica. La «Gaceta de Buenos Aires», fundada por el célebre doctor Moreno era el órgano del Director. Este periódico era redactado entonces por don Julián Alvarez, bellísimo carácter, talento epigramático sin amargura, escritor fácil aunque algo difuso, nutrido de estudios serios, que derramaba en sus escritos toda la savia exuberante de la juventud. El «Censor», órgano de la política del Cabildo y de la Junta de observación, era un periódico constituído por la ley, con el objeto de vigilar los actos de los mandatarios, y censurarlos, ilustrando las grandes cuestiones de la actualidad. Su redactor, don Antonio José Valdez; era un habanero, diputado de las Cortes de Cádiz en 1814, que en largos viajes decía haber estudiado los hombres y las instituciones de todos los pueblos; y aunque en el fondo era una mediocridad suficiente, estaba animado de un verdadero entusiasmo por la causa americana. Sostenía la «Gaceta», que el Cabildo era conforme á la ley y á la costumbre; que en el Cabildo abierto se había hecho la revolución del 25 de Mayo, y los movimientos que posteriormente se habían sucedido, y que en un pueblo revolucionario, no podía prohibirse, en casos extraordinario, manifestar su voluntad por este medio. El «Censor», con más copia de hechos y con más sólidas razones, demostraba lo deficiente del sistema de Cabildos abiertos, como medio de explorar la voluntad general; los inconvenientes que presentaba para arribar á una solución en cuestiones difíciles, en que las pasiones colectivas se chocan como en un tumulto popular; al paso que evidenciaba las ventajas del sistema «representativo» «en que las »pasiones (son sus palabras) obran por resortes ocul»tos, y por las mismas causas se ven repelidas por la »masa de la virtud.»

La «Gaceta», haciendo un paréntesis á la discusión, se levantaba repentinamente á consideraciones más elevadas, y asumiendo el tono severo del verdadero censor, dirigía al pueblo este enérgico apóstrofe: «¡Re»presentantes! ¡Cabildos abiertos! ¡Unidad, federa»ción! ¡Pretextos! ¡El mal no está en los diferentes »sistemas gubernativos, está en el corazón de nosotros »mismos. Ni el provincialismo, ni el capitalismo, ni »todos los sistemas del mundo salvarán á la patria, si »siguen las discordias, las rivalidades, los enconos y »los deseos de venganza. En vano decimos que daremos »mil vidas por la salud de los pueblos. Nosotros que »no sacrificamos á la felicidad pública las más despre»ciables rencillas, ¿seremos capaces de derramar nues»tra sangre en su obsequio? Una de dos: ó nos recon»ciliamos tales como somos, ó el Estado perece; por»que los hombres no son como los fusiles que vienen »de fuera, ó se trabajan en el país muchos en un »día.»

El «Censor», por su parte, fiel á su título y á su misión constitucional, hacía oir al pueblo la voz no menos severa de la verdad, diciéndole respecto de la cuestión peligrosa que lo ocultaba: «Con la mis»ma pureza me parece animado este gran pueblo, á »quien miro proceder respecto de la comunidad con la »misma virtuosa política que Atenas procedió en tiem»po de Temístocles. Después de la batalla de Platea »los atenienses organizaron una marina formidable, »y los otros pueblos de la Crecia imitaron recíproca»mente un ejemplo de tanta importancia. Temístocles »concibió el proyecto de incendiar la marina de los »demás, para hacer á su patria superior á las otras »ciudades; pero pidió al pueblo que le nombrase un »compañero acreditado á quien confiar sus ideas. El »pueblo nombró al virtuoso Arístides, el que asom»brado al oir la proposición, y presentándose á la »asamblea exclamó: «Atenienses, el proyecto de Temís»tocles es el más favorable á nuestra elevación; pero »se opone al interés de vuestra gloria, y en vez del »amor os llenaría de execración.» El pueblo, apodera-

»do de un noble sentimiento, prohibió la ejecución. »Traigo este ejemplo con el fin de patentizar que, ha»biendo fondo de virtudes, todo interés individual »debe ceder al orden y á la justicia.»

Estas discusiones, que ilustraban al pueblo formando su conciencia, contribuyeron á fijar las ideas fluctuantes de la mayoría, así es que, cuando los ciudadanos de la capital acudieron á las comicios públicos para votar sobre el modo en que el pueblo debía ser oído, 1.020 sufragaron por el sistema de representantes, y sólo 86 por el Cabildo abierto. Desde este momento el provincialismo promovido por los federalistas de la capital, quedó completamente vencido; y el Director don Antonio Balcarce, que se había puesto de parte de ellos, no tardó en sentir los efectos de su imprudencia. Dominada la situación por el Cabildo apoyado en los tercios cívicos de que era brigadier, y por la Junta de observación, le intimaron cesase en el mando, y nombraron para reemplazarle una comisión gubernativa compuesta de don Francisco Antonio Escalada y don Miguel de Irigoyen, mientras llegaba el Director nombrado; conservando en el ínterin á disposición del Congreso, el depósito sagrado de la capital, que constituía el nervio de la lucha, y el vínculo más fuerte de la unidad nacional.

En la fecha á que antes nos referimos (6 de julio) no había llegado aún á noticia del Congreso el desenlace de la crisis por que estaba pasando la capital, la que sólo tuvo su terminación algunos días después. Instruído únicamente de las primeras peticiones y de las agitaciones que trabajaban á Buenos Aires, recibió al mismo tiempo la noticia de la próxima invasión de un ejército portugués que se dirigía al Río de la Plata, y la de haberse roto nuevamente las hostilidades entre Artigas y las fuerzas nacionales.

En medio de tantas dificultades, el Congreso supo levantarse á la altura de la situación, dando nueva vida á la revolución y nuevo ser á la República, por un acto vigoroso, que hará eterno honor á su memoria mientras el nombre argentino no desaparezca

de la tierra; acto que aconsejaba la misma prudencia, porque era lo único que el Congreso podía mandar, por ser lo único que los pueblos estaban dispuestos á obedecer. Tal fué la declaratoria de la independencia.

El Congreso de Tucumán, penetrado de las ideas antes indicadas, dió oídos al clamor universal de los pueblos, que pedían la emancipación de la España, y de acuerdo con sus dos ilustres sostenedores San Martín y Belgrano, decidióse al fin á proclamar á la faz del mundo, la existencia de una nueva nación. Reunido en su sala de sesiones el día 9 de julio de 1816, se puso á discusión la cuestión de la Independencia del País, señalada en el programa de sus trabajos. Un pueblo numeroso llenaba la barra. Don Narciso Laprida presidía la sesión. Formulada por el secretario la proposición que debía votarse, interrogó á los diputados: «¿Si querían que las provincias de la »Unión fuesen una nación libre é independiente de »los reyes de España?» Todos á la vez, y poniéndose espontáneamente de pie, contestaron por aclamación que sí, «llenos del santo amor de la justicia», según las palabras del acta, y uno á uno sucesivamente reiteraron su voto por la independencia del país, en medio de los aplausos y de los vítores del pueblo, que presenciaba aquel acto memorable. Extendióse en seguida acta, en la que, «invocando al Eterno que pre»side el Universo, en nombre y por autoridad de los »pueblos que representaba», el Congréso declaró solemnemente: «que era voluntad unánime de las Pro»vincias Unidas de Sud América romper los violentos »vínculos que las ligaban á los reyes de España, recu»perar sus derechos, investirse del alto carácter de »nación libre é independiente, quedando de hecho y »de derecho con amplio y pleno poder para darse las »formas que exigiere la justicia.»

El 21 de julio se juró solemnemente la independencia en la sala de sesiones del Congreso con asistencia de todas las autoriades civiles y militares de Tucumán, protestando todos ante Dios y la Patria, «promo-

»ver y defender la libertad de las Provincias Unidas, »y su independencia del rey de España, sus sucesores »y metrópoli, y de toda otra dominación extranjera», prometiendo sostener este juramento, «hasta con la vida, haberes y fama.»

Al mismo tiempo que se fijaba la fórmula del juramento de la independencia, pidió el diputado Gazcón que se fijara la bandera nacional, indicando que ésta debía ser la azul y blanca, inventada por Belgrano, que ya entonces se usaba como se ha dicho antes, aunque no estaba autorizada por ninguna ley. En consecuencia de esto, el Congreso, en sesión de 25 de julio decretó: «Será peculiar distintivo de las Provin»cias Unidas la bandera celeste y blanca de que se »ha usado hasta el presente, y se usará en los ejér»citos, buques y fortalezas.»

Pero la independencia no importaba sino la declaración de un hecho consumado: la bandera no era sino un símbolo, á que se imprimía el sello de la legalidad. Este hecho y este símbolo no tenían un significado claro, mientras no se fijase la forma de gobierno, mientras no se proclamase un principio superior que subordinara la política á su acción reguladora. Con tal motivo escribía Belgrano: «Se han »contentado con declarar la independencia, y lo prin»cipal ha quedado aún en el aire: de lo que, para »mi entender, resulta en lo principal el desorden en »que estamos; porque un país que tiene un gobierno, »sea el que fuere, sin Constitución, jamás podrá diri»girse sino por la arbitrariedad; y aunque concedamos »que éste sea dirigido por la más recta justicia, siempre »hay lugar, no existiendo reglas fijas, para tratar de »despótica la autoridad que gobierna.»

Al Congreso no se ocultaba todo esto, así es que, á los tres días de declarada la independencia (el 12 de julio) con motivo de proponer el presidente que se abriera el sello de la Nación, se suspendió proceder á ello por haber observado un diputado «que conve»nía esperar á que se adoptase la forma de gobierno »á que debían ser alusivas las armas y timbres.» En-

tonces hizo moción el diputado Acevedo, para que desde luego se diese principio á la discusión sobre la forma de gobierno que debía adoptarse, pronunciándose por su parte en favor de la «monarquía temperada,» bajo los auspicios de la dinastía de los Incas, con designación de la ciudad del Cuzco, para sede de la proyectada monarquía. Esta moción fué aceptada, y á fin de proveer al interinato, y dár al gobierno una norma para proceder, se acordó que, mientras no se sancionara el nuevo reglamento, se rigiese por el estatuto provincial de 1815, que debía considerarse vigente. En estas dos resoluciones se siente la influencia de Belgrano.

En la sesión del 15 tomó la palabra fray Justo de Santa María de Oro, y declaró con la mansedumbre que le era habitual, pero con firmeza, que para proceder á declarar la forma de gobierno, era preciso consultar previamente á los pueblos, limitándose por el momento á dar un reglamento provisional; y que en caso de procederse sin aquel requisito á adoptar el sistema monárquico constitucional, á que veía inclinados los votos de los Representantes, pedía permiso para retirarse del Congreso. La discusión se trabó sobre este punto y el padre Oro sostuvo obstinadamente su opinión, siendo ésta la única protesta que se levantó en aquel Congreso, contra la adopción inmediata de la forma monárquica.

En la sesión del 19, el diputado Serrano hizo su profesión de fe monárquica abjurando sus principios republicanos, y dijo que «aunque había sido partida»rio del gobierno federal, por creerlo el más á pro»pósito para el progreso y la felicidad de las Provin»cias Unidas, después de meditar seriamente sobre la »necesidad del orden y de la unión, la rápida ejecución »de las leyes, etc., se había decidido por la monar»quía temperada, que conciliando la libertad del ciu»dadano y el goce de los derechos principales del hom»bre con la salvación del país, la hacía preferible á »toda otra forma en la crisis en que se hallaban en»vueltos», declarándose sin embargo contra la dinas-

tía de los Incas. Fué apoyado por los diputados Passo y Acevedo, insistiendo este último sobre la dinastía de los Incas.

A su vez (el 31 de julio) hizo igual declaración el doctor Castro Barros, pronunciando un prolijo discurso, en que pretendía probar «que el sistema monárquico constitucional era el que el Señor dió al pueblo »de Israel, el que Jesucristo constituyó en la iglesia, »el más favorable á la conservación y progreso de la »religión católica, y el menos sujeto á los males que »afectan á los demás; que sentada esta base, el orden »hereditario era preferible al electivo, y que en con»secuencia debían ser llamados los Incas al trono de »sus mayores, del que habían sido despojados por la »usurpación de los reyes de España.» Varios diputados de los del Alto Perú apoyaron calurosamente al orador y añadieron que debía desde luego declararse al Cuzco la capital del reino, oponiéndose á esto último varios diputados, que consiguieron paralizar la votación.

El diputado Serrano, aunque monarquista, rechazaba la restauración del trono de los Incas, fundado en que, la misma idea promovida no hacía mucho por Pumakahua en el Cuzco, lejos de producir el resultado que se suponía seguro, que era adherir los indígenas del Perú á la causa de la independencia, produjo el efecto contrario en aquella ocasión; que uno de los males inmediatos de tal idea, era la regencia interina que forzosamente debía establecerse; que sería promover una nueva guerra entre los diversos pretendientes al trono; y por último, por las dificultades que se presentaban para crear sobre tal base una nobleza, deduciendo de esto, que antes de todo debía pensarse en crear la fuerza que debía dar el triunfo sobre el enemigo.

Otra de las pocas voces que se levantó contra la adopción del sistema monárquico, fué la del diputado Anchorena, pero con fundamentos y razones tan peregrinas, que merecen ser consignadas en las páginas de la historia, como un dato que sirve para carac-

terizar á los políticos de aquella época. Según él, existía un antagonismo entre el genio, los hábitos y costumbres de los habitantes de los llanos y los habitantes de las montañas, siendo los de éstas más apegados á la forma monárquica, y los primeros los que más resistencia le oponían; que en la imposibilidad de conciliar una forma de gobierno igualmente adaptable á los llanos y á las montañas, no había más medio que adoptar el sistema de una federación de provincias. Esta fué la última voz que se levantó en esta ociosa discusión sobre la forma de gobierno. El Congreso, sin duda, advirtió que sus palabras no encontraban eco en el pueblo, y obligado á ocuparse de otros intereses más premiosos, contrajo sus afanes á objetos más dignos y á necesidades más prácticas.

El momento no era el más á propósito para discusiones abstractas. Mientras los diputados discurrían una teoría sobre la mejor forma de gobierno, y sobre la más adaptable á la naturaleza del suelo, la sociedad política se disolvía en torno suyo y cada sesión era interrumpida con la noticia de la sublevación de alguna de las provincias que componían la Nación, profundamente trabajada por el espíritu federal de las localidades. El mismo Congreso, al anunciar á los pueblos por medio de un manifiesto la heroica resolución tomada el 9 de julio, les decía: «Consagrados á nuestro alto destino, somos á cada paso interrumpidos en »nuestras meditaciones por la incesante agitación tu»multuosa que os conmueve; y echando una ojeada »desde la cumbre eminente en que observamos, se ha »detenido con asombro nuestra consideración sobre el »cuadro que ha ofrecido á nuestra vista la alternativa »terrible de dos verdades, que escritas en el libro de »vuestros destinos nos apresuramos á anunciaros: »unión y orden, ó suerte desgraciada.»

Este manifiesto (de 1.° de agosto) escrito por la elegante pluma del doctor Passo, tenía por principal objeto excitar á los pueblos á la unión y al orden, dirigiéndoles verdades severas á fin de ilustrarlos sobre sus verdaderos intereses. «Acercaos al paño», les decía,

«en que trazamos el bosquejo del estado en que en»tramos á constituir. Fijas vuestras miradas al objeto »de vuestra común felicidad, en vano es que nos auto»rizásemos con vuestros poderes, para no dirigir y ter»minar las líneas por los puntos indicados al bien ge»neral. Si al tirar las de demarcación las condujéra»mos por donde la naturaleza las señaló con los lími»tes visibles donde el suelo se basta á sí mismo, di»remos: la naturaleza ha llenado su designio, y nos»otros hemos conformado nuestra obra á sus planes. »Mas cuando dentro de esta traza los pueblos insistie»ron en demarcaciones, por divisiones y subdivisiones »arbitrarias, les diremos: echad la vista á la Europa, »ved lo que ha obrado en ella el siglo pasado, su divi»sión multiplicada en tan pequeños estados, etc. Vol»ved á nuestra obra, les diríamos, y advertid que en »nuestras manos están puestos los destinos de la tierra »y de las sucesiones futuras. La pluma ó el estilo que »multiplique las líneas demarcatorias, abre en cada »una de ellas los abismos, y la ley que las sancione, »es una ley de muerte, desolación y espanto. No, nues»tra misión es para regenerar, formar y hacer la feli»cidad del país; nuestros planes deben ser de vida y »beneficencia. Que vivan, pueblen y prosperen el Es»tado en un sistema de unión y de integridad.» El Congreso, poseído de una ilusión generosa, y creyendo que bastaba decretar el orden para que el orden existiera, terminaba su manifiesto con un decreto en forma de «fiat» que empezaba con estas palabras: «Fin á la revolución, principio al orden», amenazando con la pena de muerte ó de expatriación á los que atentaran contra él. Así es como el Congreso creado por los instintos federales de la época, conmovido por ellos al tiempo de su instalación, abiertamente partidario de la monarquía, más tarde acabó por acertar instintivamente con el camino de la salvación, y entró de lleno en el orden republicano, proclamando abiertamente la unidad de régimen para todos los pueblos que componían la Nación.

Entrado en este nuevo camino, ocupóse en confec-

cionar un reglamento provisional para el gobierno del Estado, acordando se procediese sin perjuicio de esto á redactar una Constitución, que sirviera de base de discusión al Congreso, para afirmar la independencia sobre bases sólidas, colocándola bajo la salvaguardia de los grandes principios que la revolución se había propuesto hacer triunfar.

A su tiempo continuaremos la historia del Congreso de Tucumán, siguiéndola en sus trabajos y emigraciones, y volveremos por ahora á ocuparnos de Belgrano, que nombrado nuevamente general en jefe del ejército del Perú, con universal aplauso de los pueblos del norte, era en aquel momento el ejecutor de las voluntades del Congreso, y la espada fuerte en que se apoyaba. Aunque las derrotas de Ayohuma y Vilcapugio hubiesen eclipsado la estrella del vencedor de Tucumán y Salta, los pueblos veían siempre en él la personificación más completa de la revolución argentina. Iniciador de la independencia comercial y política; promotor de la revolución; autor de la bandera nacional, y últimamente sostenedor del nuevo orden de cosas, las grandes ideas y los grandes intereses á que había consagrado su vida triunfaban al fin, y como Turenne, podía morir tranquilo en medio de su victoria. La independencia era ya un hecho indestructible, y la bandera que la simbolizaba iba á ser paseada en triunfo por toda la América del Sur, sostenida por el robusto brazo de San Martín. San Martín es el nuevo combatiente que baja á la palestra á continuar con más grandeza y con más acierto la tarea encomendada antes á Belgrano. Este, reducido á la condición de entidad negativa en cuanto á la propaganda exterior, contrae sus esfuerzos á dominar el desorden interior, lucha con el desorden, y lo neutraliza hasta cierto punto, mientras San Martín triunfa más allá de las fronteras, desplegando en este teatro nuevas calidades y nuevas virtudes que complementan su fisonomía moral.

Los sucesos de esta nueva faz de su vida nos conducirán naturalmente á dar una idea de los movimientos internos que se operaban fuera del recinto del Con-

greso, y la conflagración á que ellos dieron origen, reduciendo á la República Argentina al último estado de postración y de miseria, precisamente en los momentos que más grande se presentaba ante el mundo, al redimir pueblos esclavizados y llevar sus armas triunfantes hasta la línea del Ecuador. Esta disolución interna contrarrestada por la perseverancia de Belgrano, en presencia del desenvolvimiento espléndido de la revolución argentina, generalizada por toda la América por los esfuerzos de San Martín, es el espectáculo más interesante que puede ofrecerse á las miradas de la posteridad, el momento más solemne de su historia, el punto de partida de las grandes luchas de principios, que han ensangrentado y dado su carácter á los pueblos del Río de la Plata. Sin la inteligencia de esta época, la historia sería un pálido reflejo de la realidad, porque la lucha de la independencia, en que se combate contra la España, no es sino una faz de la revolución. La verdadera revolución, la revolución que conmueve á la sociedad, que tiende á dominarla, y fija sus destinos para lo futuro, se continúa entre los mismos pueblos revolucionarios, despedazándose entre sí. Unos combaten por la federación, acaudillados por Artigas, personificación genuina de los instintos brutales de las multitudes, cooperando á su obra de destrucción fuerzas vitales, que tenían su razón de ser, y debían más tarde concurrir á la reconstrucción. Otros resisten y contienen el incendio, dirigidos por Belgrano, dando tiempo á la independencia para consolidarse en lo presente, y á la libertad, vigor para triunfar en lo futuro. Belgrano va á presentar su tercera faz. Después de haber resumido la época colonial, como reformador y revolucionario pacífico; después de resumir la época de la independencia, como su promotor, y como su campeón, va á reflejar la revolución social, en la que también tiene su papel conspicuo. Bien que su gran misión histórica haya terminado, su nombre sigue siempre identificado al desarrollo y á los destinos de la revolución argentina, considerada bajo su doble faz política y social.

CAPITULO XXVIII

Sipe-Sipe

1815-1816

Prospecto y retrospecto.—La guerra del Alto Perú.—El programa territorial de la Independencia.—El año décimocuarto.—Alvear y Rondeau.—El levantamiento de Pumakahua en el Cuzco.—Noticias sobre Rondeau.—Constitución del ejército auxiliar del Perú.—Tercera campaña del Alto Perú.—El Tejar.—El puesto del marqués.—Operaciones de los ejércitos beligerantes.—Venta y Media.—Batalla de Sipe-Sipe.—Retirada del ejército argentino. —Se reorganiza en Humahuaca.—La revolución interna.—El caudillaje de Güemes en Salta.—Su actitud ante el país y el ejército. —Desavenencias entre Güemes y Rondeau.—Convenio de los «Cerrillos».—Sus consecuencias.—Contrastes en el Alto Perú.—Belgrano general en jefe del Perú.—Intentos de subversión.—Reconcentración en Tucumán.—Reorganización del ejército.—Su situación militar, su espíritu y su influencia política.

Nombrado Belgrano general del ejército del norte, por el voto del Congreso de Tucumán integrado por los diputados de las provincias del Alto Perú ocupadas por el enemigo, el arduo problema del avance de la revolución armada por aquella parte, volvía á ponerse á la orden del día.

El Congreso había trazado los límites ideales de la nueva nación dentro de las fronteras del antiguo virreinato, obedeciendo á la tradición histórica de la colonia y á las primeras aspiraciones de la revolución. Las armas habían sido impotentes para realizar este programa de nacionalidad, y la acción simultánea de las partes no había sido homogénea en tal sentido.

De los pueblos que en 1816 formaban teóricamente parte integrante de las Provincias Unidas, cuya independencia se proclamó en Tucumán, casi una mitad no reconocía su ley. El Paraguay se había segregado de hecho de la comunidad, bajo la dictadura de Francia. La Banda Oriental, bajo el caudillaje de

Artigas, estaba en abierta insurrección contra el gobierno general, formando una especie de confederación ó liga de caudillos con Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe que se negaron á enviar sus diputados al Congreso Nacional. Córdoba trabajaba por la influencia disolvente de Artigas y por ideas truncas de federación, obedecía condicionalmente. Salta, sometida á un poder irresponsable y personal, formaba parte del sistema á condición de gobernarse á su antojo, bien que sin romper el vínculo nacional y concurriendo eficazmente á la defensa del territorio en las fronteras del norte. En el mismo Tucumán, asiento del Congreso, fermentaban ideas de disgregación, aun en las clases ilustradas, sugeridas por un extraviado patriotismo local y mal comprendidos principios de federación.

En cuanto á los que se titulaban representantes del Alto Perú, ellos no eran en realidad sino los diputados vergonzantes de los emigrados de aquellas provincias, que habían seguido la desgraciada suerte de los ejércitos argentinos derrotados en las anteriores campañas.

El acta de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata era, pues, un simple proyecto de soberanía territorial, trazado sobre la carta del antiguo virreinato, cuyos elementos incoherentes estaban en descomposición, y en cuyo seno atormentado se elaboraban los gérmenes de su recomposición y organización. En tal situación, ¿cómo reconquistar el territorio que las firmas de los diputados del Alto Perú representaban, desde Humahuaca y el Pilcomayo hasta el Desaguadero? ¿Cómo defender el territorio en parte regido por la ley común, que las demás firmas representaban, teniendo sobre la frontera al enemigo triunfante y á la espalda las masas indisciplinadas con sus tendencias disolventes? Tal era el complicado problema que el ejército auxiliar del Perú tenía que encarar.

Por tres veces la revolución había avanzado en son de guerra con el objeto de ocupar la extremidad de la frontera norte del virreinato, buscando el camino

de Lima, centro de la reacción, y por tres veces había retrocedido vencida. La primera vez que llegó hasta el Desaguadero, bajo los auspicios de una victoria, y retrocedió hecha pedazos en Huaqui. La segunda vez—por dos ocasiones triunfante dentro de sus límites revolucionarios,—fué vencida en Vilcapugio y Ayohuma. En su tercer avance se había visto obligada á abandonar para siempre el terreno en Sipe-Sipe, retrogradando á su punto de partida.

Para comprender mejor los sucesos que van á desenvolverse, darles un encadenamiento metódico y encerrar dentro del cuadro de esta historia todo cuanto al Alto Perú se refiere, se hace necesario volver á tomar el hilo de la narración en 1815, en los momentos en que la tercera y última campaña al Alto Perú se preparaba.

Como se sabe, después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, Belgrano había sido relevado por el general San Martín. El enemigo triunfante, que había invadido el territorio argentino, tuvo á su vez que retroceder sin combatir, consecuencia de las hábiles maniobras de San Martín; ante la decisión de la provincia de Salta, sostenida por las guerrillas de Güemes; á causa de la insurrección del Alto Perú que renacía potente á su espalda, promovida por la incontrastable constancia de Arenales en Cochabamba, la energía de Warnes en Santa Cruz de la Sierra, y el entusiasmo de las multitudes que se levantaban espontáneamente en los valles y las montañas, armadas de piedras y garrotes.

En tales condiciones, el duelo á muerte entre el virreinato del Perú y el virreinato del Río de la Plata convertido en Provincias Unidas, volvió á recomenzar. Como siempre, el Alto Perú fué el palenque, cuyo dominio se disputaron ambos contendores. Los dos procuraban herirse en el corazón, buscando el uno el camino de Buenos Aires y el otro el de Lima. Pero si los realistas habían triunfado constantemente en las montañas del Alto Perú, merced á su disciplina, su táctica y sus mejores generales, la revolución por su

parte había mostrado que era invencible dentro del territorio de la cuenca del Plata. San Martín con su genio observador, dándose cuenta racional de estos hechos, había comprendido que no era aquel el camino militar de la revolución, y que la guerra se prolongaría indefinidamente mientras las condiciones de la lucha no se variasen. Desde entonces, su idea fija fué llevar la guerra por Chile, dominar el Pacífico, y atacar el Bajo Perú por el mar, admitiendo simplemente como complementarias de este plan, las operaciones militares por el Alto Perú.

En esa época, los realistas que habían sofocado todas las revoluciones americanas desde Méjico hasta Arauco, con excepción de las Provincias Unidas, proyectaban formar en Chile un ejército poderoso con el objeto de atravesar los Andes y darse la mano con el ejército triunfante del Alto Perú en el centro del territorio argentino, localizando en él la guerra y haciendo converger contra ella todos los elementos militares de la América y de la Península. Tal era el plan del virrey Abascal en 1815.

El año de 1814 había sido de angustias y de prueba para las Provincias Unidas. Evacuado el Alto Perú por su ejército derrotado en Ayohuma, ocupado Montevideo por los realistas, señores de las aguas, caído Chile cuando Montevideo era conquistado, presas del desorden interno que empezaba á hacerse crónico, las provincias argentinas iban á quedar solas en la arena revolucionaria, rodeadas por tres ejércitos y una escuadra, llevando en su propio seno los gérmenes de la anarquía política, militar y social. Agréguese el anuncio de una expedición de 15.000 hombres prontos á dirigirse de Cádiz al Río de la Plata para abrir operaciones sobre la base de Montevideo, y se tendrá una idea de los peligros de la situación.

Todos estos peligros fueron empero conjurados. La escuadra española en el Río de la Plata, fué batida y apresada. Montevideo fué rendido por capitulación. La expedición española destinada contra las Provincias Unidas se dirigió con tal motivo á Costa Firme.

El ejército de los Andes empezó á organizarse en Mendoza respondiendo al plan de San Martín. Entonces fué que se pensó en abrir por tercera vez una nueva campaña sobre el Alto Perú.

El general Alvear que, como queda explicado, había tenido la gloria de rendir á Montevideo y era el favorito del gobierno, anhelaba ceñirse los lauros de esta campaña, y contaba por seguro abrirse paso hasta Lima al frente de un ejército de seis mil hombres, insurreccionando todas las poblaciones á su paso. A este fin empezó á reforzar el ejército auxiliar del Perú con los batallones victoriosos en Montevideo mandados por jefes adictos á su persona.

Al solo anuncio de estos movimientos preparatorios, había estallado en el Cuzco un gran movimiento popular, que se propagó hasta Puno y La Paz, activando el fuego de la insurrección en todo el Alto Perú y aun en las fronteras argentinas. Acaudillábalo el indio Mateo Pumakahua, cacique elevado al rango de general por sus servicios contra la gran sublevación de Tupac-Amaru, treinta y cinco años antes. Este descendiente de la raza conquistada al servicio de los conquistadores, reunió en torno suyo no sólo á los indígenas y mestizos, sino también á una gran parte de los criollos que dieron al movimiento un significado verdaderamente americano. Aunque inconsistente y destinado fatalmente á sucumbir por su debilidad orgánica, como todos los movimientos de este género que estallaron durante la revolución en el Alto y Bajo Perú, el del Cuzco era formidable, y óbligó al ejército español del Alto Perú á debilitarse considerablemente, á fin de acudir á sofocarlo, quedando por esta causa en absoluta impotencia para atacar.

En el mismo ejército español se elaboraban misteriosos planes de conjuración. Dijimos antes que al servicio de los realistas, existía un jefe natural de Salta, reputado como el primer guerrillero del ejército español. Este era el coronel don Saturnino Castro, que con su coraje y oportunas disposiciones había decidido la batalla de Vilcapugio. Jefe de un escuadrón,

sobre el cual ejercía dominio, apasionado de una belleza salteña cuya ausencia lloraba, deseando abrirse el camino de la ciudad natal ó por el triunfo ó por la defección de la causa del rey, y á la sazón conmovido por la revolución del Cuzco, meditó el plan audaz de insurreccionar el ejército real, sobre la base de su escuadrón, contando arrastrar fácilmente al primer regimiento de cuzqueños, cuerpo compuesto de americanos. Al efecto despachó un emisario al general patriota (agosto de 1814) comunicándole su resolución y su plan. Consistía éste, ó bien en apoderarse con su escuadrón de la persona del general español y de la artillería del cuartel general, sublevando por este medio su ejército, ó bien marchar desde Suipacha (donde se hallaba) á Moxo donde estaba la vanguardia, y apoderarse de ésta por sorpresa, intimando en seguida rendición al general en jefe y su estado mayor. Para asegurar una de esas combinaciones pedía que el general patriota hiciera adelantar un batallón hasta Colorados, y se ponía desde luego á sus órdenes, remitiéndole una clave secreta para comunicarse.

Todo, pues, parecía prometer una victoria á las armas argentinas, que habrían alcanzado quizá, si el general Alvear hubiera podido dirigirlas.

Conocemos ya á Alvear como político de intrigas y aventuras, y hemos asistido á su merecida caída, castigo de una ambición sensual y estéril, desnuda de principios en el gobierno del Estado. Empero, como general tenía calidades de mando y poseía sobre el arte de la guerra ideas más completas que los demás generales de su tiempo (con excepción de San Martín). Por su petulancia juvenil, su indisputable coraje, su carácter emprendedor y sus chispazos de inteligencia que imitaban á veces los relámpagos del genio, era el más indicado para romper con la vieja rutina que realistas y patriotas habían practicado en aquel teatro de la guerra, y habría lanzado las operaciones por otros caminos, si no muy seguros, al menos más brillantes y gloriosos. Hemos explicado ya las causas por qué Alvear no pudo tomar el mando del ejército

del Perú, que le negó su obediencia, precipitando su caída.

Hallábase al frente del ejército auxiliar el general don José Rondeau, nacido en Buenos Aires en 1773. Era un hombre de recto juicio, pero sin las luces de la inspiración, de porte grave y carácter algo apático, de alma serena, reconocido por todos como un patriota abnegado y virtuoso, y un soldado de buena escuela. Había hecho sus primeros ensayos militares en las guerras de frontera contra indios y portugueses, acreditándose de bravo. Fué uno de los defensores de Montevideo en 1807, de donde pasó á Inglaterra prisionero. En la guerra de la Península contra Napoleón, se había distinguido como oficial de caballería bajo las órdenes de Blacke y del marqués de la Romana. Restituído á su patria en 1810, ofreció su espada á la revolución, y formó el primer cuerpo de caballería regular de los ejércitos de la independencia conocido con la denominación de Dragones de la Patria. Como general había mandado con acierto y gloria los dos sitios puestos á Montevideo, batiendo á su guarnición fuera de murallas en la batalla del Cerrito, y estrechando el asedio con perseverancia y método. Ya se ha visto cómo el general Alvear le arrebató el honor de entrar triunfante á la plaza, cuya rendición había preparado.

A pesar de lo depresivo del relevo, el general Rondeau, moderado por temperamento y exento de ambiciones políticas, habría cedido por segunda vez á Alvear el puesto del honor, si no se hubiese dejado dominar por los jefes principales del ejército. Estos se empeñaron en sostenerlo á todo trance en el mando, llegando hasta desconocer la autoridad del gobierno, y separar de él á los jefes adictos á Alvear, que eran precisamente los más capaces. Desde ese momento, el general en jefe convertido en instrumento de sus subordinados, fué obedecido á condición de no mandar, y la moral y disciplina del ejército se relajó completamente. Esto mostraba que Rondeau carecía del temple del hombre de mando, no teniendo por otra parte

las inspiraciones del guerrero, ni los talentos del organizador militar, como lo manifestó después. Si al menos una voluntad fuerte y una inteligencia superior hubiese prevalecido en sus consejos, esta mala constitución del ejército habría podido corregirse quizá. Pero sus principales cabos no le eran muy superiores. El coronel don Martín Rodríguez, que estaba al frente del círculo que lo sostenía, era un buen patriota de más corazón que cabeza, sin aptitudes para concebir una operación de guerra, ni para ejecutarla. Pagola y Forest, valerosos jefes de infantería, eran dos atolondrados, que hacían gala de insubordinación y de despreciar la autoridad del general. Don rudecindo Alvarado y don Diego Balcarce, hombres de orden en el campamento y de energía en el combate, eran de carácter irresoluto, y su instrucción militar no sobrepasaba el nivel de los rutineros. El mayor general del ejército don Francisco de la Cruz, el más capaz de todos en otro sentido, con conocimientos científicos y talento de organizador, aunque de un carácter recto y un juicio sólido, era un espíritu sin iniciativa, que cumplía su deber con honor llegado el caso; pero que se amoldaba á las situaciones. Era, pues, un ejército sin cabeza y sin nervio, el que iba á llevar nuevamente la bandera de la revolución al territorio del Alto Perú.

En el intervalo de los sucesos que hemos apuntado, habíase dejado escapar la oportunidad de la revolución del Cuzco, y no se había sabido ó podido utilizar la valiosa cooperación ofrecida por el coronel don Saturnino Castro. Los trabajos de éste fueron al fin sentidos por el general español, que ordenó su prisión. Viéndose Castro perdido, montó á caballo acompañado de algunos soldados y se dirigió á su escuadrón, del cual estaba accidentalmente separado. Pocos fueron los que le siguieron, y entre ellos su hermano don Pedro Antonio que servía en él como oficial. Al frente de este grupo se dirigió á Moraya donde se hallaba el regimiento del Cuzco, intimó sobre la marcha rendición á Pezuela, expidiendo á su vez su proclama en el sentido de la revolución. No habiendo conseguido

persuadir á los jefes y oficiales de la compañía á que se pronunciaran, procuró ponerse en salvo; pero al ir á tomar un caballo, fué inmediatamente preso. Juzgado y sentenciado por un consejo de guerra, fué condenado á muerte y fusilado en Moraya en octubre de 1814. El batallón cuzqueño, con el cual había contado para la sublevación, reclamó ser el ejecutor de la sentencia, para dar una muestra de su fidelidad.

Bajo estos tristes auspicios, el ejército auxiliar del Alto Perú, en entredicho con el gobierno y sin plan ni actividad en sus movimientos, abrió desde Jujuy la tercera campaña sobre el Alto Perú. Fuerte de más de 4.000 hombres de las tres armas y dos baterías de artillería, componíanlo los batallones de infantería 1.º, 6.º, 7.º, el 2.º y el 9.º de cazadores y los regimientos de caballería Granaderos á caballo y Dragones de la Patria. La vanguardia la cubría el comandante Güemes con las milicias de Salta, unidas á dos escuadrones de caballería de línea. Su maniobra preliminar fué escalonarse en la quebrada de Humahuaca á principios de febrero de 1815, tomando el mando de la vanguardia don Martín Rodríguez. El 19 de febrero intentó este jefe un reconocimiento por el frente á la cabeza de un escuadrón y acampó en el Tejar, sin tomar precauciones. Sorprendido por una división enemiga, fué hecho prisionero con toda su tropa, salvándose únicamente el capitán don Mariano Necochea. Este bizarro oficial, encerrado en un corral de piedras con 25 granaderos, procuró resistir por algún tiempo, pero viendo la inutilidad de sus esfuerzos, montó á caballo en pelo y se lanzó sable en mano sobre el enemigo que lo cercaba y que rompió sobre él un fuego sostenido. Necochea parece vacilar y se detiene: era que observaba el punto débil. En seguida, da espuelas al caballo, se lanza como un rayo sobre la caballería, que se prepara á recibirle: un valeroso soldado español le sale al encuentro avergonzado tal vez de que un solo hombre los cargase. Necochea lo atropella; descarga sobre él un golpe tremendo que lo derriba. Á su frente se abre un claro, pasa por allí

esgrimiendo el sable ensangrentado, y escapa golpeándose la boca, perseguido por el espacio de dos leguas. Necochea contando sencillamente esta hazaña decía: «En mi vida he dado un tajo igual: creo que le dividí la cabeza hasta el pescuezo.»

Mandaba el ejército español el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio y Ayohuma, el cual tenía su cuartel general en Cotagaita y se hallaba mal preparado para recibir una invasión. Constaba toda su fuerza de 4.500 hombres, de los cuales como 2.500 dispersos en destacamentos lejanos, habiendo tenido que desprender una columna de 1.200 hombres con 4 piezas de artillería, al mando de su segundo el general Ramírez, para hacer frente á la formidable insurrección del Cuzco. Por lo tanto, Pezuela sólo contaba con poco más de 2.000 hombres bajo su inmediato mando en Cotagaita. En tal situación, el general español se dejó persuadir por su prisionero D. Martín Rodríguez, quien le hizo concebir la esperanza de un arreglo, si lo ponía en libertad bajo su palabra de honor, con la condición de ser canjeado. Accedió á ello Pezuela, esperando sin duda ganar tiempo para reconcentrar sus fuerzas, é hizo á la vez al ejército patriota un verdadero presente griego.

Pasaron cerca de dos meses antes que el ejército patriota abriese resueltamente su campaña. En los primeros días de abril emprendió su movimiento en masa, inclinándose á su izquierda por el camino del despoblado. Desde la altura del Tejar, desprendió una columna de 500 hombres de infantería y caballería, acompañada por los milicianos de Salta al mando de Güemes, con el objeto de sorprender un destacamento como de 250 realistas que se hallaba en el Puesto del Marqués (cerca de Yaví). La empresa se logró felizmente (17 de abril) quedando vengada la sorpresa del Tejar, y en poder de los patriotas como 100 prisioneros, y en el campo varios muertos y heridos.

A la noticia de este contraste, Pezuela levantó precipitadamente su campo en Cotagaita el 21 de abril, tomó el camino del Despoblado, atravesó la cordillera

nevada del Fraile y se situó en Challapata, en observación del camino de Potosí, y cubriendo las provincias de Cochabamba, Oruro y La Paz, con sus comunicaciones francas por el Desaguadero. A la vez, hizo replegar las guarniciones de Potosí y Chuquisaca, con orden de incorporársele, disponiendo se le reuniera la división de Ramírez, vencedora ya de Pumakahua.

El ejército argentino ocupó el país que le abandonaba sin resistencia el enemigo, y permaneció por más de cuatro meses en inacción (desde abril á septiembre), proveyéndose de lo necesario para continuar su campaña, en las ciudades de Chuquisaca y Potosí. Aquí supo el general Rondeau la caída de Alvear y su nombramiento de Director Supremo del Estado, de cuyo puesto excusó recibirse hasta no dar cuenta del enemigo. En substitución fué nombrado Director provisional el general Alvarez y Thomas, como queda dicho.

Mientras tanto, la división de Ramírez aumentada hasta el número de 2.000 hombres, se ponía en marcha desde el Cuzco en busca de la incorporación de Pezuela, y un batallón de Chilotes desembarcado en Arica venía á reforzarlo, trayéndole armamento y municiones. Por su parte el infatigable Arenales anticipándose á las operaciones del ejército, invadía á Cochabamba y ocupaba su capital á la cabeza de 800 hombres de infantería y caballería medio organizados y una multitud de indios armados de hondas, picas y macanas. Situado así sobre el flanco del enemigo, promovía la sublevación de la provincia de Chayanta en masa y obligaba á la vanguardia realista á reconcentrarse. Pero casi simultáneamente (mes de julio) llegaron al cuartel general realista en Challapata la división Ramírez y el batallón de Chilotes. Pezuela se encontró entonces al frente de más de 4.000 hombres. La sublevación del Cuzco estaba domada y el país á su espalda pacificado. La faz de la campaña había cambiado.

En septiembre se movió el ejército patriota por el camino real que de Potosí conduce á Oruro al traves

de ásperas montañas y largos desfiladeros. A' la altura de Chayanta se inclinó sobre su derecha y tomó acantonamientos, poniéndose en comunicación con Cochabamba. Allí permaneció por el espacio de un mes, en cuyo intervalo el coronel Arenales le trajo el contingente de dos batallones de más de 400 plazas cada uno, que se incorporaron al ejército bajo la denominación de Regimiento número 12. Por efecto de las bajas por enfermedades, deserciones y la disminución que produjo en las filas el regreso de los milicianos de Güemes desde el puesto del Marqués, el ejército de Rondeau apenas ascendía á 4.000 hombres, no obstante el refuerzo de Arenales.

El movimiento del ejército patriota hizo presumir á los realistas que el plan de Rondeau era acordonarse desde Llocalla (camino de Potosí) á Paria (camino de La Paz), aislarlos de la parte más abundante del país y aprovechándose de la buena disposición de los naturales que obstruían los caminos, privarles de todo recurso, lanzarse en seguida sobre Oruro, cortar sus comunicaciones con el Desaguadero y obligarlos á una batalla en condiciones desventajosas. Pezuela lo previno, y trasladó su cuartel general á Sora-Sora cubriendo á Oruro, y atendiendo á La Paz por medio de una fuerte división que situó en Paria, á la vez que amenazaba á Chayanta con otra división que estableció en Venta y Media, á cuatro leguas de distancia de la vanguardia patriota, pero en aptitud de poderla proteger oportunamente, guardado contra toda sorpresa en posiciones escogidas.

El general argentino se mantenía entretanto á la expectativa, en la inteligencia de que Pezuela estaba atrincherado con el grueso de su ejército, y fluctuaba entre aventurar un ataque ó prolongar la defensiva. Una funesta inspiración de D. Martín Rodríguez vino á sacarle de esta incertidumbre. Según los partes del oficial de avanzada Lamadrid, la división española de Venta y Media, no pasaba de 300 hombres. Un reconocimiento de D. Diego Balcarce al frente de la caballería, confirmó este parte. En consecuencia, Ro-

dríguez proyectó una sorpresa, y Rondeau la autorizó aunque con repugnancia, con prevención de no arriesgar nada si la fuerza excedía del número calculado.

La división de realistas se componía de dos batallones y un escuadrón y estaba mandado por el famoso Olañeta. La división patriota que se destinó á la sorpresa, se componía de 350 infantes del batallón de Cazadores y 200 hombres de caballería del regimiento de Dragones. La operación fué mal conducida, los guías se extraviaron en la noche, y aunque el capitán Lamadrid consiguió sorprender la gran guardia que pasó á cuchillo, en la mañana del 20 de octubre, la columna argentina fué completamente derrotada, dejando en el campo como 100 muertos y otros tantos prisioneros (casi todos de infantería) con más de 300 fusiles, salvando apenas la caballería. En este combate fué herido el mayor D. José María Paz, tan célebre después, quedando manco para toda su vida, y el coronel D. Martín Rodríguez (después general) perdió para siempre en él su reputación militar.

Desde ese momento no pensó Rondeau en buscar el enemigo, y resolvió replegarse á Cochabamba, aumentar allí su ejército, mantenerse á la defensiva en posiciones convenientes, mientras le llegaba el refuerzo de una división de 1.000 hombres que á marchas forzadas venía á incorporársele á las órdenes del general D. Domingo French. En consecuencia, emprendió una retirada precipitada de Chayanta, por caminos escabrosos, aun antes de hacer adelantar sus depósitos.

Pezuela por su parte, que hasta entonces se había manifestado en la estricta defensiva á la espera de mayores refuerzos, se decidió á tomar decididamente la ofensiva, aprovechando el efecto moral de Venta y Media. Casi al mismo tiempo que Rondeau levantaba su campo en los primeros días de noviembre, se dirigía por otro camino más directo en su busca, bajaba á los valles de Cochabamba por la cuesta de Tapacari, cubriendo en su movimiento á Oruro, y procuraba salir á vanguardia del ejército patriota, interponiéndose entre él y Cochabamba.

Al pie de la cuesta de Tapacari se levanta una áspera serranía. En medio de ella se abre una áspera quebrada, que conduce á la pampa de Sipe-Sipe, ancha llanura rodeada de altas y escabrosas montañas, en cuyo centro se levantan algunas lomas aisladas al pie de un suave plano inclinado, que domina la planicie. Allí hizo alto el ejército argentino, á cuatro leguas de Cochabamba, y se resolvió á esperar al enemigo, considerándose inexpugnable.

Pezuela amagó un ataque por la quebrada; pero encontrándola bien defendida, se corrió por su izquierda con el grueso de sus fuerzas y coronó las altas montañas de aquella parte, que se consideraban impracticables y que llevan el nombre de Viluma, famoso desde entonces. Desde la altura descubrió el general realista la posición y la fuerza del ejército patriota, penetrando desde luego su plan que era defender la boca de la quebrada por donde se creía únicamente posible el ataque.

El 27 de octubre empezó á descender el ejército español las fragosidades de la cuesta de Viluma, que conducen al valle de Sipe-Sipe. Rondeau, advertido oportunamente de la operación, había acudido á disputar el paso; pero una batería enemiga situada en la meseta á media cuesta, protegía el descenso de los realistas, que pasaron la noche en aquel ancho escalón de la montaña. Al día siguiente (el 28) el ejército real continuó su descenso superando inmensas dificultades, descolgándose como gatos, según la expresión de un testigo presencial, bajo el fuego de los batallones patriotas que disputaban palmo á palmo el terreno. Consiguieron al fin establecerse en el llano sobre la boca interior de la quebrada cuyo peligroso ataque habían evitado, y tendieron su línea casi paralelamente á la que ocupaban los patriotas.

El ejército argentino, coronando con artillería las lomas aisladas del centro del llano, estaba situado al pie del suave plano iniciado que lo domina, emboscado en las huertas de la hacienda de Sipe-Sipe y parapetado en parte por algunas tapias. A su derecha te-

nía el cauce seco de un río. En tal posición, si el ataque se hubiera empeñado por el frente, es posible y aun probable, que la victoria hubiese quedado por los patriotas. Pero Pezuela había mostrado en Ayohuma, que sin ser un genio militar, sabía que era peligroso pretender agarrar un toro por las astas.

En la tarde del 28 hizo Pezuela un reconocimiento sobre la derecha patriota, empeñándose un fuerte tiroteo que se prolongó hasta entrada la noche. En la mañana del 29 practicó un movimiento de flanco fuera de tiro de cañón, se corrió en columna sucesiva por su izquierda, formó cuadro, arengó personalmente á sus tropas entusiasmadas, y desplegó su línea de batalla dando frente al cauce seco del río ya señalado. Por este bien combinado movimiento se colocó sobre la derecha de Rondeau, neutralizando en gran parte las ventajas de su fuerte posición.

El general patriota al iniciarse el movimiento del enemigo, ejecutó con precisión un cambio de frente. Por este movimiento, la loma ó morro principal, que formaba el día anterior la extrema derecha, de su línea, quedó colocado al centro, dominando siempre el llano del otro lado del barranco ó cauce seco, el cual fué cubierto con guerrillas de infantería apoyadas por los fuegos de artillería que atacaban los despliegues de las columnas realistas. A retaguardia se estableció la infantería, cubierta por los accidentes del terreno. La caballería se situó sobre ambos flancos en actitud de cargar oportunamente, y ésta fué la única disposición que indicara una intención más allá de la estricta defensiva.

Pezuela avanzó resueltamente y desplegado en batalla sufrió el fuego de la artillería; desalojó á los tiradores patriotas del barranco, se lanzó sobre la derecha de la posición, que tenazmente defendida al principio, hubo de ceder al fin á su empuje. Mientras tanto, la derecha realista se corría en desfilada á lo largo del indicado barranco, y vigorizaba el ataque á la vez que amagaba la izquierda argentina. Rota la

derecha de los patriotas y en inacción su izquierda, la batalla estaba completamente perdida.

Los que han atribuído esta derrota á órdenes dadas á destiempo ó mal ejecutadas, parecen no haber comprendido que la batalla estaba perdida antes de darse. Era un ejército desmoralizado, sin cabeza y sin nervio, que se mantenía á una estricta defensiva en una posición que creyó equivocadamente inexpugnable. Atacado en ella por donde no lo esperaba, tuvo que obedecer á todos los movimientos ajenos, y empeñado el fuego, lo libró todo á la resistencia pasiva contra un enemigo resuelto á avanzar á todo trance. Sólo así se explica cómo Pezuela pudo ejecutar su marcha de flanco casi dentro del tiro de cañón de los patriotas, y avanzar impunemente desplegado en línea de batalla con fuegos sobre la marcha, sin ser atacado en su avance por una ó más columnas, oportunamente lanzadas bajo la protección de una artillería superior en posición y en calidad. Estas faltas cometidas por el general español y que con razón los militares han criticado, prueban, empero, que en la resolución del avance estuvo la victoria, y en la falta orgánica de iniciativa de parte de los patriotas, la derrota.

El general Rondeau sin perder su sangre fría, procuró contener al enemigo triunfante, haciendo jugar activamente su artillería, perfectamente dirigida por el comandante D. Pedro José Luna y los capitanes Peralta y D. Antonio Giles. Al mismo tiempo ordenó al batallón número 9 que se retiraba en formación, volviese caras, lo que ejecutó bravamente y en orden el coronel Pagola; aunque envuelto muy luego por el desorden del batallón núm. 1.° tuvo que ceder, dejando gran parte de su tropa tendida en el campo. Viendo la inutilidad de estos esfuerzos, y que su izquierda era al mismo tiempo reforzada por la derecha enemiga, procuró reconcentrar la resistencia en el Morro; pero tuvo que desistir de ello, porque ya nada había que hacer sino salvar los restos dispersos. Entonces tuvo la inspiración del momento. Dirigióse al galope á los dos escuadrones de Granaderos á caballo que se

habían retirado en orden del flanco derecho, y ordenó personalmente á los comandantes Rojas y Necochea que cargasen sable en mano para contener al enemigo. Estos dos jefes eran dignos de recibir tal orden. Cargaron con irresistible denuedo sobre la infantería, paralizaron una parte de ella, hicieron retroceder otra, acuchillaron la caballería enemiga, obligándola á refugiarse desmontada á retaguardia de sus batallones; y con ocho oficiales heridos y una pérdida de más de 50 hombres de tropa entre muertos y heridos, dieron tiempo á que se salvase una gran parte de los dispersos. Rehaciéndose luego con serenidad, continuaron sosteniendo bizarramente la retirada, hasta que no quedó en el campo un solo soldado patriota que proteger. Al mismo tiempo, el mayor Lamadrid volviendo cara con una parte de los Dragones que se retiraban ordenados, cargó sobre las partidas perseguidoras del enemigo, y las obligó á replegarse, concurriendo así á que se salvaran mayor número de dispersos. El general español, haciendo justicia al valor de sus enemigos desgraciados, escribió sobre el campo de batalla: «Fueron los enemigos batidos, pero reuniéndose »siempre y perdiendo terreno palmo á palmo, con te»són, y una disciplina como pueden tener las mejores »tropas. Su caballería trabajó admirablemente.»

La pérdida de los patriotas fué de 1.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, dejando en el campo una bandera (la del núm. 7), nueve piezas de artillería y como 1.500 fusiles. La pérdida confesada por los españoles fué de 32 muertos y 198 heridos, y debió ser así porque casi no hubo pelea.

No obstante que la persecución no alcanzó á más de tres leguas, la retirada fué desordenada, casi individual: nadie mandaba, nadie obedecía. Ante este espectáculo desconsolador, uno de los antiguos oficiales del ejército del Perú, exclamaba: «¡Qué compara»ción con las retiradas del general Belgrano! ¡Perdía »tres cuartas partes de su ejército en el campo de »batalla y salvaba lo que le quedaba, conservando la »disciplina y el honor de nuestras armas!»

La derrota de Sipe-Sipe, á que los realistas llamaron victoria de Viluma, fué después de Huaqui la más desastrosa de la revolución. Dominada por la expedición de Morillo (antes destinada al Río de la Plata) lo que después se llamó Colombia, desde el Atlántico al Pacífico: sojuzgado Chile, perdido para siempre el Alto Perú y aumentado el ejército del Bajo Perú con nuevos refuerzos de la Península, las Provincias Unidas del Río de la Plata quedaban solas y aisladas, y Sipe-Sipe parecía ser el último golpe dado á la revolución americana. Con razón lo festejaron ruidosamente los realistas en Europa y América, entonándose un Tedéum en todas las catedrales de la monarquía española, hecho casi sin ejemplo después de la batalla de San Quintín. Bajo estos auspicios los realistas adelantaron su vanguardia hasta Suipacha á mediados del mes de enero de 1816.

El ejército patriota compuesto de 1.500 hombres salvados de la derrota, pretendió primero hacerse fuerte en Tupiza y luego mantenerse en Moraya; pero tuvo que evacuar sucesivamente estas posiciones, al solo anuncio del avance de la vanguardia enemiga, y se estableció en Humahuaca. No por esto desmayó el aliento de los pueblos ni del gobierno. La indomable insurrección del Alto Perú se asiló en las montañas del interior, se mantuvo inconmovible en Santa Cruz de la Sierra, y se extendió á lo largo de la frontera del país argentino, localizándose en las quebradas que derraman sus aguas en el Pilcomayo, y especialmente en el valle de Cinti.

Casi simultáneamente con el arribo del ejército á Humahuaca, llegó á Jujuy la división French, fuerte de 1.067 hombres con 6 piezas de artillería. El gobernador de Salta (Güemes) adelantó una división de milicianos para cubrir la vanguardia. El coronel José Fernández Campero, más conocido con el título aristocrático de marqués de Yavi y del Tojo, especie de señor feudal de un vasto territorio adyacente á la frontera argentina, se levantó en armas con todos sus feudatarios, organizando á su costa un cuerpo de tro-

pas y cubrió con él la boca superior de la quebrada de Humahuaca, con lo que dominó el camino del despoblado y mantuvo las comunicaciones con el país insurreccionado. El gobierno oficiaba al general vencido (enero 2) que nuevos auxilios se preparaban para reparar el contraste de Sipe-Sipe, y pocos días después (enero 23) anunciaba que un batallón (el núm. 10), dos escuadrones de Dragones y dos Compañías, marchaban en su auxilio, reiterando su decisión. El Congreso que debía declarar la independencia, estaba convocado, y la revolución argentina iba á resurgir de su seno, más potente que antes, irradiando su acción por toda la América del Sur, al mismo tiempo que se elaborarían en sus atormentadas entrañas los elementos de su democracia genial.

Mientras tanto, la revolución interna más ingobernable cada día, seguía su curso fatal. Efecto de nuevas vivas fuerzas que se chocaban, se neutralizaban ó se combinaban sin concierto; producto de instintos selváticos de independencia individual, y de reglas teóricas de disciplina legal; antagonismo de oligarquía y democracia, complicación de rivalidades locales, de ambiciones personales, de pasiones egoístas ó tumultuosas, de movimientos convulsivos de las masas ignorantes y de errores de los hombres ilustrados, de falta de cohesión social y de coherencia política, desequilibrio de fuerzas morales y materiales, la revolución interna revestía constitutivamente la forma innata de la república democrática que aspiraba con ardor á la independencia nacional. A veces estas fuerzas se desperdiciaban en el vacío sin producir ningún resultado útil, como sucedía con las resistencias latentes de las localidades; otras, concurrían directamente al mal, tendiendo brutalmente á la disgregación y debilitaban el organismo político y social, como sucedía con las que dirigía Artigas, obedeciendo á un instinto salvaje de destrucción, de odio y de dominio estéril, que no entrañaba ningún principio social. A veces esas fuerzas antagónicas al orden normal, mientras por una parte fomentaban la anarquía y descentralizaban el

poder general localizando el desorden gubernativo, por la otra, concurrían al triunfo de la revolución, manteniendo el vínculo nacional, prontas siempre á combatir contra el enemigo común. Esta era la actitud de Salta en aquella época bajo la dominación de su caudillo Güemes, en presencia de la Nación, del gobierno general, del ejército situado en Humahuaca, de los demás caudillos que hacían guerra á Buenos Aires, y de los realistas que amenazaban invadir otra vez el territorio argentino. Mezcla de localismo estrecho y patriotismo nativo, de autonomía y nacionalismo, de ambición bastarda de mando personal y de aspiraciones elevadas en el sentido de la causa americana, de arbitrariedad brutal y de una incontestable autoridad moral hija de la popularidad, con más pasiones que ideas y más instintos que propósitos claros en el sentido político, el caudillaje de Güemes en Salta, era con todos sus vicios, una fuerza viva al servicio de la revolución, y tal como era había que admitirla, so pena de perderla ó ponerla en contra. Tal hubo de suceder en esta ocasión, en que puesto en contacto el caudillaje de Güemes con el ejército nacional, el conflicto se produjo como va á verse, dando origen á un desenvolvimiento de sucesos extraños, cuya síntesis acabamos de exponer.

Hemos bosquejado ya los antecedentes y el retrato de Güemes, en los momentos en que hacía su aparición en la historia. Desde entonces, fiel al plan de conducta que se había propuesto, se mantuvo en la provincia de Salta como comandante general de sus milicias, apoderándose de la fuerza y de las voluntades. En contacto inmediato con los generales San Martín y Belgrano, que le distinguieron siempre, y utilizaron su influencia sin trabar la espontaneidad de sus movimientos, nació en él un verdadero cariño hacia estos dos grandes hombres, los únicos tal vez ante cuyo ascendiente moral se inclinó. Al abrirse la tercera campaña del Alto Perú ocupó al principio la vanguardia, como se ha visto, y concurrió á ella con dos escuadrones de milicias; pero mal avenido con la

disciplina militar, y no siendo por otra parte útiles los servicios de su tropa en una guerra en que la caballería era un peso, regresó á Salta después de la acción del Puesto del Marqués, en la que se halló con sus Gauchos, según se explicó ya. Dueño absoluto entonces de la Provinçia, en medio del desquicio general que produjo la sedición del ejército del Perú y la caída del Directorio de Alvear, se apoderó sin resistencia del poder personal en Salta, hízose elegir gobernador intendente ejerciendo presión sobre el Cabildo, y declaróse independiente de hecho. Echóse sobre el parque de reserva que el ejército del Perú había dejado en Jujuy, donde encontró 500 fusiles y 300 carabinas, y armó sus milicias, dándoles una organización especial, que respondía á la vez que á sus miras ambiciosas, á los antecedentes guerreros y á la índole de los habitantes de la comarca. Toda la población fué declarada en asamblea permanente, adoptando por unidad de su organización militar la «partida» tradicional, con que se había iniciado la heroica resistencia popular contra los realistas después de Ayohuma. Cada veinte ó treinta vecinos formaban una partida, á cargo de uno ó más oficiales de la misma localidad, que sin abandonar sus hogares, presidían á los ejercicios y cuidaban de las armas, entendiéndose directamente con el caudillo que les transmitía del mismo modo sus instrucciones. Algunas partidas agrupadas por distritos formaban por excepción lo que llamaban una división, á cargo de caudillos locales que tenían cierto ascendiente adquirido sobre las masas.

En cuanto á los ejercicios militares, ellos eran simplemente simulacros de la guerra de partidarios, que tan gloriosamente habían puesto en práctica en la anterior invasión: correrías á caballo de hombres armados de lanza, fusil ó carabina, que hacían amagos de cargas desordenadas como los cosacos, disparaban tiros al aire como los árabes, ó echaban pie á tierra, ya formando grupos de infantería, ya dispersándose en tiradores, ya montando rápidamente á caballo, ya reconcentrándose repentinamente con alaridos salva-

jes como los pampas, haciendo sonar al mismo tiempo con sus largas riendas de ante, los guardamontes de cuero de que estaban revestidos para atravesar á gran galope los bosques espinosos. Táctica primitiva, apropiada al carácter de aquellos hombres sencillos, ella hería la imaginación de los gauchos, entretenía sus instintos guerreros, despertaba la espontaneidad individual, creando un nuevo espíritu que los identificaba con la defensa del territorio y con la suprema autoridad de su caudillo. Luego veremos la aplicación que de esta táctica hicieron.

Su sistema de gobierno era tan elemental como su táctica. Una autoridad personal, irresponsable, que podía disponer de voluntades, vidas y haciendas, sin contrapeso ni correctivo, en que él era magistrado absoluto, el general nato, el profeta y el juez, sin más institución civil que los Cabildos, á quienes dejaba cierta libertad de acción en lo administrativo y judicial, consultándolos directamente como cuerpos políticos en algunas ocasiones, tal era la constitución típica del caudillo. Al iniciar su movimiento anárquico y plantear su sistema autonómico, Güemes contó con el concurso de las clases ilustradas de Salta, muchos de cuyos prohombres abrigaban odios contra el predominio que atribuían á la capital, ó profesaban ideas liberales, ú obedecían puramente á tendencias disolventes. Muy luego el caudillo las fué relegando al último término, deprimiéndolas, y exaltó sobre ellas la masa del pueblo, así es que desde el principio de su gobierno, Güemes se hizo impopular entre esas clases, siendo en cambio adorado por el pueblo, que le llamó desde entonces el «Padre de los pobres.»

A pesar de este estado de independencia, y no obstante su entredicho con el gobierno general, Güemes ni se entendía con los caudillos del litoral que obedecían á la influencia de Artigas, ni ejerció ningún acto de hostilidad contra la Nación ó sus limítrofes. Cuando la división de French llegó á Salta en auxilio del ejército derrotado en Sipe-Sipe, Güemes creyó que aquella fuerza iba á atacarlo, y puso en alar-

ma á la provincia. French para tranquilizarlo se dirigió personalmente á Salta, y en plena sesión municipal, presente el gobernador Güemes, hizo protestas de paz y amistad en nombre del gobierno nacional. La Municipalidad y el gobernador contestaron: «Jurando una eterna unión, sofocar los anteriores re»sentimientos, auxiliar en cuanto estuviese á sus alcan»ces no sólo á la división auxiliar, sino también á las »reliquias del ejército del Perú, hermanándose con el »pueblo de Buenos Aires, y prometiendo una división »de mil hombres de caballería, entregando los deser»tores y los fusiles que tuviese sobrantes, á la vez »que proporcionando las mulas, aparejos y ganados »necesarios.»

A la llegada de las reliquias del ejército, Güemes cumplió en parte su promesa, enviando á incorporársele en Moraya una división de 310 milicianos de Salta al mando del comandante Ignacio Regueral, la que cubrió la vanguardia por el camino de Cotagaita. Esta fuerza fué sorprendida pocos días después en Salo (el 17 de enero de 1816), dejando en el campo como 64 prisioneros, bastantes muertos y dispersándose el resto. Poco después envió á uno de sus mejores oficiales de partida, al capitán D. Juan Antonio Rojas, el cual al frente de un grupo de gauchos, vengó en parte la sorpresa de Salo, derrotando en Mojo una fuerza superior en número, matándole 14 hombres, tomándole 20 prisioneros, 24 fusiles y otros trofeos. Con motivo del primer auxilio, Rondeau escribía al Director: «El gobernador de Salta se esfuerza en compro»bar con su conducta, que está animado de espíritu »público.» Hemos insistido en estos detalles, porque ellos aclaran un punto histórico, que hasta hoy estaba envuelto en dudas, y que es de gran importancia establecer con certidumbre, como punto de partida de hechos más trascendentales, á saber: la armonía que hasta entonces (febrero de 1816) reinaba entre Güemes y el general del ejército nacional.

No obstante estos actos y protestas, la actitud de Güemes no dejaba de ser hostil y recelosa. Abrigaba

los desertores, perseguía á algunos jefes que atravesaban pacíficamente su territorio, hacía gala de insubordinación cometiendo otros actos irregulares que parecían el principio de una abierta rebelión, al extremo de llegar á persuadir á los realistas que era un auxiliar con el cual podían contar en caso de invasión. Rondeau que á fines de febrero se había replegado con la infantería á Jujuy, dejando la caballería en Humahuaca, y ocupados por las milicias del país y las del marqués de Yavi los puestos avanzados del Potrero, Casabindo y Tarija, vió desaparecer en su marcha el resto de los trescientos diez milicianos de Güemes, que se dispersaron después de la sorpresa que sufrieron en Salo. Al mismo tiempo se esparció en Salta el rumor de que el ejército se retiraba dejando descubierta la provincia, y se insinuó por algunos que el movimiento era con el objeto de atacarla y someterla á la autoridad militar. No faltaron vecinos de Salta mal avenidos con Güemes, que incitaban al general en jefe á venir en auxilio del pueblo para sacudir la autoridad del caudillo. Todas estas pequeñas causas reunidas crearon una situación tirante, y Rondeau á la cabeza de 2.000 veteranos creyendo contar con la obediencia de todas las milicias de la vanguardia, y aun con el apoyo de una parte del pueblo de Salta, se decidió á castigar los desmanes de Güemes, estimando en poco su poder y su capacidad militar.

A mediados de marzo se movió Rondeau con todo su ejército sobre Salta, ordenando á dos escuadrones de Dragones que se hallaban en Tucumán, se le incorporasen en aquel punto. A los primeros pasos, comprendió que estaba en un país enemigo: todos los habitantes se habían reconcentrado en torno de su caudillo: los ganados y las cabalgaduras se habían retirado y las casas estaban desiertas. Al llegar á los altos de la Caldera á seis leguas de Salta (el 15 de marzo), las guerrillas salteñas rompieron el fuego sobre el ejército, continuando las hostilidades casi sin interrupción hasta el campo de Castañares. Desde allí siguió avanzando hasta el punto de los Cerillos (seis le-

guas al sur de Salta), donde se había reconcentrado Güemes con todas sus fuerzas, haciéndole el vacío á su alrededor. Rondeau reducido al terreno que pisaba, falto de víveres y forrajes, escaso de caballería para dominar la campaña, recibió allí la noticia de que de los dos escuadrones de Dragones que esperaba, el uno había pasado á Jujuy, y el otro había sido rendido por las tropas de Güemes en el Campo Santo á inmediaciones de la ciudad.

En efecto, el 20 en la madrugada el escuadrón de Dragones que mandaba el comandante Hortiguera, fuerte de 70 hombres, había sido atacado en su campamento en marcha, dejando en el campo 30 soldados y dos oficiales prisioneros, algunos pocos muertos y heridos, dispersándosele el resto.

Este contraste y las dificultades de su posición, aconsejaron á Rondeau expedir una proclama pacífica, aceptando la indicación que antes le había hecho el Cabildo de Salta por medio de una diputación, de adoptar un término conciliatorio. Doña Magdalena Güemes, arrogante belleza, salteña, y hermana del popular caudillo, fué la intermediaria de la negociación, arreglando una entrevista entre ambos generales. Esta tuvo lugar el 22 de marzo, formados ambos ejércitos en batalla. Firmóse en seguida la convención de antemano ajustada entre la hermosa doña Magdalena y el bizarro comandante de Granaderos á caballo D. Juan Ramón Rojas, en la que, según las enérgicas expresiones del general Paz, Rondeau «fué »tan perjudicado por sus amigos, como antes lo fue»ra por sus enemigos.»

Estipulóse por el convenio: que se «juraba paz só»lida, amistad eterna, olvido del pasado y amnistía »general, quedando los desertores del ejército en los »cuerpos de Güemes en que se hallaban, comprometién»dose Salta á dar 300 reclutas en reemplazo de los que »militaban en sus filas, con obligación de devolverse »recíprocamente los prisioneros, ofreciendo la provin»cia auxiliar el ejército con caballos y víveres bajo »la condición de efectivo pago.»

Al saber este arreglo, el general San Martín escribía desde Cuyo á un diputado del Congreso de Tucumán: «Más que mil victorias he celebrado la »mil veces feliz unión de Güemes con Rondeau, así »es que las demostraciones en ésta sobre tan feliz »incidente han sido una salva de 20 cañonazos, ilumi»nación, repiques y otras mil cosas.» El gobierno aprobó el convenio, y Güemes al dar cuenta por su parte de lo sucedido, se puso á las órdenes del gobierno general, protestando unión y fraternidad y ofreció sacrificarse por la causa común.

Desde ese momento, nadie sino Güemes cupo en Salta. Dueño absoluto de su provincia por el amor ó por la fuerza, vencedor de las armas nacionales por la energía y por la diplomacia, campeón de la nacionalidad á condición de no obedecer sino á sí mismo, á él quedó confiada la custodia de la puerta de las Provincias Unidas por el norte, preparándose en consecuencia para rechazar con sus valientes Gauchos la próxima invasión del enemigo. Con los desertores del ejército que se le habían incorporado, formó un cuerpo de línea bajo la denominación de Dragones Infernales, perfeccionó, en otros detalles su organización militar, y tomando la dirección de las operaciones de vanguardia en sus fronteras, se mostró moderado en el triunfo y decidido á todo lo que pudiera sobrevenir.

El ejército nacional retrocedió humillado á sus antiguos acantonamientos de Jujuy (abril 15). Allí le esperaban las más tristes nuevas. El mayor La Madrid, á quien había destacado desde Moraya á Tarija con cuatro Dragones, con el objeto de reunir dispersos, se había visto obligado á replegarse de este punto, después de obtener algunas ventajas sobre fuerzas del enemigo que habían intentado atacarlo. Camargo, uno de los caudillos más prestigiosos de la insurrección del Alto Perú, que hasta entonces se sostenía en el valle Cinti (cuyo nombre lleva hoy en su honor), había sido destrozado, clavándose su cabeza en un madero. Uriondo, uno de sus ayudantes de campo en Sipe-Sipe, y pariente del marqués de Yavi, que operaba en combinación con las

fuerzas de La Madrid y Camargo, se había visto obligado á seguir el movimiento retrógrado, abandonando el terreno al enemigo Padilla, el guerrillero famoso, que á la cabeza de millares de partidarios había tenido en jaque á Potosí y Chuquisaca. Después de algunas ventajas y de serios contrastes, se había visto forzado á refugiarse en las montañas del oeste. Las fuerzas del marqués de Yavi, al amago del enemigo, abandonaban sus posiciones de Casabindo y Pascaya. El enemigo, triunfante en todas partes, y resuelto al parecer á seguir adelante, ocupaba á Tarija, amenazaba el flanco y la boca de la quebrada de Humahuaca, estableciendo su cuartel general sobre las fronteras del país argentino.

El general Rondeau, considerándose desautorizado ante el país, renunció el mando del ejército, pero se dió por resentido cuando supo que antes de proveer á su renuncia se le había nombrado por sucesor al general Belgrano. Mal aconsejado, pasó al Congreso una nota reservada, llena de quejas amargas, insinuando que de ello podría resultar «una efervescencia es»pantosa, que desgarrase con furia el agonizante cora»zón de la patria.» El Congreso alarmado por esta especie de conminación, previno á Belgrano que tomase las medidas del caso con plenitud de facultades. Aun cuando aquellos conceptos no fuesen sino la expresión del estilo gerundiano del secretario de Rondeau, ellos respondían empero á un proyecto de resistencia, que algunos de los jefes adictos á su persona tentaron poner en práctica, renovando el escándalo anterior; pero esto no pasó de una veleidad.

Después del triunfo de Güemes, consagrado por el convenio de los Cerrillos, la permanencia del ejército en Jujuy era imposible. Los gauchos ensoberbecidos provocaban á los soldados, resultando frecuentes conflictos; y el mal ejemplo de la excesiva licencia de que gozaban, relajaba los vínculos de la disciplina, al punto de amenazar su existencia; así es que el general interino, que lo era French, se apresuró á obe-

decer la orden que se le transmitió de replegarse á Tucumán.

Belgrano se recibió del mando del ejército en las Trancas (7 de agosto) donde lo revistó y proclamó, y siguió su marcha hasta Tucumán, que se acantonó en la ciudadela, pasando la caballería á ocupar el campo de los Lules. En esa época el ejército constaba de 2.422 hombres con 12 piezas de artillería. Los jefes principales, French, Pagola, Rojas, Hortiguera, Vidal y otros que pertenecían al partido de Rondeau, pidieron su separación. Casi al mismo tiempo murió el coronel don Diego Balcarce, llorado por todos sus compañeros, que vistieron luto en honor de su gloriosa memoria. El ejército quedaba así huérfano de sus viejos jefes, bien que con su antiguo general á la cabeza. Entre la oficialidad, formada casi toda ella en la escuela de Belgrano, se distinguían algunos jóvenes señalados para ocupar los puestos vacíos. Era el más considerado de todos ellos, el comandante don Juan Bautista Bustos, de la provincia de Córdoba, que á pesar de ser un rutinero vulgar, gozaba de una reputación superior á sus cortos alcances, habiendo hecho sus pruebas con brillo en la defensa de Buenos Aires en 1807, y cumplido siempre su deber con honor. El mayor don José María Paz, cordobés también, que debía ser con el tiempo uno de los primeros generales de la América del Sur, era otro de los discípulos de la escuela de Belgrano, que ya desde entonces sobresalía por sus conocimientos facultativos y sus calidades morales. El mayor La Madrid, tucumano, y el comandante Zelaya, de Buenos Aires, representaban el valor juvenil de los heroicos días del ejército. Los hermanos don Felipe y Alejandro Heredia, tucumanos ambos, formaban también en primera línea, á la par de otros subalternos destinados á figurar con más ó menos distinción. Con la adhesión patriótica de todos ellos podía contar Belgrano para acometer la difícil tarea de la reorganización del ejército, cuyos resortes estaban destemplados. Contaba también con la eficaz cooperación de su mayor general Fernández Cruz,

á quien ya conocemos, cuyo noble carácter simpatizaba con el de Belgrano. Además tenía á su lado al coronel don Francisco Antonio Pinto, hijo de Chile, de cuya república llegó á ser presidente después que había militado en su patria, que á la sazón mandaba el batallón número 10, el cual con más lectura militar y una inteligencia más sagaz que las de los dos jefes principales del ejército, era un buen consejero, aunque su carácter no fuese en otro sentido tan consistente como el de ellos.

El ejército auxiliar del Perú, que por sí solo representaba hasta entonces la historia militar de la revolución, había gastado sus fuerzas en seis años continuos de victorias y reveses; y era un cuerpo informe casi sin vitalidad, cuando Belgrano se recibió de su mando. El espíritu juvenil que lo animó en Suipacha y Tucumán, la poderosa musculatura con que había luchado en Salta, la moral y la disciplina de que dió pruebas en Vilcapugio y Ayohuma, todo se ha debilitado y relajado en la última campaña del Alto Perú y durante su vergonzoso permanencia en Jujuy. Los nuevos elementos venidos de la capital, que en este transcurso de tiempo se le habían incorporado, lejos de robustecer su constitución, contribuyeron á viciarla, como se ha visto. Necesitaba, pues, remontarse, retemplarse, regenerarse, inocularse vida nueva, para llenar cumplidamente la doble misión que le estaba encomendada: velar por el orden interno al lado del Congreso, y mantener la frontera norte de la República contra los enemigos externos que la amenazaban. En ambos casos, su papel era puramente pasivo, sin los estímulos de la gloria ni del peligro, y sin esperanzas siquiera de dilatar su esfera de acción. Las repetidas derrotas de las armas de la revolución en el Alto Perú, habían quebrado su resorte, y desacreditado las empresas militares por ese camino. Aquel atrevido plan de campaña de los primeros días de la revolución, de marchar en son de guerra hasta Lima, atravesar en triunfo el Desaguadero, insurreccionando los pueblos á su paso, parecía imposible, y lo era en

efecto. En los primeros pasos de la propaganda revolucionaria después de Suipacha, y aun antes de Sipe-Sipe, tal vez abría sido posible llevar la acción militar de la revolución hasta las costas del Bajo Perú; pero deśpués de Sipe-Sipe, faltaban para ello los elementos materiales, y sobre todo las fuerzas morales. Las derrotas sucesivas habían herido la imaginación de los combatientes; el enemigo había establecido su dominación militar en aquellas comarcas; y organizándolas de manera de sacar de ellas sus recursos asimilándose una parte de los naturales, que incorporados á sus ejércitos como núcleo indisoluble, daban á la lucha un carácter de guerra civil. Los revolucionarios del Bajo Perú, agotados por los estériles esfuerzos de 1812 y de 1814, cuando contaban con el apoyo de las armas argentinas, habían sucumbido, para no volver á levantarse más, aun en condiciones propicias, como se vió después.

El Alto Perú, que se había identificado moralmente con la causa de la revolución de mayo, jamás había podido constituirse robustamente dentro de su propio organismo, al efecto de concurrir eficazmente á la acción libertadora de los ejércitos auxiliares, que llevaron casi solos todo el peso de la guerra.

Después de Sipe-Sipe, sus clases ilustradas estaban decididas á formar una nación aparte, no obstante que las masas populares, y sobre todo los indígenas, persistían en mantener viva la insurrección, levantando con manos débiles aunque heroicas los abatidos pendones de la revolución argentina. Todas las miradas se volvían hacia Chile, señalado por el dedo profético de San Martín, que organizaba sigilosamente el ejército de los Andes en Mendoza, resuelto á emprender la gran campaña de las cordilleras en la primavera próxima. Todos los recursos del Estado se concentraban en Mendoza, y la pobreza, el cansancio, el descontento y la desorganización de los pueblos circunvecinos, no ofrecían esperanza de remontar el ejército, que todavía llevaba el título de Auxiliar del Perú. Impotente para la ofensiva, su misma actitud defensiva era

pasiva y sin brillo. Belgrano, relegado al segundo término á retaguardia de las guerrillas de Salta, era la reserva inerte de un elemento más activo, incompatible con toda acción regular, y excluyente de toda dirección que no fuese la del prepotente caudillo, al cual estaba encomendada la gloriosa defensa popular de la frontera.

Sólo un hombre de la abnegación y patriotismo de Belgrano, revestido de su autoridad moral, pudo aceptar la inmensa responsabilidad de tan obscura como difícil posición, y desempeñarse en el sentido del bien general, manteniendo el orden en el ejército, la quietud en los pueblos, la armonía con Güemes, la seguridad en los gobernantes, y la confianza y el aliento de los que iban á ponerse al frente de las operaciones activas en Salta y en Mendoza. Bien que no fuera el hombre de las circunstancias, era siempre reputado como uno de los primeros generales de la Nación á pesar de sus derrotas. No obstante el descrédito de sus errores políticos, el pueblo lo respetaba como á uno de sus más grandes patriotas, siendo el único ante el cual se inclinaba Güemes, y el que mantenía vivas las esperanzas de la revolución en el Alto Perú. Su imparcialidad en medio de los partidos, su falta de ambición personal, la rectitud de su carácter y su expectabilidad ante propios y extraños, daban á sus palabras y á sus actos mayor autoridad. Desgraciadamente, sus ideas políticas estaban en pugna con las tendencias de la opinión, como se ha visto. Ellas debían conducirle á cometer nuevos desaciertos, como va á verse. El temple de su alma, más predispuesto á la resistencia pasiva que á la lucha, no respondía á las exigencias imperiosas de aquellos tiempos, como se verá después.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

BIBLIOTECA DE LA NACION

